¡ERES INCORREGIBLE! E IRRESISTIBLE

CARLOTA MANZANO



¡ERES INCORREGIBLE! E IRRESISTIBLE

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

¡Eres incorregible! E irresistible

Carlota Manzano

©junio, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Epílogo

Capítulo 1



«Uno de los consejos más valiosos que siempre deberías tener presente es que no se puede dar nada por sentado. Vive con libertad para ser feliz, lucha para conseguirlo y no te rindas, pase lo que pase. La felicidad está ahí, al alcance de todos, y puede presentarse de muchas formas… tantas, que ni siquiera somos capaces de imaginarlas».

Siete años antes de la actualidad…

Ginger

Entreabrí los ojos despacio. La sensación que tuve fue de que todavía era muy temprano, por lo que volví a cerrarlos y me abracé a la almohada, resistiéndome a alejarme de la cama mientras entraba en un sueño ligero al que no pude resistirme.

Noté cómo me movía, intranquila, pero también me vi desde una perspectiva diferente, como si hubiese salido de mi cuerpo y fuese una espectadora a los pies de… ¿mi cama? La imagen de mí misma empezó

poco a poco a emborronarse, hasta que desapareció del todo y fue sustituida por otra. Ante mí se presentó la oscuridad absoluta, pero el contorno de lo que parecía una figura comenzó a destacar entre la negrura.

De ella salían pequeños destellos claros, intensos, pero no lo suficiente como para poder apreciar lo que veía, como si estuviera despierta. Era consciente de que seguía dormida —las sensaciones de mi cuerpo así me lo indicaban—, y me fue imposible saber, por mucho que lo intenté, a quién correspondía el primer plano de lo que parecía una cara. No la reconocí, aunque no era la primera vez que aparecía en alguno de mis sueños.

Ser consciente de ello, casi como si estuviera despierta, provocó que notara una ligera tensión en el cuerpo. Solo llegué a distinguir la silueta de la mandíbula y un brillo extraño que siempre interpretaba como que provenía de los ojos. Como en las veces anteriores, todo lo demás se desdibujaba ante mi necesidad de entender qué pasaba y qué significaba.

Unos sonidos repetitivos de fondo, susurros apenas perceptibles al principio, empezaron a arrastrarme poco a poco lejos de la visión y me hicieron regresar a…

—¡¡Ginger!! ¡¡Ginger!!

—¿Qué pasa? —Me incorporé de golpe, asustada.

Mi madre dejó de zarandearme cuando me quedé sentada en la cama, completamente desorientada por el brusco despertar.

—Hija, ¡qué te has dormido!

—Nooo… —Jadeé—. ¿Qué hora es? —De un tirón me quité la sábana de encima.

—Bastante tarde —respondió, preocupada.

—¡Mierda! —Salté de la cama y fui corriendo hasta el baño.

—¿Qué vas a hacer con esa melena indomable? —me preguntó.

—Me cago en… —me quejé cuando se me enredó un pie en el pantalón del pijama—. Mamá, no me pongas más nerviosa. No tengo tiempo. —Cerré la puerta, dejándola al otro lado.

Cuando me quedé en ropa interior, me miré en el espejo unos segundos e hice una mueca. *Indomable* se quedaba corto para describir cómo tenía el pelo en ese momento, pero hoy no me quedaba otra que ignorar mi apariencia. Hice todo lo que necesitaba en el baño, y después de lavarme la cara con agua fría y de hacerme un moño alto: un remedio rápido y seguro. Salí disparada hacia el armario.

Tenía muy claro lo que iba a ponerme, fui directa a la elección porque siempre utilizaba la misma ropa para un día como hoy. Incluso en invierno conjuntaba el peto vaquero de falda, adaptándolo a la temperatura que hiciera. Me encantaba, era como mi talismán y nunca me había fallado. La falda me llegaba un palmo y medio por encima de las rodillas,

aproximadamente, y en la parte superior llevaría una camiseta fina de tirantes de color blanco. Me vestí en cuestión de segundos, acelerada.

—¡Mamá, me voy! —me despedí mientras me calzaba las sandalias con unos centímetros de cuña.

Dando saltitos, colocándome la última, llegué hasta el perchero para coger la mochila, donde guardé el móvil. Era lo único que me faltaba, porque la noche anterior la dejé preparada.

—Mmm… te ha quedado muy bien —dijo al asomarse a la puerta, refiriéndose a mi pelo—. Estás preciosa, cariño.

—Gracias, eres la mejor. —Pasé por su lado y le di un beso sonoro en la mejilla.

—Llévate unas galletas para el camino —me pidió, siguiéndome con pasos rápidos.

—No, me toca correr hasta que llegue y lo que menos me apetece ahora es comer. ¡Adiós! —grité desde el rellano.

Bajé las escaleras de dos en dos y, al llegar al final, fui al hueco de la escalera, para coger mi bicicleta. Era el lugar en el que siempre la dejaba, al igual que algunos vecinos. En total había cuatro, contando la mía.

Me monté en cuanto estuve en la calle y empecé a pedalear con energía. Me había dormido sin ni siquiera escuchar la alarma, algo que rara vez me sucedía. Normalmente, la retrasaba cada vez que sonaba, hasta que me levantaba resignada. No sabía la hora que era —se me había olvidado ponerme el reloj de pulsera—, pero iba a llegar tarde, muy tarde… Con ese pensamiento, que me agobió, hice el recorrido hasta la universidad, como nunca me había ocurrido con anterioridad, a una velocidad de locura por el carril para las bicicletas.

Hoy era un día clave. Tenía dos exámenes de la recta final del primer año del máster. Por suerte, el primero era en la segunda hora, pero antes tenía clase con el mismo profesor, y su carácter era… muy peculiar. Tanto que durante lo que duró el recorrido temí que no me dejara acceder al aula si aparecía unos minutos tarde.

Era crucial que me diera tiempo, porque los días que examinaba siempre nos daba varias pistas encubiertas. Mientras veía la universidad a lo lejos y aceleraba el movimiento de los pies los últimos metros, no podía dejar de pensar que me lo perdería y que llegaría al examen con mucha desventaja con respecto a mis compañeros.

El haberme quedado dormida se debía a la falta de descanso que había acumulado durante la semana, precisamente por los exámenes. Había trabajado muy duro, como para que todo se torciera en el día decisivo. Llegué sofocada al aparcamiento de las bicicletas, y me moví rápido para bajarme y asegurarla, antes de salir corriendo hacia la entrada del edificio.

Varios mechones se me escaparon del moño y no quise pensar en cuál era mi aspecto. Subí por la escalera hasta la primera planta, casi sin aliento, y me entró de todo por el cuerpo cuando llegué al pasillo y me lo encontré vacío y en completo silencio. Eso quería decir que la señal que avisaba el inicio de las clases ya había sonado.

—Va a ser un día increíble —susurré para darme ánimos, con la mano en el pomo de la puerta, antes de atreverme a abrirla.

Cuando quise girarlo, fue solo un intento. Maldije, poniendo los ojos en blanco. Había ido directa al acceso del final del aula, para pasar lo más desapercibida posible y no aparecer tan cerca del profesor. Para mi mala suerte no me quedaba otra opción que ir hacia la entrada que daba a la tarima, donde estaría él.

Cogí varias bocanadas de aire, todavía me faltaba por la carrera y el esfuerzo. La camiseta se me había pegado al cuerpo por el sudor, lo que me agobió más. Frente a la puerta correcta, me retiré de la cara los mechones de pelo con rabia y giré el pomo sin perder más tiempo. En parte sentí un gran alivio cuando se abrió, lo siguiente era enfrentarme con lo que había dentro.

Lo primero que pensé al entrar es que el día me sonreía, que lo que había pensado no iba a suceder, a pesar de lo mal que había comenzado. La tarima estaba vacía y se escuchaban las voces de mis compañeros, por lo que creí que el profesor no había llegado todavía. Salí de ese gran error en cuestión de segundos, tirando por tierra la ilusión momentánea que había sentido. El aula se quedó en silencio por mi llegada, silencio que interrumpió una voz fuerte que me puso rígida.

—Adelante, no te cortes.

Tragué saliva y miré hacia las mesas, encontrándome con las caras de mis compañeros que estaban sentados y la del… profesor que se había parado a la mitad de la escalera central.

Me quedé paralizada, sin saber reaccionar, hasta que me recompuse y conseguí hablar.

—Siento el retraso —me disculpé.

—¿Cómo has dicho? —me preguntó. Mi voz sonó en tono muy bajo.

—Que siento el retraso —repetí, más firme.

No me moví cuando la puerta se cerró a mi espalda; casi ni pestañeé tras dar unos pasos dentro del aula. Me quedé en esa posición, inmóvil, como si permanecer cerca de la salida fuera una especie de escudo por si decidía echarme. La expresión del profesor no indicaba cuál sería su decisión. A este en concreto no lo conocía, para mi sorpresa no era el mismo que siempre impartía la asignatura.

—¿Serías tan amable de explicarnos a todos el motivo de tu retraso? —Se cruzó de brazos, sin apartar la mirada de mí.

—Me he dormido —respondí.

Opté por decir la verdad. ¿Qué más daba ya, no? Una de sus cejas se alzó al escucharme, y agradecí inmensamente el ánimo que me dio el compañero que tenía más cerca. Entre susurros me pidió que me tranquilizara, y sonreí por sus palabras, las que solo escuchamos, los que tenía a los lados y yo. No giré la cabeza, no lo miré, así que mi sonrisa se interpretó de la peor manera posible, mientras yo mantenía la vista fija en el profesor.

—¿Te hace gracia? —Bajó unos escalones, pero volvió a pararse.

—No, claro que no. —Carraspeé, negando varias veces con la cabeza—. Es que… me he acordado de algo gracioso y…

—¿Te suele ocurrir a menudo?

—¿Cómo?

—¿Qué si te suele ocurrir recordar cosas «graciosas» en los peores momentos?

—Sí, bastante a menudo. —Me encogí de hombros.

¿Sinceramente? Ya me daba igual todo, había vuelto a darle una contestación verdadera. Si quería echarme, pues me iría muy dignamente a la biblioteca o a la cafetería, a repasar para el examen de la siguiente hora. Si me permitía quedarme, pues ocuparía rápido cualquier mesa para dejar de ser el foco de su atención. Prefería la segunda alternativa, lógicamente, pero como no estaba en mis manos…

—¿Dónde está el señor Valentín?

En cuanto hice la pregunta cerré los labios con fuerza, no había podido controlar las palabras por la curiosidad que sentía.

—Si hubieras estado desde el inicio, lo sabrías.

—Ya, pero no puedo cambiar ese pequeño detalle y como es obvio, que no ha sucedido…

El aula volvió a quedarse en silencio, tanto que me entraron ganas de salir sin que él me echara. Empezó a bajar los últimos escalones sin apartar la mirada de mí y maldije, porque la pequeña escalera por la que tenía que subir a la tarima se encontraba justo a mi derecha. Estaba en su camino y venía directo.

—Se ausentará hasta el curso que viene. Yo terminaré este por él. ¿Algún problema?

—Oh, no, solo era curiosidad. —Me encogí de hombros, haciendo un gran esfuerzo por controlar los nervios—. ¿Qué hago? —Quise saber cuando se paró a un metro de distancia.

Frunció ligeramente el ceño, pero luego suavizó su expresión. Me sorprendió ver cómo curvaba los labios muy despacio.

—¿Tengo que decirte lo que tienes que hacer? ¿En serio? ¿Cuántos años tienes? Yo creo que es muy sencillo: todos tus compañeros están en sus mesas, tú has llegado diez minutos tarde, has interrumpido la clase y nos has hecho perder el tiempo. —Arqueó una ceja.

—El señor Valentín…

—No veo al señor Valentín aquí. ¿Tu nombre?

—Ginger.

—Ginger… haznos un favor a todos y ocupa una mesa. No nos hagas perder más el tiempo.

Contuve la respiración cuando pasó por mi lado. Tuve que apartarme un poco para que no me rozara.

Caminé rápido hacia la mesa más cercana que estaba libre y me senté, sacando todo el material de la mochila. Me quedé mirando a la mesa, como si fuese lo más interesante en este momento, y en sí lo era, cualquier cosa me valía para no enfrentarme de nuevo a sus ojos.

—Ginger. —Cerré los ojos con fuerza, antes de abrirlos y enfrentarlo.

—¿Sí?

—Cuando finalice el examen, te quedarás para recuperar el tiempo de ausencia.

—Claro, ningún problema.

—Y si lo tienes, no es asunto mío. Continuamos. —Se dirigió al resto.

Me mordí la lengua para no hacer ningún comentario al respecto. Su arrogancia me tocó mucho las narices y tuve que retener el impulso de saltar para contraatacar.

Me sentí orgullosa de mí misma porque conseguí no hacerlo, evité que me perjudicara más mi actitud. Me había dejado quedarme y era todo lo que quería.

Capítulo 2



Atender en la clase fue complicado, mientras el profesor se paseaba por la tarima o cuando se sentaba en el filo de la mesa, con los tobillos y los brazos cruzados.

No tenía apariencia de docente, al menos no como todos a los que había conocido durante mi época de estudiante. Para mi mala suerte, me encontraba en primera fila y lo veía perfectamente, al igual que era recíproco. Me sentía vigilada en todo momento.

Era alto, tenía una constitución envidiable sin ser excesivos los músculos que dejaba ver. Llevaba un pantalón vaquero y una camiseta de manga corta que se amolaban a su cuerpo como una segunda piel. Transmitía demasiado, por lo que he dicho hasta ahora, y por sus facciones marcadas y varoniles. A la vista estaba, porque no había ni una de mis compañeras que apartara la vista de él.

Ver para creer. Conocía muy bien cómo transcurrían las clases y las ganas que teníamos normalmente todos de que terminaran. Estaba segura de que,

si este profesor diera más asignaturas, más de una sacaba matrícula de honor.

Y para rematarlo, tenía una voz seductora, a la vez que fuerte y atrapante. Yo lo ignoré por completo, en el sentido de observarlo más de la cuenta. Me mantuve el máximo tiempo posible con la atención puesta en los apuntes.

Si lo hubiese sabido antes… Me refiero a que no había dado ninguna pista sobre el examen y faltaban pocos minutos para que comenzara. Podría haberme ahorrado el bochorno que había pasado y acceder al aula a la segunda hora. En fin, era lo que había.

—La señorita Ginger responderá a esa pregunta. —Di un respingo en la silla y se me resbaló el bolígrafo de la mano.

Lo vi rodar hasta que chocó con la tarima, antes de levantar la mirada hacia el profesor.

—¿Perdón?

—Tu compañero quiere que le aclare una duda y, como te he visto muy atenta e interesada en el tema, te doy la palabra para que se le aclares tú. —Arqueó una ceja.

—Aaah… —Carraspeé.

Mierda y más mierda, no me había enterado de nada. Estaba tan metida en mis pensamientos que había desconectado de la clase. Noté un calor intenso en las mejillas, me había pillado otra vez y él lo sabía de sobra. Si hablaba, solo podía decir que no había estado pendiente. En mi defensa diré que solo llevaba ausente unos minutos.

Tragué saliva, gesto que el profesor vio perfectamente por la posición que tenía y la poca distancia que nos separaba.

—Adelante, no tengas vergüenza. —Sonrió de medio lado y me cagué en él, literalmente.

—Yo…

Solté todo el aire de golpe al escuchar el sonido del cambio de clase. Lógicamente, no íbamos a movernos porque continuábamos una hora más con él, pero me aferré a la idea de que iba a dejar pasar el tema.

—Guardarlo todo, lo único que quiero en vuestras mesas es el bolígrafo —nos pidió sin apartar la vista de mí—. Yo que tú me levantaría a por el tuyo, a no ser que quieras dejar el examen en blanco.

—Sí, claro.

Me incorporé rápido y caminé hasta la tarima, donde me agaché para cogerlo. Regresé a mi mesa, notando cómo seguía todos mis movimientos.

Guardé todos los apuntes en la mochila tal y como había pedido, y esperé, con una gran sensación de alivio, cuando el profesor le dio la respuesta a mi compañero, librándome de esa carga.

—Voy a repartir los exámenes en la primera fila, id pasándolos a vuestros compañeros de atrás y mantenedlos bocabajo —dijo, bajando las escaleras de la tarima.

Así lo hizo, colocó varios montones de hojas en cada una de las mesas, hasta que llegó a la mía.

—¿Podrás hacerlo? Es muy simple. —Se dirigió a mí, en tono bajo.

Lo miré con los ojos entrecerrados, con ganas de decirle un par de cosas bien dichas, pero volví a optar por la mejor decisión, al menos durante los primeros segundos.

—Me he preparado muy bien para el examen.

—No me refería a eso. —Curvó los labios, pero el gesto fue muy sutil. Se inclinó hacia delante y pegué la espalda en el respaldo—. Te preguntaba si podías darle a tu compañero de atrás el resto de los exámenes, para que continúe la cadena hasta el último.

—Por supuesto, hasta sé quedarme con uno para mí. —Elevé las dos cejas.

—Vaya, me sorprendes —se incorporó despacio—. Y lo de la preparación para el examen ya lo veré cuando lo corrija. Para tu información no va a ser fácil; lo he preparado yo. Sé desde hace unas semanas que sustituiría al señor Valentín.

—Muy bien, me alegro por usted. —Me encogí de hombros, despreocupada—. Sigo diciendo lo mismo por la parte que me toca.

Nos quedamos en silencio, manteniéndonos la mirada. Me negué a ser la primera en apartársela. Por suerte, fue él quien empezó a caminar, alejándose de mí, y aproveché para darle a mi compañero de atrás el resto de los exámenes.

—Podéis empezar —avisó con voz fuerte al cabo de unos segundos.

Giré mis hojas y solté un suspiro, rezando mentalmente para que me saliera tan bien como había anticipado. Durante una hora no se escuchó ni un ruido en el aula; todos nos mantuvimos concentrados, hasta que sonó el aviso del final de la clase.

—Soltad los bolígrafos —nos pidió el profesor.

Sonreí porque me había ido bien, tal y como esperaba, y hacía unos minutos que había terminado de repasarlo. Al menos estaba confiada en ello, en que sacaría muy buena nota. Los nervios no me habían pasado factura, dejándome la mente en blanco. Una vez que leí el primer enunciado, todo fluyó a la perfección. Estaba deseando callar al profesor con el resultado.

—Ya podéis iros, todos menos la señorita Ginger.

Bufé, no pude controlar la reacción.

—La que quizás se quede más tiempo del que piensa —añadió al escuchar mi queja casi silenciosa.

Mis compañeros se levantaron y se despidieron de él, yendo hacia las puertas. Cómo me hubiese gustado seguirlos, pero no me quedaba otra que mantenerme en la silla. Con lo contenta que estaba con el examen, no iba a fastidiarla en el último momento.

Cuando en el aula solo nos quedamos los dos, él se entretuvo en ir mesa por mesa para recoger los exámenes. Fijé la vista al frente, en la pizarra en la que no había nada escrito.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó al llegar a mi lado, después de coger mi examen.

—Muy bien. —Carraspeé.

—Estás muy segura.

—Y tranquila. —Me encogí de hombros, colocándome un mechón detrás de la oreja.

—Ya lo veremos —dijo, y lo miré de reojo.

—Espero que su opinión sobre mí no afecte a mi examen.

Sí, sonó a advertencia. Sabía perfectamente lo que había escrito y estaba dispuesta a llegar hasta el final, y hasta quien hiciese falta para defenderme si él se tomaba una libertad que no le pertenecía.

—¿Estás insinuando algo en concreto? —Se cruzó de brazos, con las hojas colgando hacia un lado.

—No he insinuado nada, he sido muy clara. —Me moví en la silla.

—¿Sabes que ha sonado a amenaza? —Se inclinó hacia mí.

¿Por qué mierda tenía que aproximarse tanto? ¿Quería intimidarme? No tenía ni idea, porque lo único que conseguía era que yo me creciera más para enfrentarlo. Él estaba de suerte porque me jugaba mucho, si no fuese así… Lo mismo, mi aspecto juvenil le había dado una impresión incorrecta. No podía estar más equivocado, mi apariencia no se correspondía con mi carácter, en absoluto.

Desde siempre me habían echado años de menos, estaba claro los que tenía al estar cursando el máster, pero mis facciones engañaban y el color de mi melena pelirroja me hacía los rasgos muy suaves, delicados y finos. Y si le sumaba las pocas pecas que tenía por la nariz y debajo de los ojos…

—Solo quería dejar las cosas claras —dije, observando la tarima.

—¿Por qué te has dormido? ¿Suele ocurrirte?

Caminó hasta la tarima, sabiendo muy bien hacia dónde miraba, y no tuve más remedio que centrarme en él cuando se puso delante. Colocó los exámenes arriba y apoyó el final de la espalda en el filo, volviendo a cruzar los brazos.

—Me acosté muy tarde repasando para los dos exámenes de hoy —susurré—. Ha sido una semana intensa. Y no, no suele ocurrirme. Estaba cansada.

—Podría haberte negado la entrada al aula y al examen.

—No hubiera sido justo. —Levanté la barbilla.

—Pero estaba en todo mi derecho de hacerlo. —Arqueó una ceja.

—Solo he llegado diez minutos tarde. —Bufé, apartando la mirada de él.

—Suficientes, y si no estoy equivocado, el señor Valentín no habría dudado en actuar en consecuencia.

—Pues vale.

Noté su atención fija en mí, pero hice un gran esfuerzo para evitarlo. Me incomodó y me puso muy nerviosa su silencio y que, durante los siguientes minutos, no se moviera.

—Puedes irte, Ginger. —Alargó mi nombre al pronunciarlo.

—¿Ya? —Me sorprendí.

—¿Quieres que rectifique? —dijo con expresión divertida— Lo mismo te gustan las vistas y quieres continuar aquí.

—No, gracias. —Me levanté rápido de la silla.

Necesitaba urgentemente un café y algo consistente, pero sobre todo largarme del aula. Tenía dos horas por delante hasta el siguiente examen, tiempo más que de sobra para desayunar tranquila y aprovechar para repasar. Me agaché para coger la mochila del suelo y lancé el bolígrafo al interior antes de colgármela al hombro.

—Gracias —murmuré cuando empecé a caminar hacia la puerta, pero me paré y giré la cabeza hacia él, por sus siguientes palabras.

—Tu estómago está más agradecido que tú —dijo, separándose despacio de la tarima—. Te ha sonado. —Me sonrojé—. Es lo más normal cuando a esta hora todavía no has comido nada. Vete, Ginger, pero llévate esta advertencia: que no vuelva a ocurrir, porque si se da otra ocasión en la que llegas tarde a mi clase, te aseguro que te quedarás fuera.

—De acuerdo. —Hice una mueca, dándole la espalda.

Con el camino libre, me dirigí rápido hacia la puerta, para escaparme cuanto antes, por si se lo pensaba mejor. Solté un gran suspiro cuando estuve en el pasillo y se cerró. Tomé la dirección de la cafetería, pensando en un café con leche y en un bocadillo. Cuando salí del edificio, me tomé unos segundos al aire libre, disfrutando del sol.

Hacía un día espectacular, en el que dentro de unas horas sería agobiante no estar a la sombra. La cafetería se encontraba a unos metros de distancia. El único acceso que tenía era desde el exterior, a pesar de que formaba parte del mismo edificio. Al entrar, fui directa a la barra para pedir, y fue cuando llegó el momento de pagar que me resigné a que el día no quería enderezarse.

—Un momento, tiene que estar por algún lado —hablé, agobiada.

Mi bandeja estaba sobre la barra, con el café y el bocadillo recién hechos. El chico que me había atendido se encontraba al otro lado, esperando a que le pagara, y detrás de mí se había hecho una pequeña cola a la que no me atreví a girarme por vergüenza. Todo esto mientras llevaba unos minutos buscando nerviosa el monedero dentro de la mochila.

—Joder. —Bufé al darme por vencida, después de remover varias veces el interior—. Creía… creía que anoche metí el monedero. —Miré al chico con apuro.

—Tranquila, no te preocupes. —Me sonrió amable—. Son cosas que suceden. —Me hizo un guiño—. Desayuna tranquila, el próximo día pagas.

—Yo… te lo agradezco mucho y lo siento. No sabes lo mal que me sabe, no me había sucedido nunca —me lamenté.

—Está claro que hoy no es tu día y que te está ocurriendo todo lo que nunca te pasa —dijo una voz justo a mi espalda y cerré los ojos con fuerza.

—Sí. —Fue lo único que me salió decirle al profesor que iba a martirizarme hasta que me fuese de la universidad.

—Como he dicho, no pasa nada —insistió el chico.

—Gracias. —Le sonreí con timidez—. El lunes, sin falta —asintió devolviéndome el gesto, el suyo fue más amplio.

Cogí la bandeja con más fuerza de la normal, al temblarme las manos, y me giré encontrándome de frente con el profesor. Joder, si no sabías quién era, pasaba desapercibido al mezclarse con los estudiantes. En el sentido de ser un profesor, porque por su apariencia…

Pasé por su lado, prestándole solo la atención necesaria, y me dirigí hacia una de las mesas que había libre al lado de la cristalera que daba a la calle. Ocupé la silla, preguntándome cuántos años tenía el profesor, pensamiento del que me olvidé cuando empecé a comer.

Me encantaba colocarme en esta parte porque el sol me daba directamente a través del cristal. El primer sorbo de café me supo a gloria, y el mordisco al bocadillo casi me hizo jadear. Desayuné tranquila, sin prisa, y al terminar aparté la bandeja y saqué los apuntes para repasar para el último examen. Estaba deseando hacerlo para dar la mañana por finalizada, para comenzar el fin de semana.

Estaba concentrada cuando noté una presencia al lado. Levanté la cabeza despacio, encontrándome con el chico que me había atendido en la barra.

—Hola —lo saludé, sin saber qué quería.

—Hola. Para ti —dijo, sonriéndome.

—¿Y esto? ¿Por qué? —Quise saber, siguiendo el movimiento de su mano.

Llevaba una taza de café, la que colocó frente a mí en la mesa, en uno de los huecos libres de papeles que había.

—Para que cojas fuerzas. —Me hizo un guiño.

—Gracias. —Le sonreí.

—Me gustaría decir que ha sido idea mía, pero viene de otra persona.

—¿De quién? —Fruncí el ceño.

—Me ha pedido que lo mantenga en secreto, aunque me amenaces. —Frunció los labios con diversión—. Por cierto, se ha encargado de pagártelo todo, ya puedes estar tranquila.

Con esas palabras me dejó sin palabras y se fue. Miré la taza y después busqué por la cafetería a la única persona que se me vino a la cabeza. No podía ser, ¿no? ¿El profesor se había apiadado de mí? Tragué saliva, desconcertada, pero encantada por poder tomarme otro café.

Capítulo 3



—Perdón, ¡profesor! —llamé su atención, casi corriendo por el camino central.

Habíamos coincidido al salir al mismo tiempo del edificio; al menos, yo me iba ya porque acababa de terminar el segundo examen, con el que me había quedado muy satisfecha. Él caminaba unos metros por delante, pero no atendió a mi llamada, por lo que corrí, lo adelanté y me paré de golpe frente a él.

Arqueó una ceja al ver que le cortaba el paso, observándome con atención.

—Si tienes algo que decirme, tendrás que esperar a la semana que viene. No atiendo a los alumnos fuera de la universidad.

—Te he llamado, pero no te has parado. —Agarré con fuerza el asa de la mochila.

—No he escuchado mi nombre.

—Porque no lo sé. —Solté el aire de golpe—. No he estado cuando te has presentado en la clase.

—Ah, claro, porque has llegado tarde. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿No me lo vas a decir?

—¿Te interesa por algo en concreto?

—No.

—Entonces, tampoco es relevante para que asistas a clase y prestes atención.

—¿Por qué tengo que ser una excepción? Todos los demás lo saben y… Olvídalo, no me interesa saberlo. Ni siquiera se lo preguntaré a mis compañeros. —Elevó las dos cejas—. Solo quería… quería agradecerte lo de la cafetería.

—No sé a qué te refieres.

—Eh, yo…

¿Me había equivocado? ¿Quizás me había ayudado alguien de la cola o el chico que me atendió? Si fue este último, se inventó esa excusa para no

decirme la verdad. Pero no tenía sentido. Aun así, me creó la duda y, para ser sincera, con los nervios que sentí por la vergüenza de aquel momento, no me fijé en las personas que esperaban para que las atendieran. Tragué saliva porque me sentí ridícula. ¿Se estaba quedando conmigo?

—Bueno, si has sido tú, gracias. Me gustaría saberlo para devolverte el dinero el lunes y…

Empezó a andar, pasando por mi lado, adelantándome e ignorándome.

—No te vendría mal aprender modales —siseé.

Hablé más alto de lo que me había parecido, por lo que me escuchó. Dejó de andar, sin volverse hacia mí.

—Y a ti te vendría bien ser más agradecida y respetuosa —dijo.

—¿Perdón? He corrido para que me escucharas, precisamente para eso. —Bufé—. Manda narices.

No iba a ser menos, por lo que esta vez lo pasé de largo yo, pero ya no me frené más. Continué caminando hacia el estacionamiento de bicicletas, tranquila por mi parte porque al menos lo había intentado. Otra cosa no, pero modales y respeto me sobraban gracias a mis padres, hasta que me alteraban, claro. Mi bicicleta estaba cerca, al final del camino, a unos pasos hacia la izquierda.

Llegué hasta ella segura de que la invitación del desayuno no podía ser de otra persona, más aún cuando él había sido testigo directo de lo que me había pasado. Que le dieran, me dije, mientras guardaba dentro de la mochila el candado con forma de u. Sentí tanta rabia que no me percaté de que un par de ojos me seguían con atención en todo momento.

Hasta que pasé pedaleando, cruzándome por delante, y me di cuenta de que el profesor continuaba parado donde lo dejé en el camino. Desvié la atención rápidamente, para centrarla en el carril. Quería llegar a casa ilesa porque, a pesar de todo lo que me había pasado, el peto vaquero continuaba siendo mi talismán. Lo importante eran los resultados de los exámenes, y estaba eufórica por cómo me habían salido. Todo lo demás había sido producto de un mal despertar.

Llegué con calma al bloque en el que vivía con mis padres y, al entrar, dejé la bicicleta debajo del hueco de la escalera. Opté por subir en el ascensor y, en cuanto abrí la puerta del piso, me encontré con mi padre yendo hacia la cocina.

—Cariño, ¿qué tal el día? —me preguntó con una gran sonrisa.

—Perfecto. —No pilló la ironía que desprendió esa única palabra—. Sacaré buena nota en los exámenes —dije, emocionada.

—¡Esa es mi chica! No sabes cuánto me alegro, te has esforzado mucho. —Me abrazó, y sonreí con la mejilla apoyada en su pecho.

—Gracias.

—Ve a ponerte cómoda, estoy poniendo la mesa. Tu madre está terminando de ducharse.

—Vale. —Le di un beso y fui hacia mi habitación.

Antes de colgar la mochila en el perchero, saqué el móvil. No le había prestado atención en ningún momento, por lo que vi por primera vez las notificaciones de mis amigos, enviadas a primera hora de la mañana.

Dejé el teléfono en la cama para quitarme la ropa, y saqué de la cómoda un vestido fresquito de tirantes para estar por casa. Me lo coloqué, poniendo los ojos en blanco al encontrar el monedero encima. Hice una parada rápida en el baño y abrí los ojos como platos al mirarme en el espejo.

—Joder —susurré por el desastre que era mi pelo—. He estado así todo el tiempo —me lamenté, frotándome la cara.

Sacudí la cabeza y salí a por el móvil para leer los mensajes y para enviar uno rápido de respuesta.

Andrea: *Buenas días, amores míos. ¡Arriba ese ánimo que es viernes! Ginger, a por todas hoy* —acompañó a sus palabras con un brazo doblado, mandándome fuerzas—. *Lo vas a bordar, no tengo ninguna duda. Suerte, cariño.*

Tania: *A mí las fuerzas me entran después de los dos primeros cafés, pero los ánimos hoy los tengo por las nubes, porque libro, ja, ja, ja… Eso,*

pelirroja, suerte con los exámenes. Estamos contigo.

Adrián: *Soy el único responsable que está trabajando. Me habéis hecho desconectar para ver de qué habláis. No sé qué he hecho mal para trabajar los viernes.*

Andrea: *Hombre, no has sonado muy responsable, ja, ja, ja…*

Adrián: *Me lleváis por mal camino y lo peor de todo es que lo sé y no hago nada al respecto* —puso un emoji guiñando un ojo—. *Ginger, ánimo con los exámenes. Te van a ir bien.*

Tania: *Lo de esta noche sigue en pie, ¿no?*

Andrea: *Claro, a las ocho donde siempre.*

Adrián: *Os dejo, estoy muy liado. Hasta luego.*

Andrea: *Yo también, voy a salir a comprar.*

Tania: *Joder, ¡qué responsables! Siento daros envidia, pero yo voy a dormir un poco más.*

Los siguientes mensajes eran haciendo comentarios de broma y de despedida.

Ginger: *¡¡Holaa…!! ¡Sois los mejores! Acabo de llegar a casa y estoy feliz. Los exámenes me han ido genial, estoy convencida. De la mañana no puedo decir lo mismo. Por la noche os cuento, que entre copa y copa todo se lleva mejor. Ahora voy a comer con mis padres. ¡Os quiero!*

Dejé el teléfono en la mesita de noche y salí de la habitación.

—Tesoro. —Reí por el susto de mi madre al salir del baño—. No te he escuchado llegar, ¿cómo ha ido?

—Perfectamente. —Sonreí con un guiño.

—Lo sabía. —Me abrazó—. ¿Has llegado muy tarde? ¿Tuviste algún problema por el retraso?

—Diez minutos y no. Todo ha ido bien. Vamos a comer. —La agarré del brazo y caminamos por el pasillo, mientras continuaba haciéndome preguntas.

✣ ✣ ✣

Martes, segundo día de la semana.

Y aquí estaba yo, sola en el aula, sentada a cuatro filas de distancia de la tarima. Había llegado con quince minutos de antelación; no iba a tentar a la

suerte con el profesor que entraría cuando fuese la hora.

Mis compañeros empezaron a llegar, y los fui saludando. El último en hacerlo fue el profesor sin nombre. Para mí, al menos, porque los demás sí lo sabían cómo. Me daba igual, quedaba poco para que terminara el curso y entonces ya no volvería a verlo.

Escuché con atención la conversación, en tono muy bajo, que iniciaron las dos chicas de delante.

—Ese hombre es un pecado —dijo la que estaba sentada junto al pasillo, como yo.

—Ya te digo, quién lo pillara —soltó un suspiro la otra.

—Yo voy a intentar algo el último día de clase.

—¿Qué dices? ¿En serio? ¿Y si el curso que viene tiene que sustituir en algún momento a Valentín?

—Pues repetiremos. —Rio contenida, sin llamar la atención—. Pero no creo que pase. Sería mucha casualidad, así que no voy a perder la oportunidad de que me vea realmente.

—No tiene pinta de que le gusten las de nuestra edad.

—Habla por ti. —Sonó indignada—. Yo haría cualquier cosa por poner las manos en ese culo…

—¿Solo en el culo? —Quiso saber divertida la otra.

—Por algo hay que empezar. —Giró la cabeza hacia ella la del pasillo y le hizo un guiño.

Se quedaron en silencio y desconecté de las dos, para prestar atención al profesor. Acababa de subir a la tarima y se dirigió hacia la mesa. Tragué saliva, temiendo su posible reacción. Ya no había marcha atrás.

—Buenos… días —dijo en alto con una pausa larga para terminar, al encontrar lo que había sobre la mesa.

Se volvió despacio hacia nosotros y recorrió el aula con la mirada, mientras todos le correspondían al saludo. La única excepción fui yo, pero es que me hice pequeña en la silla cuando sus ojos me encontraron y se quedaron fijos en mí durante más tiempo del normal.

Las chicas de delante se emocionaron, dándose golpecitos por debajo de las mesas, creyendo que las estaba observando a ellas. Un gran error, bien lo sabía. Nada más entrar en el aula, subí a la tarima y dejé cinco euros sobre la mesa, como pago por el desayuno y el segundo café.

Sobraba para lo que tuvo que pagar el viernes, porque estaba convencida de que fue él. No iba a hacerme cambiar de opinión, y, aunque estuviera equivocada, no me arruinaría por cinco euros. Otra cosa era que el profesor

pensara que estaba intentando sobornarlo. Pero sería ridículo por la cantidad que era.

Aguanté como pude, controlando la inquietud y el nerviosismo, pidiendo mentalmente que no hiciera algún comentario. Por suerte, nos dio la espalda y pude volver a respirar. Se guardó disimuladamente el dinero en el bolsillo y se sentó, colocando su maletín en la mesa.

¿Cómo iba a hacer para tranquilizarme hasta el final del curso? No me extrañaba que las dos chicas de delante babearan por él como las demás, e incluía a todas las mujeres de la universidad. Hoy llevaba otra camiseta de manga corta y un pantalón vaquero diferente que le quedaban igual de bien.

Para mi tranquilidad, inició la clase rápido y me concentré en sus explicaciones, para no perderme ningún detalle. Aún faltaba un último examen de su asignatura e iba a por todas también.

—Ginger, ven a la pizarra.

Maldije, interiormente, no quería estar tan cerca de él. Me levanté despacio, escuchando «qué suerte tienes» de las chicas de delante. Les sonreí por cortesía, forzada y sin ganas. Bajé los escalones bajo la atenta mirada del profesor que había vuelto a sentarse en la mesa y tenía los brazos apoyados en ella y los dedos entrelazados, mientras seguía mi avance como un depredador que espera saltar sobre su presa.

Esto último era culpa de mi padre, por todos los documentales de naturaleza y animales que veía.

—Resuélvelo —me pidió cuando me paré en la tarima, a unos metros de distancia.

Me señaló la tiza solitaria en el filo de su mesa y no me quedó más remedio que ir a cogerla.

—Claro —susurré antes de girarme hacia la pizarra, evitando hacer contacto con sus ojos.

Lo hice, por suerte sin problema y sin que la tiza se me cayera de las manos temblorosas y sudadas por los nervios. Noté su mirada en todo momento, era la única que me afectaba, porque las de mis compañeros no me intimidaban ni me ponían en tensión, las de ellos me daban exactamente igual.

Cuando terminé cogí una bocanada de aire antes de enfrentarme de nuevo al profesor. Me giré hacia él, mirando de vez en cuando de reojo hacia mi vía de escape: la escalera. Estaba deseando regresar a mi mesa, pero hasta que él no me lo dijera no iba a moverme y por lo visto, quiso alargar el momento y mi sufrimiento.

—¿Todos lo hubierais resuelto de la misma forma? —preguntó a la clase — Decidme si está bien.

Todas las contestaciones de los que se animaron a hablar coincidieron en dar una respuesta negativa, y algunos explicaron cómo lo habrían hecho ellos, mientras la gran mayoría se mantenía en silencio. Me giré hacia la

pizarra y repasé mentalmente todos los pasos que había dado para obtener el resultado. No hacía mucho que habíamos empezado esta parte del temario, pero no tuve dudas. No encontré ningún error y me autoconvencí de que estaba bien porque lo había hecho muy segura.

—Acabáis de dejar claro y en evidencia por qué vuestra compañera Ginger ha sacado la máxima nota posible en el examen del viernes. Y, por supuesto, de la clase. Os recomiendo que prestéis más atención si queréis avanzar a buen ritmo.

Las palabras del profesor me hicieron agrandar los ojos y fijarlos en él, con un pequeño jadeo. ¿Había conseguido la máxima puntuación? ¡Ay, que estaba a punto de darme algo de la emoción.

—Enhorabuena. —Me felicitó y tragué saliva, por lo que dijo y al escuchar los aplausos de mis compañeros.

—Gracias —susurré nerviosa, por la intensidad de su mirada.

—Puedes regresar a tu mesa, Ginger.

Mi nombre sonaba diferente cuando lo pronunciaba él. Asentí sin saber qué más decir, aunque no hacía falta. Me moví temblorosa y al llegar a mi silla caí en ella de cualquier de forma. A la mierda la elegancia, necesitaba algo que soportara mi peso y lo encontré.

Capítulo 4



Siete años después. En la actualidad…

Ginger

Dejé el portátil apagado a un lado en el sofá y me estiré. Llevaba toda la tarde en la misma posición, y mis músculos y articulaciones se quejaron, haciéndome ser consciente de todo mi cuerpo. Tocaba moverme. No tenía ganas de salir de casa, pero necesitaba hacerlo.

Me levanté y fui hacia mi habitación. Hacía años que dejé de vivir con mis padres, justo después de conseguir mi primer empleo. Mi vivienda era una casa de dos plantas, bastante grande para mí sola, pero es que me enamoré de ella en cuanto la vi. Además, se presentó una gran oportunidad: los propietarios anteriores la vendían por un precio increíble. Era imposible dejarla pasar, así que me lancé a comprarla sin dudar.

Tenía la gran suerte de poder vivir por mi cuenta; mi trabajo me proporcionaba muchos ingresos cada mes, y no podía estar más feliz por ello. Había trabajado muy duro en mis estudios para conseguir lo que

llevaba disfrutando desde que entré en el mundo laboral, y lo que más me gustaba era que no dependía de nadie más que de mí.

Trabajaba desde casa y por cuenta propia; yo decidía qué propuestas aceptar. A veces, en contadas ocasiones, tenía que desplazarme a bancos, compañías de distintos sectores o grandes corporaciones. Todo sumaba cuando me llamaban o me enviaban correos electrónicos para colaborar en nuevos proyectos, o para rentabilizar los que ya tenían en marcha.

Finalizar el máster con la máxima puntuación me abrió bastantes puertas; las demás me encargué yo misma de abrirlas con el paso del tiempo, demostrando mi profesionalidad, eficiencia y eficacia. Conseguí hacerme un nombre dentro de mi profesión. Tenía muchos trabajos pendientes a la espera de que los aceptara, pero para eso, primero debía terminar los dos que tenía entre manos. Era imposible abarcarlo todo, y siempre he pensado que es mejor avanzar poco a poco y lograr el mejor resultado, que querer hacerlo todo y no dar lo mejor de mí.

Entré en el vestidor de mi habitación y me quité la malla y la camiseta de tirantes, para sustituirlos por un pantalón corto deportivo y otra camiseta de las que reservaba para salir un rato a correr. Era el único deporte que practicaba porque se adaptaba a mis necesidades cuando el trabajo me lo permitía, sin horarios a seguir.

Lo necesitaba para desestresarme y para relajarme, por eso siempre salía por las noches: para dar por finalizados los días y darle un respiro a mi cuerpo tras tantas horas de inactividad. Lo de madrugar más de lo que lo hacía no iba conmigo, levantarme a las siete y media de la mañana entre

semana y mi taza de café en el sofá, mientras se encendía el ordenador, no era negociable.

Me calcé las deportivas y fui al baño para recogerme bien el pelo, mirándome en el espejo. No me esmeré mucho, en poco tiempo tendría la coleta desecha, por lo que terminé rápido.

Justo cuando salía, escuché la melodía de una llamada. Bajé a la planta inferior. Las tres habitaciones completas, con baños privados, que tenía preparadas con camas, se encontraban en la planta superior. En total había cuatro con la mía, aunque solo la que yo utilizaba disponía de vestidor.

En la planta baja se encontraban el comedor y la cocina —ambos muy amplios—, el lavadero, un aseo y una habitación de tamaño mediano que convertí en biblioteca. Me encantaba pasar allí todos los ratos que podía permitirme desconectar, en un sofá muy cómodo de dos plazas que compré a conciencia y al que le daba el sol muchas horas del día, por la posición en la que lo coloqué.

Desde la biblioteca se podía acceder al exterior por una corredera doble que daba al jardín. En la misma planta, la inferior, también tenía un despacho que utilizaba de vez en cuando, porque en la mayoría de las ocasiones prefería trabajar en el porche o en el sofá.

Como ya he mencionado, la casa tenía porche, con salida a un jardín amplio, donde había varias hamacas, sillones cómodos, mesitas y una zona de barbacoa. Para mí, esta parte de la casa era un gran desahogo en cualquier época del año.

Cuando llegué al sofá, la llamada ya se había cortado. Al coger el móvil y ver el nombre de Adrián en la pantalla, sonreí y devolví la llamada, llevándome el teléfono a la oreja.

—Hola, preciosa.

—Hola, tío bueno. —Reímos.

—Te recojo en una hora.

—Oh, joder, se me había olvidado. —Abrí los ojos con sorpresa.

—¿En serio? Bueno, no sé cómo me extraño a estas alturas. Solo a ti pueden pasarte estas cosas —dijo con tono divertido—. No me lo digas: has estado trabajado un sábado por la tarde.

—Sí —solté un suspiro—. No quería empezar la semana con tanto trabajo acumulado, he hecho una excepción.

—¿Y cuándo descansas y vives?

—Hago lo que puedo —negué—. ¿Cómo se me ha olvidado que hoy es sábado? —Bufé—. Acabo de ponerme la ropa de deporte, estoy preparada para salir a correr.

—No quieres que te conteste. —Rio, y puse los ojos en blanco—. Sal igualmente, tienes tiempo de sobra. Da una vuelta más corta si necesitas relajarte, y dúchate rápido.

—Vale —respondí con dramatismo, soltando un profundo suspiro para rematarlo, provocando que mi amigo volviera a reír.

—Te doy quince minutos más. No te entretengo. Estaré en tu casa a las nueve y media. Ahora aviso a las chicas de que nos retrasaremos un poco.

—Perfecto, te has ganado una copa gratis.

—Tú no me invites a la cena, ¿para qué? —se quejó y solté una carcajada.

Nos despedimos, y no perdí el tiempo para salir de casa. Me guardé el móvil en la funda y las llaves en el bolsillo pequeño interno del pantalón, y empecé a ir al trote, pensando en el cambio de planes.

No sabía ni en qué día vivía, me había desorientado por completo porque los viernes y sábados siempre salíamos a cenar, a picar algo y a disfrutar. Las únicas excepciones en las que alguno nos lo saltábamos eran cuando no nos encontrábamos bien, aunque los demás continuábamos con la rutina de aprovechar el fin de semana.

No me alejé mucho de la casa, solo iba a correr unos treinta y cinco minutos, para tener el resto del tiempo para ducharme y prepararme con calma. Era más que suficiente, solo necesitaba moverme rápido para dejar de sentir la ligera presión en las piernas y en los tobillos. Esto era otro de

los motivos por los que me obligaba a ejercitarme. Cuando llegaba el buen tiempo y el calor, el cuerpo se me hinchaba y me sentía molesta.

Cumplí mi propósito, llegué sofocada y sudada a la entrada de mi casa, donde empecé a estirar. Estaba tan concentrada en hacerlo que no me di cuenta al principio de lo que sucedía en la vivienda del otro lado de la calle, justo enfrente de la mía. No es que fuese algo impresionante o llamativo, o tal vez llegué a la conclusión de que sí, después de observar mejor.

Me llamó la atención porque hasta hacía muy poco esa casa —que era casi idéntica a la mía— había estado deshabitada durante el último año. Lo mismo sucedía con la que quedaba a la derecha de mi vivienda, que continuaba sin vivir nadie.

Miré disimuladamente de reojo y vi a un hombre de espaldas, mientras me mantenía inclinada, estirando. Joder, y qué espalda. La tenía al descubierto; vestía únicamente una bermuda. Por lo visto, tenía nuevo vecino. Era la primera vez que veía movimiento al otro lado en meses. Cuando dejé de centrarme en él y sus movimientos hipnóticos —sí, me quedé embobada—, me fijé en que estaba arreglando el pequeño jardín delantero.

Ya empezaba a oscurecer, aunque todavía había luz del día, pero no la suficiente como para distinguir más detalles de él por la distancia que nos separaba.

—Qué mierda hago. —Bufé, consciente de que estaba perdiendo un tiempo valioso.

Entré en casa y fui directa a la escalera, para ir al baño de mi habitación. La ducha me sentó genial. Me encantaba la sensación de tener la piel y el pelo limpios, mientras aprovechaba los últimos minutos debajo del agua.

Me sequé rápido, porque al final había tardado más tiempo de lo previsto, y fui desnuda hasta el vestidor, con una toalla enrollada en la cabeza. Me puse la ropa interior, aunque solo la braguita, ya que no pensaba usar sujetador. Para esa noche había elegido un vestido veraniego de falda corta y tirantes finos de los que caía la tela en un escote que terminaba por debajo de los pechos. Toda la espalda quedaba al descubierto hasta el inicio del trasero.

Regresé al baño, ya vestida, y di el visto bueno a mi apariencia. Me encantaba el vestido: era muy sensual e insinuante, pero a la vez tapaba todas las partes importantes. Saqué el secador y me sequé el pelo frente al aire acondicionado de la habitación. En esta época del año, con la melena que tenía, o me lo dejaba mojado —lo cual era impensable para salir porque al secarse al aire se quedaba indomable— o aprovechaba el aire frío por el tiempo que tardaba en que me quedara bien.

Satisfecha con el resultado, comprobé la hora: Adrián llegaría en diez minutos. Lo había conseguido. Solo me faltaba peinarme y maquillarme un poco, y eso fue lo que hice a continuación. Me eché crema en la cara, me delineé los párpados, puse un poco de colorete y un labial que me favorecía.

Me arreglé las ondas como me gustaba frente al espejo del baño y, lo último, antes de salir, fue echarme el perfume. Fui al vestidor por las

sandalias de cuña, me las calcé y cogí un bolso pequeño, donde metí todo lo que iba a necesitar. Justo me lo estaba colgando cuando sonreí satisfecha al escuchar el timbre.

Comprobé que todos los accesos de la casa quedaban cerrados y salí al encuentro de mi amigo, el que me recibió con una gran sonrisa y un silbido, mirándome de los pies a la cabeza.

—Exagerado. —Reí con ganas.

—Lo que tú digas, pero estás increíble. —Me hizo un guiño—. Qué pena de mí que no tenga una mínima oportunidad.

—No la querrías, te lo aseguro —dije divertida.

—Mmm… tienes razón.

—¡Oye! —Me hice la ofendida, dándole un golpe en el hombro.

—Has empezado tú —negó riendo—. Anda, vamos. —Me rodeó los hombros con el brazo y empezamos a caminar por el camino asfaltado que hacía de separación del jardín de la entrada—. Andrea y Tania nos esperan en la terraza del restaurante.

—Vale.

—Mañana no tendrás pensamiento de trabajar, ¿no? —Me miró de reojo.

—Si te digo que sí eres capaz de emborracharme esta noche. —Arqueé una ceja.

—Lo que quiere decir que me voy a esmerar en conseguirlo, ante la duda, mejor actuar. —Me hizo un guiño.

—Tranquilo, no tendrás que esforzarte mucho. —Reímos.

Nos separamos para montarnos en el coche. Mientras rodeaba el vehículo, la vista se me fue hacia la casa de enfrente, justo en el peor —o mejor— momento. Qué leches, en uno increíble que me dejó sin respiración.

—Mierda —susurré.

Mi amigo ya estaba montado frente al volante, por lo que no dejé de caminar, pero muy despacio, mientras mis ojos no se apartaban de la increíble visión que me ofreció la ventana del piso de arriba a la casa del vecino. La luz estaba encendida, por lo que lo distinguí con claridad.

Tragué saliva, sabiendo que estaba muy mal lo que hacía, pero qué mierda, era él el que se estaba exponiendo sin pudor. El cuerpo del vecino estaba de lado enmarcado por la ventana, como una pintura perfecta de él completamente desnudo. De lado, un poco inclinado hacia el cristal, se veía todo de él, hasta, hasta… ya me entendéis.

Solté un jadeo, sofocada, justo cuando se giró de repente. Se quedó de frente y sentí tanto bochorno porque me hubiera pillado, que corrí hasta la

puerta del copiloto, sin fijarme en su cara. Mejor, mucho mejor, cuanto antes le diera yo la espalda y desapareciera.

—¿Qué haces? —me preguntó Adrián, divertido.

Me había lanzado al interior del coche y me quedé sentada en una postura rara, casi encima de él.

—Tengo muchas ganas de empezar la noche —dije de forma precipitada.

Arqueó una ceja observándome con atención y sonrió de medio lado.

—Ya me contarás el motivo de tu reacción y ese rubor en tus mejillas cuando lleves un par de copas —me hizo un guiño.

No era una amenaza, era una gran verdad. Incluso con la primera copa me pasaría. Por mucho que tomara un par cada viernes y sábado, con la edad que tenía, aún no me había acostumbrado. El alcohol me tumbaba rápido; no tenía resistencia. Pero justo en ese instante, era exactamente lo que necesitaba para quitarme el agobio de encima.

Adrián arrancó y empezó a circular, lo que agradecí inmensamente.

Seguro que no me ha visto. Estaba… estaba mirando algo que tenía entre las manos. Sí, claro. He tenido suerte. Esas fueron las palabras de ánimo que me di a mí misma porque no podía empezar con tan mal pie con el nuevo vecino, ¿no?

Capítulo 5



—Estoy hasta las narices de Mateo —se quejó Tania, antes de vaciar su copa por segunda vez.

Esa era la cantidad que llevábamos desde que habíamos llegado al *pub*. En el restaurante, mientras cenábamos, nos bebimos dos botellas de vino. Para que os hagáis una idea de cómo me encontraba, bastaba con fijarse en mis sonrisas eternas, mis carcajadas y mis risas hasta por ver una mosca imaginaria pasar volando delante de mis ojos.

No me diferenciaba mucho de mis amigas, Tania y Andrea, ellas también estaban muy *contentillas*. La última hacía unos minutos que casi se cayó de la silla y se justificó diciendo que el suelo había temblado, lo que provocó que nos dobláramos de la risa. Normal que tuviera esa sensación, pero no porque fuese en sentido literal, era ella la que estaba inestable. El único que se mantenía firme, por el momento, era Adrián.

—¡Borradlo de mi vida! —gimió Tania— Joder, este lugar es único preparando las bebidas —dijo, saltando de una cosa a otra.

—Mmm… lo de Mateo tiene fácil solución, otra cosa es que quieras dársela —comenté, balanceando mi copa.

—Déjala tranquila, que la lías —me pidió Adrián, tan mono él, cuando me quitó la copa de la mano y le gruñí—. Has dado miedo —dijo riendo.

—¿A quién tiene que dejar tranquila? ¿A mí? —Se señaló Tania—. Si tiene más razón que una santa. —Bufó, enfadada.

—Me refería a su copa. —Sacudió la cabeza Adrián, aclarando lo que hubiera sido evidente para las tres en un estado de lucidez.

—Ah. —Hizo una mueca, Tania—. ¿Qué hago? ¿Qué hago? —Se removió en la silla y nuestro amigo volvió al rescate, agarrándola de un brazo cuando se resbaló del asiento—. Gracias, macizo y portento de hombre, ¿quieres terminar la noche conmigo? —Soltamos una carcajada.

—Al paso que vais, vamos a terminarla todos en mi coche o en un taxi, porque me queda poco para igualaros —dijo Adrián entre risas.

—Eso ha sonado caliente y morboso —intervino Andrea.

—Lo mismo se nos une el taxista, esa opción me ha gustado más —habló pensativa Tania—. Bebé —le pidió a Adrián, acercándole su copa, tanto que se quedó al límite del filo.

—A ver. —Levantó una mano Andrea y los tres la miramos—. La única solución que encuentro es que le cortes lo que le cuelga.

Lo dijo tan segura y con tanta decisión, que no pude evitar, ni controlar, que el sorbo de *gin-tonic* que acababa de darle a mi copa saliera propulsado de mi boca hacia delante. Incluso me salió por la nariz.

—¡Nena! ¡Te has pasado! —Soltó una carcajada Andrea, pero todos volvimos a doblarnos de la risa, incluida yo, mientras tosía.

—¿Quién de nosotros se ha pasado? Joder —dijo ofendida Tania, mientras se secaba el brazo con servilletas.

Ahí había ido a parar parte de mi *gin-tonic*. Se lo había cedido gustosamente a su piel. Al menos llevaba los brazos descubiertos; estaba preciosa, con un top ajustado de palabra de honor y una falda corta plisada, aunque no se veía en ese momento porque estábamos sentados en una mesa al aire libre de la pequeña terraza del *pub*.

Andrea estaba igual de espectacular, con un pantalón corto de vestir y un top con algunas transparencias que se ataba al cuello, como única sujeción, dejando los hombros y parte de la espalda al aire.

Adrián también estaba increíble. Desde siempre había destacado por tener un cuerpo y una constitución espectaculares, y sus facciones no se quedaban atrás. Era el terror de las nenas, jovencitas y mayores, como decíamos nosotras en broma, aunque en realidad era una grandísima verdad. Él cada

vez que lo escuchaba, se reía, pero, aunque se lo tomara con humor, nuestro amigo bien sabía lo que provocaba.

—La que se ha pasado es Ginger, con la ducha improvisada que te ha lanzado —aclaró Andrea, sin poder parar de reír.

—La culpa ha sido tuya. —La señalé—. ¿Cómo se te ocurre darle esa solución? ¿En serio? ¿Qué le corte lo que le cuelga? Joder, ¡qué es muy capaz de planteárselo! —Me tapé la boca.

—No me disgusta —dijo Tania, dándome la razón.

—Es en estos momentos en los que más valoro ser vuestro amigo. —Rio Adrián, y lo acompañamos en las risas.

—Cariño, tú eres el único hombre en este planeta que se salva. —Le hizo un guiño, Andrea.

—Menos mal, porque con él sí que no podríamos. —Puse los ojos en blanco.

—A ver, vamos a solucionar la crisis de Tania, porque me interesa mucho saber el motivo por el que te has lanzado encima de mí en el coche, alterada y roja como un tomate bien maduro —comentó Adrián, mirándome con una ceja arqueada.

—¿Qué dices? ¿Ha salido de casa, bebida y se ha tropezado? —Jadeó Andrea, pasando la mirada de uno a otro.

—En algunas ocasiones es bastante torpe, pero de ahí a lo que ha sucedido… —Carraspeó Adrián.

—¿Perdona? ¿Acabas de decir que soy torpe? —gemí colocándome una mano sobre el pecho—. ¿Y qué dices tú de beber en mi casa? —Me dirigí a Andrea—. He estado toda la tarde trabajando, cuando he terminado he salido a correr, y después Adrián ha venido a por mí. Hemos llegado al restaurante perfectamente. —Bufé, y ella asintió varias veces, como si tuviese un muelle en el cuello.

—El alcohol no te deja ver con claridad, ni ser objetiva sobre lo de la torpeza —añadió él, frunciendo los labios.

—Nena, reconoce que la estabilidad muchas veces no es lo tuyo —dijo Tania, riendo.

—Pues vale. —Hice una mueca que más pareció un puchero—. Voy a por otra ronda. Os noto muy intensos todavía.

Al intentar levantarme, me sujeté con fuerza a las esquinas de la mesa, pero no llegué a pasar de quedarme con el culo en pompa, provocando que todos rieran, incluida yo.

—Ay, las alturas no me sientan bien —me lamenté, apoyando la frente en la superficie de madera.

—Claro, será eso, que no soportas lo que mides. —Sacudió la cabeza Adrián—. Yo me encargo de la ronda, pero será la última, al menos para vosotras tres —nos advirtió mientras se levantaba.

—¡Aguafiestas! —Le hizo una pedorreta Andrea.

—Por lo visto, mi destino era encontraros hace muchos años, para hacer de protector. No me hagáis hablar. —Puso los ojos en blanco.

—¡Qué tu copa te la carguen doble! —le gritó Tania, mientras Adrián se alejaba para ir a la barra.

—Vamos a hablar de Mateo —comentó Andrea.

—¿Por qué me lo recuerdas? —Lloriqueó Tania.

—Si has sido tú la que has sacado su nombre a relucir. —Rio Andrea.

—Ya se me había olvidado —lo admitió y la acompañó en las risas.

—¿Ginger? —me llamó Andrea.

—Un momento, veo mucha oscuridad. —Jadeé.

—Normal, tienes la frente apoyada en la mesa y los ojos cerrados. —Soltaron una fuerte carcajada las dos.

—Ah. —Levanté la cabeza de golpe, lo que fue un gran error porque de la oscuridad pasé a estar en una noria—. Joder. —Cerré los ojos con fuerza.

—Toma un poco de agua. —Me la ofreció Andrea.

Habíamos pedido una botella grande para compartir, y así hacer pausas de vez en cuando de los *gin-tonics*. La abrí y bebí varios sorbos, bajo la atenta mirada de mis amigas.

—¡Muy bien! —me animaron con aplausos.

Volvimos a reírnos cuando terminé, y al tranquilizarme encontré un poco de cordura para hablar, responsablemente, entre la neblina que me rodeaba.

—De Mateo simplemente tienes que pasar —le aconsejé a Tania—. No puedes estar quejándote y pasándolo mal siempre, no hay día que no te alteres —negué.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Adrián al regresar, colocando las copas en la mesa—. No merece la pena ni uno de tus pensamientos por él.

—Joder, si todo lo que me digáis lo sé. —Cogió su copa y se la llevó a los labios—. Pero es que después lo veo en el trabajo y pierdo la cabeza. —Bufó—. Lo que oculta debajo del pantalón me ha vuelto loca de remate. —Puso los ojos en blanco.

—Puedes encontrar lo mismo en cualquier parte, y sin tantos calentamientos. —Hizo una mueca, Andrea.

—Eso lo dices porque no lo has visto desnudo y con… —Se tapó la boca, mientras balanceaba un dedo de la otra mano para dejar más claro a lo que se refería.

—¡Qué solo es un cuerpo! —dije a la vez que metía los dedos en mi *gin-tonic* y cogía la rodaja de lima.

Se la lancé y le di de pleno en la cara, lo que provocó que Andrea, Adrián y yo soltáramos una carcajada por la expresión sorprendida que se le quedó. Le costó cerrar la boca y asimilar lo que había pasado.

—¡La has tomado conmigo esta noche! —Jadeó dirigiéndose a mí—. Primero me bañas con tu bebida y ahora me mojas con… ah, es una lima. —Miró hacia la mesa, donde había caído.

—Límpiate —le pedí dándole servilletas, mientras yo intentaba controlar las risas.

—Y según tú, ¿por qué esta vez estás hasta las narices de él? —Quiso saber Andrea—. Cada semana varía. —Se encogió de hombros.

—El jueves empezó a tontear con Aroa, nuestra compañera. —Hizo una mueca—. ¡Delante de mí! Y no se cortó ni un poco cuando ayer continuó y

desaparecieron por el pasillo. Tardaron muchos minutos en aparecer. —Se cruzó de brazos, indignada.

—Conocías perfectamente cómo era, lleváis trabajando juntos bastante tiempo —comenté.

—Ya, tengo a este atrofiado. —Se colocó un dedo en el pecho.

Supuestamente, para señalarse el corazón, solo que no atinó en la altura y en el lado.

—¿De verdad te importa tanto o solo es morbo y deseo? —le preguntó Adrián, después de beber.

—Mmm… —Se quedó pensativa.

—¡Ahí lo tienes! A ese lo olvidas en un visto y no visto. —Aplaudí emocionada—. Si estuvieras enamorada, tu contestación habría sido rápida y muy diferente —asentí convencida y mis amigos me dieron la razón.

—Necesito buscarme una distracción. —Hizo un puchero, Tania.

—Lo que necesitas es cambiar de trabajo como sigas así —le aconsejó Andrea.

—Es otra posibilidad —aceptó Tania. Dio la sensación de que estaba decidida a planteárselo, aunque con tanto alcohol en el cuerpo no podíamos

tomárnoslo en serio—. Vale, lo mío está claro, ahora cuéntanos por qué casi te comes a Adrián al entrar en su coche. —Apoyó el pecho en la mesa, mirándome fijamente, y Andrea la imitó.

—Porque he visto a un vecino completamente desnudo a través de su ventana. Era la imagen perfecta —abrí los ojos al máximo, ignorando los jadeos fuertes de mis amigas—, y me he recreado la vista. Ya —levanté las manos—, sé que no está bien, pero es que no ha hecho nada por ocultarse hacia la calle y me lo he encontrado de repente.

»El problema es que estaba de lado, un poco girado hacia la ventana, pero se ha colocado de frente de golpe y me ha entrado de todo por el cuerpo. ¿Creéis que me ha pillado mirándolo? —Me mordisqueé una uña— Yo creo que no, he reaccionado rápido y él estaba entretenido mirando algo que tenía en las manos.

»Ay, como me haya visto y me lo encuentre por la calle, me va a dar algo… Lo peor es que no me ha dado tiempo a verle la cara. —Lloriqueé.

—¡La virgen! —gimió Tania.

—¿Y cómo estaba de…? —Quiso saber Andrea, señalando hacia abajo de la mesa.

—¡Eso no es lo importante!

—¿Cómo qué no? ¡No hay nada más importante que ese gran detalle! —Rio Tania.

—Joder, ya te digo. —La acompañó en las risas Andrea.

—Diles algo —le pedí a Adrián, que todavía estaba procesando la información.

—Déjalas que fantaseen, es lo único que tienen, mientras que tú te has llevado el premio gordo. —Me hizo un guiño.

—Pues sí, y bien gordo —solté un suspiro.

—Mierda, ¿sí? —gimió Tania.

—¡No me refería a esa parte de su cuerpo! —Bufé—. Esa información no os la voy a dar. ¡Joder, que bastante mal me siento por haber invadido su intimidad!

—¿Qué dices de invadir? ¡Ni que te hubieras colado en su casa! Como has dicho, era bien visible desde la calle. —Se encogió de hombros Andrea —. Por cierto, ¿qué vecino es?

—El de la casa de enfrente. Hasta hace unos días estaba deshabitada. No me enteré de que alguien se había mudado. —Bebí un buen sorbo de *gin-tonic*. Se me había quedado la garganta seca por el recuerdo y la conversación.

—¿Cómo te vas a enterar? —habló Adrián— Te pasas los días encerrada en tu casa, y cuando sales es para ir a comprar rápido, o para salir a correr de noche. —Arqueó una ceja.

—No me habéis respondido. —Pasé por alto su reprimenda—. ¿Creéis que me ha pillado observándolo? —Me mordí el labio inferior.

—Seguro que no, has dicho que estaba entretenido —contestó pensativa Tania.

—Yo apuesto a que sí —dijo Adrián.

—¿Por qué estás tan seguro? —Jadeé.

—Intuición masculina. —Me hizo un guiño.

—Pues me cago en esa puñetera intuición. —Puse los ojos en blanco—. Lo has dicho para ponerme más nerviosa. —Bufé, y Adrián soltó una carcajada, confirmando mi teoría. Eso me dejó un poco más tranquila.

—¿Estaba bueno? —Se interesó Andrea con una sonrisa pícara.

—Eh… sí. —Carraspeé—. Mucho. Muchísimo. Tremendamente bueno.

—Vale, creo que nos había quedado claro con el primer «mucho» —dijo Adrián con humor, y los cuatro terminamos riéndonos.

En ese momento me daba absolutamente todo igual. Lo que no sabía es que al día siguiente la situación daría un giro radical.

Capítulo 6



—¿Te he dicho que te quiero y que eres el mejor? —le pregunté a Adrián — ¿Dónde estás?

—A tu espalda.

—¿Por qué juegas al escondite? —me quejé.

—Ginger, acabo de ayudarte a salir del coche y voy detrás para cogerte cuando te caigas.

—No voy a caerme. —Hice un puchero.

Me giré hacia él y tuvo que agarrarme de los brazos, para mantenerme firme y de pie.

—Déjame que lo dude. —Sacudió la cabeza—. Y sí, desde que nos conocemos, me has dicho muchas veces que me quieres, y también que soy el mejor, pero en los últimos diez minutos has superado con creces todos los años que llevábamos siendo amigos —dijo en tono divertido.

—No te muevas. —Entrecerré los ojos.

—Estamos quietos los dos, otra cosa es lo que pasa dentro de ti. —Volvió a reír.

—Me caes muy mal, ¿por qué no te has emborrachado como nosotras? —hablé indignada.

—¿En qué quedamos? ¿Me quieres y soy el mejor, o te caigo mal?

—Ahora mismo, un poco de cada cosa —solté un suspiro.

—Anda, agárrate a mí. —Me rodeó la cintura con fuerza, con un brazo.

—¿Dónde están Andrea y Tania? Hace rato que no las veo. —Me preocupé.

—Las hemos dejado en sus pisos. En cuanto me asegure de que te quedas en la cama, yo también me voy a mi casa. —Me dio un beso en la cabeza, y sonreí.

—¿Quieres tener un hijo conmigo? Eres el hombre perfecto, y sé que nos las apañaríamos bien —solté de golpe, provocándole una fuerte carcajada.

—Dos o tres está mejor, ¿no te parece? Ya que nos ponemos y traspasamos esa línea de la amistad al sexo… podemos repetir.

—Mmm… me parece bien. —Reímos al unísono.

Le rodeé el cuello con los brazos y me colgué de él, cerrando los ojos con fuerza. No me veía capaz de dar un paso más.

—No me encuentro bien, todo está girando muy rápido —susurré.

—Necesitas tumbarte. Ya verás cómo estarás mejor, aunque la noria seguirá. —Me apretó a él y caminó soportando mi peso.

—Te quiero —solté un suspiro.

—Yo también. —Hizo una pausa larga, hasta que volvió a hablar—. ¿Puedes estarte quieta para que pueda coger las llaves del bolso?

—Mmm… creo que…

Lo empujé con una fuerza que no sabía que tenía, y lo aparté de golpe de mí, justo a tiempo de agacharme. Vacié todo el contenido de mi estómago: alcohol y más alcohol. Por suerte, por la hora que era, de madrugada, ya había hecho más que de sobra la digestión de la cena.

—Ay, que asco. —Lloriqueé—. Me estoy muriendo. —Jadeé.

—Estás más viva que nunca. —Noté la diversión en su voz y solté un gruñido, por lo mal que me sentía—. Es lo mejor que podía pasarte —dijo

retirándome el pelo de la cara, mientras me ayudaba a incorporarme.

Me abrió el bolso y sacó un paquete de pañuelos, y me ofreció uno.

—Mañana voy a tener que limpiarlo —dije, disgustada.

Había estropeado una pequeña parte del jardín de la parte delantera de la casa.

—Con la manguera lo harás rápido. No te muevas —me pidió de nuevo, dejándome apoyada en la fachada.

—¿Adónde vas? —gemí, apoyando con fuerza las palmas de las manos en la pared.

—A abrir la puerta. —Balanceó las llaves delante de mis ojos.

—Ah, vale. —Rio.

Se alejó para hacerlo y estuvo de nuevo a mi lado en cuestión de segundos.

—Creo que no eres la única que ha visto un momento bochornoso del otro, aunque el tuyo ha sido mucho más espectacular.

No entendí sus palabras y lo miré con el ceño fruncido.

—Tu vecino —me aclaró, moviendo ligeramente la cabeza hacia la casa de enfrente.

—¿Qué…? —Seguí la dirección, un poco más estable al haber vaciado el estómago—. Mierda —susurré agrandando los ojos—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro de la madrugada —respondió, conteniéndose para no reír.

—¿Y qué narices hace el vecino asomado a la ventana a esta hora? —Jadeé.

—Lo mismo padece de insomnio. Yo qué sé. —Terminó riendo—. ¿Cómo te encuentras para entrar por ti misma? ¿Puedes?

—¿Todavía continúa mirando hacia aquí? —Quise saber, con la vista fija en la hierba.

—Sí, y parece que no tiene intención de apartarse. Vamos. —Se puso delante haciendo de barrera y me abrazó.

No dudé ni por un segundo en aceptar la ayuda de Adrián, cuando me impulsó para que me subiera a su cuerpo. Pasé las piernas alrededor de su cintura y los brazos en su cuello, y apoyé la cabeza en su hombro, muy mareada. Los párpados me pesaban tanto que no pude evitar que se me cerraran.

—Hora de descansar.

Esas fueron las últimas palabras que escuché de mi amigo al cabo de no sé cuánto tiempo, en forma de susurro lejano. Solté un suspiro profundo, por lo cómoda que me sentí de repente.

✣ ✣ ✣

Los ojos se me abrieron despacio y me quedé mirando hacia el techo, o al menos hacia donde debía estar, porque estaba muy oscuro. Me giré para abrazar la almohada.

Estaba agotada y la cabeza me iba a estallar por el dolor punzante que me hizo apretar los párpados.

—Me cago en el alcohol —susurré, molesta al oír mi propia voz.

Sin saber qué hora era y sin que me importara, volví a quedarme dormida, mientras intentaba recordar más de la mitad de la noche. No lo conseguí. Tenía una gran laguna en la memoria, pero no me dio tiempo a agobiarme antes de que el sueño me atrapara. Me adentré en un lugar que…

—¿Quién eres? —Me escuché a mí misma en mi cabeza haciendo la pregunta, pero no obtuve respuesta.

La silueta y las formas que apreciaba eran idénticas a las que se repetían en mis sueños. Distorsionadas. Las que reconocí sin problema, pero sin llegar a hacerlo realmente. La imagen oscura me engulló, al presentarse de nuevo ante mí. Estaba tan cerca y a la vez tan lejos, por lo poco que podía apreciar… Noté cómo me movía en la cama, intranquila, inquieta, mientras los destellos que desprendía el contorno de la imagen me cegaban, al tomar cada vez más intensidad. Era tan jodidamente real e hipnotizante…

Justo cuando me dio la sensación de que la visión flotaba hacia mí y que se hacía un poco más nítida, abrí los ojos sobresaltada y me incorporé en la cama de golpe. Me quedé sentada, con la respiración alterada y sudorosa.

—¿Qué mierda…? —Me tapé la cara para frotármela y para aliviar un poco el malestar.

Estaba acostumbrada a este despertar, era algo continuo en mi vida desde hacía muchos años. Había conseguido que no me afectara, pero todavía, cuando volvía a la realidad, notaba el vacío dentro de mí y sentía la necesidad de querer saber qué significaba, de indagar. Daba gracias a que no me sucedía cada vez que dormía, solo a menudo.

Sin moverme de entre las sábanas, notaba que las cosas giraban a mi alrededor. Pero por suerte, la sensación no era intensa. Solté un suspiro entrecortado y me arrastré hasta el borde, para levantarme y caminar hasta la ventana. Subí la persiana y entrecerré los ojos, la claridad entró de golpe y no estaba preparada para tanta luz.

Debía de ser tarde. Eso pensé mientras iba en busca del móvil. Al no verlo por ningún lado de la habitación, fui directa al bolso que utilicé la noche anterior. Estaba sobre el asiento del sillón que había en una esquina. Mientras lo buscaba en el interior, me pregunté cómo narices había llegado hasta mi casa y cómo conseguí meterme en la cama, subiendo la escalera. En realidad, lo sabía, estaba segurísima de que todo había sido gracias a Adrián. No había más opciones.

Solté un jadeo entre la sorpresa y el malestar que me provocó comprobar que era la una de la tarde.

—Joder, he perdido medio día. —Bufé, pensando en que al día siguiente tenía que estar recompuesta para empezar la semana de trabajo.

Con el móvil en la mano salí de la habitación y bajé la escalera, sujetándome del pasamanos, inestable. Necesitaba un café para que el estómago se me asentara, pero lo más urgente era tomarme una pastilla para el dolor intenso de cabeza, lo que hice nada más entrar en la cocina.

Lo siguiente fue ponerme delante de la cafetera y prepararme el café. Cuando tuve la taza entre las manos, me dirigí al salón, para tomármelo en el porche. Dejé el teléfono en la mesa baja de enfrente del sofá y justo cuando abrí la corredera, noté que algo no andaba bien. Debido a cómo me encontraba y al despertar que había tenido, me costó darme cuenta de lo que era.

—Mierda —dije al bajar la cabeza.

Lo único que cubría mi cuerpo era la braga, minúscula y transparente, por cierto. Continuaba con la mente en blanco, seguramente mi amigo me quitó el vestido para que durmiera cómoda. No me importaba, me refiero a que me vio desnuda. Era como un hermano para mí, igual que sucedía a la inversa, por lo que ninguno de los dos, ni Adrián, ni yo, nos mirábamos, ni nos miraríamos con otros ojos que no fueran de cariño o de preocupación en nuestros momentos malos. Aparte de que nos teníamos muy vistos porque habíamos pasado por varias situaciones en las que nos habíamos desnudado delante del otro, sin pudor ni vergüenza.

Lo que sí me preocupaba era salir casi desnuda de la protección de mi casa. Solté un suspiro, girándome hacia la escalera. La vi interminable, como si fuese un obstáculo insalvable en este instante. La flaqueza y lo mal que me sentía me impulsaron a volverme hacia el porche. Me planteé la posibilidad de salir, sin importarme nada más.

Si me quedaba resguardada en el porche o si iba más allá, al jardín, nadie me vería desde la calle. Una valla alta, cubierta por enredaderas, ocultaba esta parte del terreno, dejando solo visible la entrada que desde donde me encontraba no era visible. De todos modos, el porche estaba prácticamente a cubierto de miradas, al quedar hacia dentro. Solo una pequeña parte de él podía apreciarse y era lo mínimo.

Al ser domingo no esperaba visitas, a no ser que mis amigos se presentaran de improviso, pero ellos me daban igual, en el sentido de mi desnudez. Aunque que sucediera esto último, era comparable a que me cayera un rayo justo en este preciso instante, con el cielo completamente despejado, un sol radiante y un calor impresionante.

O estaban durmiendo todavía, o tendrían la misma vitalidad que yo. A pesar de que Adrián no se emborrachó, sí que le afectó un poco el alcohol en algunos momentos de la noche, al menos tenía un ligero recuerdo. Pero independientemente de cómo se encontrara mi amigo, sabía de sobra que hoy no se movería de su casa, para descansar.

Con el problema resuelto de ser vista, no tuve ningún motivo para cubrirme porque la casa de al lado estaba deshabitada. Se alzaba justo frente a la mía, desde la distancia que abarcaba mi jardín. Con ese pensamiento, reafirmándome en él, salí descalza al porche y me acomodé en el sofá alargado. Descarté el balancín, necesitaba estabilidad.

Me llevé la taza a los labios, saboreando el primer sorbo, y mi estómago lo agradeció. Dejé vagar la vista por el jardín, disfrutando del silencio que había. Me encantaba la paz que se respiraba y en mi estado era muy necesaria. El día se iba a hacer muy largo y el comienzo de la semana también.

Al terminar mi café coloqué la taza en el suelo y me tumbé, soltando un suspiro al estirarme. El estómago me pedía comer, pero lo ignoré porque las pocas fuerzas que tenía me impidieron moverme de nuevo para solucionarlo.

—Dentro de un rato —susurré, cerrando los ojos.

Sin darme cuenta, me quedé dormida, a la sombra que proporcionaba el porche.

No sé cuánto tiempo pasó, perdí la noción cuando un sonido que no reconocí me hizo entreabrir los párpados. Los cerré de golpe, por lo molesta que me resultó tanta claridad, pero de la misma forma, volví a abrirlos. Me quedé inmóvil, intentando descifrar lo que estaba escuchando.

¿Eran silbidos? ¿Quién hacía tanto ruido? ¿Por qué lo escuchaba como si me estuvieran silbando en el oído? Me tapé la cara con las manos, lo más mínimo me retumbaba en la cabeza. Solté un quejido, pero me quedé sin respiración al escuchar una voz fuerte que me dejó paralizada.

—¡Muy buenas vistas! ¡Impresionantes! —dijo una voz masculina en alto y gemí rígida, deseando que el significado de esas palabras no fuese dirigido a mí, por mi desnudez—. Puedes continuar ahí todo el tiempo que quieras, yo llevo un buen rato admirando lo que me ofrece este soleado domingo.

Con un grito ahogado me incorporé del sofá. Me quedé sentada, palpando a mi alrededor, buscando algo con lo que taparme, hasta que me acordé de que no había nada. Giré el cuerpo en el sofá hacia la corredera, para ocultarme lo máximo posible, pero mi cabeza no siguió el mismo movimiento, mientras intentaba localizar de donde había salido la voz.

El primer lugar al que miré fue hacia la pequeñísima parte de la valla que se veía desde mi posición. Durante unos segundos no aparté la mirada, hasta que me di por vencida porque no vi a nadie, ni siquiera una sombra al otro lado.

—Frío, frío. —Jadeé al oír otra vez la misma voz.

Por instinto me levanté casi de un salto.

—Más que perfecta —continuó.

Me tapé los pechos con los brazos, mientras recorría con la vista el único lugar que me quedaba por comprobar.

—No puede ser… —murmuré, mientras observaba nerviosa la fachada lateral de la casa vecina.

Tragué saliva y solté un gemido de sorpresa, cuando vi cómo se movía una cortina de una de las ventanas de la planta superior. El cristal estaba abierto.

—¡Gracias por arreglarme el día! Nunca me había alegrado tanto de la compra de los prismáticos.

—Joder. —Lloriqueé y bufé, muy agobiada—. ¿Se han puesto todos de acuerdo para comprar las casas? —dije para mí— ¡Descarado! —grité con todas mis fuerzas, mandando a la mierda la cordialidad entre vecinos.

Salí corriendo hacia la corredera y en cuanto estuve en el salón, la cerré y corrí la cortina, quedándome protegida en el interior.

—Manda narices, ya son dos vecinos nuevos y… joder, con este último ha sido a la inversa de lo que me pasó a mí ayer —me lamenté, avergonzada y sofocada—. Aunque yo al menos llevo la braga, el de ayer estaba… —suspiré—. A la mierda —dije cabreada, yendo hacia la escalera, dispuesta a olvidarme de todo.

Capítulo 7



Darian

Me detuve en mi camino para ir a la cocina, al escuchar la melodía de una llamada. Volví a la habitación para coger el móvil y sonreí al ver el nombre de mi amigo Eloy.

—¿Qué tal por ahí? —Quiso saber directamente.

—Estupendamente, y buen día —dije con tono de humor.

—Buen día. —Rio.

—¿Vas a estar preguntándome cada cinco minutos cómo va? ¿No tienes a nadie más a quién molestar? ¿A Jon o a Emma, por ejemplo? ¿Cuándo vuelves? Porque no veas… —Sacudí la cabeza.

Recorrí el pasillo sonriendo, mientras escuchaba sus risas. Fui de nuevo a la cocina, directo a la nevera, de donde saqué un botellín de cerveza. Lo abrí con un golpe seco en la encimera y me lo llevé a los labios, disfrutando

de lo fría que estaba. Me sentó de lujo, y al primer trago le siguieron varios más, por el agobio que tenía. Hacía un calor sofocante.

—¿Qué harías sin mis mensajes y llamadas? Te pondrías a llorar.

—No buscas una respuesta a esa pregunta —dije y solté una carcajada.

—Jon y Emma están descartados. Desde ayer me ignoran —dijo, haciéndose el ofendido.

—¿En serio? No me lo puedo creer —comenté con ironía.

Jon y Emma eran amigos nuestros desde hacía muchísimos años, aparte de que Jon y yo éramos primos.

—Te noto muy animado.

—Es lo que tiene experimentar cosas nuevas. —Sonreí de medio lado, saliendo al porche—. Aunque ahora mismo me sobra hasta la piel.

Me senté en un sillón a la sombra, con la vista fija en la piscina en la que había trabajado hasta hacía unos minutos. Era desmontable, pero resistente, con una escalera cómoda para entrar. Ya estaba preparada para llenarla. Había estado entretenido durante toda la mañana, pero por fin lo siguiente sería utilizarla.

Cuando estuviera llena, el agua llegaría hasta la mitad del pecho. Eso teniendo en cuenta mi altura, a Emma, mi amiga, la cubriría hasta el cuello. Sonreí ante ese pensamiento, ella estaría encantada y dispuesta a lanzarse.

—¿Y eso? —Se interesó.

—Ayer compré una piscina para el jardín y hace unos minutos he terminado de montarla. Desde después de desayunar he estado liado con ella, estoy sudando. En cuanto te cuelgue, me voy a dar una ducha.

—No jodas. El agua nos llegará por las rodillas, al menos, ¿no?

—Muy gracioso —negué, bebiendo otro sorbo de cerveza—. Es redonda y bastante profunda, pero tranquilo, que no te ahogarás. —Reí.

—¡Qué bien suena!

—Por la tarde la llenaré, ahora paso. En cuanto salga de la ducha, me prepararé la comida y me echaré un rato.

—Disfruta, tío. ¿Jon y Emma se pasarán?

—No he hablado con ellos desde el jueves, luego les enviaré un mensaje por si les apetece —dije pensativo.

Me eché hacia delante para apoyar los brazos en las piernas y bajé la mirada al botellín, siguiendo el balanceo con el que lo movía con la mano

que lo sujetaba.

—¿Cómo estás, Da? —Se puso serio.

—Bien.

—Sé que no es verdad, no me respondas eso para tranquilizarme. Pero ya verás que pronto lo será, tío. Los cambios son buenos, y estaremos juntos, muy cerca.

—Como si hubiésemos estado lejos antes. —Sonreí de medio lado.

—Ya me entiendes. —Rio—. ¿Necesitas hablar? —Volvió a la seriedad.

—Lo que necesito es no hacerlo, Eloy.

—De acuerdo. —Soltó el aire de golpe—. Regreso dentro de dos días, el martes por la tarde estoy ahí.

—Estupendo. —Bebí con los ojos cerrados.

—Eh, no quería que te cambiara el carácter —dijo preocupado.

—Relájate, estoy bien. Solo es cansancio, me he dado un buen tute con la dichosa piscina, pero estoy satisfecho, ha valido la pena.

—¿Te has pasado por mi casa?

—Sí.

—Gracias.

—No digas tonterías.

—Te dejo ya. He hecho una pausa en el trabajo para llamarte, disfruta tú que puedes del domingo y sigue disfrutando con una ducha bien fría. Nos vemos el martes.

—Que vaya bien. Esta noche, sí que voy a disfrutar, me voy a dar un baño en la piscina bajo las estrellas.

—Ah, pero ¿se verán?

—Ni puñetera idea, pero soñar es gratis y, aunque no se distingan, estarán, así que… —Soltó una carcajada y sonreí.

—Cuídate, Da.

—Igualmente, Eloy. Avísame cuando estés montado en el avión para regresar.

—Hecho. Adiós.

Dejé el móvil en la mesa redonda y pequeña que tenía al lado y me tomé con calma los siguientes minutos, los que tardé en vaciar el botellín. Cambié de planes sobre la marcha, me levanté y cogí la manguera, la que llevé hasta la piscina y aseguré inmovilizándola. Fui hasta la llave y la abrí, viendo cómo el caño de agua caía con fuerza en el interior.

Iba a llevar su tiempo llenarla, por lo que entré en el salón para ir a mi habitación a darme la ducha, pero antes pasé por la cocina para dejar el botellín. Esta última semana había sido diferente, de cambios, y me había ido aferrando a ellos y a las pequeñas ilusiones, como la de comprar la piscina.

Podía parecer insignificante, aunque en lo que a dinero se refiere no costó barata. Pero no me refiero a eso, sino a que en cuanto la vi en la tienda, sonreí pensando en cómo quedaría montada en el jardín y lo bien que me sentarían los baños en esta época del año. También imaginé los momentos con mis amigos, añadiendo una buena barbacoa para rematar el día, o la noche.

Lo importante fue la sonrisa que apareció en mis labios, después de muchos meses consumido por la tristeza, la rabia y la impotencia. Ese fue el motivo por el que la compré sin dudar y la cogí del estante para montarla hoy.

Subí la escalera y al entrar a la habitación, me quité el pantalón corto de deporte y el bóxer, la única ropa que llevaba. Los dejé en el banco del final de la cama, para llevarlos al lavadero cuando bajara a la planta principal.

En la zona en la que había colocado la piscina daba el sol durante todo el día, por lo que había sudado lo más grande conforme fueron pasando las horas. Desnudo, fui hasta la cómoda, para coger ropa interior limpia y otro pantalón corto, junto con una camiseta de tirantes que me quedaba holgada. Todo lo que fuese cómodo y fresco, bienvenido era.

Pasé al lado de la ventana y miré hacia el exterior por costumbre. Estaba abierta, pero no entraba ni un poco de aire. Pasé de largo, dando un paso, pero no llegué a dar el segundo. Me paré y caminé de espaldas, por algo que me había parecido ver en los pocos segundos que me había llevado pasar por delante. Arqueé una ceja al quedarme frente a la ventana, con la vista fija en unas vistas espectaculares.

—No puede ser… —dije, apoyando una mano en el marco de aluminio y por unos minutos me costó salir del nuevo *shock*— Joder con la vecina. —Hice presión con la mano y los dedos en el aluminio.

El cuerpo se me fue inconscientemente hacia delante, mientras contemplaba incrédulo la imagen que tenía a unos metros frente a mí. A pesar de la distancia y de la diferencia de altura, aunque tampoco era tanta en los dos casos, vi y distinguí perfectamente el cuerpo de la mujer que estaba tumbada a la sombra en un sofá ancho, al igual que sus rasgos faciales.

Y menudo cuerpo… un regalo, me dije, sin poder apartar los ojos de ella, aunque estuviera mal. Una sonrisa de medio lado y pícara apareció en mis labios, otro gesto de alegría a sumar a esta semana. Recorrí con la mirada cada detalle que podía apreciar de ella, recreándome en sus piernas largas,

las que tenía ligeramente abiertas, dando acceso a una zona demasiado tentadora. Si estuviera más cerca, la visión sería completamente espectacular, teniendo un primer plano.

Llevaba puesta una braga, me pareció que bastante pequeña, pero tampoco me alcanza la vista a tanto. Continué deslizando los ojos por su abdomen, hasta llegar a sus pechos y a los pezones erectos que apuntaban hacia arriba, hacia el techo del porche.

—Estupendo —susurré al notar cómo mi miembro se endureció ante tal despliegue de atributos, a cada cual mejor.

Cuando llegué a su cara no pude apreciar si ella estaba en un sueño ligero o profundamente dormida, no distinguí si tenía los labios entreabiertos, pero sí ligeramente las facciones. Volví a sonreír y sacudí la cabeza, pensando en los puñeteros cambios.

Su pelo, el color… la melena pelirroja se le esparcía alrededor de su cabeza, como un manto rojizo en contraste con el blanco del sofá.

Durante unos minutos no me moví, imposible, me quedé como hipnotizado por la vecina casi desnuda, recorriendo una y otra vez su cuerpo, provocando que mi miembro se tensara cada vez más y se sacudiera abandonado completamente.

No varié la posición, me mantuve inmóvil como si al hacerlo fuese a desaparecer su imagen en un parpadeo.

—Un jodido domingo perfecto —murmuré con los ojos fijos en sus pechos.

Ver, para creer, quién me lo iba a decir, pensé.

Y no sé por qué, quizás porque imaginé que, al igual que yo estaba viéndola, otros ojos también podían posarse en ella y por unos instantes me quedé desconcertado porque la idea no me gustó. Aunque era complicado por donde se encontraba, igualmente, tuve una gran necesidad de despertarla o como mínimo, de intentarlo, al estar limitado por los metros y los obstáculos que nos separaban. Empecé a silbar con fuerza, esperando que su sueño fuese ligero y que el sonido le hiciera abrir los ojos.

Y así fue, pero al cabo de unos largos minutos. Le costó más de la cuenta ser consciente y reaccionar, se tapó la cara con las manos y me pareció escuchar lejano y amortiguado un sonido que sonó a quejido. Entonces tuve la oportunidad a mi alcance, para rematar la jugada.

Aunque me jodiera perderla de vista, necesitaba que entrara en la casa, o al menos que fuese decisión de ella seguir exponiéndose o no. Me dio la sensación de que se había sentido muy segura al estar en su propiedad y teniendo en cuenta que la casa en la que yo me encontraba, hasta hacía pocos días, había estado vacía…

—¡Muy buenas vistas! ¡Impresionantes! —grité y esperé, pero no sucedió nada— Puedes continuar ahí todo el tiempo que quieras, yo llevo un buen rato admirando lo que me ofrece este soleado domingo. —Volví a alzar la voz.

Fruncí los labios al escuchar su grito, mientras se sentaba de golpe en el sofá y daba palmadas con las manos a su alrededor. No iba a encontrar lo que quería, se dio cuenta rápido de que no podía taparse. Se giró dándome la espalda y apoyé el hombro en el marco de aluminio, me molestaba la puñetera mano por lo fuerte que la había apretado.

Me divertí un rato viendo cómo buscaba a quien había hablado. Dejó la vista fija en la valla que separaba su terreno de la calle, hasta que se dio por vencida, aunque mis siguientes palabras la ayudaron a salir rápido del error.

—Frío, frío —grité de nuevo, captando otra vez su atención con mi voz.

Se levantó de repente, deleitándome con su perfil.

—Más que perfecta —dije para que volviera a escucharme.

No le quedó más remedio que dirigir la atención hacia la casa, era el único lugar que le quedaba, aunque se pensara que no había nadie en el interior. Sonreí al ver cómo se tapaba los pechos con los brazos, y me mantuve sin moverme un rato más, mientras empezaba a mirar la fachada por la parte en la que no iba a encontrarme.

No pude alargar el tiempo, desaparecí de la ventana dando un paso hacia un lado. Oculto por la pared, a cubierto, fruncí los labios al escuchar su gemido fuerte. Imaginé que fue justo cuando interpretó donde había estado, todas las ventanas de la planta superior eran bien visibles para ella, al estar en alto, pero sino me equivocaba, solo estaba abierta la de mi habitación.

—¡Gracias por arreglarme el día! —dije lo suficientemente fuerte para que me escuchara. Agradecido, ante todo, porque ella no podía imaginar hasta qué punto mis palabras eran ciertas— Nunca me había alegrado tanto de la compra de los prismáticos —añadí para picarla más, como si no estuviera lo bastante alterada por mi intromisión.

—¡Descarado! —gritó dejándose la voz y solté una carcajada.

No pude contenerme, aunque ella ya no me escuchó. Me asomé con cuidado: había entrado en casa, cerrado la corredera y corrido la cortina, aislándose por completo del exterior.

Bajé la mirada a la parte inferior de mi cuerpo y negué, antes de ir a la cómoda, a por la ropa.

Ahora sí que necesito una ducha urgente, me dije, caminando hacia el baño. Y bien fría, incluí por la necesidad que mantenía a mi miembro en tensión.

Capítulo 8

Ginger

—Buenos días, preciosa. —Le sonreí a Nico.

—Buenos días. —Le correspondí.

—Se me hace raro verte aquí sola, y más siendo lunes.

Había ocupado una mesa en la terraza de la cafetería que frecuentaba con mis amigos algunos fines de semana, de ahí lo de «sola». Entre semana nunca venía.

—Necesitaba salir de casa. No he dormido muy bien esta noche y me he puesto a trabajar de madrugada.

—O sea, que a las once y media —miró la hora en el reloj de pulsera— te ha dado tiempo a adelantar lo del día y puedes tomarte el resto libre. —Me hizo un guiño.

—Tampoco tanto —reí—, pero te has aproximado bastante. Hasta la tarde no volveré a ponerme con el trabajo. —Encogí un hombro.

—Suena bien. —Me sonrió—. ¿Qué te traigo? ¿Hoy te apetece dulce o salado?

—Un café con leche y una tostada con jamón. Que sea de tamaño mediano, que te conozco.

—Vale. —Rio—. Enseguida vuelvo.

Cuando me quedé sola, me dediqué a mirar las noticias más importantes en el móvil, y entré en una red social mientras pasaba de un vídeo a otro, mientras esperaba el desayuno. No quise molestar a mis amigos en sus trabajos, enviando un mensaje al grupo que teníamos los cuatro, por lo que me entretuve de esa forma hasta que Nico regresó.

Anoche hicimos una videollamada para saber cómo estábamos y cómo pasamos el día los cuatro. Yo me guardé para mí lo que me sucedió, Andrea y Tania nos contaron lo mal que se levantaron y afrontaron el día, pero lo dijeron entre risas, pidiéndole a nuestro amigo que nos explicara las locuras que hicimos y hasta qué punto tuvo que controlarnos. No fui la única que no se acordaba de gran parte de la noche del sábado.

Adrián no paró de reír, y algunas cosas que nos contó dejaron con la boca abierta a Andrea y a Tania. Yo supe que en algunas en concreto estaba de broma, que no sucedieron, del resto prefiero no entrar en detalles. Me

apiadé de él, por lo que tuvo que pasar hasta que nos dejó a salvo en nuestras viviendas.

—Aquí tienes, que aproveche. —Apareció Nico.

—Gracias. ¡Qué buena pinta!

—He pedido que te lo hicieran todo con mucho cariño, ¿te parecen bien los centímetros de la tostada? —Reímos.

—Tráeme un metro y te lo digo. —Le hice un guiño.

—Claro, para que acabe recibiendo —negó—. Desayuna tranquila, preciosa.

—Cobarde —le dije cuando se alejaba, provocando que volviera a reír.

Con una gran sonrisa le eché el azúcar al café y lo removí. Le di un mordisco a la tostada que me supo a gloria, porque desde que me levanté de la cama, hacía horas, lo único que había tomado hasta este momento eran varios cafés.

Volvía a hacer un día increíble, pero agradecía estar a la sombra, protegida por una carpa. Me notaba cansada, era el resultado de no haber dormido casi por la noche. Después de lo que me pasó el domingo con el nuevo vecino, el día se me torció. Me refiero al vecino de al lado, porque por suerte al del enfrente no lo había visto, lo que esperaba que no

sucediera, por lo menos hasta dentro de un buen tiempo. No sabía si me vio observándolo desnudo, estaba claro que las ventanas, o más bien lo que había al otro lado de ellas, no era lo mío.

Tanto, por un lado, como por otro, le había dado muchas vueltas a la cabeza. Desde que me encerré en mi propia casa el domingo, con el mal despertar que tuve en el porche —agobiante y vergonzoso—, no me moví del interior, atormentada por el espectáculo que le había dado al hombre que me habló.

Aún me entraban calores cada vez que retrocedía a ese momento. Joder, a saber, cuánto tiempo llevaría mirándome y ¡encima con prismáticos! Cuando me dio ese detalle, casi me da algo, aunque también podría haberme mentido, pero ¿qué sentido tendría? Daba igual, de una forma u otra, me vio perfectamente, aunque si eliminaba la opción de los prismáticos, me sentía mucho mejor porque ellos le habrían dado demasiados detalles de mi cuerpo, una visión espectacular, a pesar de la distancia que nos separaba.

Me estuve cagando en ese hombre hasta que cerré los ojos por la noche, la única vez que conseguí dormir un par de horas.

Tenía claro que su presencia no iba a privarme de la libertad de ir a cualquier parte de mi propiedad —¡solo faltaría!—, pero desde ayer era consciente de que la casa estaba habitada. Únicamente debía tener más cuidado en mostrarme, si lo hubiera sabido antes y no viviera en mi mundo…

Lo hecho, hecho está, me dije. No servía de nada darle más vueltas, a pesar de que era inevitable que se las diera. Desayuné tranquila, sin prisa, y cuando llamé a Nico para irme, me sorprendí por su respuesta.

—¿Cómo que ya está pagado? —Fruncí el ceño—. ¿No habrás sido tú? —Arqueé una ceja, preparada para empezar una batalla para que me aceptara el dinero.

—Pagado —repitió confirmándolo—, y con propina, porque ha sobrado —sonrió—. No he sido yo, podría darme el mérito, pero no sería justo ni real. Te han invitado.

—¿Quién? —Miré hacia las mesas de la terraza y al no encontrar ninguna cara conocida, observé el interior de la cafetería.

—No me ha dicho el nombre —negó.

—Pero…

—Ya se ha ido. Simplemente, acéptalo. —Me hizo un guiño.

—Joder, pero qué menos que agradecérselo a quién sea. —Hice una mueca.

—Si hubiera querido eso se habría esperado —dijo pensativo, mirando hacia la acera.

—Está bien —solté un suspiro—. Pues nada, mañana vuelvo otra vez, a ver si tengo la misma suerte. —Soltamos una carcajada.

Me despedí de Nico y me alejé de la terraza caminando por la acera. Llevaba un tiempo meditando una cosa, por decirlo de alguna manera, porque en realidad tendría que haberlo hecho antes. Pero hoy me había decidido, por fin.

Tomé la dirección del piso de mis padres. No estaba lejos de la cafetería, no llegaba a diez minutos a pie. Aproveché para comprarles una oferta de barras de pan y una bandeja de pastelitos, de la panadería a la que siempre iban. Yo hacía tiempo que no entraba, a diferencia a lo habitual que era cuando vivía con ellos. El pan siempre venía bien, si ya tenían con que lo congelaran, se solucionaba.

—Hola, Lucía —saludé a la dueña.

—¡Pero bueno, cuánto tiempo! —Se alegró al verme—. Los años no pasan para ti, estás igual, Ginger.

—Sí. —Sonreí—. Y tanto que pasan, díselo a mi cuerpo. —Me coloqué las manos en las caderas.

—No me digas eso que me deprimes. ¡Estás perfecta! —me reprendió y reí.

—Ponme una oferta de pan y una bandeja de pastelitos variados. Que haya más de crema, son los que más les gustan a mis padres —le pedí.

—Claro. ¿Cómo te va todo? —Se interesó, mientras se ponía a trabajar.

—Muy bien, estoy contenta.

—No sabes cómo me alegro, a tu madre siempre le decía que llegarías muy lejos. Ya lo sabes, a ti también. —Me sonrió con cariño.

—Gracias, Lucía. —Le devolví el gesto—. ¿Mi madre ha venido a por el pan?

—Todavía no, te has adelantado. —Me hizo un guiño.

Mientras terminaba de atenderme, le pregunté cómo le iba a ella y cómo estaba su marido. Andrés, que así se llamaba, había tenido problemas de salud desde que lo conocía. Afortunadamente, no eran graves, pero sí molestos. Se mostró animada en todas las respuestas, por lo que me alegré. Eran un matrimonio y unas personas estupendas.

Me despedí de Lucía con un abrazo porque no sabía cuándo volvería a verla y salí de la panadería con una bolsa. No pude contenerme y le quité la punta a una barra. Comiéndola, acorté la distancia con el piso de mis padres.

—¿Sí? —Sonreí al escuchar a mi madre, su voz sonó con fuerza por el interfono.

—Mamá, soy yo.

—¿Cariño? —Jadeó—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —Empezó a decir de carrerilla.

—Si eres tan amable de abrirme y de no dejarme en la calle esperando, te responderé arriba. Pero relájate, estoy perfectamente, he venido de visita.

—Oh. —Rio desbloqueando la puerta y me contagió las risas.

Subí en el ascensor y ya me esperaba con la puerta abierta.

—Hija, qué alegría. —Me abrazó al llegar junto a ella.

—Te quiero. —Le di un beso en la mejilla y levanté la bolsa.

—Gracias, me has ahorrado el tener que salir. —La cogió entrando en el piso y la seguí—. Anoche sacamos los últimos trozos del congelador.

—También os he traído unos pastelitos.

—Mmm… esto me huele mal, muy mal —dijo seria, girándose hacia mí.

Solté una carcajada por su desconfianza, aunque no iba mal desencaminada. No era nada preocupante, pero sí tenía la necesidad de hablar con ella, desde hacía demasiado tiempo.

—Deja de buscar motivos. —Sacudí la cabeza.

—Ya sé que no es raro que vengas a vernos, ni que nos traigas cosas, al igual que hacemos nosotros, pero sí que lo es en lunes. Y no me digas que no es extraño, entre semana el trabajo te absorbe y no encuentras un momento para salir de tu casa.

—Todo está bien, mamá —insistí, sentándome en la silla de la mesa de la cocina.

—¿Seguro? ¿Tienes algún problema?

—Mmm… visto así… —dije pensativa— ¡Qué no! ¡Te quieres tranquilizar!

—Vale. —Soltó el aire de golpe—. ¿Quieres un café y nos comemos unos pastelitos? —Me sonrió con picardía y reí.

—Eso no se pregunta. —Le hice un guiño.

Me levanté para ayudarla, ella los preparó y yo me entretuve sacando la bandeja de la bolsa. Quité el papel con el que Lucía la había tapado, daba pena deshacer la obra de arte, por cómo la había adornado.

Cuando lo tuvimos todo listo, nos sentamos a la mesa.

—¿Papá viene a comer hoy?

—Sí —asintió—. ¿No te acuerdas de que te dijo que empezaba la jornada de mañana hasta septiembre?

—Joder, es verdad.

—¡Esa boca! —Me reprendió y solté una carcajada.

—Ya soy adulta. —Arqueé una ceja.

—Una hija para los padres nunca lo será realmente. —Movió un dedo de un lado al otro, delante de mi cara. Fruncí los labios—. Da igual la edad que tengas, ni lo independiente que seas, ni lo bien que te vaya, nosotros empezamos a sufrir desde que nos enteramos de que vamos a ser padres, lo que se alarga hasta el final de nuestros días. Serás consciente de ello cuando llegue tu momento. —Me sonrió con cariño.

—Buenooo…

—Te llegará. —Dio por finalizado el tema y reí—. ¿Cómo es que no estás trabajando? —Se llevó la taza de café a los labios, sin dejar de observarme, atenta a todos mis gestos.

Intenté no reírme de nuevo porque, por mucho que le dijera para que se quedara tranquila, hasta que no indagara y supiera qué me había traído hasta el piso, un lunes a media mañana, no se quedaría conforme.

—He dormido mal esta noche —le conté y frunció el ceño—. Por el calor —añadí, aunque fuese una pequeña mentirijilla.

En realidad, no sabía qué me había afectado hasta el punto de desvelarme, a las pocas horas de caer rendida en la cama. El tema del vecino tampoco era para quitarme el sueño.

—¿No pones el aire acondicionado?

—Sí, pero ya sabes que muchas veces lo evito por las noches. La casa se mantiene fresca de tenerlo todo el día funcionando.

—Vale, ¿entonces? No has descansado bien, ¿qué más?

—Solo he estado unas horas en la cama, me he desvelado y como estaba muy despierta y mis intentos para volver a dormirme no me han servido de nada, me he levantado y he empezado a trabajar de madrugada. —Me encogí de hombros—. Por eso he salido de casa a las once, para que me diera el aire. Estaba un poco agobiada, pero he adelantado mucho en el trabajo. A la tarde volveré a ponerme —asintió sonriendo—. He desayunado en la cafetería de siempre —no hacía falta que le detallara nada más, sabía de sobra cuál era—, y después me he animado a venir aquí.

—Está bien, cariño. —Alargó el brazo encima de la mesa y me acarició una mano—. ¿Quieres quedarte a comer? Todavía no he pensado qué voy a hacer, hoy voy tarde, pero juntas lo preparamos rápido.

—Vale, así veo a papá.

—Me encanta tenerte aquí un lunes, me da paz porque a veces pienso que el trabajo te consume tanto que te pondrás mala.

—Los fines de semana los tengo libres, sabes que los viernes y los sábados salgo con mis amigos.

—Ya no digo nada más. —Levantó las manos y sonreí.

Me quedé en silencio escuchando a mi madre. Me contó qué habían hecho el fin de semana, mientras nos tomábamos los cafés y comíamos unos pastelitos.

—Mamá…

—¿Sí?

—Necesito saber tu opinión sobre algo, que me aconsejes.

—¡¡Lo sabía!! —gritó y dio un golpe fuerte en la mesa con las manos, sobresaltándome por su impulsividad.

—Joder, me ha faltado poco para vaciar el estómago. —Jadeé con una mano en el pecho.

Soltó una carcajada, pero en cuestión de segundos se puso seria, observándome.

Capítulo 9

—¿Qué pasa, Ginger?

Cuando a mi madre se le escapaba mi nombre de forma espontánea, no pasaba nada, pero si me nombraba en una pregunta o en medio de una conversación que se intuía seria, el momento se ponía con una intensidad que siempre me ponía nerviosa.

—A ver, lo primero de todo, como ya te he dicho, solo quiero tu punto de vista. Seguro que es una tontería, no es nada preocupante ni grave. ¿De acuerdo?

—Dime de qué estamos hablando y seré objetiva, entonces te diré si estás en lo cierto o no. —Apoyó los brazos en la mesa.

—Se trata de… —Carraspeé—. Nunca te lo he contado, pero es que durante muchos años no quise darle importancia, hasta que llegó un momento en el que empezó a obsesionarme un poco. Se ha convertido en una parte de mi vida, o más bien de mis noches. No me sucede siempre, solo de vez en cuando.

—¿Años? —Agrandó los ojos y entreabrió los labios, sorprendida— ¿Qué te obsesiona, cariño? ¿También tiene que ver con esta noche pasada?

—No, esta noche no se me ha presentado. Yo creo que descansé mucho el domingo, por eso casi no he dormido.

—Presentado… —repitió.

—Ya no me acuerdo cuándo empezó —dije pensativa—. Fue hace tanto… es un sueño que siempre se me repite y no sé qué significa. Al principio, al no querer darle importancia, simplemente me despertaba un poco alterada y sofocada, pero lo olvidaba. Pero desde hace unos años he intentado descifrar a qué es debido, tiene que haber un motivo al que no logro llegar.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No quería hablar de eso, mamá.

—De acuerdo —asintió aceptando mi decisión—. ¿Cuál es el sueño? —susurró concentrada.

—En algunas ocasiones, esto varía, me veo a mí misma desde fuera, quiero decir, que es como si una parte de mí se alejara de mi cuerpo y me observara tumbada en la cama, como una espectadora. Todo es muy real, la impresión es como si estuviera despierta.

»Me veo hasta moverme inquieta, noto mi intranquilidad y todas las sensaciones y emociones, y después la percepción desaparece y todo se cubre de oscuridad por unos instantes. Lo que siempre es igual, es lo siguiente… de repente surge el contorno de una figura rodeada de negrura y puedo apreciar algo de las facciones de una cara.

»Es muy sutil, tanto que no sabría darte sus características. Es una persona, porque de ella salen destellos intensos que le dan forma. Nunca he llegado a diferenciar más detalles. Al principio la imagen se mantiene quieta, pero después es como si la cara estuviera en primer plano. —Hice una pausa, viendo a mi madre pensativa, analizando todo lo que le estaba contando.

»¿Crees que…? ¿Crees que puede ser alguien o algo que me está pidiendo ayuda? No sé cómo preguntarlo mejor, es difícil expresarlo. ¿Quizás se me presenta para eso? Si es así, lo he ignorado tanto… y estaría bien saberlo para solucionarlo entre las dos, para que desaparezca por completo de mis noches. —Tragué saliva.

—Cuando te ves a ti misma, puede deberse a varias posibilidades —murmuró mi madre, como ida.

—¿Cuáles?

—Una parte esencial de ti se desprende de tu cuerpo físico para ayudar o para llegar más cerca de esa figura que me has explicado. Es algo que no puedes controlar, porque es como si tu subconsciente actuara por ti en un momento en el que tú no eres dueña de nada. También puede deberse a que, aunque te lo parezca, no eres tú la que te miras.

—No lo entiendo. —Fruncí el ceño—. Me veo a mí misma, mamá, como si estuviera a los pies de la cama.

—Sí, pero en estos casos las percepciones son tan frágiles y sutiles que pueden confundirte si no sabes interpretar y sobrellevar la situación en otro plano. Puede que la visión no salga de ti, sino que te veas a través de los ojos de la otra persona, de esa figura que lleva apareciendo ante ti año tras año.

—¿Tú crees? —Agrandé los ojos.

—Necesito trabajar en ello para asegurarte las cosas. —Me sonrió con cariño—. Lo único que tengo claro ahora mismo, es que sea lo que sea te busca y no va a desaparecer hasta que consiga lo que lo impulsa a ir a ti cuando estás en un plano al que él puede acceder. ¿Entiendes? —asentí despacio, varias veces.

—¿Puede ser… puede ser malo? —Tragué saliva.

—No. —Volvió a sonreír—. Te aseguro que tengo muchas experiencias vividas y lo que me has contado no se aproxima a que tengas que preocuparte. Si fuera así, ya no estaría sentada frente a ti, me habría ido corriendo a la habitación. Si esa «imagen» buscara algo malo, hacerte daño, se hubiera hecho más visible y habría llegado más a ti de alguna forma. La hubiera encontrado, no tengo dudas al respecto, porque ¿qué sientes cuándo aparece? ¿Miedo, ansiedad, o, por el contrario, te mantienes tranquila?

—Mientras estoy en el sueño, nunca me he sentido nerviosa. Antes sí, cuando me veo a mí misma, es como en el comienzo, pero una vez que la figura se hace presente, mi cuerpo se queda quieto, como en… paz —susurré arrugando el ceño. Hasta ahora no lo había pensado—. Es al despertarme cuando lo hago sobresaltada, alterada y sudando. —Sonrió.

—Te despiertas así porque no has conseguido llegar hasta él, es como si al volver a la realidad al abrir los ojos, perdieras, una vez más, la posibilidad de querer descubrirlo. Me acabas de dar la razón, la paz que sientes te la transmite, si fuera algo malo, créeme, tus sensaciones serían las opuestas —asintió.

—¿Qué hago, mamá? ¿Cómo puedo descubrir qué quiere o qué es?

—Necesito tiempo, déjame trabajar en ello. ¿Vale? —Me agarró de la mano y le di un apretón.

—Sí —susurré.

—Pero ante todo, quédate tranquila, da igual las veces que tengas el mismo sueño.

—La última vez fue hace unas noches y… —dije pensativa.

—¿Qué?

—Que me pareció que pasó algo diferente, creo que si no me hubiese despertado habría visto algo más. Sus facciones empezaron a aclararse, pero justo abrí los ojos, asustada.

—Va avanzando —asintió pensativa.

—¿Por qué no puedo mantenerme dormida?

—Porque hay una parte de ti que está asustada, aunque te parezca que no tienes miedo por la sensación que te transmite el sueño. Y esa parte asustadiza lucha por salir de donde te has metido, hasta que encuentra la salida.

—Joder, pues vaya mierda. —Bufé—. Estás tranquila y segura —afirmé.

—Sí, cariño. Mis sentidos, mi instinto y mi experiencia me dicen que no estoy equivocada, pero igualmente esta tarde empezaré. Tengo aquí todo lo que necesito. —Me hizo un guiño.

—Vas a estar entretenida. —Sacudí la cabeza.

—Tú relájate y sigue como si nada.

—Es lo que llevo haciendo muchos años. —Me encogí de hombros—. La verdad es que, joder, no tenía pensado contártelo, pero esta madrugada me ha dado por pensar en ello, ha sido como si algo me impulsara con fuerza y… aquí estoy.

—Pues me alegro mucho de que lo hayas hecho, las dos cosas. —Me sonrió—. ¿Preparamos la comida?

—Sí. —Le devolví el gesto.

Nos levantamos y mientras yo recogía la bandeja con los pastelitos y lavaba las tazas y las cucharillas, mi madre fue colocando en la encimera todo lo que necesitábamos para hacer la comida.

Reímos, hicimos bromas, y me sentí en paz. Tuve la sensación de que me había quitado un gran peso de encima. Mi madre era una experta en todos los temas que se alejaban de la comprensión de las personas. Desde bien pequeña había despuntado en ello, pero es que lo heredó de mi abuela, su madre. La cadena no había seguido conmigo, o al menos eso creíamos. Lo único de lo que yo era consciente era de lo que acababa de contarle, y sin mi madre estaría completamente perdida y continuaría con muchas dudas y preguntas el resto de mi vida.

Cuando escuché la cerradura, sonreí. Salí al salón secándome las manos con un trapo de cocina, para sorprender a mi padre y recibirlo, como solía hacer cuando vivía con ellos.

—Hija. —Me sonrió de oreja a oreja.

—Hola, papá. —Lo abracé.

—Hola, tesoro. —Me dio un beso en la cabeza—. Menuda alegría. ¿Hoy no trabajas? —Arqueó una ceja y reí.

—Sí, pero por la tarde. Me he tomado la mañana libre, a partir de media mañana. He empezado a trabajar muy temprano.

—Estupendo, me encanta que disfrutes. —Me rodeó los hombros con un brazo.

—Al hombre de mi vida le digo que no sé si se acuerda de que tiene a su gran amor entre fogones —gritó mi madre, y soltamos una carcajada.

Fuimos a la cocina y la sonrisa no se me borró de la cara cuando vi cómo se besaban y se abrazaban. Eran el ejemplo de un gran amor que dudaba que algún día fuese a encontrar yo. El amor verdadero, el apasionado y visceral que con el tiempo se transforma y madura, pero que no pierde intensidad, lo tenía delante.

—Ve a ponerte cómodo —le pidió mi madre, dándole un toque con otro trapo en el trasero.

Mi padre se fue riendo hacia la habitación, mientras nosotras poníamos la mesa. Empecé a servir la comida en los platos, y cuando mi padre se unió a nosotras, nos sentamos a la mesa para comer en familia. Me encantaba compartir momentos con ellos, y si además disfrutaba de lo gran cocinera que era mi madre, aún mejor, porque, aunque yo la ayudara, ella había sido mi maestra.

—Me voy ya —les dije, después de unos minutos de haber terminado.

—¿Tan pronto?

—Es que me va a entrar sueño, y si me echo aquí, se me va la tarde. Dormiré una pequeña siesta, ya empiezan a pesarme los párpados, pero en el sofá de mi casa. Así, cuando me despierte, puedo ponerme a trabajar directamente.

—Está bien, cariño. —Me sonrió mi madre.

—Te llevo en coche. —Se ofreció mi padre.

Durante la comida le había contado lo que había hecho a lo largo de la mañana, sabía que vine caminando.

—No hace falta, pido un taxi.

—No digas tonterías. Cinco minutos —dijo saliendo de la cocina.

Mi madre y yo nos miramos risueñas, enamoradas por completo del hombre que había ido un momento a su habitación. Lo de los «cinco minutos» en el idioma de mi padre era como si dijera: no se habla más del tema, ni una palabra, tienes ese tiempo para estar preparada en la puerta si no quieres que te saque a mi forma.

—Esta noche te llamo —me dijo mi madre, mientras nos alejábamos de la mesa.

—Vale.

—Aunque no creo que pueda decirte mucho, pero te daré toda la información que consiga —habló en tono bajo, antes de darme un beso en la mejilla.

—¿Qué estáis tramando? —nos preguntó mi padre y las dos reímos, por lo que él tuvo más motivos para desconfiar. Arqueó una ceja.

Fui un momento al baño, rápido, y cuando volví junto a ellos, me despedí de mi madre con un fuerte abrazo. Mi padre y yo nos dirigimos al parquin del edificio.

—Gracias, papá. —Me agarré de su brazo.

—Hija, como vuelvas a…

—Valeee… —lo corté y sonrió con satisfacción.

—Aparte de lo que me has contado, ¿hay algo más que deba saber? —Me miró de reojo.

—Mamá te pondrá al día, pero tranquilo, no es nada importante. —Le sonreí.

—De acuerdo —asintió conforme.

Nos montamos en el coche para recorrer los veinte minutos por carretera que separaban nuestras viviendas. Ellos estaban más en el centro; yo casi a las afueras, pero valía la pena porque disfrutaba de un espacio amplio y verde que no era fácil conseguir en muchas zonas.

Cuando salí por la mañana de casa para ir hacia la cafetería, los más de quince minutos caminando me vinieron muy bien, para quitarme el agobio y la pesadez que sentía.

Me despedí de mi padre antes de bajarme del coche, frente a la entrada de mi casa. Nos abrazamos y nos besamos, y le lancé un último beso desde la acera. Me quedé observando cómo la distancia entre nosotros cada vez se hacía más grande, hasta que solté un suspiro y me dirigí hacia la puerta, con las llaves en la mano.

Nada más entrar, fui hacia la escalera para subir a la habitación y en ella me desprendí de la ropa. Me puse un camisón de tela muy fresquita y de tirantes, me llegaba hasta medio muslo. Después de encender el aire acondicionado, cambié el pensamiento de tumbarme en el sofá y lo sustituí por la cama. Me llamaba a gritos y no pude resistirme: me lancé sobre la colcha.

—Pronto lo sabré… —susurré, cerrando los ojos, pensando en los sueños que llevaban persiguiéndome durante tantos años que ya no sabía cuándo empezaron.

Los ojos se me cerraron rápido, por el cansancio y el agotamiento de no haber dormido casi nada durante la noche.

Capítulo 10



Darian

Iba caminando por la acera hacia la casa de mi amigo Eloy. Cambié de acera, acortando la distancia que me separaba de la vivienda. Era martes, más concretamente las nueve de la noche. Nos habíamos visto por la tarde en el aeropuerto. Cuando su avión aterrizó a las seis, yo ya estaba esperándolo. Después de un abrazo y de que guardara su equipaje en el maletero, nos montamos en mi coche y no tardó en llamar a Jon y a Emma para avisarlos de que esta noche había cena en su casa.

A pesar del día que era, entre semana, nuestros amigos no dudaron en apuntarse. De los cuatro, eran los únicos que tenían un horario de trabajo que cumplir al día siguiente, mientras que Eloy disfrutaría de varios días de descanso, como siempre sucedía tras sus viajes laborales. Por mi parte, desde hacía un tiempo gestionaba mi empresa desde casa, debido al cambio que trastocó mi vida.

Me paré frente a la puerta y pulsé el timbre. Casi me reí por el ímpetu con el que me abrió Emma, antes de lanzarse a mi cuello para abrazarme.

—Joder, si el que ha estado fuera ha sido Eloy —me quejé en broma.

Caminé con ella en brazos, sujetándola con fuerza por la cintura, mientras ella reía por mi comentario.

—¡Eres un soso! —Me dio un golpe en el hombro cuando la solté en el salón.

—Pues si llego a ser más simpático y alegre, no sé cómo serán tus recibimientos. —Arqueé una ceja, y por algún lado desde el interior de la casa escuchamos las risas de Jon.

—Eh. —Apareció por el pasillo, con una media sonrisa—. Primo. —Me abrazó y le correspondí—. ¿Qué tal?

—Voy tirando, ¿y tú?

—Según el día, me entiendes perfectamente —asentí.

—¿Dónde está el anfitrión?

—Esclavizado en la cocina —respondió Emma.

—¿Él? Me extraña. —Sonreí de medio lado.

—Estoy sacando la comida de los recipientes, podéis venir a ayudarme, ¿eh? —nos gritó Eloy.

Jon y Emma rieron, yo no perdí la sonrisa. Eloy era el número uno en pedir comida a domicilio y esta noche no iba a ser menos. Fuimos hasta la cocina, donde lo encontramos, colocando en una bandeja parte de lo que había pedido.

—¿Qué os parece cómo os cuido, eh? Tiene una pinta…

—Toda la razón. ¡Qué hambre! Vamos a preparar la mesa —dijo Emma.

Nos movimos coordinados, cada uno cogiendo varias cosas para llevarlas a la mesa del porche, donde íbamos a cenar. Con tantas manos terminamos pronto, al igual que de sacar toda la comida. Nos sentamos alrededor de la mesa y cogí la botella de vino, para descorcharla y servir en las copas.

—¿Cómo te ha ido en el viaje? —le preguntó Jon a Eloy.

—¿No os ha contado sus *aventuritas*? ¿O solo estaba pesado conmigo con los mensajes y las llamadas? —intervine, mirándolos de reojo.

—La mayoría de las veces me ignoraban, ya te lo comenté. Tener amigos para esto. —Sacudió la cabeza Eloy, haciéndose el ofendido mientras contenía la diversión.

—No te quejes, que hablamos varias veces. —Le lanzó un trozo de pan Emma, riendo—. Estamos desinformados, en este rato no nos ha dado tiempo a ponernos al día, hemos llegado pocos minutos antes que tú. —Se dirigió a mí.

—El viaje ha ido estupendamente —les informó Eloy—. Entre trabajo y trabajo…

—Le ha metido mano a todo lo que ha podido. —Terminé por él.

—Ya te digo. —Rio Eloy.

—Vamos, que has aprovechado bien los días —comentó Emma.

—Sobre todo, las noches. —Le hizo un guiño Eloy—. Y para que os quedéis de piedra, por primera vez en mi vida he repetido con la misma mujer. ¿Qué os parece?

—No jodas, ¿qué han hecho con el Eloy que se fue de aquí? —Quiso saber Jon, exagerando el gesto de sorpresa.

Reímos durante un rato, entre sorbo y sorbo. El vino entraba solo, era una delicia para el paladar.

—Si hubieseis visto a la rubia. —Bufó—. Joder, me hizo perder la cabeza. —Elevó las dos cejas, varias veces de forma graciosa.

—¿Te mantendrás en contacto con ella? —Se interesó Emma.

—Que haya disfrutado mucho no quiere decir que me haya vuelto loco. —Sacudió la cabeza, con los ojos más abiertos de lo normal—. La distancia está bien y cada uno en su lugar, mucho mejor. —Sonrió con picardía.

—Lo mismo has dejado atrás a la mujer de tu vida —comentó con humor Jon.

—Si fuese así, no estaría tan feliz por haberse alejado de ella. —Sonreí de medio lado.

—Efectivamente, amigo. —Me dio la razón chocando la copa conmigo—. Aprende de tu primo —le dijo a Jon.

—¿Qué tal en la casa? —le preguntó Emma a Eloy.

—Bien, aunque durante el vuelo he estado pensando en alargar los días libres para dedicarme un poco a ella. Me gustaría hacer unas reformas, no sé…

—¡Pero si tanto el interior como el exterior están perfectos! —Se asombró Emma.

—Sí, pero no sería mucho, solo darle mi toque personal —dijo pensativo —. Lo que sí es seguro, es que va a caer una piscina. Este me ha puesto el

caramelo en la boca con la suya —me señaló—, y con el espacio que hay en el jardín…

—Podríamos terminar la noche con un buen baño. —Dio una palmada Emma.

—¿En la piscina imaginaria? —La piqué.

—Muy gracioso. —Me sacó la lengua y sonreí.

—Ha utilizado una forma muy sutil y delicada para que sepas que cuando terminemos queremos ir a tu casa —comentó con humor Jon.

—Contad con ello —asentí—. Desde que la monté y la llené el domingo, me he metido cada noche, después de cenar. Es una gozada.

—¿Solo? —Quiso saber mi primo.

—No —respondí.

—Joder. —Tosió Eloy, al atragantarse con el sorbo de vino que acababa de beber. Emma se rio al verlo rojo y expulsando por la nariz parte del líquido, Jon frunció los labios, conteniéndose para no hacerlo—. ¿Cuándo narices nos lo ibas a contar? —Jadeó mirándome, cuando se recompuso.

— Lo estoy haciendo ahora, pero no creo que te interese saber quién era mi compañía. —Me llené la boca de comida.

—Si es que lo estoy viendo. —Rio mi primo y yo sonreí—. Casi te mueres y su compañía fue una copa detrás de otra, ¿me equivoco?

—No.

—Me cago en… —se quejó Eloy, y volvimos a reírnos.

Entre bromas y cachondeo pasamos una cena divertida. Yo en muchos momentos me limité a observarlos y a sonreír, en otros se me iba a vista hacia el jardín iluminado por pequeños puntos de luces que había repartidos por la hierba.

Los tres se esforzaron por hacer la velada entretenida y amena, y yo me dejé llevar por ellos. Era fácil y complicado al mismo tiempo, contradictorio, pero así era mi vida de un tiempo a esta parte.

Cuando nos quedamos saciados, sin poder llevarnos más comida a la boca, dos bandejas se quedaron a la mitad. Recogimos la mesa entre los cuatro y guardamos los restos en la nevera. Todavía alargamos un poco más la noche en el porche de Eloy, antes de dirigirnos a la mía. Nos tomamos varias copas con calma, saltando de un tema a otro, hasta que cuando el volumen de nuestras risas y voces aumentaron, nos trasladamos a mi casa, dispuestos a continuar divirtiéndonos.

Emma estaba muy contentilla, y Jon y Eloy, que también iban un poco pasados, no dejaban de animarla, dándole pie a que ella no pudiera dejar de reír. Si continuábamos con el ritmo que llevábamos de beber, tenía claro

que esta noche dormirían los tres en mi casa, y que a Jon y a Emma les tocaría madrugar más de la cuenta para ir a las suyas a prepararse para los trabajos.

Yo notaba los efectos del alcohol, pero por el momento era el que iba poniendo orden y pidiendo que no fueran tan escandalosos, hasta que llegáramos a mi casa. Otra cosa es que me hicieran caso. A esas alturas de la noche, entre las botellas de vino que habían caído durante la cena y las dos copas bien cargadas de después, la situación era un poco incontrolable, y la mayoría de las veces terminaba uniéndome a sus risas, sin importarme nada más.

En cuanto estuvimos en mi salón, les pedí que fuesen directamente al porche porque la intención de Emma fue ir directa al sofá y sabía que, aunque solo lo rozara, ya no habría forma de que se moviera de él. Cuando salí con una bandeja en la que coloqué copas, botellas, refrescos y hielo, me reí al verlos a los tres en ropa interior, alineados en el jardín, esperándome más que preparados para lanzarse al agua.

Los animé a que se lanzaran, mientras preparaba las bebidas en la mesa del porche. Cuando terminé, me desvestí, quedándome en bóxer, y llevé la bandeja con todo lo que íbamos a necesitar hacia la piscina. La coloqué sobre la balda alargada que había montado para utilizarla como una mesa. Era el mejor invento, quedaba a la altura del borde y era accesible.

Sin nada más que hacer, solo me quedaba meterme en el agua y es lo que hice, subiendo por la escalera. A pesar de la hora que era —debían de ser

entre la una y la una y media de la madrugada—, hacía bastante calor y se notaba el agobio, por lo que donde mejor podíamos estar era a remojo.

—Joder, esto es vida —dijo Emma y soltó un suspiro, mientras flotaba en el centro.

Yo acababa de sumergirme en el agua y me pasé las manos por el pelo, retirándome el exceso, antes de ir a por mi copa.

—Tiene la medida perfecta, tío —comentó Eloy, observando los detalles para cuando tuviese que elegir una para su casa.

—Sí, es bastante grande y compacta. Estoy contento —confirmé antes de beber.

—Mola, ya sabemos dónde vamos a terminar todos los fines de semana —rio Jon.

—Hasta que compre la mía. —Le dio una palmada en el hombro Eloy.

—Como tiene que ser, sois los ricachones. —Rio Emma y se hundió un poco.

Soltamos una fuerte carcajada, a la que le siguieron varias más, cuando salió tosiendo con el pelo tapándole la cara.

—Os informo que no los compré salvavidas —dije con humor, tirando de su brazo para que se agarrara al borde.

Como ya sabía, a ella era a la única a la que el agua le llegaba por el cuello. A Jon, a Eloy y a mí no nos pasaba de la mitad del pecho.

—Creo que ha bajado el nivel. Me he tragado como mínimo un palmo —dijo exagerando, soltando un suspiro al apoyar la cara en los brazos.

—Mientras nos cubra por las rodillas y podamos estar sentados, cubierta la cintura, puedes continuar —bromeó Eloy, y rieron.

La noche continuó entre copas, por lo que os podéis imaginar cómo fue evolucionando. Por mucho que fui advirtiéndoles a Jon y a Emma de lo tarde que era y del estado en el que estaban, no conseguí hacerlos entrar en razón para que se fueran al interior de la casa a descansar. Llegó un punto en el que ni Jon ni Eloy podían mantenerse estables dentro del agua, justo en ese momento los obligué a salir dando la noche por finalizada para ellos.

Los ayudé a salir de la piscina, fue una aventura en la que no pudimos parar de reír ninguno. Eloy no se acordó de los últimos escalones y terminó tirado en la hierba, mientras que mi primo, Jon, se empeñó en ir a gatas hasta el sofá del porche. Él se quedó allí, tal como cayó, no se movió. A Eloy lo llevé al salón y lo dejé sentado en la mesa baja de enfrente del sofá, para ir a por varias toallas. Cuando regresé junto a él se había tumbado sobre la madera y ni mis risas fuertes lo despertaron. Cubrí el sofá con las toallas y lo moví para que estuviera cómodo.

Con los dos a salvo, regresé junto a Emma. Tanto ella como yo hacía un buen rato que aflojamos de beber alcohol, solo tomábamos un sorbo de vez en cuando, alternándolo con refrescos.

—Debe de pasar de las tres. No vas a poder levantarte para ir a trabajar, eso si te da tiempo a acostarte —le advertí, cuando estuve de nuevo dentro del agua.

—Es que nos lo hemos pasado muy bien y no quiero que termine —dijo con añoranza.

—Es la primera noche de muchas —comenté, llevando el vaso de refresco a los labios, pensativo, pero no llegué a beber.

Emma empezó a reír de la nada. Cuando giré la cabeza hacia ella para saber qué le había parecido tan gracioso, fruncí los labios y no pude hacer otra cosa que reírme también. No estaba tan bien como pensaba, porque al coger su copa, no calculó los movimientos ni la fuerza, y se lanzó el contenido a la cara, el que terminó resbalando al agua.

Nos dio un ataque de risa, no pude ni beber un sorbo del refresco y lo que sucedió a continuación me despistó del todo y desvié la atención de Emma. De repente, se escuchó una voz que no pertenecía a ninguno de mis amigos.

Una sonrisa de medio lado fue apareciendo en mis labios, mientras miraba fijamente hacia la enredadera que cubría la valla que separaba mi jardín del de la vecina.

—¿Seríais tan amables de no hacer tanto ruido? —habló en alto, con mucha ironía y fruncí los labios— ¡Joder! He aguantado, ¿eh? Pero es que no tenéis fin y es entre semana. ¡Por si no os habéis dado cuenta!

—Lo mismo te vendría bien unirte, preciosa. Yo estaría encantado, te ayudaría a relajarte —le hablé, mientras Emma me miraba con curiosidad.

—¿Quién es? —me preguntó en tono bajo mi amiga, haciendo un gran esfuerzo por no reír otra vez.

—La vecina —le respondí con un guiño y acto seguido solté una carcajada, al escuchar de la aludida un pequeño grito y un bufido fuerte.

Capítulo 11



Ginger

Aguanta un poco más, me dije. Había perdido la cuenta de las veces que me había repetido lo mismo; mi nivel de nervios ya estaba por las nubes.

Mandaba narices que, incluso con la corredera cerrada —porque tenía el aire acondicionado puesto—, escuchara sin problema el jaleo que estaban montando en la casa de al lado.

Si hubiera estado dormida, tal vez no me habría enterado, pero estaba terminando de ver una película cuando se empezaron a oír los gritos y las risas. En ese momento me dio igual, aunque lo oyera de fondo. Tonta de mí que pensé que no se alargaría. Pero la película terminó, lo que no sucedió con la fiesta del vecino. Debía ser eso, que había organizado una fiesta, porque si no, no lo entendía, aunque hacerlo un martes era raro.

Cuando apagué el televisor, subí a mi habitación, para meterme en la cama. Lo hice, sí, pero comencé a dar vueltas en ella porque, incomprensiblemente, los sonidos se hicieron más intensos. A pesar de la

distancia que separaba los jardines de ambas casas, las paredes no ofrecieron resistencia alguna, y el silencio absoluto del interior tampoco ayudaba. Todo lo que venía de fuera se colaba sin permiso.

Empecé a agobiarme, y fue peor porque al cabo de casi una hora tuve que levantarme de la cama, enfadada, con un cabreo impresionante. Joder. Me resistía a salir para llamarles la atención porque… porque todavía tenía muy presente lo que pasó el domingo, cuando, sin querer, expuse mi desnudez al vecino.

Intentando contenerme, sabiendo que no conseguiría dormirme —porque estaba demasiado despierta y parecía que la fiesta se había trasladado a mi casa— salí al porche con el portátil. Sí, soy masoquista, porque colocarme allí solo aumentó mi malestar. Las voces y risas se oían aún más cerca, como si estuvieran justo al lado. Intenté trabajar un poco para distraerme, pero fue imposible concentrarme.

Me di por vencida y me dediqué a entretenerme mirando cosas en Internet. Hasta que de golpe subieron el volumen de las carcajadas y me levanté del sofá echando humo, al borde de perder los nervios del todo. Caminé por el jardín como si fuese directamente a una guerra. Para mí lo era. ¿Cómo demonios iba a hacer entrar en razón a un grupo de borrachos?

Lo sabía por experiencia propia, claro… pero al menos mis amigos y yo salíamos los viernes y los sábados por la noche, no entre semana.

Cuando me paré frente a la valla que separaba las propiedades, cogí varias bocanadas de aire antes de hablar. Dudé por unos instantes porque el ruido

cesó, pero en cuanto escuché de nuevo risas, me lancé a enfrentar a quien fuera, a pesar de que no sonaron con tanta intensidad.

—¿Seríais tan amables de no hacer tanto ruido? —grité, aunque sin llegar al nivel de los del otro lado. La ironía salió disparada de mis palabras y mi tono de voz— ¡Joder! He aguantado, ¿eh? Pero es que no tenéis fin y es entre semana. ¡Por si no os habéis dado cuenta!

Para mi mala suerte, respondió la misma voz que recordaba perfectamente del domingo. Me estremecí entre la rabia y la vergüenza.

—Lo mismo te vendría bien unirte, preciosa. Yo estaría encantado, te ayudaría a relajarte —soltó, como si nada, y apreté los puños a los lados de mi cuerpo.

Esa fue mi primera reacción. La segunda, fue soltar un grito por la impotencia que sentí y un bufido fuerte.

—¡Eres imbécil! —Lo encaré, aunque le estuviera hablando a las hojas verdes de la enredadera.

—¡Qué carácter! ¿Siempre eres así, preciosa? —volvió a hablar— Déjame que responda por ti, sí. —Rio.

—Sois unos impresentables. La gente tiene que descansar. ¡Mañana se trabaja!

—¿Nos ha dicho impresentables? —intervino una voz femenina. Fruncí el ceño.

—Correcto —respondió él.

—¿Qué le has hecho? —preguntó ella.

—¿Yo? —Pareció sorprendido—. Creo que hemos sido los cuatro, el alcohol te ha nublado la mente. —Soltó una carcajada—. Mete la cabeza debajo del agua, anda, todavía tienes las mejillas manchadas.

—¿Podéis dejar de hablar delante de mí? No me interesan vuestras intimidades, ni imaginar de qué tiene las mejillas sucias — repliqué, más rabiosa aún.

—¿Se ha pensado que…? —Empezó a decir la chica, pero no terminó. Soltó una carcajada fuerte.

—Está celosa —soltó él.

—¿Perdona? —Jadeé—. Tú no estás bien de la cabeza —siseé.

—Estoy perfectamente, preciosa. Al menos en este momento. —Noté el tono de humor—. Y, por cierto, ¿dónde estás? Hazte presente porque has dicho que estamos hablando delante de ti y no te veo. ¿Te gusta jugar al escondite? ¿A qué te atrapen? Mmm… me gusta, mucho. Aunque no tanto como las vistas del domingo.

—¡Imbécil!

Me giré, más alterada aún, y empecé a caminar sobre la hierba como si quisiera destrozarla. Pero las siguientes palabras me detuvieron de golpe.

—¿Quieres unirte a nosotros? —dijo la chica— Podemos hacer un trío en la piscina.

Cuando terminó de hablar, los dos rieron con ganas. No me lo pensé. Miré, como poseída, hacia el jardín. Ni la falta de iluminación me impidió encontrar lo que me serviría para lo que quería hacer. Me dirigí con decisión hacia la barbacoa y saqué varios trozos de carbón de una puertecita de obra.

Con las manos llenas, regresé a mi posición mientras ellos seguían riendo. Sonreí, convencida de que estaba en el sitio perfecto, y sin dudar, empecé a lanzar los trozos de carbón por encima de la valla con todas mis fuerzas.

—¿Qué…? —Jadeó la chica con el primero.

Por los sonidos que escuché, supe que habían caído en el agua, por lo que había acertado. Aunque esperaba que alguno de los dos se hubiera llevado las manos a la cabeza. El silencio me rodeó, y cogí una bocanada de aire, satisfecha con el resultado.

—Me has puesto cachondo. —Cerré los ojos con fuerza al escucharlo a él —. Me cobraré lo que has hecho, de una forma u otra.

—Aquí te espero, listo —repliqué con rabia.

Ni puñetera idea donde encontró la gracia a mis palabras, pero volvió a reír. Caminé alejándome de la dichosa enredadera, directa hacia el porche. Casi me puse a llorar cuando el silencio regresó y no volvió a romperse.

Cerré la tapa del portátil y lo cogí para entrar casi corriendo a mi casa. Dejé el ordenador en la mesa alta del salón y subí la escalera. Cuando estuve en mi habitación fui al baño rápido, me lavé la cara con agua fría —la tenía ardiendo por el mal rato que había pasado— y me metí en la cama.

Tumbada en ella solté un suspiro largo y sonreí, al no escuchar nada. *Estupendo*, me dije, aunque quizás no pensaría lo mismo cuando viera al vecino cara a cara. No sabía quién era; me refiero a que ni siquiera le había visto la cara el domingo porque se ocultó, lo que era un punto a favor… siempre que no hablara, porque el timbre de su voz lo reconocería rápido. Se me había quedado grabado.

Me puse de lado, mirando hacia la ventana. La habitación estaba completamente a oscuras, y la persiana bajada, pero me notaba tan alterada todavía que no lograba cerrar los ojos en la posición en la que más me gustaba dormirme. Los pensamientos me llevaron a la piscina del vecino, a una imagen creada por mi mente en la que una pareja continuaba disfrutando dentro.

Los jadeos y los gemidos imaginarios me molestaron, y me sobresalté ante la sensación que me asaltó. Incluso visualicé cómo el agua se movía

alrededor de los dos, envolviéndolos con el pequeño oleaje que provocarían los cuerpos de ambos en movimiento. Mi inquietud e incomodidad aumentaron al recrear la escena. No tenía sentido; la falta de descanso me estaba afectando demasiado.

¿Cómo podía ser que se sintiera así si ni siquiera conocía al vecino? ¿En qué cabeza cabía que le molestara lo que hiciera? Joder, si no había visto ni una pequeña parte de él. Era una locura. Pero, rodeada de silencio, su interior se cubrió de una neblina que la envolvió, sin poder desprenderse de ella.

—Qué mierda… Ojalá hayan tenido que salir de la piscina porque el agua se ha puesto negra por el carbón —susurré.

✣ ✣ ✣

Abrí lentamente los ojos y parpadeé despacio, pero volví a cerrarlos. Estaba cansada, necesitaba dormir más, y es lo que hice porque el sueño me atrapó de nuevo.

Cuando volví a abrirlos, me sentí desorientada. Me senté despacio en la cama y solté un suspiro. Me deslicé por la sábana y fui hacia la ventana para subir la persiana. Durante unos segundos, tuve la sensación de que era fin de semana, hasta que solté un pequeño grito y fui hacia la mesita de noche.

—Madre mía —susurré al ver la hora en la pantalla del móvil, asombrada.

Era miércoles, en ese detalle ya había caído al reaccionar, pero no imaginaba que fuera tan tarde. Eran las once y media de la mañana. No me había despertado al sonar la alarma, y no solo eso, la había apagado inconscientemente.

Maldije mientras iba al baño, por el tiempo de trabajo que había perdido. No me sorprendía, teniendo en cuenta la hora a la que me dormí… a altas horas de la madrugada. Solté un suspiro frente al espejo y fruncí el ceño. Tenía ojeras y parecía que había metido la cabeza en una secadora. Hoy era uno de esos días en que mi melena pelirroja se volvía incontrolable.

Me recogí el pelo en un moño alto, el único remedio rápido al que siempre echaba mano en estas ocasiones. Me lavé la cara con agua fría y cuando terminé en el baño, fui al vestidor. Me quité el camisón y me puse una camiseta muy ancha de manga corta. Era tan grande que me servía de vestido y un hombro se quedaba al descubierto.

Descalza, bajé por la escalera para ir a la cocina. Necesitaba un café urgentemente. Tenía una sensación parecida a si hubiera salido de fiesta la noche anterior, cuando tristemente no salí de mi casa, bueno, de mi propiedad, porque bien que me encantó recorrer el jardín, por lo que le hice al vecino y a la chica con la que estaba. Sonreí con un poquito de maldad, al pensar en ese momento.

Ellos no habían tenido consideración por nadie, pues yo tampoco. Era lo que había. Cuando terminé de prepararme el café salí al salón, yendo directa hacia la corredera del porche. Dejé la taza en la mesa y entré de nuevo, para

coger el portátil y el cable para cargarlo porque me haría falta. Conecté la regleta después de colocar el enchufe y coloqué el cable extendido cerca, en la mesa.

Me acomodé en el sofá y empecé a tomarme el café, tranquila. Ya daban igual unos minutos más, así que me lo bebí con calma, saboreándolo, mientras evitaba mirar más allá de mi jardín. La fachada lateral de la casa vecina estaba totalmente prohibida, aunque contaba que pareciera deshabitada porque, a saber, a qué hora se durmieron al otro lado de la valla.

Cuando me terminé el café me levanté para hacerme otro. Con el segundo de vuelta en el porche, di un sorbo y coloqué la taza a un lado, para empezar a trabajar. Levanté la tapa y encendí el portátil, mientras arrancaba, volví a beber.

No desvié la atención en ningún momento, me concentré en trabajar para recuperar el tiempo perdido, o al menos lo intenté. Cuando me di cuenta, al mirar la hora en la pantalla, indicaba que eran las tres de la tarde, pero valió la pena retrasar la comida, porque cuando me levanté para ir a la cocina a prepararme algo rápido de comer, me sentía satisfecha por todo lo que había adelantado.

Al fin y al cabo, el día no parecía que iba a ser malo, como pensé al despertarme tarde. Estaba cortando unas verduras para hacérmelas a la plancha, cuando sonó el timbre. Me limpié las manos en un trapo de cocina y fui a ver quién era, por la hora no tuve ni idea.

—Hola —me saludó un chico, sonriente.

—Hola. —Le correspondí de la misma forma.

—Le traigo un paquete.

—¿A mí? —Fruncí el ceño—. No he pedido nada.

—Pues la dirección es esta —dijo comprobando que no se había equivocado.

—Vale —acepté, pensando que sería cosa de alguno de mis amigos o de mis padres, no había más opciones.

Le firmé en el aparato que me acercó y me dio el paquete, el que cogí con las dos manos. Me despedí del chico agradeciéndoselo y cerré la puerta con el pie. Era una caja grande, no tenía ni idea de qué podía contener.

La dejé sobre la mesa alta del salón y fui a la cocina a por un cuchillo, con el que corté las cintas adhesivas. Aunque hubiera empezado a enumerar opciones, ni por asomo habría acertado en el contenido de la caja.

—No puede ser… —Jadeé cuando descubrí de qué se trataba.

Agrandé los ojos, al ver una bolsa de carbón para la barbacoa. El vecino acababa de devolverme muchos más de los trozos de carbón que le lancé la

noche anterior, porque, aunque me costó asimilarlo, supe que no podía venir de otra persona.

Debido a la sorpresa, tardé en darme cuenta de que había una nota. Por un momento estuve tentada a tirarla a la basura, sin pararme a leerla. El carbón me lo quedaba, vamos, y tanto que lo iba a utilizar.

Al final ganó la curiosidad y abrí el pequeño sobre, sacando una tarjeta del mismo tamaño.

«*Espero que valores el detalle y no me lo lances de vuelta. Preferiría que me invitaras a una barbacoa, en vez de tener que recoger el carbón de mi piscina. Es bueno entablar relación con los nuevos vecinos, imagino que no serás tan irritante y dramática como hasta ahora me lo has parecido. Disfrútalo, preciosa, y si tienes mucho calor ya sabes lo que tienes que hacer en el porche, te aseguro que lo disfrutaré. Por cierto, me encanta ver y notar cómo te contienes y no puedes evitar saltar*».

—Imbécil —susurré queriendo estar enfadada, pero no pude evitar que en mis labios apareciera una pequeña sonrisa, al ver el pequeño guiño escondido entre sus letras.

Capítulo 12



Darian

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le pregunté a Eloy, apoyándome en el marco de la puerta principal.

—Te necesito desesperadamente —dijo, y arqueé una ceja porque podía salir por cualquier lado.

—Ajá. —Esperé a que continuara.

—Joder, ¿no me vas a invitar a pasar?

—Me estoy enterando ahora mismo de que necesitas invitación. —Sacudí la cabeza.

—También es verdad. —Me apartó para entrar, y sonreí al cerrar la puerta.

—¿Qué te pasa? —Quise saber, mientras iba a la cocina.

El timbre había sonado justo cuando estaba empezando a prepararme un café.

—¿Quieres? ¿Has desayunado?

—Sí, hace un rato, pero me apunto para acompañarte. —Se sentó en el taburete de la isla—. Ya te he dicho que necesito tu ayuda.

—Correcto, pero no para qué —hablé dándole la espalda, sacando otra taza del armario.

—Ayer compré la piscina.

—Me alegro. —Sonreí de medio lado.

Ya no hacía falta que explicara más, sin que me lo aclarara. Sabía perfectamente lo que quería, pero igualmente lo dejé hablar.

—Sí, sí… es una pasada.

Se quedó en silencio mientras yo terminaba. Cuando me giré hacia él con las dos tazas, le señalé con la cabeza la puerta. Crucé el salón para ir al porche, con él siguiéndome de cerca. Nos acomodamos en dos sillones que había en la hierba, bajo una sombrilla grande y fija que coloqué el mismo día que monté la piscina. A pesar de que eran las ocho y media de la

mañana, hacía calor, pero todavía se estaba bien y más en la sombra. No era agobiante.

—¿Y qué tal? ¿Ya la has montado? —Di el primer sorbo, mirándolo por encima del borde.

—Mmm… estoy en ello.

—Yo empecé a sudar enseguida; a ti te veo hecho un pincel.

—Joder, sabes perfectamente a lo que he venido y lo que te voy a pedir. —Puso los ojos en blanco—. Mierda, y eso que en la tienda me ofrecieron montarla, pero lo descarté porque pensaba que…

—Sería más fácil —negué.

—Ya ves, hace una hora que saqué todas las piezas de la caja, y el mismo tiempo llevo mirándolo todo sobre la hierba. He intentado empezar, ¿eh?

—No lo pongo en duda. —Reí.

—Si es que esas cosas no son lo mío. —Bufó.

—Y al final te has cogido más días libres para hacer tú las reformas que tienes pensadas. —Fruncí los labios.

—Voy a destrozar la casa, lo sé —dijo pensativo, serio, y después soltamos una carcajada.

—Si puedes esperar a esta tarde, montamos entre los dos la piscina y, mientras lo hacemos, me cuentas qué quieres remodelar. Te ayudaré.

—Te quiero, tío —dijo con efusividad y sonreí—. ¿Qué tienes que hacer el resto del día? Había pensado invitarte a comer.

—Al mediodía ya estaré libre. —Miré hacia delante.

—¿Qué planes tienes para la mañana? Te acompaño.

—Te lo agradezco y sabes que aceptaría encantado, pero lo de hoy necesito hacerlo solo. —Bajé la vista a la taza.

—¿Qué…? Me he perdido.

—Voy a ir a la empresa. —Bajé el tono de voz.

—No jodas —se sorprendió—. Da, no sabes cómo me alegro de que vayas a dar ese paso. —Colocó una mano en mi hombro y me lo presionó ligeramente.

—Está por ver si una vez que esté frente al edificio, me animo a entrar.

—Tienes que darte por satisfecho, hasta hace poco era impensable. No tenías ni la intención de pensar en ello, tío.

—Supongo. —Hice una pausa larga que Eloy no interrumpió, al detectar que no había terminado de hablar—. Va a ser…

—Sé lo que te cuesta, lo duro que es, pero no conozco a nadie tan fuerte como tú, Da.

—Tienes mucha fe en mí. —Sacudí la cabeza.

—No, soy objetivo. Me baso en los hechos, y has demostrado tu fortaleza con creces. Puedes negarlo, pero ni a Jon, ni a Emma, ni a mí puedes engañarnos porque te conocemos.

—No sé por qué me ha dado por ahí —dije en tono bajo, dirigiendo la vista a la enredadera que estaba cerca de la piscina—. No es algo que haya meditado antes, pero esta mañana me he despertado y he tenido la necesidad de ir a la empresa. Aunque a la vez tengo la sensación de que no será bueno.

—¿Por qué?

—Porque no quiero retroceder, Eloy. —Apreté la mandíbula—. Me ha costado demasiado salir de la mierda.

—Todos nos hemos dado cuenta de que has dado grandes pasos. —Giré la cabeza hacia él—. Sí, no me mires así. ¿Crees que no hemos visto cómo has empezado a sonreír? Joder, has dado un cambio tremendo, en una semana te has reído más con nosotros que en casi un año, porque ese tiempo pasado has estado consumido e ido. No es un reproche, sabes que no voy por ahí y jamás te lo haría porque todos sufrimos contigo, pero siento mucha paz al verte así, Da.

—Gracias. —Sonreí un poco.

—¿Qué ha cambiado? Sé que estas cosas suceden sin más, un día te levantas y encuentras una pequeña ilusión, y después van llegando otras, por mínimas que sean, pero no sé si hay algún motivo.

—No sé… —Me quedé pensativo—. El cambio a esta casa me ha sentado bien.

—Pues no sabes cómo me alegro. —Sonrió satisfecho.

—Aún me estoy adaptando.

—Terminarás por hacerlo del todo —asintió antes de beber un sorbo de café—. ¿Quieres que te acompañe a la empresa? Te prometo que me mantendré callado y a tu espalda.

—Te lo agradezco, pero como ya te he dicho, necesito hacerlo solo.

—Está bien, pero comemos juntos y así, si te apetece desahogarte, me explicas cómo ha ido.

—Lo de comer vale, pero dudo de que esté dispuesto a hablar, Eloy.

—Tienes todo el tiempo que necesites para hacerlo. Voy a estar a tu lado cuando suceda, al igual que tu primo Jon y Emma.

—Lo sé. —Sonreí dirigiendo la mirada al cielo.

—Sé que tomaste la mejor decisión, al no cerrar la empresa.

—Vosotros tres fuisteis los que me influisteis para que no lo hiciera.

—Las cosas no pueden hacerse en caliente, Da, y menos cuando la vida te golpea tan fuerte que cuesta ver lo que te rodea.

—Sí —murmuré, llevándome la taza a los labios—. Entonces comemos juntos, y después nos liamos a montar la piscina.

—Joder, me has salvado. —Rio, y sonreí—. Ya te contaré los pequeños cambios que quiero hacer en la casa. Te adelanto que uno de ellos es tirar la pared de una habitación.

—Espero que hayas tenido en cuenta que no forme parte de la estructura principal. A ver si te vas a liar a martillazos y se te derrumba la casa encima. —Fruncí los labios.

—Joder, eso te lo dejo a ti. Ya sabes lo manazas que soy… —Rio.

—Menos mal que iban a ser pequeños cambios. —Arqueé una ceja.

—Eso es lo más gordo, lo demás son tonterías. —Se encogió de hombros.

—Estaremos entretenidos.

—¿Podrás con todo el trabajo? Porque, aunque hoy vayas a la empresa y después te tires una temporada sin volver, tú sí que trabajas desde aquí.

—No te preocupes, me lo compagino bien. —Le hice un guiño.

—De acuerdo, pero cuando necesites encerrarte en tu casa para hacer cualquier cosa, me lo dices —asentí—. Menuda fiesta nos montamos la otra noche, ¿eh? —Sonrió con picardía.

—A lo grande. Si te hubiera dejado, habrías dormido sobre la mesa baja del salón —dije, y rio.

—No me acuerdo de los últimos momentos.

—Normal, estabas como para recordarlos… Tuve que obligaros a ti y a Jon a salir de la piscina. Tú aterrizaste en la hierba, casi en plancha, no viste los últimos escalones de la escalera y te lanzaste al vacío. Y Jon llegó a gatas al sofá de aquí. —Lo señalé, estaba hacia un lateral del porche.

Soltamos una carcajada. Él al imaginarlo, yo al revivirlo.

—Hacía muchísimo tiempo que no nos descontrolábamos tanto. —Sonrió negando—. Creo que todos lo necesitábamos, para olvidarnos de todo lo demás.

—Sí, sobre todo Emma y Jon, que ni fueron a trabajar. —Me incliné hacia delante, apoyando los brazos en las piernas.

—Era lo más normal que podía suceder, después de dormirnos bastante tarde, de madrugada, y encima borrachos…

—Por suerte, con llamar a los trabajos para decir que se encontraban mal, salieron del apuro. Y, en realidad, mentira no era.

—Vaya día tuvimos después, no nos salvamos ninguno —comentó divertido, y reímos—. Lo que todavía no tengo claro es cómo por la mañana el agua de la piscina estaba grisácea —dijo pensativo y fruncí los labios.

Emma y yo no les contamos al día siguiente la lluvia de carbón que se nos vino encima. Ella se mantuvo callada a petición mía, no la puse al día de mi interacción oculta con la vecina y por el momento prefería que continuara así para no dar aclaraciones a ninguno.

No quería precipitarme. Había movido ficha con respecto a la vecina, aún no tenía ni idea de cuál fue su reacción al recibir el paquete, pero si no

había encontrado el carbón esparcido en mi jardín y la bolsa de papel tirada por algún lado, era muy buena señal.

Estuvimos charlando un rato más sobre aquella noche, hasta que llegó un momento en el que nos quedamos en silencio, terminándonos los cafés.

Cuando despedí a Eloy en la puerta, le dije que sobre la una y media estaría en su casa. Una vez solo, fui hacia mi habitación para vestirme. Iba a ser un día duro, no sabía si estaba preparado para enfrentarme a ciertas cosas, pero iba a intentarlo. Como saliera era otro tema aparte.

Me puse un pantalón vaquero, una camiseta de manga corta y zapatillas deportivas de piel, y me arreglé un poco el pelo. Cuando estuve listo, me guardé la cartera y el móvil en los bolsillos, y recorrí el interior de la casa, hasta que salí al jardín delantero para ir directo a por el coche que tenía estacionado enfrente.

La vivienda tenía garaje, pero nada más levantarme, sobre las siete y media, lo saqué para ir a la panadería. Podría haber ido dando un paseo, pero había bastante distancia y con el pensamiento de ir a la empresa, no quise tardar mucho.

Sentado frente al volante, arranqué el motor y subí el volumen de la música, para acallar mi mente. Me puse en marcha y tomé la dirección de la empresa. Hacía tantos meses que no iba… todo lo referente a ella lo llevaba desde casa, el portátil era mi gran aliado. Confiaba plenamente en todas las personas que tenía a mi cargo, las que sabían el motivo de mi ausencia.

Hasta ahora no me había visto con fuerzas de afrontar el momento, ni siquiera de acercarme a varios metros de distancia del edificio. Cuando quise deshacerme del negocio fue por el rechazo tan grande que sentía, por lo que representaba. Si no hubiese sido por mis amigos…

Siempre me había caracterizado por tener un carácter fuerte, decidido, echado para delante. Nunca me había frenado nada, jamás, hasta que sucedió lo que me rompió por dentro, hasta que mi mundo, tal y como lo conocía, se desquebrajó en un parpadeo. Era algo con lo que había tenido que lidiar día y noche, lo que enfrenté como pude. Sinceramente, al principio sin fuerzas, porque la única señal que indicaba que yo seguía vivo era que respiraba. Nada más.

Qué jodidas son ciertas situaciones, acontecimientos… porque no importa lo fuerte que seas, con un impacto tremendo acabas perdiendo el control sobre ti mismo y te hundes. Eso había sido mi vida hasta hacía poco, desde muchos meses atrás, una constante de querer tirar para adelante, pero de no tener las fuerzas necesarias ni las ganas, realmente. Como he dicho y repetiré siempre, mi primo Jon, Eloy y Emma habían sido mi tabla de salvación, a pesar de que ellos también liaban con lo suyo.

Cuando llegué y estacioné en mi plaza, me quedé dentro del coche después de quitar la llave del contacto, con la vista fija en el edificio del que era propietario. Cogí varias bocanadas de aire, me armé de valor durante no sé cuánto tiempo, y cuando tuve la fuerza suficiente, abrí la puerta, dispuesto a enfrentar otro bache más en mi recuperación.

Como le había dicho a Eloy, no sabía por qué hoy sí, y hasta ayer no. Era una gran verdad que el trasladarme de vivienda me había sentado bien, y en gran parte no era por la casa en sí, ni por la ilusión de la piscina, era por lo que me había proporcionado estar en la casa: la motivación por la vecina y la sorpresa que la acompañaba.

A pesar de las diferentes emociones y contradicciones que sentía, sonreí de medio lado al atraerla a mi mente. Me hubiese encantado estar presente cuando recibió la bolsa de carbón que le envié, estaba seguro de que tanto su reacción como sus gestos habrían sido dignos de admirar.

Hacerme sentir otra vez vivo, eso es lo que había conseguido ella y era algo a lo que no podía renunciar. De nuevo no.

Cuando accedí al edificio, el asombro de todos los que me vieron fue enorme. No dudaron en acercarse rápido, para saludarme cercanamente, aunque manteniendo un poco la distancia por mí. No me agobiaron y lo agradecí, porque bastante esfuerzo hice al notar que el techo pesaba sobre mi cabeza.

Las caras de felicidad y alegría me animaron e impulsaron, por lo que tuve la certeza de que había hecho lo correcto, por mucho que me había costado y continuaría costándome. Recorrí la planta baja con pasos lentos, observándolo todo como si fuese la primera vez que estaba en el lugar. Me paré con cada uno de los que vinieron hacia mí, y yo también me alegré de ver sus caras conocidas, y creo que conseguí transmitírselo a todos.

Capítulo 13



Con los ojos entrecerrados, por lo molesta que me resultaba la claridad y porque mi visión estaba afectada y me costaba enfocar, me llevé la botella a los labios.

Me limpié la boca con el dorso de la mano y recosté la cabeza en el respaldo del sillón. Continuaba siendo martes, y ni puñetera idea de la hora que era, me daba absolutamente igual.

Había perdido la noción del tiempo. Ni comida ni mierda: en cuanto llegué a mi casa desde la empresa, le mandé un mensaje a Eloy para anular lo de comer juntos, y fui directo al mueble bar para sacar una botella de alcohol. No conforme con ella, saqué de la nevera varios botellines de cerveza. Lo coloqué todo dentro de la cubitera y cargué con todo hasta el jardín.

Desde entonces no me había movido del sillón en el que me senté, y hacía tiempo que esa posibilidad estaba descartada.

Si la memoria no me fallaba —lo cual era bastante probable—, había vaciado seis botellines de cerveza y, desde hacía un rato, no soltaba la botella grande de alcohol, de la que no dejaba de beber. A estas alturas ya iba por la mitad y teniendo en cuenta que estaba sin empezar… Pero había conseguido mi propósito, estar tan afectado que no tenía la capacidad de pensar.

Al salir de la empresa estaba muy jodido, fue más duro de lo que imaginé. Dentro del edificio, hacia todas las personas con las que me crucé, no mostré mi malestar para no preocupar a nadie, pero una vez que estuve en el coche, aislado de miradas y de voces, me desmoroné.

Tuve clarísimo que no podía ir a comer con Eloy; no quería ser una mala compañía para él. Mi amigo no me hizo ningún comentario sobre la empresa, a pesar de que sabía muy bien a qué se debió mi cambio de plan. Le envié un mensaje diciéndole que necesitaba estar solo y su respuesta fue…

Eloy: *Estoy contigo. Solo tienes que decirme que vaya si lo necesitas. Cuídate, tío. Y en la piscina ni pienses, ya la montaremos mañana o pasado, da igual. Lo importante eres tú, descansa.*

No le contesté. Él tampoco esperaba que lo hiciera. Ya eran muchos años conociéndonos los cuatro, y con todas las etapas vividas, buenas y malas, ciertas cosas sobraban.

Cerré los ojos, no pude mantenerlos abiertos, pero no dejé de beber porque era la única motivación que tenía: seguir bebiendo hasta que cayera

inconsciente.

Tuve la brillante idea de levantarme del sillón, haciendo malabares para conseguirlo y para mantenerme de pie.

—Mierda… —siseé cuando todo empezó a girar a mi alrededor demasiado rápido.

Mi intención era ir hasta el sofá del porche, para estirarme en él y olvidarme de todo. Sentía el calor asfixiante del sol de la tarde. La sombrilla hacía poco para sobrellevarlo y meterme en la piscina estaba descartado. Afortunadamente, me quedaba algo de lucidez para tomar esa decisión, aunque me hubiese venido de lujo remojarme para despejarme un poco. No era lo que quería, necesitaba mantenerme igual o incluso peor, iba con todo y sin frenos.

No tenía que darle explicaciones a nadie, estaba en mi casa, solo, lo que hiciera era asunto mío. Conseguí separarme del sillón, fue todo un logro, pero en mi camino hasta el sofá —el que veía triple— me caí varias veces sobre la hierba. Riendo bocarriba, me costó tanto incorporarme de la última caída, que llegué hasta el sofá gateando. Eso sí, la botella la salvé en todo momento porque no iba a separarme de ella hasta que la vaciara.

Me reí entrecortadamente cuando conseguí llegar al sofá y me arrastré por él, hasta quedarme tumbado, con la cabeza apoyada en los cojines. Volví a dar un trago y cerré los ojos, soltando un suspiro después de tragar. Todo el jodido mundo a mi alrededor giraba a una velocidad impresionante, incluso

con los párpados caídos, pero es que antes de que empezara a beber era igual, así que me importaba una mierda todo.

No sé dónde fue a parar la botella cuando me quedé dormido profundamente, dejé de ser consciente de todo. Lo agradecí porque tuve lo que buscaba.

—¿Da?

Me pareció escuchar un murmullo muy lejano, cálido.

—Mmm… —Me removí al notar algo raro.

—Da, ¿me oyes? —Escuché con más claridad, diferenciando la voz de Emma, pero continué a lo mío.

El cuerpo me pesaba como si estuvieran aplastándome con toneladas de un material que me asfixiaba sobre donde estaba reposando.

—¿Le echamos agua encima? —Escuché.

—Cállate, Eloy —conseguí hablar.

Mi voz sonó entrecortada y molesta, y solté un quejido por el esfuerzo.

—Menos mal, tío —volvió a hablar mi amigo—. Vamos a meterlo en casa y lo llevamos a la bañera.

—Jon está a punto de llegar —dijo Emma—. Yo no voy a poder ayudarte con su peso.

Noté la preocupación en sus palabras y me inquieté, sin comprender qué la tenía angustiada. No podía coordinar bien para saber que el problema era yo.

—Vale, pues esperamos a que llegue. —Bufó Eloy.

—No tendría que haber ido —dijo Emma en voz baja, y fruncí el ceño, intentando averiguar a qué se refería.

—Sí, debía hacerlo. Joder, claro que sí. No pasa nada porque esté así, lo importante es que ha dado un paso grandioso y el siguiente no será tan doloroso. Solo necesita tiempo.

—¿Cómo está? —Apareció una nueva voz: la de mi primo Jon.

—Ya lo ves —le respondió Eloy.

Lo imaginé señalándome y me esforcé por entreabrir los ojos.

—Uníos a mi fiesta —dije con la voz ronca, alargando las palabras.

—Para eso hemos venido —respondió Emma, y giré despacio la cabeza hacia ella.

Le sonreí y cerré los ojos cuando me acarició la frente y el pelo, retirándomelo de la cara.

—Por la cantidad de botellas que he recogido, debe haber empezado nada más llegar —comentó Eloy.

—¿Dónde está mi botella? —Me palpé el pecho y después a mis lados.

Sus palabras me la habían recordado, y la necesitaba para continuar bebiendo.

—Guardada —respondió Eloy.

—¿Por qué? La quiero —dije, enfadado.

—Después de una buena ducha —habló Jon—. Vamos —dijo, justo antes de que notara cómo mi cuerpo flotaba.

—No me toquéis, no quiero moverme —me quejé.

Intenté soltarme de ellos, pero solo hice gestos torpes.

—Da, lo mejor es que te des una ducha fría. Cuando bajes, nos tomaremos un café bien cargado y cenaremos los cuatro, ¿vale? —me pidió Emma.

—No tengo hambre —solté con rabia.

Con los párpados medio caídos me jodió estar lo suficientemente lúcido como para ver el temblor en sus labios. Cerré los ojos.

Ninguno de los cuatro volvió a hablar. Sujetándome con fuerza de los lados, Eloy y Jon me llevaron al interior de la casa, para recorrerla hasta llegar a mi habitación. Mi realidad iba y venía. A veces sabía lo que sucedía, pero otras no. Me sentía completamente perdido.

Noté varios movimientos, sin saber qué sucedía, hasta que solté un grito. El agua fría me cayó sobre la cabeza y luché contra la sensación, resistiéndome. Intenté salir de donde me habían metido, pero varias manos me sujetaron haciendo presión, por lo que, por mi descoordinación, me resigné a quedarme en la bañera, mientras el agua me mojaba entero.

Después de un rato, noté cómo empezaba a subir de nivel y solté un suspiro. Con la cabeza apoyada en el borde de la bañera y con los ojos cerrados, me quedé adormilado.

✣ ✣ ✣

—Por fin estás despierto.

Parpadeé varias veces, rápido, y giré la cabeza hacia la derecha. Mi primo Jon estaba sentado en un taburete, inclinado hacia delante, con los brazos apoyados en las piernas. Me miraba fijamente, pero en sus ojos no había reproche, sino comprensión y también alivio, porque había vuelto en mí.

—¿Cuánto llevo aquí? —le pregunté con voz ronca y carraspeé.

No podía calcular el tiempo que había pasado por el detalle de lo fría que estaba el agua de la bañera, eso lo recordaba perfectamente, la sensación de cuando cayó sobre mí. Me miré el cuerpo, Eloy y Jon en algún momento me habían quitado la ropa y el calzado, dejándome solo con el bóxer.

—Casi dos horas.

—Joder. —Me llevé las manos mojadas a la cara y me la froté—. Lo siento.

—No digas tonterías, no tienes que disculparte. —Hizo una pausa—. Lo que sí tendrías que haber hecho es llamarme, habría salido antes del trabajo para estar contigo.

—Quería estar solo. —Dirigí la mirada a las baldosas de enfrente.

—Lo sé, como siempre que estás mal, pero te recuerdo que nos tienes a tu lado, Da.

—Mierda, yo también sé eso, Jon. —Me presioné la frente.

Todavía estaba bastante mareado y me sentía muy cansado, pero lo peor ya había pasado. No me acordaba de cómo había ido la tarde, tenía un vacío mental desde… tampoco lo recordaba.

—Muchas veces no lo parece, quieres afrontarlo todo tú solo y por muy fuertes que seamos, necesitamos el apoyo de las personas que nos quieren.

—No me des la charla.

Me agarré del borde y me levanté despacio, inestable. Mi primo también se incorporó y me ayudó a salir de la bañera. Cogió una toalla del armario y me la dio, con la que empecé a secarme con movimientos torpes.

Me quedé con las ganas de decirle que podía dejarme solo, pero me ahorré el hablar porque no me serviría de nada. Me quité el bóxer empapado y salí del baño, para ir a por otra muda seca. Una vez que la tuve puesta, me coloqué encima un pantalón corto de deporte y me giré hacia él.

—Estoy bien.

—No es verdad, Da —negó.

—Estoy bien —repetí—. Solo… necesito que llegue mañana. Ya está.

—De acuerdo —soltó un suspiro—. Eloy y Emma han preparado la cena, nos están esperando desde hace rato, aunque les he dicho que no hacía falta.

Ha sido como hablar con una pared. —Se encogió de hombros.

Asentí mientras caminaba hacia la puerta. Tocaba aparentar normalidad. Lo que menos me apetecía era comer y estar acompañado. Me habría encantado tumbarme en la cama con la puerta cerrada, pero no quería preocuparlos más. Hice un gran esfuerzo para estar con todos, para tranquilizarlos después del espectáculo que se habían encontrado al llegar a mi casa.

—Da —dijo Emma en cuanto me vio bajar los últimos escalones.

—Hola, preciosa. —Acorté la distancia con ella—. Tengo un ligero recuerdo de que te he hablado mal, lo siento —susurré mientras la abrazaba.

—No pasa nada. —Se separó mirándome con cariño—. Te veo bien.

—Aún te mueves de un lado al otro, pero lo puedo controlar. —Le hice un guiño y rio.

—Tío —dijo Eloy.

Lo agarré del antebrazo y nos dimos otro abrazo.

—Espero que tengas hambre, te sentará bien comer —comentó Emma—. Hemos hecho dos tortillas de patatas y preparado embutido en una bandeja.

—Perfecto, estoy hambriento —asentí.

Solo por la gran sonrisa que me regalaron valió la pena la mentira piadosa. Salimos al porche, la mesa ya estaba puesta con la comida tapada sobre ella. Aunque me costara tragar cada bocado que me llevé a la boca, tuve que reconocer que al terminar me sentí mucho mejor.

Ninguno de los tres hizo un comentario sobre mi borrachera y el motivo que me había llevado hasta ese punto. Sabían de sobra que no era momento de sacar el tema, quizás durante una buena temporada tampoco lo sería, por lo que agradecí interiormente que me dieran la tregua que necesitaba. Y la seguirían respetando.

Una hora después, con la mesa recogida, me despedí de ellos en el porche, desde donde se fueron hacia el jardín delantero. Hicieron el mismo recorrido que cuando llegaron. Igualmente, aunque no me hubieran encontrado tumbado en el sofá del porche y si la corredera hubiera estado cerrada, todos tenían una copia de la llave de mi casa. En cuanto tuve la mía, las hice; yo también tenía la de cada una de sus viviendas.

Cerré la corredera y fui hacia la cocina, para coger una botella de agua. Con ella me dirigí hacia la escalera para ir a mi habitación. Tocaba ponerle fin al puñetero día, por cómo me encontraba esperaba dormirme pronto y sería estupendo que cuando me despertara fuese sin el dolor de cabeza que tenía.

Tumbado en la cama, con la ventana abierta, me quedé mirando al techo fijamente durante largos minutos. Tragué saliva y me tapé los ojos con el brazo.

Capítulo 14



Ginger

Le sonreí al camarero cuando deslizó hacia mí el vaso de refresco.

—Gracias.

—No hay qué, estoy para servirte. —Me guiñó un ojo y reí.

Se alejó para salir de detrás de la barra y atender a varios clientes de las mesas. Estaba en el bar en el me reunía con mis amigos algunas tardes que quedábamos, con el tiempo suficiente para tomarnos algo antes de ir a cenar a un restaurante.

Era viernes, las siete y media. Miré hacia la puerta del bar. Estaba sentada en la barra, y al ocupar un taburete en la parte corta que formaba una «ele», tenía una visión perfecta de todo el local y podía observar a las personas entrar y salir. Cuando llegaran Andrea, Tania y Adrián, ocuparíamos una mesa de la terraza.

Le di un sorbo al refresco antes de buscar el móvil en el bolso. Comprobé que no tenía ningún mensaje de ellos, eso significaba que no tardarían en llegar. Me había adelantado: en cuanto me desperté de la siesta, me di una ducha, me preparé y salí de casa dando paseo largo hasta el centro, con la compañía de mi madre al otro lado del teléfono durante los primeros minutos.

Me quedé pensativa mientras recordaba la conversación…

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Cómo va el viernes?

—Muy bien. Puedes estar contenta, solo he trabajado por la mañana.

—Me gusta mucho cómo suena eso —dijo y sonreí.

—¿Sabes algo de lo que te conté?

Desde que fui al piso y le hablé del sueño repetitivo que tenía desde hacía años, entre nosotras solo habíamos tocado el tema aquella misma noche de lunes en que estuve con ella y mi padre. No habíamos vuelto a comentar nada al respecto, a pesar de nuestras llamadas.

—Estoy en ello, cariño, haciendo algunas cosillas.

—Miedo me da —comenté con humor.

—Serás… —Rio y sonreí.

—Mamá, sobre eso…

—¿Qué? ¿Has vuelto a soñar con lo mismo?

—Mmm… creo que sí.

—¿Crees?

—Ayer me sucedió otra vez, pero tuve sensaciones diferentes, y me quedó la impresión de que también fue diferente el sueño en sí.

—¿A qué te refieres? ¿Ha cambiado algo? —Quiso saber, impaciente.

—Continué sin poder ver los detalles de la figura y las facciones, pero apostaría a que no eran las mismas.

—¿Por qué?

—No te sé decir, fue raro, y cuando abrí los ojos estaba llorando.

—Hija… ven al piso y lo hablamos con calma. Te daré algo que he estado preparando. Aún no está listo, pero me pongo con ello ahora mismo.

—No te preocupes, mamá. —Sonreí—. Estoy de camino al centro, he quedado con mis amigos para tomar algo y después ir a cenar. Es viernes. —Le recordé.

—Ay, es verdad. ¿Mañana?

—No sé a qué hora me levantaré, dependerá de cuando me acueste y en qué estado. —Reí al escuchar su pequeño jadeo.

—Ginger Díaz, ¿te vas a emborrachar esta noche?

Me reí con ganas porque regresé a los años en los que me perseguía olfateándome por el piso cuando llegaba de madrugada de fiesta. En ese sentido, nunca les había ocultado nada a mis padres. Me refiero a que, si bebía o incluso me fumaba algún cigarrillo —lo cual no era habitual; solo tonteé un tiempo con el tabaco cuando salía—, siempre hablaba con ellos con naturalidad.

Una de las reglas básicas y primordiales de mis padres era la sinceridad, ante todo, sin importar lo que fuera. Siempre me habían dejado claro que querían saber si bebía, si fumaba, o lo que se me antojara, para estar al tanto de lo que hacía cuando me alejaba de ellos. Siempre lo vi correcto, ellos se quedaban tranquilos y a mí no me importaba decirles la verdad. Supongo que llevarme tan bien con mis padres y por el carácter abierto que tenían los dos, lo tuve muy fácil.

—Quizás, tal vez, a lo mejor… pero solo un poquito. —Fruncí los labios.

—¿Y cómo se emborracha una «un poquito»?

—Van a caer varias copas de vino en la cena, y después algunas más si alargamos la noche. ¡Qué soy adulta!

—Después de esto también tendré que perder el sentido con tu padre, voy a meter varias botellas en la nevera. —Reímos—. Disfruta, cariño, y dales un beso de mi parte a Adrián, a Tania y a Andrea. Tengo ganas de verlos, hace tiempo desde la última vez. ¿Y si organizamos el fin de semana que viene una comida?

—De tu parte. Y me parece una idea genial, pero la haremos en mi casa. No quiero privar a papá de la emoción que le entra cuando ve la barbacoa.

—Vale. —Rio—. Habla con ellos y ya nos dices.

—De acuerdo. Te dejo, mamá. Te quiero y pasadlo bien esta noche.

—Igualmente cariño. Te quiero.

Cuando mi mente regresó al bar, tenía una sonrisa en los labios. Activé la pantalla del móvil que había dejado sobre la barra, para mirar la hora de nuevo. Levanté la cabeza, dirigiendo la atención a la entrada del bar, mientras me llevaba el vaso de refresco a los labios.

Después de beber, lo coloqué sobre la barra despacio, con el ceño ligeramente fruncido. Me quedé tan desconcertada que me costó unos

segundos ser consciente de lo que veía, sin poder apartar la vista de la persona que acababa de entrar acompañada de una chica.

—No puede ser… —susurré, agrandando los ojos.

La persona en concreto era un hombre, el mismo que se paró entre la barra y las mesas, en el centro del local, con la mirada fija en mí en cuanto me reconoció.

—Joder, es el profesor Darian —dije con incredulidad, él también parecía sorprendido.

No tuve ninguna duda porque estaba igual, y si hubiera tenido alguna su mirada terminó por confirmármelo. Siempre me llamaron la atención sus ojos: por la intensidad con la que los fijaba en los demás y por su color especial, poco común: púrpura, con pequeñas circunferencias ámbar. Una mezcla que solo había visto en él. Me transportó a muchos años atrás; imposible olvidarme de esa cara, de esos ojos y de ese cuerpo, de todo el conjunto que transmitía su presencia.

Las voces a mi alrededor se apagaron de golpe, como si las hubieran desconectado con un interruptor. Por unos instantes me quedé paralizada siendo él el foco de mi atención, en todos los sentidos.

La última vez que lo vi fue en la clase final de su asignatura, durante el primer año del máster. Después de casi dos meses, coincidiendo en días alternos durante largas jornadas —porque aquel año las clases se alargaron más de lo previsto— y tras chocar en varias ocasiones por nuestros

caracteres, sin que ninguno supiera contenerse, no volví a compartir espacio con él. Ni siquiera lo había cruzado por la calle.

Bueno, esto último no era raro, dado que yo salía lo justo y necesario de mi casa, exceptuando los viernes y los sábados por la noche. Me sorprendió encontrarme con él en este bar, el que frecuentaba con mis amigos de vez en cuando, como en esta ocasión cuando aparecieran.

Tragué saliva, sin saber si me había reconocido por el tiempo que había pasado, pero por su reacción…

—Menuda tontería —murmuré y bufé.

Yo no había tenido problema en saber quién era, y teniendo en cuenta que mi aspecto no había variado casi… Tal y como comentó Lucía, la dueña de la panadería que estaba cerca del piso de mis padres, mis cambios eran mínimos, por no decir imperceptibles. Y si a eso le sumaba mi melena pelirroja —hoy decidí llevarla suelta—…

—Vaya, vaya…

Di un respingo en el taburete. Por unos segundos mi cabeza se había ido completamente del bar y su voz me sobresaltó al escucharla muy cerca. Aparte de ese pequeño salto, no le dejé ver la sorpresa que me provocó encontrarlo de repente con los brazos apoyados en la parte alargada de la barra, a mi lado, pero separado por la esquina.

—La señorita Ginger Díaz. Menuda coincidencia después de tanto tiempo. ¿Hablabas sola o me decías algo?

—No he hablado —conseguí decir, recuperándome de la impresión.

—Has movido los labios mirándome. —Arqueó una ceja.

—Hola, profesor Darian —opté por saludarlo para que no insistiera.

—Mmm… veo que hiciste los deberes. —Sonrió de medio lado—. Que yo sepa, no querías saber mi nombre.

—Que yo sepa, fuiste tú quién no quisiste decírmelo. —Arqueé una ceja —. No es un gran mérito, tu nombre aparecía en la lista de la nota final de la asignatura. Lo supe en el momento en el que la vi en el tablón de la universidad. —Levanté la barbilla.

—¡Qué decepción! Por un momento había pensado que estabas loca por mí y que por eso lo averiguaste. —Me hizo un guiño.

—Te lo sigues teniendo muy creído, profesor —pronuncié la última palabra con retintín.

Soltó una carcajada y me contuve para no mostrar ningún cambio en mi expresión, pero me gustó mucho escuchar su risa. Nunca tuve la oportunidad de verlo de esa forma tan natural.

—Lo de «profesor» queda en el pasado, como sabes mi nombre, prefiero que te dirijas a mí por él.

—No tengo tanta confianza. Para mí siempre serás el profesor que tuve durante un breve tiempo, como sustituto de Valentín. —Me encogí de hombros—. Bastante incordio, por cierto, que el reencuentro merece sinceridad y como ya no puede afectarme… —Carraspeé.

—¿Incordio? ¿Yo? Tengo otra opinión totalmente opuesta a la tuya. Si no recuerdo mal, eras tú la que me llevaba la contraria constantemente. —Frunció los labios—. Bien mirado, puedo seguir siendo tu profesor en ciertas cosas. —Elevó las dos cejas.

—Lo que tú llamas «llevar la contraria» para mí es participar activamente en la clase. Llegas bastante tarde para el papel de profesor, mi etapa de estudiante se terminó hace…

—Nunca se deja de aprender, Ginger —me interrumpió.

Apreté los puños por debajo de la barra, por la reacción que tuvo mi cuerpo al escuchar cómo pronunció mi nombre.

—¿Cómo te fue?

—¿Eh?

—El máster en general —me aclaró.

—Muy bien.

—Lo imaginaba —asintió—. Destacabas, incluso para llegar tarde a las clases.

—¡Por favor! —Puse los ojos en blanco—. Solo ocurrió una vez, y fue en tu clase.

—En mi primer día. Suficiente para que lo recuerde siempre. Me siento alagado: fui el único.

—¿Qué…? —Empecé a decir viendo cómo mi vaso se movía.

Ante mi sorpresa, como si nos conociéramos de toda la vida y tuviésemos confianza, lo deslizó hacia él y lo levantó, para beber de mi refresco, sin apartar los ojos de los míos.

—Ha sido un placer, Ginger —dijo cuando lo colocó en la barra.

—Igualmente —susurré—. Pensaba que no te acordarías de mi nombre, con todas las alumnas que habrás tenido…

—Hay cosas que son fáciles de olvidar, otras más difíciles… —dijo, apoyando las manos en la barra, con los brazos extendidos a los lados de su cuerpo—, y por último están las que te marcan de una forma que es

imposible borrarlas de la mente y de los recuerdos. Dejo a tu elección en cuál de ellas entras, confío en tu cabecita privilegiada. —Me guiñó un ojo.

Con esas palabras que me dejaron desconcertada y pensativa, se giró y dio varios pasos, pero se detuvo y volvió a hablar, sin volverse.

—Fuiste una de las últimas alumnas que tuve. Después de ese curso dejé de ejercer como profesor. Por si te interesa saberlo. Y no sabes la rabia e impotencia que sentí, porque mi puesto de trabajo me limitó en lo que deseaba.

Fruncí el ceño, dispuesta a hacerle algunas preguntas para aclararme, pero se movió rápido, alejándose de mí. Lo seguí con la vista hasta que se unió a la misma chica con la que había entrado en el bar, pero ella ya no estaba sola; había dos hombres más. Los cuatro se quedaron en un lateral, cerca del final de la barra, y al lado de la entrada.

Bajé la cabeza de golpe, justo cuando Darian miró hacia mí, al notar que continuaba observándolo. Me froté las manos en las piernas descubiertas, para la salida de esta noche había elegido una minifalda y un top ajustado que conjuntaba a la perfección. Se sujetaba por encima de los pechos, dejándome al aire los hombros y la mitad de la espalda. Tenía una apertura justo encima del canalillo, pero por suerte no tenía un escote tan atrevido como algunos de los vestidos que elegía para salir de fiesta.

—¡¡Ginger!!

—¡¡Joder!! ¿Qué? —grité como Tania, reacción que acompañé dando un bote en el taburete.

Mi amiga soltó una carcajada con Adrián al lado, quien tenía los labios fruncidos y expresión divertida.

—Te he llamado varias veces, no me has escuchado —se excusó Tania.

—No conoces el tacto —negué soltando un bufido y volvió a reír.

Se me habían alterado las pulsaciones por el susto, sí, porque reconocer que ya las tenía descontroladas de antes no lo iba a admitir.

Nos saludamos con besos y abrazos, como de costumbre, y aprovecharon que estaban en la barra para pedir tres cervezas.

—Bébete el refresco u olvídate de él, empezamos la fiesta —comentó Tania, con un guiño.

—¿Y Andrea? —Miré hacia la puerta, pero me arrepentí al instante.

Me encontré con un par de ojos que volvieron a alterarme.

—Debe estar a punto de llegar, la he llamado cuando me he encontrado con Tania en la plaza —me aclaró Adrián.

—Vale. —Le sonreí centrándome en mis amigos.

Cuando el camarero nos dejó las tres jarras medianas delante, me levanté del taburete para salir con ellos a la terraza y ocupar una mesa. Con la espalda erguida, la cabeza alta y con pasos seguros —aunque temiendo torcerme un tobillo con los tacones por los nervios que intentaba ocultar—, pasé caminando cerca de Darian y sus amigos.

Noté su mirada de nuevo y giré unos segundos la cabeza, para darle un adiós rápido. No me correspondió y me cagué mentalmente en él, literalmente.

Nos sentamos en una mesa que se encontraba cerca de la entrada y, para mi sorpresa, la que estaba libre al lado la ocuparon enseguida. Solté el aire despacio, hasta que nos fuéramos del restaurante, el tiempo se me iba a hacer eterno, por la cercanía de Darian.

Él y sus amigos eran los que se habían sentado en la mesa que se me atojó que estaba demasiado pegada a la nuestra. Me empezó a faltar un poco el aire, sin entender por qué narices ese hombre me afectaba tanto, desde el primer día que lo conocí… en aquel momento bochornoso para mí: mi entrada triunfal en la clase diez minutos más tarde del inicio, sudorosa, despeinada y sofocada por la carrera.

Capítulo 15

Darian

Tantos años sin verla y, en cuestión de días, tenía a Ginger por todas partes. Sonreí ante ese pensamiento e hice un gran esfuerzo por no reírme, al imaginar cómo se quedaría cuando se enterara de que yo era el adorable vecino que la sacaba de quicio a la mínima oportunidad.

Estaba aún más impresionante que cuando la conocí, y por aquel entonces ya era impactante. Los años que habían pasado le habían sentado de maravilla. Sus facciones eran las mismas, de cuello para arriba no había variado nada. Continuaba teniendo una cara dulce, unos ojos verdes en los que desde el inicio me costó no perderme, y las pecas le resaltaban la nariz pequeña y parte de las mejillas, al tenerlas como salpicadas por debajo de los ojos. El tono de estas seguía la línea de sus cejas y su pelo, pero la intensidad del color era mucho más tenue, muy sutil.

Su apariencia contrastaba exquisitamente con su carácter, el que no aparentaba. Su melena roja era lo más llamativo a primera vista, por su color vivo y brillante. Aparte de que seguía llevando el pelo largo, con unas

ondas que daban ganas de tocarlas. Lo que sí había cambiado de su apariencia —y bien lo sabía— eran las curvas más definidas de su cuerpo. En ese sentido, sí que se apreciaba que había madurado. Era sencillamente irresistible.

No os podéis llegar a imaginar la sorpresa que me llevé cuando descubrí que la casa de al lado a la mía le pertenecía a ella. Fue justo el domingo que me regaló unas vistas impresionantes desde la ventana. En aquel momento, los primeros segundos, solo pude fijarme en el conjunto del cuerpo desnudo de una mujer. No me detuve a analizar nada más, embelesado y desconcertado al encontrarme con esa imagen. Hasta que me fijé bien, claro. Ahí fue cuando reconocí la diferencia y supe exactamente a quién estaba viendo. Era imposible no hacerlo.

Eso derivó a que no pudiera contenerme para picarla cuando la desperté con los silbidos, desde siempre me provocó el impulso de alterarla, aunque cuando fui su profesor me contuve bastante. Estaba seguro de que ella no pensaba igual, ni se hacía una idea hasta qué punto, por mucho que se quejara de mi comportamiento en aquella época, el que nunca supo a que se debía.

Ser profesor y alumna fue una barrera infranqueable que no pude traspasar, por lo que fue un suplicio el tiempo que debía tenerla cerca, en las clases, sin poder decir o hacer lo que deseaba. Eso se quedó para mí.

La distancia que separaba nuestras casas no impidió que supiera perfectamente quién era la que se tumbaba en el sofá del porche, sin ser consciente de ello. Desde que la conocí, tenía muy grabada en mi mente la

imagen de Ginger. Como ya he dicho, continuaba teniendo la misma cara y, por si fuera poco, el color de su pelo la delataba porque había conocido a otras mujeres pelirrojas en contadas ocasiones, pero nunca con la intensidad de su melena.

Cuando la vi, me quedé paralizado por la broma del destino, y, aunque suene mal y lo correcto hubiese sido ignorarla y no traspasar su privacidad, no pude hacer otra cosa que memorizar su cuerpo al detalle, desde lejos. A pesar de que no necesitaba confirmación de lo que ya sabía, verifiqué su buzón para asegurarme por completo de que era ella. Estaba a la altura de la acera, como en el resto de las casas, incluida la mía. Y ahí estaba: su nombre destacaba con claridad. Ginger Díaz.

Después de eso, todo lo demás vino rodado, sin que ella fuese consciente de quién era la joya que tenía por vecino. Todavía no había querido mostrarme ante ella; había hecho todo lo posible para mantenerme oculto para que no me reconociera, como había sucedido cuando había entrado en el bar. Al verla en la barra, no me lo podía creer.

Me hizo gracia que, al hablarle, mi voz no le resultara familiar. No la asoció, pero teniendo en cuenta de que en lo último en lo que podía pensar es que yo fuese el de la casa de al lado, y que, con anterioridad a esta tarde, los últimos días siempre me había dirigido a ella gritando para que me escuchara bien…

Ginger era mi maldita debilidad. Tenía claro que lo fue desde nuestro comienzo como profesor y alumna. Con el tiempo dejé su recuerdo

apartado, para continuar con mi vida. A ella le quedaba mucho camino por recorrer en aquel entonces.

Volver a encontrarla de una forma tan poco común, marcó un antes y un después. Los recuerdos y las sensaciones se avivaron en mi interior, y las últimas se amplificaron hasta un nivel que…

Mis amigos estaban hablando a mi lado y no era capaz de centrarme en lo que decían. La mirada se me iba de vez en cuando hacia donde estaba Ginger, ahora acompañada por una chica y un chico en la barra. No me perdí detalle del susto que se llevó cuando su amiga gritó su nombre. A punto estuve de soltar una carcajada porque era muy común que se metiera en su mundo y desconectara de todo, menos de sus pensamientos.

En cuanto el camarero les puso tres jarras de cerveza, ella se bajó del taburete y se dirigieron hacia la salida, la que se encontraba muy cerca de donde yo me había apartado con mis amigos. Una vez de pie, caminó con una determinación y una seguridad que sabía que no tenía, no lo comento porque fuese en tacones, sino porque en el pasado vi esa pose y esa expresión muchas veces como para que se me olvidaran. Para su fastidio, en cada una de mis clases la hacía subir varias veces a la tarima.

El top ajustado que llevaba lo había podido apreciar de cerca, era lo único que sobresalía de su cuerpo al encontrarla sentada en un taburete en la barra. La piel clara y visible de su clavícula, de sus brazos y de sus hombros invitaba a ser acariciada, y la apertura que dejaba ver el canalillo, incitaba a aventurarse por él. En la parte baja vestía una minifalda, con sus piernas largas y esbeltas marcando los pasos.

Noté un pequeño tirón en cierta parte de mi cuerpo cuando pasó por delante. Giró la cabeza hacia mí para despedirse con un adiós, pero me mantuve callado, neutro.

Sabía que al no corresponderle la había vuelto a alterar, seguramente acababa de insultarme mentalmente, pero lo que Ginger no supo es que no iba a devolverle la despedida porque no tenía la intención de irme. Mejor que eso, cuando salió del bar con sus amigos, me dirigí a los míos y a mi primo, que estaban decidiendo si quedarnos dentro del bar o fuera.

—Vamos a la terraza —les propuse, cortando la conversación.

—Buena idea. Vamos a tomarnos unas cervezas al aire libre y pensamos a qué restaurante nos apetece ir a cenar —comentó Emma, sonriente.

Asentí y fui el primero en moverme. Intenté no reírme cuando vi dónde estaba sentada Ginger. La mesa de al lado estaba libre y hacia ella me dirigí, guiando a mis amigos y a mi primo. Me siguieron sin dudar, y estuve a punto de soltar una carcajada cuando vi claramente cómo Ginger contenía la respiración.

Cada pequeña cosa de ella, gesto o expresión, la hacía más atractiva y tentadora ante mis ojos. Recosté la espalda en la silla, tranquilo. Fue Eloy el que pidió cuatro jarras de cerveza cuando se acercó el camarero.

—¿Qué tal con la piscina? —le preguntó Jon a Eloy— ¿Ya la has estrenado?

—Ya te digo —respondió satisfecho—. Es una gozada y no pierde ni una gota de agua.

—Eres un pesado —dije, negando con la cabeza—. Durante todas las horas que estuvimos montándola… perdón, rectifico y aclaro, *que estuve* montándola mientras tú me dabas instrucciones sin saber lo que decías, no dejaste de soltar perlas como: «por esta junta se va a salir el agua», «ya verás como me quedo solo y seco dentro», «¿tú crees que esto aguantará la presión?», «¿estás seguro de que es así y no de esta otra forma?» Puedo continuar, me dio la mañana entera… —informé a Emma y a Jon, quienes soltaron una carcajada cuando terminé.

—O sea, que no hiciste nada, pero no paraste de tocar las narices —resumió Jon, negando divertido.

—Vale, lo reconozco. —Levantó las manos Eloy—. A veces soy un grano en el culo.

—A veces dice —dijo Emma y después nos reímos.

A pesar de estar centrado en la conversación, tenía muy presente la que se desarrollaba a mi lado, como también observaba de reojo, de tanto en tanto, las expresiones que ponía Ginger cuando disimulaba con sus amigos para estar atenta a la mesa de al lado, a la mía.

—En resumen, estoy muy satisfecho. La estoy amortizando y si no fuera por él, seguiría mirando la caja de la piscina con anhelo —comentó Eloy

entre risas, colocando una mano en mi hombro.

Como respuesta le sonreí. Ya habían pasado varios días desde el que me encontraron por la tarde borracho en el sofá del porche de mi casa. Como le dije a mi primo, solo necesitaba que fuese otro día diferente. No es que cuando me desperté a la mañana siguiente fuera todo maravilloso, no me levanté muy bien de ánimos, pero sí que me esforcé por volver a encontrar la calma que perdí. Lo había conseguido, para tranquilidad de mi primo y mis amigos.

—¿Qué os apetece cenar? No tenemos que movernos mucho. Aquí hay variedad. El japonés y el mexicano son los que están más cerca, en la plaza; el chino y el italiano en las calles de atrás —preguntó Emma—. Si queréis saber mi opinión, esta noche me decanto por comida mexicana. —Levantó una mano.

—Por mí bien —confirmé sonriéndole.

—Por haber hablado la primera sobre la comida, te vamos a dar el capricho: mexicano. —Se unió Jon.

Miramos a Eloy, que ya estaba asintiendo. El camarero apareció con las cuatro jarras de cerveza y Jon se adelantó a pagarlas.

—Hoy a esta hora se está de lujo en la calle —comentó Eloy.

Soplaba una brisa agradable y muy de agradecer, porque el aire no era caliente.

—¿Cómo os ha ido el día? —nos preguntó Emma.

Mi primo fue el primero en empezar a darle una respuesta, pero ni puñetera idea de cuál fue. Una risa en la mesa de al lado, una que no había escuchado nunca, me despistó. Me llevé la jarra a los labios y di varios sorbos, despacio, mirando de reojo hacia Ginger.

Sonriente y con expresión divertida, sus facciones se suavizaban mucho más. Sus ojos se cruzaron con los míos, nos mantuvimos la mirada durante unos segundos, hasta que ella desvió la atención. Sonreí con el borde de la jarra todavía en los labios, se había ruborizado y el color en sus mejillas rivalizó con el de su pelo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó una de sus amigas por ese motivo.

—¿Qué me va a pasar? —Se hizo la sorprendida Ginger.

—Ah, no sé, te has puesto colorada de repente. —Continuó su amiga, mirándola con curiosidad.

—Me ha dado un sofoco. —Fue su excusa, encogiéndose de hombros.

—Nena, ¡a ver si te va a visitar la menopausia! —Jadeó la otra amiga.

—¿Qué dices? —Agrandó los ojos Ginger.

—No sería raro, a veces llega prematuramente. Pero creo que te has desviado mucho del verdadero motivo por el que a nuestra amiga le arden las mejillas, Tania —dijo la primera, con la vista fija en mí.

Como en ese momento no disimulaba, vio claramente que yo estaba atento a su conversación. Sin cortarme, le guiñé un ojo, dándole la respuesta silenciosa. La reacción de ella fue sonreírme, hasta que soltó un pequeño grito por algo que sucedió por debajo de su mesa. Fruncí los labios por la patada que acababa de darle Ginger.

Volví a centrarme en mis amigos, a los que encontré mirándome con curiosidad. Arqueé una ceja hacia los tres, eso fue todo lo que necesitaron para no hacer ningún comentario.

—¿Qué me he perdido? —Escuché la voz de la segunda chica que no se había dado cuenta de mi intercambio silencioso con su amiga.

—Muchas cosas interesantes. —Rio la primera, la que había recibido la patada.

—Me parece que estás muy adormecida —habló por primera vez el chico que estaba sentado al lado de Ginger—. Hay muy pocas cosas que pongan colorada a Ginger, dale vueltas a eso. —Terminó riendo cuando Ginger le dio un codazo.

Capítulo 16

Ginger

—¿Dónde vamos a cenar? —preguntó Andrea.

Estábamos parados en el centro de la plaza, después de tomarnos dos rondas de cervezas durante la hora y media que habíamos pasado en la terraza del bar. Para mi tranquilidad, Darian y los demás de su mesa se habían ido unos veinte minutos antes.

—A cualquier lugar menos al mexicano —respondí anticipándome.

—¿Tienes almorranas? —soltó Tania.

—¿Qué dices? —Bufé.

—Como has respondido tan rápido y como dicen que el picante no es bueno para eso… yo qué sé.

Los tres se echaron a reír. Yo hice una mueca. Si tenía que mentir y decir que ese era el motivo, la próxima vez no iba a tardar ni un segundo en admitirlo. Me había enterado perfectamente de que Darian y los que lo acompañaban iban a cenar al restaurante mexicano. Ni loca entraba en él, ya había tenido bastante tensión y nervios en el bar.

Encontrarme con Darian había sido… no, todavía no iba a analizar cómo me sentía, más allá de lo que he comentado.

—¿Qué? —dije cuando me di cuenta de que los tres estaban observándome en silencio.

—Por unanimidad hemos llegado a la conclusión de que elijas tú —dijo Adrián—. Queremos enterarnos bien de lo que ha pasado ahí. —Señaló con la cabeza hacia el bar—. Así que decides tú, para que hables tranquila.

—No ha sucedido nada —negué, y puse los ojos en blanco al ver sus gestos—. Valeee… solo me he encontrado con la última persona que podía haber imaginado. —Me encogí de hombros—. ¿Japonés?

—Perfecto, vamos al restaurante —respondió Andrea, agarrándose de mi brazo.

No tuvimos que andar mucho; estaba ubicado en la misma plaza, hacia la derecha de donde nos habíamos detenido. Me venía bien porque quedaba en el lado opuesto al mexicano.

Entramos en el restaurante y fuimos directos a una mesa para cuatro.

—¿Esa persona que has dicho no será por casualidad el tío *buenorro* que estaba en la mesa de al lado?

Andrea no tardó en sacar en tema, se lo debía por la patada que le había dado por debajo de la mesa.

—Sí —le confirmé.

Apoyé los codos en la mesa y la cara en las manos, pasando la mirada de unos a otros.

—¿Y…? —habló Tania, impaciente.

—Fue mi profesor en el primer curso del máster.

—¡Coño! Yo no lo he visto mayor. —Agrandó los ojos Tania.

—Es que no lo es —hice una mueca—, pero no sé qué diferencia de años nos separan.

—Joder, nena, anda, que nos lo contaste. —Arqueó una ceja Andrea.

—Os hablé de él, pero no os acordáis —dije.

—Eso no te lo crees ni tú —negó Tania—. La descripción de ese hombre es imposible que se nos hubiera olvidado. Y, por cierto, los otros dos de su

mesa también estaban… —Se mordió el labio inferior.

Después del comentario de Adrián, en el que le dijo a Tania que estaba muy lenta por no notar que me había puesto colorada de repente, ella solo tuvo que prestar un poco de atención, porque Darian, hasta que se fue de la terraza, no se cortó ni un segundo y me alteró hasta el último instante.

—No hice referencia a su físico en ningún momento. —Bufé.

Un camarero se acercó para tomarnos nota de la bebida y le pedimos una botella de vino, para empezar.

—¿Os acordáis del profesor que me tocó las narices al final del curso? Fue a su clase a la que llegué tarde.

—¡No jodas! —habló Adrián y soltó una carcajada— ¿El prepotente, altivo, cascarrabias e incordio que, según tú, te hizo la vida imposible durante sus clases?

—El mismo —asentí satisfecha porque lo recordaba.

—¿En serio? —Se sorprendió Andrea—. Pues yo lo he visto muy simpático, hasta me ha guiñado un ojo. —Sonrió con picardía.

—Estaría ligando contigo, no pierde oportunidad —dije con una ceja arqueada—. Aún recuerdo lo locas que estaban todas mis compañeras por

él, al menos que yo me enterara, una de ellas quería tirárselo al final del curso. Me quedé con la duda de si lo consiguió o no —hablé pensativa.

—¿Y te extraña? —Rio Andrea—. Yo habría sido esa.

—Pues yo cuanto más lejos, mejor —solté un suspiro—. Bastante me hizo sufrir en sus clases. ¡Si me enteré de cómo se llamaba al ver la nota final en el tablón de la universidad!

—¿No se presentó a la clase? —preguntó Adrián, sin perder la sonrisa.

—Ese detalle no os lo conté. Claro que lo hizo, pero como llegué tarde su primer día, se negó a decírmelo, como castigo. —Me encogí de hombros.

—Por lo que tú te negaste a preguntárselo. —Frunció los labios.

—Lo hice una vez, no más, porque si hubiera podido, le habría hecho tragarse la respuesta que me dio.

—¿Y en todos los años que han pasado no lo has vuelto a ver? —Quiso saber Tania.

—No. —Negué con la cabeza.

—¿Cómo se llama? —preguntó Andrea.

—Darian.

—Me gusta, es diferente e interesante, como él. —Sonrió Andrea—. ¿Os habéis fijado en sus ojos? Nunca había visto unos del color de los suyos.

—Como para no hacerlo, me he fijado hasta yo —contestó Adrián con humor y reímos.

—¿Podemos dejar de hablar de él? —les pedí— Ya he satisfecho vuestra curiosidad; ahora me gustaría olvidarme del tema.

—Yo solo voy a decir para terminar, que ese hombre no te ha mirado en ningún momento como una antigua alumna a la que se alegraba de ver —comentó Adrián.

—Porque no se ha alegrado. —Reí.

—Y tanto que sí, pero no por ese motivo. Está clarísimo que quería comerte —añadió Andrea.

—Estáis perdiendo facultades. —Puse los ojos en blanco.

—Yo diría que más bien quería devorarla. —Lo remató Tania, dando una palmada.

—Vamos a llamar al camarero para pedir, al final llega la hora de irnos y salimos sin comer —dije, intentando cambiar de tema, con una sensación extraña.

Adrián llamó la atención del mismo hombre que nos había atendido y le pedimos todo lo que nos apetecía. No teníamos que mirar la carta, sabíamos de sobra la comida que le detallamos, por lo que fue rápido.

—Tengo novedades de Mateo —soltó Tania cuando nos quedamos solos.

—Espero que no sean otra vez malas. —Arqueó una ceja Adrián.

—No, vais a estar muy orgullosos de mí —asintió varias veces ella, dándole más énfasis a sus palabras.

—¿Le has cortado lo que le cuelga? —Quiso saber Andrea, provocando que los cuatro nos riéramos.

—No he llegado a tanto, no quería ensuciarme las manos —contestó Tania con un guiño—. Con mandarlo a la mierda hace dos días tuve suficiente.

—¡Dios! ¡Es orgásmico! —gritó Andrea.

—Baja la voz —le pedí entre risas.

—Eso se merece un buen brindis —dijo Adrián, levantando su copa. Las tres lo imitamos—. Hasta el final —brindó.

Chocamos las copas y bebimos hasta vaciarlas. Esa fue la primera vez que Tania las rellenó, a lo largo de toda la cena nunca tuve la copa vacía. La comida estuvo genial, como siempre que veníamos, y acompañamos todo con dos botellas de vino, que nos puso contentillos y con los ojos brillantes.

En cuanto pagamos, salimos del restaurante y en esta ocasión no tuvimos que hablarlo para saber hacia dónde dirigirnos. Caminamos por la plaza, Andrea y Tania agarradas de los brazos, Adrián y yo con su brazo rodeándome los hombros. Llegamos al final y giramos a la izquierda, a dos calles se encontraba el *pub* en el que casi siempre terminábamos. Era el que más nos gustaba, porque tenía terraza y podíamos estar apartados del interior del local. Eso si encontrábamos una mesa, aunque uno u otro siempre la conseguíamos.

—Estás muy pensativa y con el vino que has bebido, es preocupante —me dijo Adrián.

—Esta vez el alcohol me ha relajado, estoy resistiéndome para que no se me cierren los ojos.

—Pues como bebas más, enseguida estarás roncando sobre la mesa —habló con humor.

—¡Yo no ronco! —Reí.

—Y lo sabes porque eres tan increíble que tienes la capacidad de escucharte mientras duermes, ¿no?

Se unió a mis risas, mientras yo pensaba: *si te contara hasta qué punto me veo a mí misma en sueños…* Era algo a lo que nunca le había dado importancia, o más bien no había querido dársela. Ese es el motivo por el que no les había hablado a mis amigos de lo que soñaba y de las sensaciones y percepciones que tenía.

Con la única con la que lo había compartido era con mi madre, para que me ayudara a comprenderlo. Solo ella podía sacar algo en claro. Mi padre también lo sabía, seguro que mi madre se lo había contado en cuanto llegó a casa después de dejarme en la mía.

— Podríamos haber dejado lo del *pub* para mañana por la noche.

—No pasa nada, sé que se me pasará en cuanto lleguemos. O eso espero, porque si no, os diré adiós hasta mañana. —Bostecé y volvimos a reír.

—Una copa y nos vamos.

—No quiero estropearos la noche. —Apoyé la cabeza en su hombro.

—No vas a estropear nada. —Me dio un beso en la cabeza y sonreí—. ¿Más tranquila por lo del profesor?

—Ya no me acordaba. —Hice una mueca—. Y no he estado nerviosa.

—¿En serio pretendes que me lo crea? ¿A mí?

—Mmm… no estaría mal.

—Ginger, te conozco demasiado, tanto, que sé cómo te ha puesto ese tal Darian.

—Porque me ha sorprendido mucho verlo, no me esperaba para nada encontrarme con él.

—Pero te ha gustado, por mucho que te empeñes en querer que te caiga mal. Quizás en el pasado fue así, sin embargo, dudo de que tus reacciones negativas hacia él fuesen y sean por los motivos que has repetido hoy.

—¿Me estás diciendo que en mi época de estudiante quería liarme con él?

—Te estoy diciendo que te hubiese encantado. Al igual que ahora con el paso de los años, lo que es mucho más de lo que has dicho. Por aquel entonces era complicado por lo que representabais el uno para el otro, pero he visto perfectamente cómo te miraba en la terraza del bar. Lo que no me sorprende porque eres una mujer preciosa y atractiva.

—Gracias, por lo último —le aclaré, dándole a entender que solo me quedaba con cómo me veía. En el resto, mejor no pensar—. Oh, se me ha olvidado decíroslo, mientras iba hacia el bar he hablado con mi madre. Tenía ganas de veros a los tres y nos ha invitado a comer el fin de semana que viene, pero le he dicho que haremos una barbacoa en mi casa. ¿Qué te parece?

—Que suena genial. —Bajó la cabeza para mirarme y me hizo un guiño.

—Guay. —Le sonreí.

—¡Vamos tardones! ¡Qué tenemos que ir abriéndonos paso para hacernos con una mesa en la terraza! —nos dijo Tania, alzando la voz desde la entrada del *pub*.

Mientras reíamos, aceleramos los pasos para llegar junto a ellas. El local estaba tan lleno como siempre. Al dar los primeros pasos en el interior, empezamos a sortear a las personas que se divertían bailando y bebiendo. Adrián me agarró de una mano para que no me quedara atrás, y de esa forma, con Andrea y Tania adelantadas y facilitándonos el camino, llegamos a la terraza.

—Hoy va a ser complicado —dije con un suspiro.

La terraza estaba a tope, y como no presionáramos con nuestra presencia, no nos quedaría más remedio que estar de pie.

—Si en veinte minutos no se ha levantado nadie, yo me encargo —comentó animada Tania—. Crearé algún follón en el local y todos se levantarán para cotillear —habló convencida y reímos.

—Es un planazo, nena. —Le dio una palmada en el trasero, Andrea—. Entre lo de Mateo y ahora esto, me tienes conquistada por completo. —Soltaron una carcajada las dos.

—Voy a pedir a la barra —nos avisó Adrián, elevando la voz.

Sabía de sobra lo que tomábamos cada una, por lo que lo vimos alejarse hacia la corredera abierta que daba paso a la terraza. Me apoyé en el muro de piedra que había a mi espalda, tenía los pies doloridos por los zapatos de tacón. Ahora mismo, la caminata que me había dado para llegar al centro no me parecía tan buena idea como en su momento, porque, aparte de eso, la mayoría del tiempo había estado sentada.

Nunca había sido de usar zapatos de tacón, los reservo para ocasiones especiales… que últimamente se resumen en las salidas de los viernes y sábados por la noche. Si los zapatos tenían cuña, no había problema, pero los que llevaba esa noche no terminaba de acostumbrarme a estar elevada, cuando me pasaba los días descalza por casa. En eso mismo pensé, en el momento y en la sensación tan maravillosa que disfrutaría nada más traspasar la puerta de mi casa.

—Joder, Ginger, ¿ese de ahí no es tu profesor? —me preguntó sorprendida Andrea, señalando sin disimulo hacia la delante.

—Madre mía, claro que sí, y cómo se mueve con la chica que estaba con él en el bar —dijo Tania, con un pequeño jadeo.

—Mierda —susurré sin que ninguna de las dos me escuchara.

Una vez que localicé a Darian, siguiendo la dirección del dedo de Andrea, ya no pude apartar la vista de él, de ellos.

Maldije por la sensualidad que desprendía en cada uno de sus movimientos, era cautivador observarlo, pero no por el baile en sí, sino por ser Darian.

Cuando levantó en el aire a la chica, agarrándola por la cintura, dio una vuelta completa con ella, mientras reían los dos. Mi mala suerte me perseguía con él porque no tardó en verme. Al bajarla, levantó la vista, después de hacerle un guiño a la chica, y clavó su mirada en mí, al estar frente a él, al fondo de la terraza y al otro lado de la corredera.

Si se sorprendió, no lo mostró en su expresión. Lo que sí apareció, lentamente, fue una sonrisa ladeada en sus labios. Aparté la atención de él lo más rápido que pude. Por suerte, mi amigo Adrián apareció con las copas y se colocó frente a nosotras, haciendo de barrera.

Capítulo 17



Darian

—¿Qué tal este local? —preguntó Eloy, girándose hacia atrás.

Él y Jon iban unos metros por delante de Emma y de mí.

—A mí me parece bien, hace mucho que no entramos —di mi respuesta.

—Yo he elegido el restaurante, el lugar para tomar una copa y divertirnos un rato, es cosa vuestra —dijo Emma.

—Pues venga, ya no tengo ganas de andar más —comentó mi primo, caminando hacia la entrada.

Lo seguimos entre risas porque para no tener ganas de moverse casi accedió al local corriendo. Todavía no había mucha gente, podíamos avanzar sin agobiarnos. Nos colocamos en una de las barras, había dos, y en cuanto el camarero se acercó, pedimos las bebidas y las pagó Eloy, invitándonos.

—Mira el cansado —me dijo Emma, cuando le dimos la espalda a la barra.

Sonreí al ver a mi primo bailar, a él se refería.

—Viene de familia. —Le hice un guiño.

—Da, ¿te lo estás pasando bien? —Quiso saber.

—Claro. ¿No se nota?

—Sí, pero eres un experto en aparentar una cosa mientras que por dentro… —Me regaló una sonrisa muy dulce.

—No te preocupes, Em. Lo peor ya ha pasado, ¿vale?

—De acuerdo —soltó un suspiro—. En el bar te he visto diferente, hacía muchísimo que no te relajabas tanto. ¿Me vas a decir quién era la chica de la mesa de al lado? Durante la cena has sorteado muy bien las preguntas de Eloy y de Jon.

—Fue alumna mía.

—¿En serio? —Se sorprendió.

—¿De qué te asombras? No fue la única. —Reí.

—Joder, ya lo sé. —Rio también—. Pero tus ojos no la miraban como una exalumna. —Arqueó una ceja.

—Tal vez… —Sonreí de medio lado.

—¡No me digas que te gustaba en aquella época!

—Quizás…

—Oh, ¡venga ya! —Me dio un golpe en el brazo y fruncí los labios—. ¿Qué le has dicho cuando te has acercado a ella en la barra del bar? ¿Te ha reconocido?

—No he cambiado tanto, ¿no?

—Para mí no, pero yo no cuento, te veo casi cada día. —Se encogió de hombros—. Ahora, si lo que quieres saber es si estás igual de impresionante y cañón, la respuesta es un sí rotundo. —Soltó una carcajada.

—No es solo mi exalumna.

—No fastidies, ¿te liaste con ella? —Jadeó.

—¿Por quién me tomas? —Elevé las dos cejas—. Nunca hubiese traspasado esa línea.

—Dabas clases en la universidad, por lo que ya era mayor de edad. ¿Dónde hubiera estado el problema?

—En que me hubieran echado del trabajo y mi expediente hubiese quedado manchado por ese hecho. —Sacudí la cabeza.

—Ah, joder con las prohibiciones. —Bufó y sonreí—. Un momento —agrandó los ojos—, no has dicho que no quisieras que sucediera, solo has aclarado por qué no lo hiciste.

—¿De qué estáis hablando que no os habéis enterado de que las copas están a vuestras espaldas? —nos preguntó Eloy, divertido.

—Normal, no están sedientos como nosotros. Desde que han llegado no se han separado de la barra —comentó Jon, colándose entre Emma y yo para coger la suya.

—Vosotros seguid dándolo todo en la pista improvisada que esta noche triunfáis —les dije.

—Eso es motivación suficiente, vamos. —Rio Eloy, cogiendo su copa.

Los dos volvieron a situarse donde antes y continuaron bailando. Me giré para coger la copa de Emma y se la di, después agarré la mía y me la llevé a los labios.

—Sigue hablándome de esa chica, ibas por muy buen camino —me pidió.

—No hay mucho que contar, Em. Fui su profesor por varios meses, ya está. Bueno, hay un pequeño detalle en el presente que es muy interesante. —La miré de reojo.

—Cuenta —habló emocionada y reí por la expresión que puso—. Jo, es que me hace mucha ilusión verte así. —Hizo un puchero.

—Te repito que estoy bien, por una buena temporada no voy a hacer ninguna tontería más.

—Lo sé —me acarició el brazo—, y si la hicieras no pasaría nada. Jon, Eloy y yo también hacemos unas cuantas, y míranos, aquí seguimos. —Me hizo un guiño.

—Sorprendentemente, al poco de llegar a mi nueva casa descubrí que ella es mi vecina.

Agrandó los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo para que el sorbo que acababa de dar y todavía no había tragado, no terminara en el suelo, o peor aún, encima de mí.

—¿Has dicho tu vecina? —repitió sin creérselo.

—Sí. Ya ves, las cosas de la vida.

—¡Qué fuerte! —Jadeó—. Imagino la sorpresa que os llevasteis los dos.

—Sobre eso… —carraspeé antes de beber— solo lo sé yo.

—¿Qué quieres decir? —Frunció el ceño.

—Que ella no sabe que soy su vecino. —Sonreí de medio lado—. No me ha visto, en cambio, yo la vi estupendamente cuando me di cuenta de quién vivía a unos metros de distancia.

—Un momento —Jadeó—. Vecina… —Apreté los labios—. ¿Es ella la que nos gritó y nos lanzó carbón en la piscina? —Abrió la boca formando un círculo perfecto.

—Correcto. —Abrió más los labios y tuve que reírme.

—Pues menos mal, porque si lo llega a saber, la bebida que estaba tomando en el bar habría terminado en nuestras caras, por la noche y la madrugada que le dimos con la borrachera. —Se tapó la boca.

—Como poco. —Sonreí de medio lado—. Que no te confunda su imagen dulce y aniñada.

—Me quedó claro aquella noche y sabiendo que es la misma… —Soltó una carcajada—. El cambio te ha sentado genial y no sabes cómo me alegro, lo feliz que me hace. —Me abrazó y la apreté contra mí, apoyando la barbilla en su cabeza.

—Sí que lo sé.

—¿Eh? ¿Todo bien? —Me giré hacia mi primo.

—Estupendamente —le confirmé para que se quedara tranquilo, por lo que se había imaginado al vernos.

—Ya he pasado mi fase cariñosa y mimosa, ahora me toca la marchosa —dijo animada Emma.

Dejó la copa en la barra y yo hice lo mismo, cuando me agarró de la mano y tiró de mí. Sustituimos a Eloy y a Jon, ellos ocuparon sonrientes los dos taburetes en los que nos habíamos sentado. Se quedaron a cargo de las bebidas y del sitio para no perderlo, mientras descansaban un poco.

Bailamos durante bastante rato, Emma parecía no tener fin, pero la veía pasárselo tan bien que me callé y le seguí el ritmo en todo momento. Hacía muchísimo tiempo que no me movía de esta forma y la verdad, aunque no se me da nada mal bailar, no era una de mis prioridades cuando salía de fiesta en el pasado. Siempre había preferido ver disfrutar a mis amigos, mientras yo tomaba una copa o las que fueran, tranquilo y a mi rollo.

—¿No estás cansada? —le pregunté en un momento de la noche.

—No —negó riendo.

—Te has propuesto acabar conmigo.

—¿Necesitas una pausa? —Dejó de moverse frente a mí, colocando las manos en mis hombros y observándome con atención.

—Se acabó por esta noche. Te toca cambiar de compañero de baile —le advertí—, creo que me he dislocado la cadera —hablé con tono divertido.

La agarré de la cintura y la levanté mientras se reía, para dar una vuelta completa con ella en el aire. Me uní a su risa contagiosa, ninguno de los dos pudimos parar, hasta que la deje en el suelo y le hice un guiño. Justo en ese instante elevé la vista, dirigiéndola hacia delante. No lo hice por ningún motivo en concreto, pero la sorpresa que me llevé bien mereció la pena, aunque me dejara por unas milésimas de segundos paralizado.

Ginger estaba a unos metros de distancia, pegada a la pared del final de la terraza. A pesar del asombro por no esperar encontrarme con ella de nuevo esta noche, no lo mostré en la expresión. En cambio, mis labios se curvaron de medio lado, despacio. No pudo sostenerme por mucho tiempo la mirada y la aparición de su amigo, imaginaba que lo era, la ayudó porque se colocó entre nosotros.

Emma y yo fuimos a la barra, ella para beber de su copa y no perder el tiempo para agarrar de las manos a Eloy y a Jon que la siguieron encantados, y yo para sentarme en uno de los taburetes. Me dediqué a beber con calma, evitando a propósito dirigir la vista hacia donde estaba Ginger. Me costó, tuve que frenar los impulsos para no caer en la tentación de buscarla con la vista, pero lo conseguí, al menos al principio y durante un

buen rato. Me centré en mis amigos y mi primo, viendo cómo se divertían, y también me metí en mis pensamientos.

Me giré en el asiento y me quedé mirando la barra, acariciando el pie de la copa. Me la llevé a los labios, antes de pasarme una mano por el pelo. Me sentí agobiado de repente porque… Joder, quería acercarme a Ginger esta noche, también que descubriera que era su vecino, pero sería injusto dar esos pasos hacia ella cuando estaba tan jodido por dentro.

Por mucho que me esforzara en aparentar lo contrario, todavía tenía un largo camino por recorrer. No quería atraerla hacia mí porque no podía darle demasiado, pero, por otro lado, la sola idea de apartarme de ella, lo poco que me había acercado sin que Ginger fuese consciente, tampoco me beneficiaba. Ella me había devuelto una pequeña ilusión y renunciar a eso, y otra vez a Ginger, era demasiado como para afrontarlo en este instante.

—Otra —le pedí al camarero cuando se paró cerca.

Me bebí de golpe lo que quedaba de bebida en la copa.

—Enseguida —me dijo y saqué la cartera.

Observé cómo preparaba la bebida. Le di un billete cuando terminó y me la deslizó. Me dio el cambio antes de marcharse y lo guardé, junto con la cartera.

—Por esta noche es suficiente —me dije.

—¿El qué? —Giré la cabeza hacia mi primo, se había sentado en el otro taburete.

—Es la última —le aclaré levantando la copa—. Cuando me la acabe, me voy.

—¿Por qué? —Frunció el ceño—. ¿Estás cansado?

—Un poco. —Tuve la excusa fácil.

—Nos iremos todos, entonces. Mañana hay barbacoa y piscina. —Sonrió guiñándome un ojo.

—Sí, pero podéis llegar tarde. Yo me encargaré de todo.

—De eso nada —negó—. ¿Estás bien? —Se puso serio.

—Sí, no te preocupes. Es solo que hace tiempo que no me movía tanto bailando y por esta noche ya he tenido suficiente fiesta. Además, hace rato que el local se ha llenado y dentro de muy poco será agobiante.

—Eso es verdad —dijo echando un vistazo a la zona—. Estoy orgulloso de ti, Da.

—Mmm… ¿Has bebido mucho? ¿Te vas a poner en plan cariñoso?

—Eres idiota —soltó y reímos—. Te lo he dicho en serio. —Sostuvo mi mirada—. Estoy muy orgulloso de ti —repitió—. Tienes una fuerza de voluntad y un aguante que…

—Y me lo dices tú que nunca decaes. —Sacudí la cabeza.

Desvié la vista de él y me llevé la copa a los labios, para beber un buen trago.

—Nunca me has dejado caer, que es diferente. Y desde hace tiempo me he obligado a no hacerlo porque sé que me necesitas. No digas nada. —Levantó una mano—. Es así, esa es la verdad. Desde pequeños has sido el que lo has llevado todo para delante y al hacerte mayor continuaste haciéndolo, sumándole que siempre te mantenías pendiente de todos.

»Quiero que sepas que te admiro, porque, a pesar del dolor y del sufrimiento, te veo luchar día a día para salir adelante. Caer de vez en cuando es normal, pero levantarse con heridas para continuar no todas las personas lo consiguen y es vital. Es lo que haces tú.

—Ya no bebes más —dije con humor, para quitarle intensidad a la conversación.

—Sí, creo que me he pasado. —Rio, y sonreí—. Solo quería decírtelo —añadió con sinceridad.

Asentí mirándolo a los ojos. Colocó una mano en mi hombro e hizo un poco de presión, antes de regresar junto a Eloy y Emma, que continuaban bailando. Imaginé que les diría que no tardaríamos en irnos, porque sí, no

iban a permitir que me fuese solo, por mucho que les dijera y les insistiera para que se quedaran.

Con la cabeza todavía girada hacia donde había estado mi primo, dirigí la mirada hacia más allá, hacia la terraza. Me encontré con un par de ojos fijos en mí. Ginger frunció ligeramente el ceño, mi expresión había cambiado bastante, a peor. Lo sabía, pero de todos modos le mantuve la mirada. Esta vez fui yo quien la apartó para centrarme en la copa.

Me terminé la bebida con varios tragos y me bajé del taburete. En cuanto me giré, me encontré de frente con mis amigos y mi primo, como si hubiesen estado observando todos mis movimientos a la espera de que diera el primer paso para irnos.

Sacudí la cabeza y esperé a que bebieran un poco. Después los cuatro nos dirigimos hacia la salida. No miré atrás en ningún momento, por mucho que sentí la necesidad de hacerlo.

Capítulo 18

Ginger

—Mamá, ¿qué haces aquí? —le pregunté con sorpresa, al abrirle puerta.

—Traigo los dulces que más te gustan. —Levantó una bolsa, sonriendo—. No voy a entretenerte mucho, sé que estás liada con el trabajo.

Eran las nueve y media de la mañana del lunes, y si se había animado a venir era porque debía tener algún motivo, no solo para desayunar conmigo.

—Buenos días.

Nos dimos un beso en la mejilla y me aparté para que entrara.

—Buenos días, cariño. Siento aparecer sin haberte avisado, pero he salido a desayunar con Lola y cuando la esperaba en la cafetería, me ha llamado para decirme que no podía venir. Cuando salía de su casa la han avisado de que su nieto se ha puesto malo.

»Como ya estaba allí, he aprovechado para tomarme un café, y me he dicho: *Voy a hacerle una visita rápida a mi hija, para endulzarle el comienzo de la semana* —habló animada, dirigiéndose a la cocina.

Lola era su amiga de toda la vida; durante la semana se veían varias veces.

—¿Qué le ha pasado al pequeño? —El nieto tenía cuatro años.

—Nada grave, se ha resfriado, en esta época del año es normal. Él y la canguro se han puesto de acuerdo: por lo visto, ella también está mala, y Lola ha tenido que ir a cuidarlo, mientras su nuera y su hijo trabajan.

—Ahora los cambios de temperatura son lo peor —dije siguiéndola.

Eso era lo que sucedía con los contrastes extremos: pasar del agobio y el sofoco por el calor al frío de los aires acondicionados.

—Y no tienes que justificarte por venir a verme, mamá. —Sacudí la cabeza.

—Ya lo sé, pero lo mismo estabas empezando a trabajar y te he hecho parar.

—Entre semana me levanto a las siete y media; llevo más de una hora concentrada. Me viene genial desconectar, y más con tu compañía y con lo que has traído.

Rio mientras colocaba la bolsa sobre la barra de la isla. De ella sacó dos bandejas; a exagerada no le ganaba nadie. Apreté los labios cuando las destapó: había comprado una gran variedad, todo tenía una pinta…

—Voy a preparar los cafés —dije pasando por su lado—. Ve al porche, estaba trabajando allí. Se está muy bien a esta hora.

—Vale, cariño.

Me dejó sola en la cocina llevándose las pastas y cuando terminé de hacer los cafés, puse las tazas en una bandeja pequeña, junto a las cucharillas, el azúcar y varias servilletas. Fui a su encuentro. Mi madre se había sentado en el sofá y apoyé la bandeja en la mesa, para apartar a un lado el portátil y todo lo relacionado con el trabajo. Me senté frente a ella en una silla cómoda.

—No me extraña que te guste empezar los días aquí —dijo observando el jardín.

—Da vida, ¿eh? —Sonreí mientras le echaba azúcar a mi taza.

—Sí, hija. Es un desahogo inmenso, y me alegro mucho de que puedas disfrutar de esta casa y de todo lo que te ofrece. Te lo has ganado con mucho esfuerzo.

—Vosotros también podríais comprar una parecida si vendéis el piso —comenté, cogiendo un cruasán pequeño de chocolate.

—Pues no te digo que no, aunque no sé por cuánto podríamos venderlo ni si tendríamos suficiente. A nuestra edad no quiero meterme en una hipoteca —dijo pensativa.

—Puedo mirarlo. Habla con papá y, si os animáis, me pongo a ello. Te aseguro que sacaríais mucho más dinero del que piensas. El piso está en una zona muy buena, céntrica, y las viviendas ahí están muy demandadas y valoradas. Además, tiene más de noventa metros cuadrados, es muy amplio y está como nuevo. Igualmente, si encontrarais una casa y os faltara algo, yo os puedo ayudar.

—Ah, ni hablar. —Negó varias veces con la cabeza—. Ya nos has ofrecido dinero otras veces para lo mismo, en la época en la que estuvimos mirando para buscar un lugar más tranquilo. Aunque en el bloque somos muchos vecinos y la mayoría nos llevamos bien, siempre hay de todo.

—Mamá, tengo la suerte de poder ofreceros esa ayuda, y mejor que en vosotros no podría invertirla. Desde que empecé a trabajar he ido ahorrando y tengo una buena cantidad en el banco. Sé que no me quedaría sin nada si tuviera que aportar para una casa para vosotros.

—Te lo agradecemos, cariño, pero he dicho que no. —Me señaló con un cruasán y fruncí los labios.

—Eres muy pesada. —Puse los ojos en blanco.

—Somos, tu padre es de mi misma opinión. —Sonrió—. Y no sé de qué te extrañas, tú has salido idéntica a nosotros. —Arqueó una ceja.

—Solo faltaría que hubiese salido como el vecino. —Solté una fuerte carcajada por la cara que puso.

—Vaya, hablando de vecinos…

—¿Mmm…?

—Ya han comprado o alquilado la casa de al lado —dijo con la vista fija por detrás de mi espalda.

—Sí. —Tragué y cogí la taza—. ¿Cómo lo sabes? —Bebí.

—Porque cuando te has reído, se ha asomado un hombre por una de las ventanas de la planta superior.

El café se me fue por donde no tocaba y empecé a toser. Mi madre dejó de prestar atención a la casa del vecino y me observó con curiosidad.

—¿Hay algo que no me has contado? —Apoyó los brazos en la mesa—. ¿Lo has conocido ya?

—¿Me preguntas eso mientras me estoy ahogando y mi vida pende de un hilo?

—Sabía que ibas a sobrevivir. —Sonrió con picardía—. Precisamente te pregunto eso porque ha sido el motivo por el que te has atragantado.

—Ha sido coincidencia. —Puse los ojos en blanco—. No conozco al vecino, hace poco que me enteré de que la casa está habitada. —Me encogí de hombros, limpiándome la boca con una servilleta—. Y no solo esa, en la del otro lado de la calle, la de enfrente de mi casa, también hay alguien viviendo. En cuestión de poco tiempo me han rodeado nuevos vecinos.

—Pues mejor, así estás más acompañada.

—No tengo la intención de llevarles un pastel o galletas, como harías tú. —Fruncí los labios.

—¿Por qué? Hay que empezar bien, que los problemas llegan solos.

Me guardé para mí el decirle que ya era tarde para eso, que al vecino que vivía en la casa de la que ella veía la fachada lateral, en vez de dulces, le había regalado carbón a remojo. Aunque días después gané yo con el intercambio, cuando recibí una bolsa de carbón.

—No sociabilizo con los vecinos, ni tengo la intención de empezar ahora —negué—. Cuando salgo de casa es para alejarme de ella porque he quedado con mis amigos.

—Ay, hija, algún día te pasará algo aquí dentro y no nos enteraremos hasta vete a saber cuándo. —Hizo una mueca—. Necesitas un animal para que te haga compañía, ¿no lo has pensado nunca?

—Estoy perfectamente así, mamá. —Sonreí—. Deja de preocuparte por todo, si me tiene que pasar algo, puede ser en cualquier lugar y momento. Me gustan mucho los animales, pero nunca me lo he planteado.

—Ya lo sé, con el calentamiento de cabeza que nos diste cuando te encaprichaste de que querías un perro… —Rio.

—El que nunca tuve, por cierto. —Arqueé una ceja—. Que sepas que me provocasteis un trauma.

—No te veo llorando por los rincones —dijo y soltamos una carcajada—. Otra vez…

—¿Qué? —le pregunté sin entenderla.

—Que otra vez se ha asomado ese hombre.

—¡Quieres dejar de mirar hacia la casa del vecino y de estar pendiente de él! —le pedí nerviosa, por cada pequeño dato que me daba me alteraba más.

—¿Está casado? ¿Tiene novia? ¿Has visto a alguna chica que sea su pareja?

—Y yo qué sé, mamá. —Bufé y elevó una ceja, fijando los ojos en mí—. Te he dicho que no lo conozco, no he… hablado con él.

Mentira no era, lo que habíamos intercambiado eran gritos, así que estos no contaban porque de conversación civilizada tenían poco.

—Hazlo otra vez —me pidió sin apartar la mirada de la mía.

—¿El qué? —Elevé las dos cejas.

—Ríete fuerte, quiero comprobar una cosa.

—Oh, por favor.

Me reí, sí, pero porque las risas me salieron espontáneas por lo que me había pedido.

—Ahí está. —Sonrió satisfecha.

—Déjalo yaaa… —le advertí.

—Se asoma disimuladamente cada vez que te escucha.

—¿Y? Le llamará la atención si está aburrido. —Sacudí la cabeza.

—Solo digo que es interesante. —Frunció ligeramente el ceño mirando detrás de mí.

—¿Qué? —le pregunté al ver su expresión.

—Nada. —Cogió la taza para beber.

—Mamá…

—Dime cariño.

—¿Sabes algo nuevo de lo de mis sueños? —Cogí otro cruasán, esta vez de crema.

—Pensaba que iba a ser más fácil, pero me está costando obtener información.

—Bueno, no te preocupes. Te lo he preguntado por curiosidad.

—Lo que sí puedo decirte es que son energías diferentes, más o menos.

—¿A qué te refieres? —Entrecerré los ojos.

—He detectado una energía antigua, la que asumo que se caracteriza por eso porque se te ha presentado desde el inicio. Pero es raro porque no encuentro la fuente, no consigo llegar al origen y tengo la sensación de que…

—¿Qué?

—Que es como algo premonitorio, ¿sabes? Y, por otra parte, hay una segunda que percibo muy ligera, muy sutil y a la vez muy diferente. Esta no

tiene nada que ver con la primera, es más como… ¡Ay, no quiero decirte nada más hasta que no esté segura! Estoy con ello, hasta que no sepamos de qué se trata, no pararé.

—Lo sé. Gracias, mamá. No quiero que te obsesiones, todo está bien. Desde la última vez que te dije que había soñado, he pasado las noches tranquila.

—¿Cómo fue el fin de semana con Adrián, Tania y Andrea? ¿Les dijiste lo de este fin de semana?

—Muy bien, nos lo pasamos genial. Y sí, les conté que este sábado haríamos una barbacoa en mi casa, también tienen muchas ganas de veros a ti y a papá.

—Estupendo. —Dio una palmada.

Un silbido en forma de melodía sonó de repente de fondo. Por lo visto, el dichoso vecino estaba contento. Mi madre dirigió la vista hacia la valla que separaba su propiedad de la mía.

Durante unos segundos, quizás minutos porque se me hicieron eternos, nos mantuvimos calladas escuchando sus silbidos y el motor de lo que identifiqué como la máquina cortacésped.

—¿Quieres que me presente por ti? —soltó de repente.

—¿Qué dices? —Agrandé los ojos—. Ni se te ocurra. —Reí nerviosa, temiendo que lo hiciera porque no se lo pensaría dos veces para picar a la puerta del vecino.

—Hija, me quedaría más tranquila sabiendo que puedes tener un poco de confianza con ese hombre.

—Mamá, por favor. —Puse los ojos en blanco—. Llevo muchos años viviendo sola, me encanta y no necesito a nadie a mi alrededor en mi día a día —negué.

—Es que… —Empezó a decir, pero se calló, observando de nuevo la valla.

—¿Qué?

—Nada. —Desvió la vista para mirarme con una sonrisa—. Cosas de madres, como no puedes entenderme…

—Ya empezamos. —Imité su gesto sonriente.

—Es lo que hay, y te callas. —Rio—. Me voy ya, cariño. —Se levantó despacio del sofá.

—Puedes quedarte un poco más, por mi trabajo no lo hagas —le pedí poniéndome de pie frente a ella.

—Te lo agradezco y me gustaría, pero si me quedo eres capaz de quedarte trabajando hasta la madrugada. —Arqueó una ceja y apreté los labios—. Nos vemos el sábado, ¿vale?

—Claro, venid a la hora que queráis. —La abracé—. Llévate una bandeja de pastas, hay muchas.

—No puedo resistirme a eso —dijo y reímos.

Me incliné para repartirlas entre las dos bandejas, en la que iba a darle a ella, coloqué más, pensando en mi padre.

Fuimos a la cocina, donde la cubrí con el mismo papel de la pastelería y la metí en la bolsa. Se la di y la acompañé hasta la puerta, preguntándole si quería que la llevara en coche, pero descartó rápido mi proposición.

—Me apetece caminar y me viene bien para las piernas, cariño. Iré por la sombra.

—Vale. —Le sonreí.

Nos dimos dos besos como última despedida, mientras le decía que le diera otros a mi padre. Me apoyé en el marco, viendo cómo se alejaba por la acera, hasta que solo fue un punto en la lejanía y entré en casa.

Me dirigí al porche para continuar con el trabajo, pero antes coloqué las tazas y las dulces que me había quedado en la bandeja y lo llevé todo a la

cocina. Cuando regresé al porche, me acomodé en el sofá y acerqué el portátil y todas las cosas para liarme y no desviar la vista de la pantalla durante bastantes horas.

Capítulo 19



Me quité las gafas para frotarme los ojos; necesitaba cerrarlos unos segundos. Es lo que hice: notaba la vista muy cansada. Al cabo de unos largos segundos, entreabrí los párpados para mirar la hora en la pantalla y solté un jadeo.

Eran la cuatro y media de la tarde y no me había dado cuenta de todo el tiempo que llevaba sin moverme del sofá del porche.

—Joder, qué tarde. ¡Con razón tengo hambre! —Bufé, levantándome.

Me dirigí a la cocina para comer algo rápido. Por la hora que era, no iba a pararme a encender el fuego. Abrí la nevera y saqué un aguacate y una bandeja de fiambre de pavo. De varios armarios cogí un plato y un paquete de tostadas con semillas, y me puse a preparar cuatro sobre la encimera para calmar el estómago.

Cuando las tuve montadas y todo recogido, volví al porche con el plato y una botella de agua. Pasé de largo de la mesa donde había estado trabajando y me senté en un sillón que estaba en el límite del suelo del porche. En la

mesa baja, que estaba a un lado, lo coloqué todo y empecé a comer, acariciando con los pies la hierba.

Me sentó de lujo, como si fuera lo más exquisito que había comido en mucho tiempo. El trabajo me había absorbido tanto que había perdido la noción del tiempo, ni siquiera les había hecho caso a los ruidos de mi estómago. Con razón tenía la sensación de que me había cundido, me faltaba poco para cumplir con el objetivo que me había propuesto para hoy.

Comí con calma, en completo silencio. Cuando terminé, me levanté un poco y di varios pasos sobre la hierba, llevando el sillón conmigo. Al sol, volví a acomodarme y recosté la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos. No iba a tardar en echarme una pequeña siesta, fresquita con el aire acondicionado, pero en este momento me apeteció sentir los rayos del sol en el cuerpo, a pesar del calor que hacía.

El cuerpo me pedía energía, la que no iba a conseguir. Era algo que se me escapa de la comprensión, porque nunca había sentido que me sucediera lo primero. Mis amigos siempre decían que el sol les recargaba las pilas, a mis padres siempre los había escuchado decir que les daba vitalidad, yo era un caso aparte porque me lo consumía todo. Cada vez que me exponía en la época de verano, cuando era más intenso, terminaba para el arrastre. Y ya si estaba mucho tiempo, que nadie contara conmigo después, ni yo misma, porque el agotamiento podía conmigo y era capaz de quedarme dormida hasta de pie.

Cuando noté que me quedaba adormilada, me levanté con movimientos lentos, de la misma forma que cogí el plato y la botella de agua. Fui hacia la

mesa donde tenía el portátil y lo apagué, bajando la tapa. Lo dejé ahí todo, por las pocas ganas que tenía de moverme más de la cuenta. Entré en el salón y encendí el aire acondicionado.

Me tumbé enseguida en el sofá y me tapé los ojos con el brazo. Cuando despertara, solo tendría que dedicarle media hora más al trabajo, como mucho, y por hoy se habría acabado. Me dormí rápido, no fui consciente de nada más que de la agradable sensación del aire fresco.

—Ven, no te vayas.

—¿Me hablas a mí? ¿Quién eres? —Escuché mi voz, la otra no la identifiqué.

—Ven —repitió—, no puedes soltarlo.

—¿El qué? —hice la pregunta nerviosa, con ansiedad, mientras daba varias vueltas completas.

Estaba sola en medio de la nada, todo lo que me rodeaba era oscuridad.

—¿Hola? —hablé inquieta.

—Ven. Acércate.

—¡Joder! —siseé con una sensación que me oprimía el pecho.

—Quédate.

—¿Para qué? ¿Quién eres? —insistí.

Solté un jadeo fuerte cuando noté que el suelo se abría bajo mis pies. Un grito desesperado se quedó atascado en mi garganta, ante la sensación de caída libre.

Abrí los ojos de golpe y aspiré una bocanada de aire como si me estuviera asfixiando. Me incorporé de golpe, desorientada, llevándome la mano al pecho, mientras intentaba recuperar la respiración. Me lo froté con una emoción que no había sentido nunca, y al levantar las manos hasta la cara, me sorprendí cuando se me mojaron.

—¿Qué mierda…? —Bufé, moviéndome en el sofá, hasta que apoyé los pies en el suelo.

Recorrí el salón con la vista, con la necesidad de asegurarme de que continuaba en mi casa, que no me había movido en ningún momento desde que me dormí. Cuando conseguí tranquilizarme, me incorporé despacio, todavía un poco desubicada. No entendía qué había soñado, qué significado tenía, pero esta vez había sido completamente diferente, al igual que mis sensaciones.

Fui hacia la corredera y a la mesa del porche, para mirar la hora que era en el móvil.

—La leche, qué descontrol llevo hoy. —Me presioné el puente de la nariz.

Había dormido demasiado, eran casi las siete de la tarde. Solté un suspiro entrecortado, con el estómago revuelto por el despertar que había tenido. Empecé a recoger al tomar la decisión de que hoy no iba a trabajar más y entré todo al salón, incluido el plato vacío de las tostadas y la botella de agua.

Cuando salí de la cocina, con el teléfono en la mano, me dirigí hacia la escalera con el pensamiento de ponerme ropa de deporte e ir a correr. Necesitaba con urgencia agotarme y olvidar el mal rato que había pasado. Cogí del vestidor un pantalón corto y un top de tirantes y fui al baño. Me desvestí lanzando la camiseta al cubo de la ropa sucia y me miré en el espejo.

Mi pelo era completamente un desastre incontrolable. Me sentía incómoda al despertarme sudada y todavía tenía las mejillas un poco húmedas. Apreté los labios y me lavé la cara con agua fría. Hacerlo me vino bien, antes de ponerme la ropa de deporte y de terminar con los calcetines y las deportivas.

Me incliné hacia delante para recogerme el pelo con la cabeza bocabajo. Lo hice lo mejor que pude, que no era mucho, pero sí lo máximo a lo que daba en ese instante, así que… el moño final me pareció bien. Salí del baño para volver al vestidor, de donde cogí la funda para móvil. Me la ajusté en el brazo y lo coloqué dentro.

Lista y decidida a olvidarme de todo durante el tiempo que estuviera fuera de la casa, bajé la escalera y fui hacia la puerta principal. Cuando cerré,

guardé la llave en el bolsillo interno del pantalón y miré hacia los lados de la calle. No había mucho movimiento, solo vi a una pareja caminar por la acera contraria.

Levanté una mano hacia ellos cuando giraron las cabezas hacia mí. Los reconocí: vivían hacia la izquierda, a cuatro viviendas de la mía. Me correspondieron al saludo con una sonrisa que les devolví, y empecé a andar por el camino que separaba mi jardín delantero de la entrada.

Al llegar a la acera, me puse al trote, despacio, sin prisa, iniciando lo que esperaba que me recompusiera del todo, mientras pensaba que debía llamar a mi madre para contarle lo que me había pasado. Pero sería por la noche; necesitaba que pasara un poco más de tiempo para tranquilizarme, no quería alterarla y ponerla nerviosa si me escuchaba hablar en este estado.

Me paré un momento para poner música en el móvil y volví a moverme, escuchándola a bajo volumen. Estuve fuera un poco más de dos horas, pero solo una y media corriendo, el resto caminé de regreso con pasos rápidos.

Me sentía incómoda: estaba chorreando de sudor, el pantalón se me pegaba a las ingles con cada zancada. Muchos mechones se me habían soltado y los tenía pegados a la cara, pero después de recolocarme el moño varias veces, hacía bastante rato que pasaba del peinado. Cuando vi mi casa a lo lejos, comencé a caminar más lento, y al llegar al jardín de la entrada, me puse a hacer los estiramientos.

Esto último era importante para mí, nunca lo dejaba pasar o lo retrasaba, porque una de las primeras veces que salí a correr, por decir, por un día no

pasa nada si no los hago, me lesioné uno de los muslos. Estuve más de una semana dolorida. Delante de mi puerta, con el cuerpo inclinado hacia delante y sujetándome los tobillos, escuché una voz que me sobresaltó. Tenía las piernas en forma de uve invertida para estirarlas. Sí, la posición era un poco comprometida, porque estaba de espaldas a la voz, o más bien de culo y abierta.

—¿Vecina? ¡Hola!

Miré por el hueco entre las piernas, viendo del revés y un poco borroso, por el sudor que me resbalaba por la cara, a un hombre que estaba a unos pasos de la entrada de su casa. Había salido de la vivienda enfrente de la mía y tragué saliva.

—Mmm… sí. Hola —lo saludé correspondiéndole, alzando la voz también.

—Me alegro de conocerte —continuó hablando, con voz simpática.

—Igualmente.

Dejé de mirarlo, para que entendiera que no me apetecía seguir hablando, esperando que se diera cuenta, pero no lo pilló, o yo no lo hice muy bien. Tendría que haberle dicho: «Ha sido un placer conocerte, adiós», y entrar rápido en casa, pero, en cambio, me mantuve callada, dándole pie a que continuara.

Dejé de agarrarme los tobillos con una mano, me retiré el sudor de la frente con el brazo y volví a colocar las dos manos en el tobillo derecho, inclinándome un poco más. Me faltaba poco para finalizar los estiramientos. Ignoré la presencia que seguía al otro lado de la carretera, en la acera de enfrente.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

Vi de reojo que daba un paso más, pero se paró a la mitad del camino de su jardín. Y fue justo en ese momento en el que agrandé los ojos y me cagué en todo al distinguir su imagen con claridad. Ese hombre era…

—Joder, ¿en serio? —Jadeé al reconocerlo.

Por la posición en la que continuaba —entre que tenía la cabeza baja y la sangre se me había subido—, no le había puesto muchas ganas para prestarle atención realmente. Y parte de ello era por la vergüenza que sentía al recordar cuando lo vi desnudo a través de una de las ventanas de su casa… No podía creerme quién era mi vecino, a ese hombre lo conocía de vista, pero con ropa de por medio.

Habían pasado pocos días como para que me olvidara de él. Era uno de los que estuvo con Darian en el bar donde coincidí con el que fue mi profesor, uno de sus amigos con los que fue a cenar al mexicano y más tarde al *pub*. ¡Mierda! ¡Qué lo vi desnudo y en primer plano! Me lamenté interiormente, aunque en aquel momento me quedara embobada y como hipnotizada por el espectáculo.

Aparte de pasar una vergüenza horrible, como la que sentía justo en este instante, por el miedo de que me hubiese visto observándolo. No podía ser, cuando estuvo sentado en la mesa de al lado, en la terraza del bar, no noté ningún indicio de que fuera así.

Me tomé unos largos segundos para contestar, me había quedado sin palabras, pero no llegué a mover los labios porque lo que sucedió a continuación terminó por dejarme peor. Me sobresalté al escuchar otra voz, una demasiado conocida que me cortó la respiración.

—Muy buenas vistas, sí, señor —dijo… ¿Darian? Todavía lo veía todo del revés, pero creo que a él lo reconocería de cualquier forma—. Este plano de ti nunca lo había visto, señorita Ginger Díaz.

Me incorporé de golpe, soltando un jadeo. No podía ser, ¿verdad? La vida no podía estar jugando de esta forma en la que últimamente y de repente coincidíamos en todos los sitios más inesperados. Tragué saliva de nuevo, sintiendo cómo me ardían las mejillas. Me giré despacio, desconcertada, y agrandé los ojos al encontrarme con la última persona que quería ver.

—Mierda y más mierda… ¿Qué hace aquí? —murmuré.

Una pregunta tonta, lo sé, porque teniendo en cuenta quién era el dueño de la casa: su amigo. Darian estaba apoyado en el marco de la puerta principal, con los brazos cruzados y la vista fija en mí. En sus labios tenía una pequeña sonrisa que… que le quedaba demasiado bien. ¿Qué narices? ¿A quién quería engañar? Estaba impresionante y sin tener que hacer nada, en cambio, yo… madre mía, la pinta que tenía.

—¿La conoces? —le preguntó mi vecino, con curiosidad.

—Mírala bien —le pidió Darian, sin perder el gesto divertido.

—¿Qué…?

Su amigo reaccionó centrando su atención en mí, tal y como le había pedido Darian. Entrecerré los ojos, dispuesta a soltar cualquier cosa, porque en cuestión de segundos había vuelto a alterarme.

—Joderrr… —Cayó en la cuenta mi vecino, al acordarse de mí de la terraza del bar.

Me giré con rabia hacia mi puerta y empecé a andar con zancadas largas, para llegar cuanto antes y perderlos de vista, sobre todo a uno de ellos.

—¡Qué maleducada, señorita Díaz! ¿No vas a presentarte a mi amigo? —Alzó más la voz Darian.

—Puedes presentarme tú, por lo visto te crees que sabes muchas cosas de mí —casi grité, mientras sacaba la llave del bolsillo interno del pantalón corto de deporte.

—Eloy, ella es Ginger Díaz, fue mi alumna hace años, por unos meses en un máster.

—¡No fastidies! —dijo Eloy, sorprendido.

—Que no te engañe su apariencia angelical: mirada de un verde dulce, pecas encantadoras salpicadas por ciertas partes de su cara, labios rosados, perfectos y tentadores, el color de su pelo ardiente y un cuerpo… ya la estás viendo. Esa es Ginger.

»También la de carácter agrio y cortante, la que no aguanta una broma ni sabría diferenciarla, la que salta a la mínima por cualquier cosa, aunque no tenga motivos para hacerlo. Es muy estirada.

¿Todo lo que había dicho de mí era lo que pensaba? ¿Así me veía o lo había escuchado mal? Por unos segundos las llaves me temblaron en la mano, porque hasta la mitad de su descripción había sido… ¡Qué mierda! Como siempre, no pudo contenerse y la fastidió con la última parte.

—¡¡Imbécil!! —grité enfadada.

Darian soltó una carcajada, fue lo único que escuché mientras giraba la llave en la cerradura y entraba en mi casa. Incluso cuando cerré de un portazo y me alejé, todavía continué escuchando sus risas.

Capítulo 20



Darian

—Joder, pareces muy tranquilo —me dijo Eloy.

—¿Cómo quieres que esté? —Arqueé una ceja, mirándolo de reojo.

—Pues no sé, lo más normal es que hubieses reaccionado con sorpresa. ¿No? A no ser que…

Dirigió la vista hacia mi casa que estaba en la acera de enfrente, y después hacia la de Ginger. Durante unos segundos sus ojos se movieron de una a otra, empezando a atar los cabos sueltos que se le habían escapado.

—Ya lo sabías —lo confirmó—. Sabías quién era nuestra vecina, pero…

—¿Qué?

—Que ella sí que se ha sorprendido, mucho. —Elevó las dos cejas.

—Porque nunca me he dejado ver, lo más próximo que me ha visto de su casa es ahora. —Sacudí la cabeza.

—¿En serio? ¿No sabe que vives justo al lado, incluso más cerca que yo y con mejor vista? —Abrió mucho los ojos.

—Eso he dicho. —Me encogí de hombros.

—Joder, tío, eso es muy fuerte a la par que muy bueno. —Soltó una carcajada, y yo sonreí de medio lado.

—He tenido tiempo para asimilar mi sorpresa cuando la vi y la reconocí. —Me separé del marco de la puerta.

—¿Cómo te quedaste?

—Los primeros segundos impresionado y paralizado, después… me divertí. —Apreté los labios—. Anda, cierra y vamos a mi casa.

—¿Y si nos ve? Lo mismo está observándonos a escondidas —habló emocionado por la posibilidad. Tuve que hacer un esfuerzo para no reírme.

—Te aseguro que se ha alejado lo máximo posible, tenemos el camino libre.

—Estás muy convencido. —Arqueó una ceja.

—La conozco un poco —dije, mirando hacia la entrada de la casa de Ginger.

—Madre mía, tu exalumna —comentó, pensativo.

—Y no una cualquiera.

—¿Te la tiraste? —Puse los ojos en blanco, al hacerme una pregunta similar a la de Emma.

—Me refería a su carácter, y a lo mucho que chocábamos.

—¿En pasado? Hace unos minutos habéis vuelto a chocar.

—Es lo habitual entre nosotros. Cierra de una vez. —Negué con la cabeza.

—Esa chica te gusta —dijo mientras lo hacía, sin apartar la mirada de mí.

—Creo que la has visto bien, así que entiendes por qué.

—Sí, está buenísima, tremenda. —Elevé las dos cejas—. Quiero decir… —Carraspeó—. Mierda, me has puesto nervioso. —Rio con ganas, mientras nos alejábamos de su jardín caminando por la acera—. Es evidente: es preciosa y tiene un cuerpo de infarto, pero cuando he afirmado que te gusta es porque hay algo más. Lo he percibido. Su apariencia deja atontado a cualquiera, pero… se te ha iluminado la cara en cuanto la has visto.

—¿Qué dices de iluminar? A ver si ahora me ves como una puñetera bombilla —dije, y soltó una carcajada.

Puse los ojos en blanco al acceder a mi propiedad.

—A mí no me engañas, hay algo más que atracción entre vosotros.

—Ginger es especial, en muchos sentidos. Es lo único que voy a decir.

—¡Qué fuerte! ¿Y qué vas a hacer? En algún momento tendrás que provocar que te vea aquí.

—Entra y relájate, te has emocionado demasiado —dije entrando en mi salón.

—Joder…

—Te ha costado reconocerla de la terraza del bar, y bien que estuvisteis pendientes de la mesa que teníamos al lado, donde estaba ella con sus amigos —comenté mientras me dirigía a la cocina.

—Normal. Tus gestos y reacciones esa tarde nos llamaron la atención a los tres, y durante la cena en el mexicano esquivaste las preguntas de Jon y mías. Me pareció raro, por eso tuve muy presente a los de su mesa. Supe a quién observabas continuamente, pero no la miré con otros ojos más que con curiosidad.

»Me ha costado reconocerla porque la posición en la que la he encontrado hace unos minutos y su vestimenta, no han favorecido, aunque el color de su pelo… —Hizo una pausa—. ¿Es algo pendiente del pasado?

—Nunca tuvimos nada, Eloy —dije abriendo la nevera—. Ya te he dicho que solo fuimos un profesor y una alumna que chocaban en caracteres, por un par de meses. Hice una sustitución y cuando finalizó el curso se terminó —le aclaré.

—Con eso no me respondes a la pregunta.

Le ofrecí un botellín de cerveza y pasé por su lado, yendo hacia el salón, para salir al porche. Me siguió en silencio.

—La puñetera coincidencia es… —continuó, pensativo.

—Imagínate cómo me quedé cuando fui consciente de que vivía a unos metros de distancia. La reconocí rápido. —Me senté en un sillón que estaba colocado en la hierba; Eloy se colocó en el de enfrente.

—Me siento como una celestina. Si no te hubiera convencido de comprar esta casa cuando encontré la mía, a lo mejor no os hubierais reencontrado nunca —habló emocionado.

Me reí con el botellín en los labios, por la ilusión que desprendía. Lo que acababa de decir Eloy era muy cierto. Fue él quien se encaprichó primero de la casa frente a la de Ginger, lo que por aquel entonces ninguno de los dos sabíamos, lógicamente. Mi amigo dio el primer paso y me animó a

seguirlo. La realidad es que no tuvo que esforzarse mucho porque yo hacía tiempo que estaba buscando una vivienda.

En la que estaba desde hacía meses era de alquiler, porque hui de la que era de mi propiedad. Fue inviable que me mantuviera en ella, no lo pensé cuando busqué la primera oportunidad de alquiler y me trasladé. Fue algo provisional, de ahí que me animara a comprar esta casa, bien lejos de la que tuve un día, la que por cierto vendí gracias a la ayuda de mis amigos. En aquellos momentos yo no estaba bien, bastante tenía con mantenerme en pie.

—Esa chica te ha devuelto el brillo a los ojos —dijo de repente.

—Claro, porque eso no tiene nada que ver con los esfuerzos que llevo haciendo desde hace mucho tiempo —hablé con ironía.

—Joder, sí, si no fuese así… pero me has entendido perfectamente. Es un aliciente, una nueva ilusión en la que enfocarte —asintió varias veces.

—Es complicado. —Bajé el tono de voz, siguiendo con los ojos el balanceo del botellín que movía con la mano por encima de las piernas.

—¿Por qué? Solo tienes que acercarte a ella.

—Como he dicho, es complicado —repetí bebiendo un sorbo.

Dejé el botellín en la mesa baja y redonda que había entre los dos y recosté la espalda en el sillón.

—La tensión que desprendéis es brutal, Da.

—Sí, pero ella siempre ha querido, y sigue queriendo, saltarme al cuello de una forma que no es la que tú planteas. —Fruncí los labios.

—Lo estás haciendo muy bien. Así se empieza, y la huella que se deja es imborrable. —Me hizo un guiño.

Sonreí de medio lado. Daba igual lo que le dijera, no iba a hacerlo cambiar de opinión.

—¿Cómo ha ido con el trabajo? —me preguntó.

—Bien, aunque hoy solo he estado conectado dos horas. —Me encogí de hombros.

—Tu empresa funciona sola, puedes confiar plenamente en las personas que tienes a tu cargo.

—Ya lo sé, lo han demostrado con creces. —Cerré los ojos, pensando en todo el tiempo que había tenido que estar ausente.

Aunque no lo estuve del todo, durante los primeros meses que desaparecí, mi primo Jon se mantuvo muy presente a través de mí, combinando su

trabajo con mi empresa.

—¿Pedimos algo para cenar? —me propuso.

—Por mí perfecto. ¿Cuántos días te quedan libres? —Abrí un ojo.

—Hasta el lunes que viene no regreso al trabajo, tengo toda esta semana.

—Qué bien vives. —Sonreí al escucharlo reír.

—Estoy contento por cómo los estoy aprovechando con tu ayuda. A pesar de lo que me espera mañana sacando los escombros que quedan, ya he visualizado cómo voy a montar el espacio.

Ayer y hoy estuvimos liados en su casa: yo echando la pared abajo, él observando cómo lo hacía y ayudándome en lo que podía. A eso se había referido.

—Me alegro, te va a quedar de lujo. ¿Nos damos un baño y después pedimos la cena? —le pregunté.

—Claro. Voy a por otro par de cervezas, para cuando nos terminemos estas. —Levantó su botellín, a la vez que se ponía en pie.

También me incorporé para quitarme las deportivas, la camiseta y la bermuda, quedándome con el bóxer. Llevé los botellines empezados hasta la balda alargada de la piscina y entré por la escalera.

—He estado pensando en varios planes, por si van fracasando sobre la marcha —dijo cuando apareció.

—¿Planes sobre qué?

—Sobre cómo vas a presentarte ante Ginger y descubrirá lo cerca que estáis el uno del otro. —Sonrió con picardía.

—Ajá… miedo me da saberlos.

—Te van a encantar, ya lo verás. Tú bebe un poco más, y entonces empiezo.

Soltamos una carcajada y me acompañó en cada sorbo que di. Se estaba genial en el agua y después de escuchar las ideas de Eloy con respecto a Ginger, cada cual más disparatada y alocada, nos quedamos en silencio durante un rato, bebiendo y disfrutando del silencio y de estar a remojo.

—¿Nos secamos? Para que no se nos haga muy tarde, después de cenar volvemos a bañarnos.

—Sí —contesté.

Salimos de la piscina y le lancé una toalla que saqué del armario del porche. Con la mía me quité el exceso de agua y al terminar, fui hasta mi ropa, para coger el móvil del bolsillo de la bermuda.

—¿*Pizza*? —le pregunté.

—Perfecto.

Hice la llamada y media hora después estábamos cenando en la mesa alta, acomodados en el sofá alargado que daba la espalda a la corredera y al salón.

—¿Qué te parece hacer una barbacoa este fin de semana?

—¿Qué me parece que seas tú el anfitrión o que me toque a mí hacerla aquí? —Lo miré de reojo.

—¡La duda ofende! —Soltó un jadeo haciéndose el indignado—. Por supuesto, aquí. —Soltamos una carcajada—. El viernes espero haber terminado con todo lo que quiero hacer en la casa y quiero mantenerla limpia.

—Tienes un morro. —Sacudí la cabeza.

—Pero me quieres igual y no puedes vivir sin mí. —Me hizo un guiño y sonreí de medio lado.

—No me apetece bañarme otra vez —comenté.

—A mí, tampoco, pensaba que tendría ganas, pero me he quedado tan saciado…

Media hora después, Eloy se fue a su casa, solo tuvo que cruzar la calle, después de ayudarme a recoger el porche. Apagué las luces y subí las escaleras, yendo directo a mi habitación, o más bien hacia la ventana de mi habitación. Asomarme por ella se había convertido en una costumbre, como había hecho varias veces durante la mañana.

La primera fue por la mañana, cuando unas risas me alertaron. No pude evitar comprobar de quiénes venían, porque no era solo la de Ginger. La vi en el porche con otra mujer, desayunando, y una vez descubiertas, no pude evitar seguir asomándome de vez en cuando. El sonido de su risa me atraía como un imán hasta la puñetera ventana, pero daba igual. Si no era su risa, me bastaba cualquier otra cosa relacionada con ella.

Hasta que me obligué a dejar de dar vueltas por la habitación y bajé a la planta inferior. Me entretuve cortando la hierba del jardín y después me di un baño en la piscina, por el calor que tenía. Me pregunté en qué trabajaría Ginger, porque no cumplía con ningún horario fijo para salir de su casa entre semana. Estaba claro que, fuera lo que fuera, debía hacerlo desde casa.

Nada más entrar en la habitación, me quité la bermuda que me había puesto al secarme, y la dejé sobre la cama. Caminé despacio hasta la ventana, viendo las luces del interior del salón de Ginger. Cada vez se aproximaba más el momento de descubrirme ante ella. Había estado muy cerca, ya sabía que mi amigo vivía enfrente, faltaba muy poco para que

supiera que estaba rodeada, en el buen sentido y por decirlo de alguna manera.

¿Cómo reaccionará?, pensé.

Fijé la vista en la corredera y entonces apareció Ginger al otro lado. Solté el aire despacio, llevaba un camisón minúsculo y el pelo suelto, con algunas ondas cayéndole sobre los hombros. Se aseguró de que la corredera estaba cerrada y se alejó, después la luz se apagó y me aparté de la ventana, obligándome a hacerlo para no esperar verla en su habitación. Sabía muy bien cuál era.

En ese instante, tomé la decisión de que la próxima vez que fuera hacia la ventana sería para exponerme ante ella, para mostrarme de una vez por todas. Se acabó el juego y el ocultarme. Prefería hacerlo así, porque llamar a su puerta y decirle que éramos vecinos, me parecía peor.

Entré en el baño, me di una ducha rápida y me tumbé en la cama con el aire acondicionado encendido. Me tapé la cara con un brazo y solté un suspiro. Los únicos momentos en los que mi mente frenaba de los pensamientos que me atormentaban, era cuando estaba pendiente de Ginger, o cuando me encontraba con mis amigos y mi primo, siempre que no sacaran un tema de conversación que me afectara.

Ellos lo evitaban a toda costa porque sabían muy bien cuáles no podían tocar. Al menos durante… ni puñetera idea. Quizás por el resto de mi vida.

Me daba impotencia e incluso vergüenza admitir para mí mismo que durante muchos meses me costó estar cerca de ellos, por lo que me recordaban, por lo que atraían a mi memoria. Por suerte —y para mi tranquilidad—, fue lo primero que logré superar. Ellos nunca lo supieron y yo jamás iba a confesarles el malestar que me provocaban. Primero, porque era totalmente injusto e irracional. Segundo, y más importante, porque ni Jon, ni Emma, ni Eloy se lo merecían. Antes sería capaz de consumirme a mí mismo que hacerles daño a ellos.

Hay verdades que se sienten tan profundamente que es vital mantenerlas ocultas, por el bien de quienes más quieres.

Me dormí con la imagen de Ginger en la cabeza. Aquella imagen inesperada al salir de casa de Eloy: sus piernas largas, tensas por la posición en la que estaba al principio, sus nalgas apenas cubiertas por un diminuto pantalón deportivo, el puñetero top ceñido a sus pechos, que vi claramente cuando se incorporó y se giró, sorprendida. El pelo desordenado, algunos mechones pegados a su cara, y el sudor en su piel. Esa mujer era un pecado de cualquier forma… pero así, así me pareció demasiado excitante.

Capítulo 21



Ginger

—Cuando puedas, mira lo que te he enviado y hablamos —le pedí a Manuel.

Era uno de mis clientes, el director de una de las empresas para la que había estado trabajando hasta la noche anterior. Un trabajo menos, me dije, mientras salía al porche con una taza de café y el móvil en la oreja. Eso, si le parecía bien el informe que había recibido; si no, tendríamos que reunirnos en persona.

—Dame unos minutos, estoy a punto de llegar a la empresa. He tenido que salir para hacer unas gestiones.

—Tranquilo, la prisa la tienes tú —dije con humor, y él rio.

Me senté en el sofá y le di un sorbo al café.

—Estoy seguro de que me quedaré muy satisfecho, como siempre que has trabajado para nosotros, Ginger.

—Me alegra escucharlo.

—Te llamaré en un rato por videollamada, para que me expliques todo el proceso mientras reviso el informe.

—Estupendo.

Cuando colgué, dejé el móvil sobre la mesa y me olvidé por unos minutos del trabajo. No iba a ponerme con el otro que había llevado para delante al mismo tiempo, hasta que no terminara con Manuel en la videollamada, no me centraría por completo.

Como cada vez que entregaba un trabajo, me arreglaba de cintura para arriba: la parte de mi cuerpo que era visible en las videollamadas que hacía con los clientes para informarles de todo y para aclararles las dudas que tuvieran.

Me había duchado para controlar mi melena y me la había secado a conciencia, arreglándome bien las ondas. Me la había dejado suelta y después de maquillarme un poco, me puse una camiseta de vestir. En la parte inferior llevaba un pantalón de pijama muy corto, satinado y fresquito, y como siempre, iba descalza. Ventajas de estar en casa y que nadie supiera si realmente me había vestido por completo para la ocasión.

Pasados unos minutos, sonreí cuando la pantalla del móvil se activó con la videollamada de Manuel. Dejé la taza a un lado y coloqué el móvil en el trípode que utilizaba para estos casos, para tenerlo en alto y poder revisar el informe junto a él. Contesté.

—Hola, otra vez, preciosa —me saludó sonriente.

—Hola. —Le devolví el gesto.

—Ya soy todo tuyo, veamos lo que me has enviado.

—Empezamos —dije, maximizando el archivo en la pantalla del portátil.

Nos metimos por completo en el trabajo. Centrados en él, mientras me comentaba sus dudas y yo se las aclaraba, dándole datos contrastados, se nos fueron un poco más de cuarenta minutos.

—Como ya sabía, has hecho un trabajo perfecto. —Me felicitó.

—Muchas gracias, Manuel. Si alguno de tus departamentos tiene algún problema, puedo hablar con ellos para que se adapten más rápido y…

Mi cara de sorpresa fue más que evidente para Manuel: me quedé con los ojos abiertos de par en par y los labios entreabiertos. No podía creer lo que estaba viendo… Me había distraído un destello y la vista se me había ido hacia esa dirección, exactamente hacia la ventana del… vecino.

Contuve un jadeo al verlo claramente por primera vez, sin poder disimular el impacto en mi expresión. Da… Darian estaba asomado a la ventana desde la que, en su día, vi moverse la cortina: justo aquel día bochornoso en el que el «vecino» me vio casi desnuda en el sofá del porche y me habló a gritos, avergonzándome. Mis ojos se abrieron aún más, si es que era posible, al unir todas las piezas de…

—Mierda —susurré sin salir del asombro, casi sin respiración.

—¿Ginger?

Manuel intentó llamar mi atención, pero no fui capaz de apartar la vista de Darian. Solo podía verle de cintura para arriba. Llevaba una camiseta de tirantes anchos que le quedaba holgada y tenía los brazos en alto. Se apoyaba con las manos en algún punto por encima de su cabeza, pero eso era lo más insignificante y no le presté atención. Desde la distancia que nos separaba, aprecié perfectamente la seriedad de su cara, sus ojos clavados en mí y cómo se le marcaban los músculos de los brazos.

—¿Ginger? ¡Me estás preocupando!

—¿Eh? —Conseguí apartar la mirada y centrarla en el móvil.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? —Quiso saber preocupado.

—Estoy… bien. —Tragué saliva y parpadeé varias veces, rápidamente.

Observé de reojo hacia la ventana, intentando convencerme a mí misma de que no había visto una alucinación. Pues no, era Darian y continuaba en la misma posición, sin variar la dirección de su mirada.

—¿Segura?

—Sí, sí, perdona. —Carraspeé y le sonreí, intentando que se lo creyera. Yo misma no lo hacía.

Me froté las manos sobre las piernas desnudas, me temblaban y me sudaban.

—¿Qué decías? —le pregunté para centrarme de nuevo en el trabajo.

Era lo que necesitaba, volver a retomar el modo profesional para olvidarme de lo que acababa de descubrir, porque había perdido por completo el hilo de la conversación. Otra cosa diferente es que lo consiguiera por lo alterada que me encontraba.

—Me estabas diciendo que, si alguno de mis departamentos tiene dudas o necesita ayuda, puedes hablar con ellos para facilitarles el trabajo y que se adapten rápido.

—Ah, sí, es verdad. —Me reí de forma nerviosa y escandalosa, y agradecí que Manuel sonriera de oreja a oreja, al verme y escucharme—. Perdona, me he despistado por unos segundos. —Sacudí la cabeza.

—Tranquila, creo que necesitas descansar.

—Yo también lo pienso —solté un suspiro.

—Tendré en cuenta lo que me has propuesto. Te lo agradezco mucho, Ginger. Esperemos que mis departamentos no tengan problemas con los nuevos cambios.

—No hay de qué, sabes que estoy aquí para lo que necesitéis. Seguro que se adaptan rápido. —Sonreí.

—Pues por el momento ya está, ahora cuando cuelgue, te haré la última transferencia.

—Vale, gracias.

—Gracias a ti, otra vez. Vamos hablando.

—Estupendo. Que tengas un buen día, Manuel.

—Igualmente, Ginger. Y por favor, descansa. Estás pálida.

—Tranquilo, lo haré. —Continué sonriéndole.

En cuanto colgué la videollamada, con ansias, puse la pantalla del teléfono bocabajo en la mesa y cerré la tapa del portátil, casi al mismo

tiempo. Cogí una bocanada de aire y me armé de valor para levantar la vista hacia…

—Joder. —Noté un calor intenso en las mejillas, agobiante.

La vergüenza me venció al volver a ver a Darian. No había cambiado su posición ni su expresión, aunque esta última era muy distinta a las que le había conocido hasta ahora.

—No me lo puedo creer, madre mía, madre mía, que me vio… —gemí, notando cómo mi cara ardía—. Un momento… —Entrecerré los ojos—. ¿Qué haces ahí y por qué mierda estás tan tranquilo? —le grité, dejándome la garganta en el proceso.

—Buenos días, señorita Díaz. —Sus labios se curvaron hacia un lado cuando terminó de hablar.

Solté un bufido, levantándome del sofá como si hubiese estado sobre un muelle. Caminé por el porche, hasta que rocé con los dedos de los pies la hierba.

—Bonito conjunto.

—¡¡No me has respondido!! —volví a gritar, pero con más control.

—¿A qué? ¿Qué quieres saber? —Apoyó los brazos en el poyete de la ventana.

—¡¡Ya te he hecho las preguntas!! —Jadeé.

—La primera respuesta creo que es evidente al estar dentro de esta casa. Sobre la segunda… prefiero contestártela cara a cara, a corta distancia, no a gritos. Podemos ser el centro de atención de cualquiera que pase por la calle. ¿Qué me dices? Sí, es lo mejor, voy a bajar.

—¡¡Ah, no, ni se te ocurra!! —Apreté los puños a los lados del cuerpo— Hasta ahora no te ha importado comunicarte desde ahí, ocultándote.

—Pero como lo último ya no tiene sentido… voy.

—¡¡Qué no!! —grité, pero ya había desaparecido de la ventana.

Solté un gruñido y corrí al interior de mi casa. Cerré la corredera, fui a la puerta principal y me aseguré de que estaba echada la llave.

—¿Qué mierda estoy haciendo? —Bufé, y me froté la cara.

Reaccionaba por impulsos porque me había puesto histérica; tenía los nervios por las nubes. A estas alturas, no tanto, por haber descubierto que Darian y yo éramos vecinos —y lo que eso implicaba—, como porque en ese momento no podía tenerlo cerca. Levanté un poco las manos y fruncí el ceño al ver cómo temblaban.

Di varios pasos caminando hacia atrás, yendo hacia la escalera. Los primeros escalones eran visibles desde la corredera del porche, pero hasta ahí, el resto quedaban ocultos a la vista. Me giré rápido hacia ellos y los subí, hasta que me paré para tranquilizarme. Me senté en el cuarto escalón y me agarré con una mano a la barandilla de madera.

Cerré los ojos con fuerza cuando sonó el timbre. Estaba teniendo un comportamiento infantil e inmaduro, era muy consciente de ello, pero a la vez no podía controlarme. Pero es que… joder todavía no me había recuperado del *shock* y tener enfrente en este instante a Darian suponía demasiado. ¿Cómo no reconocí su voz cuando nos encontramos en el bar? ¿Cómo mierda iba a hacerlo si ni siquiera podía imaginar lo que acababa de suceder?

Gemí al recordar cada una de sus palabras cuando me desperté solo con la braga en el sofá del porche, mientras él se mantenía oculto desde su ventana. Y después las del enfrentamiento de madrugada, en el que varios trozos de mi carbón terminaron en su piscina. Leche, me había regalado una bolsa pidiéndome que lo invitara a una barbacoa.

Apreté los labios, el timbre volvió a sonar.

—Vamos, Ginger, pensaba que ya eras adulta. —Escuché su voz.

—¡Lo soy! Por eso mismo no me da la gana de abrirte. ¡No te he invitado! —alcé la voz.

—Solo quiero arreglar nuestra relación como vecinos, así serás más tolerante con la próxima fiesta que organice. —Noté la diversión en su tono.

—¡La próxima vez llamo a la policía! ¡No me dejaste dormir!

—No te diviertes mucho, ¿no?

—Vete, Darian.

—Venga, Ginger. —Me sobresalté al escuchar su voz desde el otro lado de la corredera. Se había movido—. No te comportes como una niña pequeña y caprichosa.

—¡Tienes una cara muy dura para venir a mi casa a insultarme!

—Yo no lo llamaría un insulto… más bien una descripción acertada. Sabes perfectamente cómo te estás comportando, no estás siendo racional. Si te pusieras en mi lugar en este instante…

—¡Me has mentido, Darian! ¡Y te has reído de mí!

—Ginger…

Tragué saliva, la forma en la que pronunció mi nombre. Sentada, me deslicé en el escalón y bajé uno, para inclinar el cuerpo hacia delante. Despacio y con cuidado, para que no me viera, lo observé con el ceño

fruncido. Tenía la cabeza un poco bajada y su expresión era… ¿triste? Volví a tragar saliva.

—Joder, me he pasado —murmuré con un nudo en la garganta—. Mierda, yo no he hecho nada, él ha provocado esto. —Intenté animarme, pero cuando apoyó la palma de una mano sobre el cristal de la corredera, pensativo y serio… parecía cansado, realmente agotado.

Ese no es el Darian que conozco, me dije, mientras me incorporaba despacio. Desconcertada, cogí una bocanada de aire, agarrándome del pasamanos de la escalera y bajé otro escalón. Si Darian hubiese estado mirando hacia el interior, me habría visto, pero justo se daba la vuelta, metiendo las manos en los bolsillos de la bermuda que llevaba puesta. Me mordí el labio inferior viendo cómo se quedaba de espaldas unos segundos, hasta que empezó a caminar por el porche, alejándose.

Mi madurez regresó de golpe, solté un gemido, a la vez que empezaba a correr hacia la corredera. La desbloqueé y la abrí, provocando que Darian se parara en la hierba del jardín. No me miró, se mantuvo con la vista hacia su casa.

—No has jugado limpio —dije lo primero que me vino a la cabeza.

—No sé cómo lo habrías manejado tú en mi situación, pero yo no supe ser sincero con una exalumna a la que había visto casi desnuda. Y menos si esa exalumna eras tú, con lo «bien» que nos llevamos desde el principio. Imagínate mi sorpresa porque no me lo esperaba, cuando te vi y te reconocí… —Sacudió la cabeza.

—No nos llevábamos tan mal —hablé entre susurros, con la necesidad de que me mirara.

No me había gustado nada lo que había visto en él, lo que me había transmitido los últimos segundos: derrota, tristeza, pesar y desánimo. Necesitaba volver a escuchar sus bromas, sus palabras alterándome, su carácter alegre y… joder, cualquier cosa menos verlo y sentirlo con tanta pena.

No podía ser por mí, o por cómo yo había reaccionado. Debía haber algo más de peso y esto último lo había empeorado, estaba segura de ello porque si Darian hubiese estado bien, se habría reído a carcajadas por mi comportamiento y habría seguido picándome, hasta conseguir su propósito. No se hubiera dado por vencido, una vez que había decidido descubrirse ante mí.

Pensé en su expresión desde la ventana, ya estaba serio en ese momento.

—Ah, ¿no? —Giró un poco la cabeza hacia mí.

Una chispa de esperanza prendió en mi interior.

—Como profesor eras insoportable, y desde que… desde que vives al lado un fastidio muy grande, exasperante.

De perfil, vi cómo curvaba un poco los labios. Ese pequeño gesto me alivió más de lo que podía admitir. No sabía por qué me había afectado

tanto percibir que no estaba bien, pero tampoco iba a analizarlo en este instante. Solté el aire despacio cuando se movió. Se volvió hacia mí despacio.

Fue entonces cuando aprecié de verdad y con calma su apariencia, a corta distancia. Continuaba con las manos en los bolsillos de la bermuda que llevaba. Había salido descalzo de la casa, lo que me sorprendió, ¿tanta prisa tenía? Quizás había anticipado que se encontraría con todo cerrado a cal y canto por mi parte.

La camiseta de tirantes anchos le quedaba genial, pero ¿cuándo algo no le sentaba bien a Darian? Podía llevar un saco encima que igualmente captaría la atención. Al ser holgada, se veía demasiada piel de su pecho y de su espalda, dejando al descubierto sus músculos marcados, pero sin ser excesivos.

Todo el conjunto era impresionante, desde sus piernas fuertes, hasta el pelo que tenía un poco despeinado. Varios mechones le caían hacia la frente.

Capítulo 22



Darian

Me había roto un poco más, y no comprendía el motivo, porque tampoco había sido para tanto. Había previsto todas las posibles reacciones de Ginger, y estaba en su derecho de tenerlas, pero algo en mi interior se había vuelto a joder al sentir su rechazo y su obstinación por mantenerme alejado de ella.

Comprenderme era complicado, supongo que cuando uno no está bien, hace falta muy poco para desmoronarse. Ginger me importaba, aunque ella no tuviese ni idea por cómo me comportaba siempre con ella. Desde el inicio fue así, desde que entró sofocada en mi puñetera primera clase del máster, todo cambió.

Captó mi atención al instante, y no precisamente por su retraso. Eso me importó una mierda; incluso si no hubiese tenido que mantener la fachada de profesor, me habría reído de la situación.

Cuando escuché la corredera abrirse, solté el aire despacio, pero no me giré hacia ella. Antes de hacerlo, necesitaba recomponerme, recuperar mi ánimo habitual, el que ella conocía y al que estaba acostumbrada. No sabía el motivo por el que Ginger había rectificado y había evitado que me marchara, pero fuera cual fuera la razón, me sirvió para tranquilizarme y para tener una mínima esperanza.

Cuando me habló, aunque me echara en cara que no había jugado limpio, me dio una paz increíble.

—Como profesor eras insoportable, y desde que… desde que vives al lado un fastidio muy grande, exasperante.

Al escuchar esas palabras, sonreí con la cabeza girada hacia ella. Recuperé un poco la alegría y me moví, para quedarme frente a Ginger. Estaba jodidamente preciosa. Tenía el pelo suelto, con las ondas marcadas; su color anaranjado rojizo brillaba con intensidad bajo la luz del día. Se había maquillado. No sabía para quién, porque lo único que escuché desde la ventana fueron unas cuantas risas suyas y las de un hombre, como también alguna palabra suelta más alta de lo normal. Insuficiente para poder encajar el sentido.

Había estado bastante tiempo hablando con ese hombre, y por cómo se había arreglado, estaba claro que no había sido por una llamada como tal. Seguramente se había arreglado porque se habían visto. Llevaba una camiseta que se ajustaba a sus curvas, pero lo que más me gustaba era el pantalón, muy corto, de una tela brillante, y que estaba descalza.

Ginger no necesitaba nada para estar espectacular, al menos ante mis ojos.

—Insoportable, ¿eh? —Arqueé una ceja— Yo diría que tú tampoco fuiste una alumna fácil.

—Pero ya no somos ni lo uno ni lo otro. —Se encogió de hombros.

—Pero sigo siendo un fastidio muy grande y exasperante. —Apreté los labios.

—Eso está claro. —Puso los ojos en blanco—. Per… perdón por cómo me he comportado. —Bajó el tono de voz—. Es que me ha impactado todo y…

—No te preocupes, yo no te lo he facilitado para que actuaras de otra forma.

—¿Desde cuándo…? —Señaló con la cabeza hacia mi casa—. No sé si cuando me di cuenta de que la casa estaba habitada, llevabas mucho en ella. No presto mucha atención, a no ser que sea evidente.

—No hace mucho —respondí y asintió—. Me mudé a la par que mi amigo Eloy, tu otro vecino. —Sonreí de medio lado—. Pero yo llegué a esta zona antes, justo cuando a él le dieron las llaves de la casa tuvo que irse de viaje por trabajo. Durante los días que estuvo ausente, me entretuve entre mi casa y la suya. Me quedaba a ratos en la de mi amigo, incluso noches completas.

—Ah, ¿sí? —Miró de reojo hacia el lado en el que estaba.

—Sí —le confirmé mirándola con curiosidad.

¿Se había ruborizado? ¿Por qué motivo?

—¿Te gusta, Eloy? —solté de golpe y sin anestesia.

—¿Qué? —Alzó la voz, mirándome con los ojos abiertos al máximo.

—No sé, lo mismo te atrae. —Ladeé un poco la cabeza.

Mantuve la compostura para no mostrar la urgencia que sentí por la necesidad de saber su respuesta. Y sabría perfectamente si me mentía, Ginger era muy expresiva, tanto que sus gestos la delataban cuando sus palabras se contradecían con su realidad.

—Es muy buen tío, yo solo puedo decirte cosas buenas de él —continué para que rompiera su silencio.

—Para —me pidió levantando las manos a la altura de su pecho—. Yo no he dicho nada de eso, no me gusta —negó varias veces.

—No tiene que darte vergüenza —dije con una media sonrisa, aunque ya sabía que su respuesta había sido sincera y cierta.

Me relajé al instante, destensando todos los músculos.

—He dicho que no me gusta —repitió con un bufido.

—Ajá… ¿y por qué te has puesto colorada al hablarte de él? —Arqueé una ceja.

—Por nada —respondió demasiado rápido y elevé las dos cejas.

Me estaba ocultando algo que se me escapaba, sin embargo, por el momento, iba a dejarlo estar. Me encantaba verla ruborizada, pero no quería fastidiar lo que había conseguido.

—Está bien.

—Bueno… Mmm… —Miró hacia los lados.

—No te incomodo más, solo quería aclararte de una vez por todas quién vive en la casa. —Señalé la mía—. Por eso me he dejado ver en la ventana, no me parecía justo la ventaja que tenía sobre ti.

—Gracias —susurró—. Ha sido… muy desconcertante.

—Lo imagino, yo me quedé igual cuando lo descubrí —asentí—. Disfruta del resto del día, Ginger. —Alargué su nombre a propósito—. Estás preciosa —dije sin poder contenerme, tampoco quise retener el halago.

Su reacción fue agrandar los ojos y entreabrir los labios.

—Como ya hay confianza, cuando quieras puedes volver a alegrarme la vista. —Le hice un guiño—. Ya sabes, cuanta menos ropa mejor.

—¡¡Eres incorregible!! —Jadeó.

Cuando pensaba que no podía verse mejor y más encantadora, el color de su cara compitió con el de un tomate bien maduro. Solté una carcajada mientras daba los primeros pasos para alejarme y regresar a mi casa. Para ser la primera toma de contacto como vecinos ya estaba bien, y más después de terminar, muchísimo mejor de lo que había pensado por su reacción del principio.

—Darian…

Me sorprendió que me llamara, y con un tono tan dulce. Me paré y me giré hacia ella.

—¿Sí?

—¿Quieres… quieres tomar un café? No sé si tienes que ir a trabajar, o si tienes la mañana liada, o…

—Me encantaría —la interrumpí, aún más asombrado por su invitación.

—Vale. —Sonrió con timidez.

Señaló con un dedo el porche y asentí. La seguí en silencio, un poco descolocado, la verdad. No podía haber anticipado lo que estaba pasando. En mis sueños sí, por supuesto, pero en la realidad… sacudí la cabeza mientras Ginger caminaba unos pasos por delante de mí. Recorrí cada curva de su cuerpo con la mirada, el minúsculo pantalón le quedaba demasiado bien.

—Ponte cómodo —me pidió cuando llegamos junto a la mesa—. ¿Café solo o con leche?

—Con un poco de leche, pero no mucha.

—De acuerdo, ahora vuelvo.

Ocupé un sillón que había en uno de los laterales más cortos de la mesa rectangular, desde esa posición estaba cerca del sofá alargado en el que casi siempre había visto sentada a Ginger, y también tenía una perspectiva perfecta de la fachada lateral de mi casa. Sonreí al fijar la vista en mi ventana.

—Ya está. —Apareció con una bandeja.

Se colocó a mi lado para ponerla sobre la superficie de madera, y me puso delante una taza, con la cucharilla y dos sobres de azúcar, pero los rechacé, parando su mano con la mía.

—Me lo tomo solo —le informé de lo obvio, después de mi gesto.

Carraspeé para aclararme la voz, ella se había quedado mirando nuestras manos. Ninguno de los dos la habíamos apartado, la mía rodeaba la suya por el dorso.

—Vale —susurró cuando la solté.

Se sentó en el sofá, acomodándose. Apartó hacia un lado el portátil y el móvil con un trípode, y colocó un plato con varios dulces entre los dos. Por último, cogió su taza de café, el que endulzó con un sobre.

—Estoy sorprendido —dije de repente y levantó la cabeza hacia mí.

—¿Por qué? —Frunció ligeramente el ceño.

—Porque parecemos dos personas normales, no nos estamos gritando, ni lanzándonos comentarios para picarnos. —Arqueé una ceja.

—Joder, lo pintas como si no fuésemos civilizados. —Bufó y solté una carcajada.

—No me negarás que casi siempre se nos va de las manos.

—Habla por ti, yo solo reacciono —dijo antes de beber un sorbo de café, mientras me miraba de reojo.

—Me lo pones muy difícil para contenerme. —Apreté los labios.

—¿Yo? ¡Si no hago nada!

—¡Qué va! Ginger la santa, con cara de ángel, nunca tiene la culpa. —La piqué.

Me gustaban demasiado sus reacciones, como para resistirme a ellas.

—No soy santa ni tengo cara de ángel. —Entrecerró los ojos—. A ver si en vez de tomarte el café te vas a bañar en él —dijo seria y volví a reírme.

—Gracias por la invitación. —Cambié el rumbo de la conversación, dejándola descolocada.

—No hay de qué. —Carraspeó—. Mi madre estaría muy orgullosa de mí, esto es lo más parecido a tocar el timbre de tu puerta con un bizcocho o galletas, para presentarme.

—Mmm… me gusta cómo piensa tu madre. —Sonreí de medio lado.

—Pero como nos conocemos, no hace falta. —Arqueó una ceja.

—Hasta unos minutos atrás no sabías quién era tu vecino, bien podrías haber ido —dije con humor.

—Has tenido suerte —asintió.

—¿Y eso?

—Porque si llego a ir a tu puerta con un bizcocho y me hubieras abierto tú, te aseguro que todo lo que llevara en las manos habría terminado en tu cara, como poco.

No dudé ni un segundo de que ese hubiese sido el resultado, por lo que me reí con ganas al imaginarme la escena.

—¿Tu madre es la mujer que estuvo contigo aquí?

Mi pregunta provocó que pusiera los ojos en blanco y me contuve para controlar la diversión.

—Sí —confirmó.

—Me lo imaginaba. Os parecéis, aunque ella no es pelirroja.

—Ninguno de mis padres lo es, tengo el mismo color de pelo que mi abuela materna. Ella hasta el último día mantuvo su melena pelirroja perfecta, a pesar de la edad, no perdió intensidad. —Sonrió y fue una sonrisa de amor puro, de cariño, por lo que recordó.

—Lamento tu pérdida.

—Gracias. Ya hace unos años. —Removió el café.

—¿Llevas mucho viviendo en esta casa? —me interesé.

—Cuatro años y medio.

—Vaya, pues sí que te va bien.

—Sí, trabajé muy duro en mi época de estudiante y después de finalizarla, porque tener una carrera y un máster no equivale a tener suerte para encontrar trabajo.

—Lo sé, pero imagino que tus excelentes notas te ayudaron. ¿No? —Me llevé la taza a los labios.

Ginger había acertado con la cantidad de leche, estaba como me gustaba y lo saboreé en el paladar.

—La verdad es que sí, mentiría si dijera lo contrario.

—Te lo ganaste.

—Gracias. —Sonrió con timidez.

—¿Y en qué trabajas? Hoy es día laboral y estás aquí.

Me reservé el añadir que era de la misma forma todos los días, aunque la mayoría del tiempo estaba frente al portátil.

—Te aseguro que le dedico más horas que si estuviera en una oficina. —Señaló el ordenador—. Tengo mucha suerte, trabajo de forma independiente.

—Suena estupendamente.

—Sí. Tengo la libertad de aceptar las propuestas de trabajo, tanto las que recibo por llamadas como las que me envían por correo electrónico. En muy pocas ocasiones tengo la necesidad de salir de casa por motivos laborales, pero sí que sucede de vez en cuando.

»Normalmente, solo me desplazo a los bancos, a las compañías de diversos sectores, y a las grandes corporaciones cuando surge algún problema, o tengo que hablar cara a cara con los directores y los responsables.

»Explicarse por teléfono a veces no es viable, es mejor y más rápido hacerlo en persona, para enseñar y aclarar la información en las conversaciones. Me piden nuevos proyectos, y otras veces quieren que rentabilice con los que ya trabajan y tienen activos. Finalizar el máster con la máxima puntuación me abrió muchas puertas. —Silbé y sonrió, fue una sonrisa sincera, amplia.

»Del resto, también me encargué personalmente con el paso del tiempo. Fui haciéndome un hueco en la profesión, no hay nada como demostrar la profesionalidad, la eficacia y la eficiencia con resultados favorables. La verdad es que conseguí abrirme paso más rápido de lo que imaginé. Los trabajos se me amontonan en los pendientes, a la espera de que los acepte, y me siguen llegando, pero es que solo trabajo llevando dos para delante, de empresas diferentes, para no volverme loca.

»Me gusta poner toda mi dedicación en lo que hago, lo necesito para que salga bien y para mi paz mental. Me sería imposible llevarlo todo a la vez, nunca me he excedido en ese sentido. Prefiero poco y quedarme satisfecha, que mucho y que me dé dolores de cabeza. Abarcar demasiado puede llegar a ser perjudicial.

—No esperaba menos de ti —hablé mirándola fijamente a los ojos—. Enhorabuena por lo que has conseguido y tienes.

—Mmm… gracias de nuevo. ¿Y qué me dices de ti? En el bar me comentaste que fui una de las últimas alumnas que tuviste y ya hace muchos años de eso. ¿Por qué dejaste de ejercer? ¿A qué te referiste cuando me dijiste que no sabía la rabia e impotencia que sentiste porque tu puesto de trabajo te limitó en lo que deseabas? ¿Ese fue el motivo por el que abandonaste la docencia?

—La vida da muchas vueltas —hablé pensativo.

—Sí, aunque a algunos más que a otros.

—Yo entro en el grupo de ese más, de cabeza.

—Si no quieres contestarme o te incomoda, no hace falta que…

—No pasa nada, Ginger. —Apoyé los brazos en la mesa, sin apartar los ojos de los suyos—. En ningún momento me arrepentí de la decisión que tomé y estoy muy orgulloso de lo que he conseguido. Todo cambio, siempre que sea para bien, es lo mejor que nos puede suceder.

Capítulo 23



Ginger

Me había echado para atrás en mi interés por saber cómo le había ido y qué había sido de su vida, porque al hacerle las preguntas el cambio en su expresión había sido significativo y evidente.

Con lo bien que estábamos llevando la situación, no quería que se estropeara. Antes de ceder ante él, de abrirle la corredera del salón para que no se fuera, para mí era impensable que pudiéramos estar de esta forma. ¡Quién lo hubiese dicho! Estábamos hablando normal, centrados, de vez en cuando a Darian se le escapa alguna gracia, pero también me alegraba por ello, aunque podía apreciar cómo se contenía. ¿Por qué? No lo sabía.

Había escuchado con atención todo lo que le había explicado, su interés con sus preguntas era real, lo notaba, pero había algo que se me escapaba. Aunque teniendo en cuenta que en realidad no nos conocíamos… Sus ojos habían perdido brillo, su mirada transmitía un halo de tristeza que no entendía. Sonreía, sí, y también se reía, pero tenía la sensación de que ese algo no lo dejaba ser como era él.

Tuve la necesidad de acercarme más, de consolarlo de alguna forma, pero eso era mucho decir entre nosotros. Demasiado pronto, esta era nuestra primera aproximación, no podía aventurarme a más porque me daba la sensación de que si lo hacía, Darian se levantaría y se iría. No sé por qué estaba segura de ello, pero todo en él me lo transmitía.

—Cuando acepté la sustitución del profesor Valentín —empezó a hablar del pasado y desconecté de mis pensamientos, para prestarle toda mi atención—, por aquel entonces, ya llevaba una temporada con otro proyecto en mente. Me gustaba ser docente, pero no me llenaba del todo.

—Eras muy buen profesor. —me sinceré porque era una gran verdad.

—Vaya, gracias. —Sonrió de medio lado—. ¿Llegaste a esa conclusión con el tiempo? Porque durante los meses que te di clases no te lo parecía. —Arqueó una ceja.

—Yo nunca dije eso, ni lo insinué. —Imité su gesto—. Solo he dejado claro que eras insoportable, un fastidio y muy exasperante como vecino. Pero lo primero no quita de que sobresalieras como docente en tu materia. Siempre hacías las clases interesantes y amenas, el problema eran tus comentarios directos e indirectos hacia mí.

»También estaba el hecho de que nunca me gustó subir a la tarima para trabajar en la pizarra, a lo que tú le pusiste empeño, una y otra vez. Te gustaba verme nerviosa, me picabas y me sacabas de mi zona de confort, lo que no sucedía con el resto de mis compañeros. Eso sin contar las veces que

me preguntabas, solo para pillarme desprevenida por si estaba despistada. —Bebí un sorbo de café, mirándolo de reojo.

—Tan inteligente, con una mente tan prodigiosa, y algo tan sencillo, no lo captaste. —Sacudió la cabeza.

—¿A qué te refieres? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Dale unas vueltas, estoy seguro de que llegarás a la respuesta por ti misma. —Sonrió de medio lado—. Como ya te dije en el bar, tú y tus compañeros fuisteis mis últimos alumnos. El verano de aquel año, el proyecto que tenía en la cabeza tomó más forma y me centré en él.

—¿Cuál era?

—Creé una empresa y la puse a funcionar, la misma que hoy día mantengo. Va muy bien, funciona sola y crece a pasos agigantados. Tuve mucha suerte por la gran acogida que tuvo, me volqué… por completo en ella y en poco tiempo conseguí ponerla en lo más alto. —Su mirada se perdió en algún punto del jardín. Hizo una pausa larga antes de continuar—. A pesar de todo, no fue fácil. Pero cuando la pasión y la ilusión están de por medio, es más sencillo sobrellevarlo.

—Me alegro mucho de que te fuera y te vaya tan bien —dije en tono bajo.

De repente nos quedamos en un silencio denso y yo no lo interrumpí. Darian continuó sentado junto a mí, pero su cabeza se fue lejos de mi porche, de mi lado. No supe hacia dónde lo llevó su mente, pero su

expresión se ensombreció y a mí se me formó, de pronto, un nudo en la garganta. Mi necesidad de acortar la distancia con él me puso nerviosa.

—Perdona, Ginger. —Se excusó buscando mis ojos—. Creo que es el momento de irme, ya te he retrasado bastante en el trabajo. —Contuve la respiración cuando se incorporó despacio—. Gracias por recibirme y por la invitación, espero que aceptes la mía. Puedes venir a mi casa cuando te apetezca. Me ha gustado mucho hablar contigo, saber de ti. —Sonrió, pero el gesto no fue tan alegre como pretendió que lo fuera.

—No hay de qué. —Me levanté y me moví para salir de entre la mesa y el sofá—. Gracias a ti por quedarte, Darian, tengo la misma sensación que tú —dije frente a él—. Ah, y gracias por la bolsa de carbón —solté precipitadamente, para alargar el momento.

Sus labios se curvaron de medio lado, lo que me tranquilizó porque volví a ver una pincelada de la picardía a la que estaba acostumbrada.

—Tenía que regalártelo. —Me guiñó un ojo—. Después de que malgastaras el tuyo para teñirme el agua de la piscina —me mordí el labio inferior, conteniéndome para no reír—, y de mantenerte despierta casi toda la noche con los gritos y las risas, era lo mínimo que podía hacer.

Me puse en tensión cuando levantó una mano y, entre los dedos, cogió un mechón de mi pelo. Fijó la mirada en él mientras lo acariciaba, pensativo, y luego me lo colocó detrás de la oreja.

—Nos vemos —susurró.

—Claro. —Sonreí con vergüenza y tristeza, una mezcla rara y complicada.

Me dedicó otra pequeña sonrisa antes de darme la espalda. Empezó a alejarse y reaccioné por instinto, con urgencia y necesidad. Me sorprendí a mí misma, porque antes de ser consciente de lo que hacía, mi mano ya le había agarrado del antebrazo para detenerlo. Se quedó quieto y, por unos instantes, me arrepentí de mi impulso, por su falta de reacción y palabras.

—Darian… —susurré— ¿Estás bien? —Tragué saliva, porque según lo que respondiera y cómo actuara, sería determinante para que nuestra tregua se alargara o se rompiera definitivamente.

—Siento irme así, yo… No te preocupes, estoy bien.

—¿Y por qué no me lo creo?

—Porque desde el inicio, siempre, te ha gustado llevarme la contraria. —Giró la cabeza hacia mí, sonriendo—. Ginger…

—¿Sí?

—Suéltame —me pidió, y dejé de respirar—. Te aseguro que estoy haciendo un gran esfuerzo para portarme bien y no hacer lo que deseo.

—Estamos empezando a ser amigos —murmuré—. No tienes que hacer esfuerzos conmigo… en nada.

—Joder… —siseó— ¡Es que no quiero ser tu amigo! —Se pasó una mano por el pelo.

—¿Y qué quieres? —Me atreví a preguntarle.

Solté su antebrazo cuando se giró despacio hacia mí. Nos quedamos cara a cara, otra vez. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al ver la intensidad que desprendían sus ojos tan especiales. No fui capaz de apartar los míos, embobada, admirando los diferentes matices de sus colores.

—Pídeme que me vaya.

—No —respondí, sin dudar.

—Yo no soy capaz de irme ahora —susurró, dando un paso hacia mí.

—Pues no lo hagas. —Me froté las palmas de las manos en el pantalón del pijama.

—No tienes ni idea de lo que quiero ni de lo que estoy pensando.

—No soy adivina, aunque puedo acercarme un poquito. —Carraspeé—. Lo único que tengo claro es lo que yo quiero, y es que no te vayas de esta forma. Hoy no, ahora no.

—¿Por qué? —Su voz sonó ronca.

Me había vuelto loca de remate, definitivamente. ¿Quién en su sano juicio actuaría como estaba a punto de hacerlo yo en cuestión de segundos? ¿Por qué esta necesidad tan repentina? ¿Y si se quedaba inmóvil? ¿Y si me rechazaba? ¿Y si me tomaba demasiada libertad y él solo quería…? Acallé mis dudas y pensamientos, y me acerqué a él.

Con el paso que di, nos quedamos a centímetros el uno del otro. No nos tocamos, pero lo sentí en mi cuerpo como si estuviéramos en contacto. No pude responderle con palabras al porqué no quería que se fuera triste y desanimado. Sus emociones salían de su cuerpo como… Lo miré con más atención a los ojos, ante la idea fugaz que pasó por mi mente.

Contuve el aliento y los cerré cuando sentí su mano en mi nuca.

—Dime por qué no quieres que me vaya, Ginger —me susurró al oído, mientras sus dedos se deslizaban por mi piel.

—Porque necesito… estar contigo —le confesé lo que llevaba demasiado tiempo oculto dentro de mí.

Me autoconvencí de que era ahora o nunca. No me arrepentí de mi arranque de sinceridad, lo que no evitó que tuviese miedo por cómo podía tomárselo.

Cuando se separó ligeramente y nuestras miradas conectaron de nuevo, no me dio tiempo a asimilar lo que sucedió a continuación. Los labios de Darian cubrieron los míos y soltó un gruñido. Gemí y lo agarré de la camiseta holgada, atrayéndolo más hacia mí. Intensificó el beso; su boca se apoderó de la mía con desesperación que me desbordó, y yo le seguí en cada uno de los movimientos.

En cuanto su lengua se abrió paso y rozó la mía, me estremecí por la intensidad de la conexión, y esta vez fui yo quien aumentó el ritmo. Soltó otro gruñido, agarrándome con fuerza de las caderas, para pegarme a él. Sin ninguna separación entre nosotros, fui más consciente que nunca de su cuerpo.

Me deshice por completo por el calor que desprendía y por la fuerza que me transmitía. Noté su erección presionando en mi vientre; eso sumado a su aroma, me anuló de una forma que jamás había experimentado.

Darian era demasiado de todo. Ya lo sabía antes de dar el paso definitivo, y ahora tenía el placer de comprobarlo. Me había llevado al borde del precipicio y yo estaba cayendo por él, sin frenos y sin control. Su boca y su lengua se movían con una ferocidad y urgencia que me marearon, mientras yo le respondía con la misma desesperación.

No me paré a pensar en lo que estaba sucediendo, en cómo habíamos acabado de esta forma. Lo único que quería era más. Mucho más. Una vez había probado la miel, quería bañarme en ella y rebozarme bien, de los pies a la cabeza.

Cuando nos separamos, con las respiraciones agitadas, mientras cogíamos bocanadas de aire para recuperarnos, nos quedamos mirándonos con las narices rozándose. Su aliento cálido me quemaba la piel; era demasiado placentero como para que todo terminara allí.

Solté la tela de su camiseta y coloqué las manos en su trasero, sin cortarme. Le apreté las nalgas hacia mí, consiguiendo que el bulto que escondía su pantalón me humedeciera aún más y ardiera contra mi piel, por encima de mi camiseta.

Me sujetó el rostro con ambas manos y recorrió con la vista mis facciones. Noté cómo sonreía un poco, lo vi en sus ojos, cuando se detuvo en mis pecas.

—He imaginado tantas veces cómo sería llegar a este momento —dijo con voz ronca y grave.

Jadeé al escucharlo, por el significado de sus palabras, y fue justo en ese instante en el que ya no necesité darle vueltas a lo que me había pedido, al decirme que no supe entender su actitud conmigo en el pasado, como profesor.

—¿Cuántas veces? —Encontré la voz para hablar.

—No podría contarlas, Ginger. —Fijó su intensa mirada en la mía y me corroboró lo que acababa de descubrir.

Quizás siempre lo supe, tal vez me cegué y me negué a admitirlo por aquel entonces, por lo que representábamos y el papel que teníamos cada uno. No fue el momento correcto para ambos, nos refugiamos en nuestros caracteres, en la única forma de llegar al otro, conteniendo el deseo y los impulsos.

—Ha pasado mucho tiempo desde el puñetero día en el que entraste en la clase con diez minutos de retraso, sofocada, sudada, alterada y despeinada. Deliciosamente preciosa y provocativa.

Me dejó sin respiración. Entreabrí los labios, impactada por su confesión tan directa. Sin apartar las manos de sus nalgas, di un paso hacia atrás. Me siguió sin apartar la mirada de la mía, mientras dejaba salir el aire despacio. Continué caminando hacia atrás, traspasamos la corredera abierta, hasta que me paré cerca del sofá del salón.

—Ya no tienes que imaginarlo —dije, y él apretó la mandíbula.

Lo solté para apartarme de él. Con una necesidad urgente, por lo que sentía y quería, agarré el bajo de mi camiseta y me la quité rápido. Sus ojos siguieron cada uno de mis movimientos, hasta que se quedaron fijos en mis pechos, cubiertos únicamente por el sujetador.

Tenía una visión muy clara, porque la tela era casi transparente, con encaje. Mis pezones erectos sobresalían, y la diferencia del color de ellos se apreciaba perfectamente. Vi el momento exacto en el que Darian se tensó, el mismo en el que elevó la vista, para mirarme a la cara.

Solo con la ropa interior y el pantalón muy corto y satinado del pijama, me quedé frente a él, invitándolo a que diera el siguiente paso.

—Es inmensamente mejor de lo que…

—Tuviste una buena perspectiva hace poco. —Carraspeé.

—Mmm… —Sonrió de medio lado—. Sí, pero no es comparable a esta, porque ahora te tengo al alcance y te aseguro que voy a recorrer todo tu cuerpo con cada parte del mío, como deseé hacer aquel día desde la ventana. Como siempre he deseado.

Me mordí el labio inferior con fuerza. Sus palabras me desarmaban, y temblé por la anticipación. *Esto es un maldito sueño,* pensé, *y si lo es, no quiero despertar nunca.* Quería vivir en él eternamente, sintiendo cada emoción, cada necesidad que me asfixiaba en ese momento, de la forma más deliciosa.

Se acercó a mí y continué temblando cuando sus manos grandes me cubrieron los pechos y me los calentaron, abarcándolos por completo, acariciándomelos. Cerré los ojos y gemí por el tirón que dio en las puntas duras y sensibles; casi se me doblaron las piernas cuando siguió excitándome. Entreabrí los labios, con la respiración desacompasada…

Capítulo 24



Darian

Ginger volvió a traerme de regreso del lugar al que se había ido mi mente, como siempre sucedía cuando ella estaba de por medio, incluso si solo era en mis pensamientos o desde la distancia.

Mi ánimo se había venido abajo de repente, porque recordar ciertas cosas todavía no era bueno para mí. Pero había querido responder a sus preguntas, saciar su curiosidad, aunque por anticipado supe lo que supondría.

A pesar de que al principio no me había recompuesto del todo, el centrarme en ella y en lo que había surgido de la nada, era todo lo que necesitaba. Joder, ni en mis mejores sueños, podía haber imaginado que Ginger fuera la que diera el primer paso para empezar algo que solo podía terminar de una forma: conmigo en su interior, consumiéndonos los dos.

Por unos instantes me sentí superado, por todas las emociones y las contradicciones que se me acumularon. Sentir el calor de su mano en mi antebrazo para que no me fuera, escuchar su voz cautelosa como si temiera

asustarme, notar su preocupación, que me pidiera que me quedara y que admitiera que quería estar conmigo… todo el conjunto me nubló la mente, pero de un modo muy diferente.

Ese es el motivo por el que le había pedido que me soltara, por el esfuerzo que tuve que hacer para respetarla, para contenerme y no lanzarme encima de ella, porque ni por asomo en mi cabeza estaba la posibilidad de que Ginger quería y deseaba lo mismo que yo. Podía intuir que le gustaba, también que entre nosotros había atracción y deseo, a pesar de que ella se esforzaba en ocultarlo, pero no hasta qué punto llegaba todo.

Al oír que empezábamos a ser amigos, algo en mi interior se revolvió y me había sincerado, dejándole claro que no era lo que quería. A ver, esa parte de la amistad era muy importante, pero con respecto a nosotros, siempre que se complementara con lo que deseaba. Yo no podría tener una relación de amistad como tal con Ginger, por mi salud mental y física era inviable para mí.

Con la verdad sobre la mesa, y ante su negativa contundente cuando le dije que me pidiera que me fuera, y al admitirle que yo no era capaz de hacerlo, el paso que dio hacia mí, quedándose a centímetros, fue mi perdición porque ya no había marcha atrás.

Besarla por primera vez, descubrir su sabor, la dulzura de sus labios, de su lengua y de su piel, era mucho más de lo que mi mente había podido imaginar. Y ahora solo podía tocarla, acariciarla, como hacía con sus pechos por encima de la tela del sujetador. Me deleité frotándole y presionándole

los pezones y abarcando la curva pesada y tersa, mientras memorizaba cada pequeño cambio en su expresión y sus jadeos entrecortados.

Deslicé los dedos por el borde del encaje, rozándole la piel, para bajarle las copas y ver de cerca y en primer plano lo que me ofrecía. Era tan jodidamente apetitosa, tal y como la memoricé desde la ventana de mi habitación. Como anticipo, estuvo más que bien, fue excitante, pero no podía compararse a este instante.

Me incliné, sin poder esperar más tiempo, para llevarme una de las puntas duras a la boca. Ginger me agarró del pelo con fuerza y gimió al succionarle el pezón, con el que jugué, añadiendo toques suaves con los dientes.

—Darian… —Se movió nerviosa, acercando mi cabeza más a ella.

Mi miembro dio una sacudida. Escuchar mi nombre con ese toque desesperado fue una de las cosas más maravillosas que me habían sucedido en la vida. No me molesté en responderle porque para hacerlo tenía que separarme de su cuerpo y me negué rotundamente.

La sujeté de las nalgas e incliné su cuerpo hacia atrás, para tener una mejor posición. Fui de un pecho al otro, desesperándola. Su respiración agitada, los sonidos que escapaban de sus labios y la fuerza con la que se pegaba a mí, retratándose para aliviarse, estuvieron a punto de ponerle fin a la degustación que estaba haciendo y al momento. Me llevaba irremediablemente al borde del colapso, teniendo que concentrarme en mi autocontrol para no correrme como un principiante excitado y cachondo.

Dirigí una mano hacia el borde de la tela de una de las piernas de su pantalón corto y la colé dentro, provocando que su cuerpo se tensara. Metí los dedos por dentro de la braga, avanzando lentamente hacia el lugar en el que estaba deseando perderme por completo.

—Mierda… —siseé apoyando los labios sobre la curva de uno de los pechos.

—Darian… —repitió jadeando.

Tuve que alejarme de sus pechos para no perder la cordura cuando mis dedos se humedecieron con sus fluidos. Los deslicé por todo su sexo, de arriba abajo, una y otra vez, disfrutando de su suavidad y el calor que desprendía.

—¿Esto es lo que quieres? —le pregunté, mi voz sonó irreconocible— Estás tan mojada, tan receptiva… —Tensé la mandíbula.

Arrastré varios dedos hasta el orificio que anhelaba llenar, por el momento me conformé haciéndolo con un dedo que deslicé en su interior.

—Sí, no pares —me respondió suplicante y sonreí, observándola fijamente.

Lo llevé hasta el fondo, hasta donde mi mano me lo permitió. Su calor más intenso y lo excitada que estaba me acogieron. Era una puñetera locura, una perdición, pero, a pesar de la rigidez de mi cuerpo y del esfuerzo titánico que hacía para contener el ansia por ella, aguanté, disfrutando de lo

que tocaba y de su imagen, para no saltarme nada de lo que quería hacer y probar.

Me incorporé sin dejar de trabajar en la parte baja de su cuerpo, y la agarré por detrás de la cabeza con la otra mano, para atraerla hacia mí. La besé con fuerza, me apoderé de nuevo de su boca, de sus jadeos y gemidos de placer. Busqué su lengua incontables veces, mientras se deshacía conmigo.

Sumé otro dedo en su interior y aumenté la intensidad del beso cuando se estremeció. Los entré y saqué, despacio al principio, sin ninguna prisa, hasta que su necesidad marcó el ritmo. Mi pulgar encontró su clítoris y me tragué su grito que quedó amortiguado al no darle tregua.

Noté cómo se tensaba. Un orgasmo intenso la arrastró al abismo, pero no permití que cayera cuando perdió las fuerzas y le fallaron las piernas. Cuando las oleadas de placer fueron cesando, esparcí por su sexo la humedad que había aumentado, haciéndola temblar.

—Darian… —susurró rodeándome y apretándome el cuello con los brazos.

—Estoy aquí, no me voy a ninguna parte —murmuré sobre su cabeza.

Cuando alzó la mirada, tenía un ligero rubor en las mejillas, las pupilas dilatadas y le brillaban los ojos verdes de una forma que me dejó la mente en blanco, por completo.

—Eres preciosa.

No podía con esta mujer, me sonrió con tanta dulzura que a punto estuve de perder el poco autocontrol que me quedaba a estas alturas. La agarré de las nalgas y la cogí en brazos, llevándola más cerca del sofá. Cuando la solté y tocó el suelo con los pies, le desabroché el cierre del sujetador. La prenda cayó sin resistencia entre nosotros, mientras le daba un beso rápido en los labios.

Al separarnos, me agaché y me puse de rodillas. Desde abajo, levanté la cabeza buscando su mirada, la que no se había apartado de mí en ningún momento. Coloqué los dedos en los laterales de la goma del pantalón corto y cuando encontré la de la braga, tiré despacio de las dos prendas hacia abajo.

Me ayudó a sacarle la ropa por los pies descalzos, mientras yo no podía apartar la atención de lo que tenía frente a los ojos. Solté el aire lentamente y cogí una bocanada, antes de dirigir los labios sobre la piel suave de la ingle. La besé y la lamí, ascendiendo, mientras ella metía los dedos entre mi pelo y su respiración volvía a descontrolarse. Subí y bajé, haciendo un camino de besos húmedos desde su ombligo hasta llegar a rozar las zonas que tenía más necesitadas.

Sonreí de medio lado cuando soltó un quejido, al no llegar exactamente donde ella quería. La giré dejándola de espaldas, con más besos por la cadera, hasta sus nalgas, las que mordisqueé con las manos llenas de las curvas de su apetitoso trasero. Continué dándole la vuelta, cuando se quedó de cara a mí, me levanté despacio y busqué sus labios.

Sin dejar de besarla, me incliné hacia delante, llevándola hacia atrás. Se agarró a mi cintura en cuanto perdió la estabilidad, pero continué bajando, apoyando una mano en el respaldo del sofá. Me separé de ella dejándola sentada, y me incorporé, recorriendo su cuerpo con la vista.

—Tócate mientras me desvisto —le pedí con la voz ronca.

Soltó un pequeño jadeo y, con satisfacción, observé cómo separaba las piernas y dirigía una mano hacia su sexo. Me quedé como hipnotizado, viendo cómo se tensaba al contacto y deslizaba los dedos por su humedad. Recorrió su zona íntima, dándose placer sin apartar la mirada de mí.

Durante unos largos segundos no quise, ni pude, perderme el espectáculo, concentrado al máximo en cómo se masturbaba. Me saqué la camiseta de tirantes de un tirón y la lancé a un lado, para desabrocharme el pantalón de la misma forma, con urgencia. Cayó al suelo junto al bóxer, y me desprendí de la ropa con los pies descalzos.

Tal y como estaba en mi casa, así salí, sin perder tiempo. Necesité hacerlo rápido. Después de revelarle mi identidad a Ginger y de advertirle que iba hacia su casa, no me paré ni a calzarme. Con lo corto que era el recorrido, entretenerme con ese pequeño detalle sin importancia era una tontería.

Sus ojos se deslizaron por mi cuerpo expuesto como una suave caricia, mi miembro erecto dio varias sacudidas cuando se centró en él. Se mordisqueó el labio inferior, acelerando los movimientos de sus dedos, sin apartar la vista de la parte baja de mi cintura.

Me sujeté el pene con una mano, con fuerza, y jadeó, abriendo más las piernas, al máximo de sus posibilidades.

—¿Habías imaginado esto alguna vez? —Quise saber, mientras deslizaba mi mano de arriba abajo, en tensión, sin poder apartar los ojos de esa visión tan caliente y perfecta que me estaba ofreciendo.

—Sí —susurró sincerándose.

—Qué calladito te lo tenías, señorita Díaz. —Sonreí de medio lado.

—Oh, por favor. —Puso los ojos en blanco, y solté una carcajada.

Volví a ponerme de rodillas entre sus piernas abiertas y tiré de ellas, acercándola a mí. Me incliné para besarle y succionarle los pezones, para tirar de ellos con los dientes, lo que provocó que arqueara la espalda con fuertes gemidos. Su desesperación y necesidad aumentaron, al igual que el ritmo con el que movía la mano sobre su clítoris.

Bajé por su cuerpo, acariciándole la piel con los labios, hasta que llegué a su zona íntima. Coloqué mi mano sobre la suya, inmovilizándosela, por lo que se quejó inquieta en el sofá.

Mirándola a los ojos, llevé sus dedos a mi boca, para chuparlos y lamerlos, con movimientos lentos y calculados, como anticipo de lo que iba a suceder. Jadeó y me acarició los labios cuando terminé. Fue el único tiempo que le di, antes de bajar la cabeza para deslizar la lengua desde

abajo hacia arriba, arrastrando su humedad, saboreándola por fin como necesitábamos los dos.

—¡Darian! —gritó mi nombre.

Se estremeció con fuerza y empezó a mover las caderas contra mi boca, para aumentar el placer.

Le di exactamente lo que buscaba, la devoré sin descanso, hasta que su cuerpo se vio arrasado por un nuevo orgasmo que la dejó desmadejada en el sofá, con el pecho subiendo y bajando sin control.

Cuando me sentí satisfecho, unos largos segundos después, tiré de su cuerpo hacia mí, hasta que casi se quedó sentada encima. Abandonó la comodidad del asiento del sofá y apoyó la espalda en el borde, para rodearme el cuello con un brazo.

Justo en ese momento me vino uno de lucidez y cerré los ojos al ser consciente de que no tenía protección. Maldije mentalmente, parecía una broma de mal gusto, no haber caído en algo tan importante. Aunque en mi defensa diré que cuando salí de mi casa, en lo último en lo que pensé fue que terminaríamos de esta forma.

—Sé lo que estás pensando —dijo y abrí los ojos despacio—. Confío en que estás perfectamente de salud, profesor —asentí, y se mordió el labio inferior—. Como pares o retrocedas ahora, te aseguro que no vivirás para contarlo.

A pesar del temblor que recorría mi cuerpo al intentar controlarme, solté una carcajada. Ginger sonrió de oreja a oreja antes de volver a hablar.

—Tomo anticonceptivos —susurró sobre mis labios—. Hemos tenido suerte porque hasta dentro de dos meses no los dejo definitivamente. Tuve que empezar con ellos por unos desajustes. Así que, deja de sujetarme con fuerza de las nalgas, quiero caer encima de ti, quiero que me llenes y acogerte, ahora.

Solté un jadeo ronco y no tuvo que pedírmelo otra vez. Aflojé la fuerza y Ginger se balanceó sobre mi erección. En tensión, con la mandíbula apretada, aguanté un poco, hasta que no lo pude soportar y la agarré de las caderas, justo cuando la punta de mi miembro se quedó casi encajado en su cavidad.

Se dejó caer de golpe, al mismo tiempo que yo la impulsaba de las caderas. Soltamos un gemido al unísono, con mi miembro metido hasta lo más hondo de su interior.

—Joder… —siseé cogiendo una bocanada de aire.

—Exactamente.

Agarrándose de mis hombros y ayudándose con los pies en el suelo, empezó a subir y bajar, deslizándose por todo el largo de mi miembro. Primero despacio, haciéndolo desaparecer hasta que nuestros sexos se quedaban encajados y nuestras pieles sensibles se tocaban. Fue aumentando el ritmo, conforme a nuestra necesidad, convirtiéndolo al final en uno

desesperado. Me cabalgó frenéticamente y sin descanso, y yo la recibí de la misma forma.

Por cada vez que ella bajaba, mi cadera subía con fuerza, embistiéndola al encontrarnos a la mitad del camino. El grito desgarrado de Ginger cuando volvió a correrse terminó por volverme loco y tomé el control, dejándola sin respiración. Después de unos minutos, con varias sacudidas profundas en su interior, me liberé con gruñidos y gemidos, apretando su cuerpo al mío.

Con los labios entreabiertos, intentando coger el aire que me faltaba, apoyé la frente en la suya. Nuestros ojos conectaron a tan corta distancia, me perdí en el brillo de los suyos, y nos quedamos así, con los cuerpos unidos, sin que ninguno de los dos tuviese la intención de romper lo que acababa de suceder.

Capítulo 25



Ginger

—¿Te he retrasado mucho en el trabajo?

Sonreí por la pregunta de Darian, como si me importara o hubiese pensado en eso desde que él apareció en mi casa. Bueno, en realidad desde que se hizo visible desde la ventana de la que suponía que era su habitación.

—No. —Apoyé la mano sobre su pecho y la barbilla encima.

Después del sexo, en cuanto nuestros cuerpos abandonaron el calor interno del otro, nos tumbamos para continuar juntos y cómodos. No sabía el tiempo que había pasado, bastante, pero no me importaba. Estábamos desnudos en el sofá, relajados, satisfechos, con la mitad de mi cuerpo sobre el suyo y las piernas entrelazadas, mientras él me acariciaba la espada con la yema de los dedos, con movimientos lentos.

Con la intimidad que se había creado entre nosotros, el trabajo podía irse a la mierda, al menos hasta mañana. Solo quería seguir así con Darian y

alargar el momento todo lo posible.

Cuando me contó desde cuándo llevaba en su nueva casa y me habló de su amigo, nuestro vecino… joder, casi me da algo. Por los datos que me dio, supe al instante que a quien había visto desnudo era a Darian. Eloy volvió de su viaje de trabajo días después, por lo que fue una de las noches en las que Darian se quedó en la casa de su amigo, justo la noche en que vi su escultural cuerpo por primera vez a través de la ventana.

Y pensar que, si no me hubiese dado un ataque de vergüenza y de nervios, lo que me llevó a lanzarme al interior del coche de mi amigo, cayendo casi encima de Adrián, me habría dado cuenta de quién era el dueño de tanta carne y músculos perfectos…

Al menos me había quedado claro que Darian no me vio aquella noche, porque si no, no habría tardado en hacer algún comentario pícaro y gracioso al respecto. Y ahora lo tenía aquí conmigo, al natural, notando su calor y sintiendo su piel. En cuanto se quitó la ropa, confirmé que recordaba perfectamente lo más importante de su anatomía.

—¿Estás siendo irresponsable por mí? —me preguntó sacándome de mis pensamientos. Sonrió de medio lado, con los ojos cerrados.

—Para haber sido un docente, llevas a las personas por muy mal camino —dije con humor y rio.

Todo su cuerpo vibró debajo del mío y sonreí ante la sensación. Estaba tan diferente, su estado de ánimo había cambiado tanto… no se imaginaba

cómo me alegraba por ello.

—Por el mal camino solo quiero llevarte a ti, siempre y cuando sea como ahora. —Abrió los ojos lentamente y buscó los míos.

—Has hecho un trabajo estupendo —solté un suspiro.

—Sí, ¿eh?

—Con lo de distraerme, ¡creído! —Me hice la ofendida y volvió a reír.

—Ahora tómatelo en serio. ¿Por mi culpa se te ha acumulado mucho trabajo? —Cogió varios mechones entre los dos y los acarició.

—No. Cuando te he visto en la ventana, estaba terminando una reunión por videollamada. He cerrado el trabajo para esa empresa, a no ser que Manuel, el director, me llame para que vaya a echarles una mano a alguno de sus departamentos.

»No creo que suceda, pero de todos modos solo me llevaría un día dedicada a ello. Con la otra empresa que estoy trabajando, espero terminar pasado mañana. Lo llevo bien, igualmente, si esta noche tengo ganas, me acostaré tarde para avanzar. Suelo hacerlo a menudo.

—Por eso te has arreglado.

—¿Qué?

—Que te has arreglado y maquillado para el tal Manuel. —Arqueó una ceja.

—Me he preparado para no aparecer en la videollamada, como si hubiera metido los dedos en un enchufe, por mi pelo. —Imité su gesto—. No por Manuel, sino por tener una buena apariencia en el trabajo.

—A mí me encanta tu pelo de todas las formas. —Enrolló un mechón en su dedo.

—¿Sí?

—Desde siempre, desde que apareciste en la clase, aunque estoy seguro de que si te hubieses visto en un espejo, tu opinión no habría sido la misma.

—Aquel día me vi demasiado tarde. —Hice una mueca y apretó los labios, divertido—. Tenía otras prioridades, como la de soportar al pesado e incordio del nuevo profesor. —Rio—. Y centrarme en lo importante que tenía por delante.

—No aceptaste ni que te invitara a desayunar en la cafetería de la universidad.

—Porque no habíamos empezado bien y tenía el día cruzado. Me pasó de todo, pero nada grave. Lo más importante lo conseguí: sacar la puntuación máxima en los dos exámenes que hice.

—Estuve a punto de hacerte pasar vergüenza cuando me encontré los cinco euros en la mesa.

—Lo dices como si no lo hubieras hecho muchas veces. —Puse los ojos en blanco.

—Eres muy rencorosa, señorita Díaz.

—No me llames así. —Le di un golpe en el pecho, haciéndolo reír otra vez.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que me encanta picarte? Creo que es mi pasatiempo favorito. —Hice una especie de puchero y sonrió.

—Me acuerdo del bochorno que pasé en la cafetería, estaba convencidísima de que la noche anterior metí el monedero en la mochila y cuando fui a pagar… Por cierto, ¿por qué me negaste que fuiste tú el que me pagaste el desayuno y el segundo café? Solo quería agradecértelo y devolverte el dinero.

—No lo negué, simplemente no te lo confirmé, que es diferente. —Me hizo un guiño—. A cualquiera puede pasarle y lo necesitabas con urgencia. De todos modos, mi silencio no impidió que me dieras el dinero. Imagino que sabes que me diste de más.

—Sí, y tú que no me entregaste el cambio. —Arqueé una ceja.

—Sobraron pocos euros. —Soltó una carcajada—. Hay un motivo por el que no te di la diferencia de lo que me costó todo.

—¿Cuál?

—Porque no me lo hubieras cogido, o mucho peor, lo habrías hecho para después lanzarme las monedas de vuelta. ¿Estaba equivocado? —Apretó los labios y sonreí, confirmándole que pensó bien—. Al igual que, hace poco, en la cafetería en la que apareciste sola, te invité a desayunar y era consciente de que si me hubiese dejado ver te habrías negado en rotundo —agrandé los ojos, al recordar ese momento y al saber que volvió a ser él—. Por cierto, todavía tengo el billete de cinco euros, lo guardé.

Sus últimas palabras me dejaron sin palabras, sin voz y sin respiración.

—¿Por qué? —susurré.

—La respuesta es simple, era tuyo, lo único que tenía de ti, y no es que fueran miles de euros. —Me acarició la nariz, recorriendo las pecas—. Aunque hubiese preferido encontrarme sobre la mesa del aula algo mucho más sugerente, sexi. —Me hizo un guiño.

—Claro que sí, hombre. —Bufé y soltó una carcajada—. ¿Tú tienes que trabajar? —le pregunté.

—Hoy no.

—No hay nada como ser el jefe, ¿eh?

—Supongo.

Apoyé la mejilla sobre su pecho, evitando mirarlo. Su expresión había vuelto a cambiar y no quería que fuera a más. ¿Le afectaba algo de su trabajo, de su empresa? Cuando estábamos en el porche hablando cambió al tocar ese tema, como si hubiera algo que lo atormentaba.

—Llevo muchos meses trabajando desde casa —continuó hablando. Lo escuché con atención, pero no me moví—, pero puedo tomarme días. Por mi parte, no hay problema, confío plenamente en las personas que tengo a mi cargo.

—¿Qué sentiste de pasar de ser profesor a empresario, y de éxito? —Me interesé, hablando en tono bajo.

—Fue raro, pero muy agradable. —Hizo una pausa larga—. Por primera vez me sentí realizado, con un propósito en la vida. Son difíciles de explicar las sensaciones y los sentimientos que se tienen cuando llevas a cabo un sueño y consigues convertirlo en realidad.

—Suena muy bien.

—Así lo sentí.

—¿Ya no? —lo tanteé.

—Hubo un tiempo en el que quise deshacerme de la empresa, mandarlo todo a la mierda —susurró.

—¿Por qué? Si va tan bien… ¿Tienes algún socio?

—Había alguien, pero no quiero hablar de eso. Yo… no estoy preparado, Ginger.

—No pasa nada. —Levanté la cabeza, sabiendo lo que me iba a encontrar.

Así fue, su mirada estaba perdida en el techo de mi salón, tenía la mandíbula tensa, la misma tensión que mantenía rígido su cuerpo.

—Darian, lo siento, no quería…

—No te preocupes, el problema soy yo.

Contuve la respiración cuando me apartó con delicadeza. Se incorporó y se levantó del sofá, gloriosamente desnudo.

—Darian… —Me puse de pie casi de un salto.

—Ahora no, Ginger. Necesito… —se pasó las manos por el pelo— es mejor que me vaya a mi casa.

—Puedes hablar conmigo —susurré, tragando saliva.

—Lo sé, pero es que ese es precisamente mi problema, que no puedo. —No fue capaz de volverse hacía mí, continuó dándome la espalda—. Todavía no he hablado con nadie sobre…

—¿Ni con tus amigos? —Sacudió la cabeza.

—Ellos lo saben de sobra porque llevamos muchos años juntos. Me conocen muy bien y no me agobian, tampoco quieren que me afecte.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando, no era capaz de unir la poquísima información que me daba, pero fuera lo que fuera, Darian no se encontraba bien y mantener tanto silencio, encerrarse en sí mismo, no era bueno.

Quizás durante un tiempo sí que era necesario, pero si se alargaba, el dolor se enquistaba y costaba mucho salir de él. Me pregunté si realmente Darian quería dejarlo atrás, tuve la sensación de que era algo muy personal y que no quería apartarse de ese sufrimiento, por lo que podía llegar a representar.

—Lamento haberte agobiado, yo… tampoco quiero que te afecte. En ningún momento ha sido mi intención, no tendría que haberte preguntado. No soy nadie para…

—No, Ginger. —Se giró hacia mí—. Por favor, no pienses ni digas eso. Tú no tienes la culpa, me he agobiado solo. Y sí que eres alguien muy

importante y especial para mí, creo que te lo he dejado claro con todo lo que te he dicho y con lo que ha sucedido entre nosotros. —Tragó saliva.

—Yo…

—¿Esperas a alguien? —preguntó Darian, mirando hacia la puerta principal, exactamente hacia donde yo había dirigido la vista.

—Mmm… no. ¿Qué hora es?

Busqué con los ojos el móvil, sin encontrarlo, hasta que me acordé de que continuaba en la mesa del porche, junto al portátil y todo lo demás que utilizaba para el trabajo.

—Debe ser bastante tarde, entre unas cosas y otras… —Carraspeó.

—¡¡Ginger!! ¿Estás ahí? —gritó una voz que reconocí perfectamente y al instante.

Abrí los ojos al máximo, soltando un pequeño jadeo. Observé a Darian, o más bien su desnudez. Después me paré en mí y volví a jadear porque estaba igual que él. Darian me observaba con las dos cejas arqueadas, entre la diversión y la curiosidad, preguntándose qué narices pasaba.

—¿Quién es? —terminó preguntando.

—¡Vístete! —le pedí lanzándome hacia mi ropa para cogerla— ¡Es mi madre!

—Joder —soltó y me imitó.

—¡¡Corre!! Vamos fuera de la vista de la corredera, aparecerá por ahí si no le respondo.

—¿Y por qué no le hablas? Dile que ahora le abres —dijo mientras se colocaba la bermuda, tirando de ella hacia arriba.

—Mierda, es verdad. —Bufé y soltó una carcajada, risas que alargó al hacerle señas para que se callara.

—Te estás liando sola, con lo sencillo que es. —Sacudió la cabeza.

—¡¡Me he puesto nerviosa!!

—¿En serio? Fíjate, no me había dado cuenta. —Volvió a reírse.

—¿Hija? Creo que estoy escuchando algo que… yo de ti correría, tu madre va hacia el porche.

—Madre mía, ¡es mi padre! ¡También ha venido! —gemí.

Darian estaba terminando de ponerse la camiseta de tirantes holgada, cuando yo empecé a vestirme a una velocidad como nunca en mi vida. Me

puse la braga y el pantalón corto de pijama, y por último la camiseta.

—Pareces una leona —me dijo, señalando mi pelo.

—Joder. —Empecé a darme manotazos y volvió a reírse con ganas.

—¿Ginger?

—Mamá, hola. ¿Qué haces aquí? —Quise parecer natural, espontánea, pero me salió fatal.

Mi madre pasó la mirada de Darian a mí, varias veces, concentrada.

—¿Cómo que qué hago aquí? Llevo toda la mañana llamándote. No he podido hablar contigo y no te has puesto en contacto conmigo. —Dio unos pasos dentro del salón—. ¡¡Estaba muy preocupada!!

—Preocupada, se queda corto —dijo mi padre, apareciendo a su espalda.

Me hizo un guiño, para después centrarse en Darian.

—He perdido la cuenta de cuántas veces me ha llamado estando en el trabajo —continuó explicando mi padre—. La he tranquilizado diciéndole que, si al mediodía no sabíamos nada de ti, cuando llegara al piso vendríamos a tu casa.

—Ya te hacía tirada en el suelo por algún lado, inconsciente, o yo qué sé. —Se llevó una mano al pecho mi madre—. He notado algo raro, como que te sucedía algo.

—Mmm… puede que me haya pasado algo, pero bueno. —Carraspeé.

Darian se giró un momento, haciendo un gran esfuerzo para no reírse delante de mis padres.

—¿El qué? —Quiso saber mi madre, con curiosidad.

—Poca cosa, mamá —dije y Darian arqueó una ceja, mirándome, todavía de espaldas a mis padres—. He trabajado mucho esta mañana, ha sido muy satisfactoria y he cerrado el trabajo con una empresa. —Me encogí de hombros.

—Ah. —Fue la reacción de mi madre.

—Ya ves que la niña está bien —habló mi padre—. Vámonos, tiene un invitado y…

Darian se volvió hacia ellos, dejó de disimular que buscaba algo en sus bermudas.

—Oh, ¡qué tonta! Perdona, somos los padres de Ginger —dijo mi madre.

—Creo que eso le ha quedado claro al muchacho —comentó mi padre, con humor.

—Mi nombre es Elena, mi marido se llama Pablo.

—Encantado de conocerlos, Darian.

Se acercó a ellos para presentarse y les ofreció una mano, gesto que mis padres aceptaron encantados. Cuando fue el turno de mi madre, tardó un poco más en apartarse. Temí lo que podía soltar ella, por cómo lo miró. Lo observó concentrada, hasta que de repente rebosó felicidad en su expresión. Dejé salir el aire despacio.

Capítulo 26



Darian

—Perdonad por la… interrupción —se disculpó Elena.

Seguí la dirección de los ojos de la madre de Ginger para comprobar qué la había distraído al hablar. Cuando vi lo mismo que ella tirado en el suelo, tuve que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada. El sujetador de su hija se encontraba a los pies del sofá, desplazado hacia un lateral. Eso era lo que acababa de encontrar. Ni Ginger ni yo nos habíamos dado cuenta, por la urgencia de vestirnos a la carrera y por lo precipitado que había sido todo.

Elena dirigió la mirada hacia la dueña de la ropa interior, la gran sonrisa que tiró de sus labios le llegó casi a las orejas. Apreté los míos, divertido, y miré de reojo a Ginger que también se había dado cuenta. Tenía los ojos abiertos al máximo y un rubor encantador le cubría las mejillas. Bajé la vista hacia la camiseta que llevaba, hasta llegar a sus pechos.

Por el carácter que habían mostrado sus padres y por cómo habían interactuado los tres, daba por hecho de que tenían una relación estrecha y muy buena, por lo que entendí que la reacción de Ginger se debía a la vergüenza de cómo se había dado el conjunto de la situación, no por ese detalle en concreto.

Sí, se notaba alterada porque esa prenda de ropa interior había terminado por delatarnos, pero era normal que se sintiera un poco superada. El encuentro había sido un tanto loco y desconcertante. Lo que no sabía es si, dentro del pequeño caos, Ginger era consciente de que sus padres sacaron sus propias conclusiones en cuanto aparecieron.

Conclusiones muy acertadas, por cierto. Conociendo ambos a su hija, les había bastado un segundo para saber lo que había sucedido entre ella y yo, por su apariencia: tenía el pelo muy alborotado y la ropa que se había puesto corriendo no la llevaba bien colocada del todo.

—Ahora sí que ha llegado el momento de irnos —comentó Pablo, carraspeando. Tampoco se había perdido detalle—. Ya sabemos que nuestra hija está perfectamente, en muy buena compañía, y nosotros hemos dejado la comida en la mesa.

—¿Es tan tarde? —Jadeó Ginger.

—Ay, hija, ya te ha dicho tu padre que en cuanto ha salido de trabajar, ha venido al piso a por mí y hemos venido hasta aquí. ¿Dónde tienes la cabeza hoy? Qué rápido se pasa el tiempo cuando una se entretiene con cosas muy interesantes, ¿eh? —le preguntó con picardía.

—Mamá… —susurró.

—Estoy totalmente de acuerdo, Elena —le dije, confirmándoselo—. Se nos ha pasado volando y no nos hemos dado cuenta de la hora.

—Gracias por entretener a mi hija y por conseguir que se olvide del trabajo —añadió ella.

Ginger puso los ojos en blanco, y yo sonreí de medio lado.

—Ha sido un grandísimo placer, y haré todo lo que esté en mi mano para que se repita —le aseguré, haciéndole un guiño.

Lo dije con doble sentido, lógicamente. Si pilló el significado oculto, no lo supe, porque Elena volvió a centrar su atención en su hija.

—¿Queréis quedaros a comer? —les preguntó Ginger, para desviar la conversación.

—No te preocupes, cariño —empezó a decir su padre—. Nuestra comida…

Iba a volver a decir que la comida les estaba esperando en el piso, pero…

—Puede ser la cena —le interrumpió rápido, Elena y fruncí los labios—. Ya que estamos aquí podemos comer con ellos, cuando lleguemos al piso

será muy tarde.

—¿Cuántos kilómetros te piensas que hay? —Arqueó una ceja Pablo.

El hombre estaba haciendo otro gran esfuerzo, como yo, para contener la diversión.

—No tengo ni idea. —Rio Elena—. Tú eres el experto, yo no me saqué el carné de conducir. —Hizo un gesto con la mano, quitándole importancia—. Imagino que te quedas a comer, Darian.

—Eh… no lo habíamos hablado —dije y miré directamente a Ginger—. De hecho, yo ya…

—Normal, no os habéis dado cuenta de la hora que es. —Evitó que terminara de hablar y dio una palmada, animada.

—No lo agobies, mamá —le pidió nerviosa Ginger.

Teniendo en cuenta cómo se habían dado las cosas entre nosotros al final, con anterioridad a la aparición repentina de sus padres, ella interpretaba que yo estaba deseando irme, como le había dicho segundos antes de que nos sintiéramos dos adolescentes pillados.

La verdad es que a estas alturas mi ánimo y mi actitud no tenían nada que ver con los de minutos atrás. Todo había cambiado a mejor con la interrupción, con las risas mientras corríamos para vestirnos, y después con

la conversación que estábamos manteniendo en el salón. Sumándole los descubrimientos inesperados, la situación en sí me había venido estupendamente. Hacía un rato que ya no me sentía decaído, ni afectado.

Observé con atención la cara de Ginger, para saber qué le parecía si aceptaba la invitación a comer, porque para ella también era una novedad imprevista. Lo único que tuve claro es que se sentía mal por mí, por si el momento me parecía demasiado embarazoso y una encerrona. Nada más lejos de la realidad.

—Me encantaría comer en tan buena compañía —dije sin apartar los ojos de los suyos, sorprendiéndola.

—Oh, ¡qué encanto! —Fue la reacción de su madre—. No os preocupéis por nada, nosotros nos encargamos de hacer algo rápido y delicioso. Pablo —llamó a su marido para que la siguiera, cuando empezó a caminar hacia la cocina.

Pablo le hizo un guiño a su hija y cuando pasó por su lado, me quedó del todo claro la unión que tenían. Él le dio un beso en la cabeza y le acarició la mejilla, Ginger le correspondió mirándolo con tanto amor… segundos después el matrimonio desapareció en la cocina, supuestamente.

—Darian, no quiero que te veas forzado ni presionado por la situación. Yo…

—He dicho de verdad que estoy encantado de disfrutar de la comida en buena compañía. —Di varios pasos hacia ella—. Te aseguro que, si no fuese

así, no habría aceptado. Además, me viene genial no tener que prepararla yo ahora en casa. —Le guiñé un ojo—. Perdóname por lo de antes, Ginger —susurré para que solo me escuchara ella—. No quiero irme. —Le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No tengo nada que perdonarte. —Me sonrió—. Y yo tampoco quiero que te vayas —murmuró.

—Entonces está todo aclarado. —Sonreí de medio lado—. No sé si voy a poder resistirme, sigues poniéndomelo muy difícil. —Me incliné hacia delante, hasta que mi cara quedó a la altura de la suya.

—¿Cómo?

—Que se te marcan los pezones en la camiseta de una forma muy deliciosa y es demasiada tentación, incluso estando tus padres cerca. —Jadeó y apreté los labios, divertido—. Los que por cierto, nos están espiando desde que han entrado en la cocina —le advertí y agrandó los ojos.

—¡¡Mamá!! ¡¡Papá!! —gritó girándose de golpe.

Solté una fuerte carcajada y Ginger terminó riendo conmigo, después de que viéramos cómo las cabezas de sus padres desaparecían rápido del marco de la puerta. Sin poder parar de reírnos por la situación, mientras escuchábamos risas contenidas desde la cocina, ella se acercó al sofá y se agachó para coger el sujetador.

Cuando nos tranquilizamos y nos quedamos en silencio, le hice un gesto con la cabeza, señalando hacia la zona de la escalera. La agarré de la mano que tenía libre y tiré de ella, para caminar hasta allí.

—¿Qué pasa? —me preguntó en tono bajo, vi la duda en su expresión— Si te has arrepentido…

—Deja de buscar excusas para echarme y para alejarme de ti. —Sonreí de medio lado—. Lo que tengo en mente se aleja mucho de eso.

—Yo no es lo que pretendo. —Jadeó—. Lo único que quiero es que no te sientas incómodo.

—Puedes estar tranquila, estoy perfectamente. —La miré de reojo.

—¿Adónde…?

Cuando pasamos de largo del inicio de la escalera, me puse un dedo sobre los labios pidiéndole silencio. Me observó divertida y se dejó llevar por mí. Alejados del salón, me paré en la segunda puerta y giré el pomo. Me sorprendió encontrarme con una biblioteca, más bien mi sorpresa fue por cómo la tenía decorada, hasta el más mínimo detalle destacaba. Me dio la sensación de que acabábamos de trasladarnos a un mundo aparte, uno muy iluminado por la luz que entraba por la cristalera doble que daba al jardín. No podía haber mejores vistas para relajarse.

—¿Te gusta? —me preguntó al cabo de unos segundos.

—Sí, pero lo que más me gusta de esta habitación eres tú. —Cerré despacio la puerta a mi espalda, haciéndole un guiño.

Mientras caminaba acercándome a ella, sonreí al ver cómo el color volvía a sus mejillas. Se había quedado en el centro y fui hasta ella como si me atrajera como un imán.

—¿Pasas muchos ratos aquí? —Quise saber retirándole las ondas de los hombros.

—Todos los que puedo —respondió y asentí—. Me gusta acomodarme en el sofá con la corredera abierta, sobre todo de noche, con el jardín iluminado por los puntos de luces que hay en la hierba.

—Suena muy bien, me han entrado ganas de probar la comodidad del sofá. —Arqueé una ceja.

—Puedes sentarte, no tengo que decírtelo. —Me invitó a hacerlo y solté una carcajada.

—No me refería a eso precisamente. —Elevé las dos cejas varias veces.

Reaccionó mordisqueándose el labio inferior, el que le separé con los dedos, para atrapárselo con mis labios. Se le escapó un jadeo entrecortado cuando se lo succioné con delicadeza y tiré de él.

—¿Qué pasaría si te follara ahora mismo en ese sofá? ¿Crees que podrías contener los gritos para que tus padres no se enteraran?

Agrandó los ojos y gimió cuando la agarré de las nalgas y la apreté a mi cuerpo. Mi miembro ya estaba más que preparado para entrar en acción y para llevar a cabo lo que le había preguntado.

—Son capaces de habernos seguido y estar con la oreja pegada al otro lado de la puerta. —Frunció los labios.

—¿Tú crees? —susurré sobre la piel de su cuello.

—Sí —suspiró—. Los conozco muy bien.

—Lo imagino. Pues démosle motivos para entretenerse —dije poniéndome recto frente a ella—. La comida todavía tardará un poco y si están detrás de la puerta, aún tenemos más tiempo. —Sonreí con picardía.

—No sé si… —Miró hacia la puerta, insegura.

—Ya te digo yo que sí. Te he traído aquí para que te pongas el sujetador, no puedo estar comiendo sentado junto a tus padres con los ojos fijos aquí.

Le agarré las puntas duras de los pezones y se las froté, para después tirar de ellas.

—Darian… —gimió agarrándome de la cintura— Profesor, eres incorregible.

—Contigo siempre —murmuré lamiéndole los labios—. No quería perderme el ver estas maravillas cuando te pusieras el sujetador.

Tiré de su camiseta hacia arriba y se la quité de un tirón. Su melena se alborotó más, dándome una visión jodidamente perfecta. Di un paso hacia atrás para contemplarla y devorarla con los ojos. Durante unos segundos no me moví, hasta que lancé la camiseta al sofá y volví a acercarme a ella.

—Eres una delicia, Ginger. —La agarré de la nuca y le levanté la cabeza —. Me haces perder la cordura, me importa una mierda que tus padres estén en esta casa, y me importaría otra mierda si pudieran vernos. Me nublas la mente, si te tengo cerca solo quiero y necesito tocarte, y ahora que ya te he visto desnuda por completo… joder no puedo resistirme. —Apreté la mandíbula.

—No te resistas, ahora no.

Me agarró de los antebrazos y me los movió, guiándolos mientras me los acariciaba. Llevó mis manos a sus pechos, colocándomelas sobre ellos. Solté un pequeño gruñido al notar el peso y la piel caliente y tersa de lo que acababa de ofrecerme.

—Eres muy traviesa, señorita Díaz. —Sonreí de medio lado.

—La culpa es tuya, nunca había hecho esto con mis padres a pocos metros. —Jadeó por el tirón que le di a los pezones.

—Me encanta ser el culpable —susurré sobre sus labios, antes de apoderarme de ellos.

La besé con fuerza, impulsado por todo el deseo que me hacía sentir. Volvió a colocar sus manos en mi cintura y me pegó a ella, frotándose con intensidad. Intensifiqué el beso, desesperado, adueñándome de su boca y de su lengua, mientras nuestros dientes se rozaban por la pasión desbordada. Fue calentándome y alterándome con cada movimiento de su cuerpo, me dolía la puñetera erección con cada maldito roce.

Mis manos no dejaron de excitarle los pechos, sus jadeos entrecortados quedaban amortiguados en mi boca, al igual que los sonidos de placer que salían de mi garganta en forma de gruñidos. Cuando conseguimos separarnos unos centímetros, me agaché para llevarme el primer pezón a la boca. Ginger dobló la espalda hacia atrás, agarrándome del pelo con fuerza. Se estremeció con cada pasada de mi lengua y succión de mis labios, con cada tirón de mis dientes se tensaba y hacía presión en mi cabeza hacia ella.

Pasé de uno a otro, endureciéndole las puntas al máximo.

—No puedo… —gimió contenida, apretándose al bulto de mi pantalón— Necesito… tiene… tiene que ser rápido —soltó un grito que no pudo contener cuando una de mis manos se coló por dentro de su pantalón.

—Mierda… —siseé— tienes la braga empapada.

—¿Cómo querías encontrarla? Madre mía, que me habrán oído —se lamentó refiriéndose a sus padres y me reí.

—Relájate, desde el principio saben muy bien que me he follado a su hija. —Le hice un guiño cuando me incorporé.

—Joder. —Cerró los ojos con fuerza.

—Tan inteligente e inocente a la vez… —murmuré sobre su frente.

—¡Darian!

Mi nombre sonó a súplica y le di lo que ansiaba. Dirigí los dedos a la goma de la braga de entre sus piernas y le acaricié el sexo. Estaba tan resbaladiza, tan caliente y excitada…

—Me vas a volver loco —dije con la voz ronca, apoyando la frente en la suya, mientras introducía un dedo en su interior.

—No hay tiempo —habló con urgencia, abriendo las piernas para mí.

Colocó las manos en el botón de mi bermuda y lo soltó, bajando la cremallera rápidamente. Le dio un tirón con urgencia, al igual que al bóxer, dejándome la ropa por debajo de las nalgas. Siseé al sentir su mano rodeándome el miembro, con fuerza y precisión. La deslizó de arriba abajo

varias veces, y me acarició el glande en el que esparció las gotas de excitación que se habían acumulado.

Ya no pude esperar más. Me aparté de ella para dejarla desnuda por completo y empujé su cuerpo hacia el sofá. La coloqué de espaldas a mí, y se quedó de cara al brazo ancho y acolchado del sofá. Apoyé una mano en su espalda para dejarle clara mi intención. Bajó por ella misma, hasta que se quedó apoyada, con la pelvis en el brazo y los codos en el asiento del sofá.

Le acaricié desde la nuca hasta el inicio del trasero, y le separé las nalgas, aprovechando para adaptar su posición. Me ayudó a colocarse, abriendo las piernas al máximo de sus posibilidades y de la postura.

—Tú lo has dicho, preciosa. Va a ser rápido —dije entre dientes, antes de dirigir la punta de mi miembro a su entrada.

Empujé con fuerza, embistiéndola hasta el fondo. Ginger amortiguó un grito y los sonidos siguientes en un cojín, porque no le di tregua. Una vez que me rodeó con su delicioso calor y me oprimió, perdí la cordura entrando y saliendo. Agarrándola de las caderas, mi ritmo fue desesperado y desenfrenado, con cada estocada profunda y dura nos llevé al borde del abismo.

Ginger cayó por él tensándose, amortiguando los últimos gritos de placer al llegar al orgasmo. Yo continué bombeando en su interior, enloquecido, hasta que me liberé con fuertes e interminables sacudidas. Conseguí controlarme para no emitir ningún sonido, más allá del que se había escuchado, el de nuestros sexos húmedos y mojados en contacto al chocar.

Con el pecho, subiéndome y bajándome por la respiración alterada, me balanceé en su interior durante unos segundos más, disfrutando y alargando al máximo el momento. Mi miembro salía solo y se resbalaba por el aumento de nuestros fluidos, pero volvía a entrar, negándome a apartarme de ella.

Todo me sabía a poco con Ginger, no sabía si algún día podría quedarme completamente saciado de ella.

Capítulo 27



Ginger

Todo mi cuerpo lamentó perder el contacto con Darian cuando retrocedió y su miembro abandonó mi interior. Solté un suspiro largo, con una sonrisa tonta en los labios.

—Vamos, perezosa —dijo, y me reí.

Me sujetó por las caderas e hizo fuerza para levantarme. Me había quedado tan relajada que todavía no encontraba las fuerzas para moverme. De pie frente a él, colocó las manos en mis mejillas y unió sus labios a los míos para darme un beso rápido.

Al separarnos, no perdimos más tiempo, aunque todo lo que hacía con él no lo consideraba ni mucho menos como tal. Nos vestimos sin apartar los ojos del otro, esta vez sí que me acordé de ponerme el sujetador y me acomodé bien la ropa.

—¿Te importa si te dejo un momento solo? —le pregunté.

—No, ¿por qué? —me respondió con una pequeña sonrisa.

—Es que necesito asearme y cambiarme la ropa interior.

—Ah, para eso sí que me importa. —Me hizo un guiño—. Olvídate, hasta que te quedes sola. —Me agarró de una mano.

—Pero… joder, estoy empapada y…

—Por eso mismo. Me vas a tener cachondo sabiendo cómo tendrás la braga y ese sexo tan delicioso chorreando, porque te acabas de incorporar y cómo estás ahora solo es el principio. —Frunció los labios.

—Eres un pervertido. —Jadeé y bufé, pero sonreí, sintiendo la excitación recorrerme de nuevo.

—No lo sabes bien, pero solo contigo —dijo al llegar a la puerta—. Espera, no quiero que entres en combustión espontánea cuando tu madre te pregunte que has hecho para tener el pelo peor.

—Mierda —me lamenté imaginando cómo debía tenerlo.

Entre risas, Darian se dedicó a pasarme los dedos por las ondas. Sabía que no iba a conseguir mucho, pero me gustó el detalle y la sensación, y por lo que pude ver en sus ojos tan expresivos y diferentes, él estaba más que encantado de hacerlo y de tocármelo.

—Ahora sí, más o menos. —Rio cuando le di una palmada en el hombro.

Abrió la puerta y salimos, por suerte la zona estaba despejada. Nos miramos cómplices porque eso no quería decir que alguien se hubiese acercado para buscarnos, y que ese alguien hubiese sido tan sigiloso por un motivo muy concreto. Solo había una opción: mi madre. A mi padre nunca se le ocurriría cotillear en mis cosas y en mi intimidad, y mucho menos sabiendo que Darian estaba conmigo.

Nos dirigimos directamente a la cocina.

—Hola —saludé a mis padres al entrar.

—Pensábamos que os habíais perdido —dijo mi madre, con una sonrisa con la que me dejó claro que sabía perfectamente en qué nos habíamos «perdido».

La imaginé caminando por la casa de puntillas, intentando encontrarnos. No me equivocaba en esa visión, ya os lo digo, ni un poco. La mirada de mi padre me lo confirmó. Él estaba sentado en un taburete de la isla, bebiéndose una cerveza.

—Le estaba enseñando la casa a Darian —comenté como si nada.

—Ajá —fue la respuesta de mi madre, una que ignoré—. Ya voy a apagar el fuego. —Señaló la vitrocerámica.

—Huele muy bien —dijo Darian a mi lado.

Él estaba conteniendo la carcajada que quería soltar.

—Muchas gracias —le agradeció mi madre, ilusionada por el halago de lo buena cocinera que era.

Eso era una gran verdad, tenía un don para la cocina. Bueno, más de un don extra, pero los demás eran más personales y difíciles de explicar.

—¿Ponemos la mesa? —nos preguntó mi padre.

—Claro. —Le sonreí—. ¿Queréis comer en el porche?

Ante la confirmación de los tres, dimos varios viajes para sacar los platos, los cubiertos, los vasos, la jarra de agua y la bandeja de ensalada de verano que ya estaba preparada.

—Saca cuatro copas, cariño —me pidió mi madre, mientras empezaba a llenar el primer plato con la carne en salsa que había preparado—. El día de hoy se merece que sea especial, ¿no os parece?

No apartó los ojos de Darian, el que asintió como respuesta. Cogí las copas sin rechistar porque estaba de acuerdo con ella. No solía beber alcohol entre semana, exceptuando los viernes por la noche, para mí ese

momento ya formaba parte del fin de semana, así que en mi cabeza no lo incluía como parte de la semana.

Darian agarró la botella de vino que le di y regresamos al porche, donde mi padre estaba sentado a la mesa, en el lateral alargado y opuesto al sofá que siempre ocupaba yo.

—Buena elección. —Nos hizo un guiño cuando Darian le acercó la botella para que hiciera los honores.

Me acomodé en el sofá, sentándome con las piernas cruzadas sobre el asiento, como muchas veces hacía. Era una costumbre que se me quedó de una época en la que practiqué yoga. Darian me siguió, colocándose a mi lado en una posición normal. Cuando mi padre nos ofreció las copas llenas, cogí la mía y me la llevé a los labios, para ocultar en la expresión, lo que me provocó sentir la mano de Darian sobre la parte interna del muslo que estaba más cerca de él.

No conforme con colocarla, empezó a mover los dedos, acariciándome oculto de miradas por debajo de la mesa, mientras empezaba una conversación sobre vinos con mi padre.

Algo me quedó claro de que Darian entendía bastante, algo, porque me desconcentró cuando deslizó la mano hacia arriba, demasiado. Continué dándole sorbos pequeños al vino y mojándome los labios, para sofocar un poco el calor que cada vez se intensificaba más.

El muy descarado, llegó hasta mi ingle estirada y rozó con los dedos mi entrepierna. Estaba segura de que para comprobar si la tela del pantalón corto estaba húmeda. Y tanto que sí, por bochornoso que me resultara, ya la tenía mojada. El tejido era muy fino y la tela de la braga aún más, porque era idéntica a la del sujetador, de encaje transparente, así que el resultado era evidente. Contuve la respiración frente a mi padre y disimulé como pude.

—¿Qué? —le pregunté, no me había enterado de lo que acababa de preguntarme.

—Te decía que si te has quedado realmente satisfecha al cerrar otro trabajo. Cuando hemos llegado, has dicho que es a lo que te has dedicado esta mañana, que has trabajado mucho, al menos durante un rato. —Nos miró a Darian y a mí por encima de su copa.

Solté el aire lentamente cuando los dedos de Darian separaron la barrera de la ropa. Por la posición de mis piernas abiertas hacia los lados, con los gemelos cruzados, no encontró ninguna resistencia en su avance. Sin inmutarse ni cortarse ante mi padre, me acarició el sexo despacio, sin prisa, mojándose la yema de los dedos con nuestros fluidos.

Tocó todo lo que podía, sin que fuese obvio, y alterada, lo miré de reojo antes de responderle a mi padre. Las pulsaciones se me habían descontrolado y tenía un sofoco importante, mientras que él se veía muy relajado y natural de cara a nosotros. Ni un pestañeo de más, ni un gesto fuera de lo normal, ni siquiera se notaba hacia donde tenía dirigido el brazo, ni que movía una parte de él. Nos habíamos sentado muy juntos y la mesa

quedaba bastante más elevada en la parte en la que estábamos nosotros, ya que el sofá era más bajo que la silla donde estaba mi padre.

Darian en ningún momento giró la cabeza hacia mí, pero sí que continuó moviendo los puñeteros dedos en mi zona íntima. Maldije interiormente cuando me rodeó el clítoris y lo presionó, fue una clara advertencia para que reaccionara ante mi padre, para que le contestara para que él pudiese continuar jugando al juego que iba a terminar conmigo.

—Sí, papá —le respondí, rezando para que mi voz hubiese sonado normal.

Pocas palabras y tuve que pensarlas bien para decirlas, se me iba la mente por todas las sensaciones de placer que me recorrían.

—Me alegro, cariño, a ver si puedes tomártelo con más calma hasta que termines con el otro que estás.

—Esa es… mi intención. —Le sonreí.

—¡Pablo! ¡Ven un momento! —lo llamó mi madre.

Mi padre se levantó haciéndonos un guiño y entró en el salón. Mi cabeza se giró propulsada hacia Darian.

—¿Qué estás haciendo? —susurré, con unas ganas tremendas de cerrar las piernas y apretar su mano entre ellas.

—¿Tengo que explicártelo? —Sonrió de medio lado, antes de coger su copa y beber un sorbo de vino.

—Mi padre estaba delante —me quejé, pero para ser sincera, sin mucha fuerza. Lo percibió y frunció los labios—. Me ha faltado muy poco para responderle con un… jadeo. —Al pronunciar la última lo solté de verdad.

—¿Decías? —Se giró un poco hacia mí—. Me tienes duro, a punto de reventar, acabo de meterte el dedo y noto cómo te estás contrayendo.

—Joder… —siseé, mirando disimuladamente hacia el salón— No vas a… mierda. —Me mordí el labio inferior cuando empezó a sacar y meter el dedo con fuerza—. Darian…

—Me falta tan poco para mandar a tomar por saco la comida, Ginger —susurró con la voz ronca—. Solo necesito comer lo que estoy tocando, durante el resto del puñetero día y la noche.

—Síií… —gemí sin poderme controlar y me tapé la boca con una mano.

—No voy a parar hasta que te corras.

—No serás capaz —dije la voz entrecortada y contuve la respiración al ver su sonrisa pícara—. Mi madre… —Cerré los ojos con fuerza, agarrándome con las manos al asiento del sofá.

—Echa un poco para delante el trasero, ahora —me exigió y me excité más.

Lo hice sin dudar, en cierto modo tranquila, porque escuchaba las voces lejanas de mis padres en el interior de la casa. Todavía teníamos tiempo, sí…

Darian sacó el dedo de mi interior para introducir dos. No pude evitar balancearme hacia ellos para acompasarme a sus movimientos, yendo a su encuentro. Bajé la mirada hacia su entrepierna y me tragué un gemido al ver el bulto tan grande que ocultaba su bermuda.

Después de unos minutos interminables, cuando abandonó mi interior, me colocó los dedos sobre el clítoris y fue mi total perdición. Tapándome la boca con una mano, con la mirada intensa de Darian clavada en mí, aguanté todo lo que pude: sus caricias rápidas sobre ese botón tan inflamado y excitado, caricias que llegaron a un punto en el que no pude soportar la presión que ejercía y la velocidad en la que se movían sus dedos.

Me tensé y exploté en un orgasmo demoledor sentada en el sofá, mientras evitaba moverme más de lo necesario para que, si mis padres miraban hacia nosotros, no imaginaran lo que estábamos haciendo.

—Exquisita.

Gemí cuando se chupó los dedos mirando hacia el jardín, para lamerlos uno a uno con tranquilidad.

—Me las vas a pagar —solté un suspiro profundo.

—Lo estoy deseando. —Soltó una carcajada al escuchar mi bufido.

—Ya estamos aquí —dijo mi madre.

Por Dios, por los pelos, pensé. Llegaron los dos con un plato en cada mano.

—Tiene una pinta exquisita. Estoy hambriento —dijo Darian, remarcando la última palabra con intención.

Cada frase suya tenía doble sentido, pero por suerte mis padres no captaron nada.

Cuando ambos se sentaron frente a nosotros, mi madre me observó durante unos segundos con suspicacia, antes de levantar su copa. La imitamos y chocamos las cuatro, para beber después. Empezamos a comer. Yo todavía estaba flotando por el orgasmo, pero me obligué a espabilarme y a centrarme en las tres personas que compartían la mesa conmigo.

—Como imaginaba, Elena, la comida está deliciosa —la elogió Darian, después de tragar el primer bocado de carne en salsa.

—Gracias, me alegro de que te guste. —Le sonrió ella, feliz—. Pablo y Ginger no hace falta que digan nada, siempre se les ha caído la baba con este plato. —Rio.

—Me conquistó por el estómago —soltó mi padre, señalando a mi madre.

—¡Eso no es verdad! —Jadeó mi madre—. Nos conocimos en un restaurante.

—Lo que yo he dicho. —Rio mi padre.

—Era la camarera, no la cocinera —se quejó mi madre, pero acompañándolo en las risas.

—Así que Pablo fue a comer y cuando lo atendiste surgió la atracción —comentó Darian, mirándolos divertido.

—¿Atracción? Me robó el corazón por completo cuando me tiró media jarra de sangría encima —aclaró mi padre, y todos reímos.

Mis padres se miraron con adoración y sonreí. Eran increíbles, y el amor se desbordaba entre ellos.

—Aún lo recuerdo como si lo estuviera viviendo —continuó mi padre, pensativo—. Fui con mis amigos de la universidad a celebrar que habíamos terminado el último año, y Elena, apurada por lo que sucedió, me giró en la silla y se arrodilló entre mis piernas para arreglar el desastre. —Apretó los labios, mirando a mi madre de reojo—. Cuando le dije que no hacía falta, que le estaba poniendo mucho empeño y que se fijara bien en lo que estaba tocando… —Carraspeó.

—Oh, ¡qué vergüenza! —Se llevó las manos a las mejillas—. Yo ahí, dándole que te pego a su entrepierna y ni me di cuenta.

—Ya, claro. —Soltó una carcajada mi padre.

—¡Sabes que es verdad! —Le dio con la servilleta de tela extendida y más se rio mi padre.

—Lo sé, cariño. —Se inclinó hacia ella para darle un beso rápido en los labios—. Me conquistaste antes de eso, justo segundos antes, cuando me bañaste con la sangría. —Le hizo un guiño, y mi madre le acarició la mandíbula.

—¿Cómo os habéis conocido vosotros? —nos preguntó ella.

—Mmm… —Me limpié la boca después de tragar.

—Somos vecinos —respondió por mí Darian, sin dar más detalles.

—¿En serio? —Se sorprendió mi madre—. Uy. —Se giró en la silla, para mirar hacia la fachada lateral de la casa que quedaba frente al porche—. Tú… —habló sin volverse hacia nosotros.

Sin necesidad de verla, sabía exactamente hacia dónde estaba observando. Se había acordado de aquella mañana en la que apareció en mi casa para desayunar conmigo y me avisó —desde ese mismo lugar donde ahora

estábamos Darian y yo—, de que el vecino se asomaba a una ventana, según ella, cada vez que me escuchaba reír. Pensar en ello me hizo sonreír. Porque ahora lo sabía: ese vecino era Darian.

Capítulo 28

Darian

—Esa es mi casa, sí —le confirmé, intentando no reírme por la reacción de Elena.

—Vaya —dijo, observándome con atención, mientras se acomodaba en la silla.

—Soy nuevo en la zona, me mudé hace poco.

—Lo sé. —Sonrió—. Quiero decir, sabíamos que tu casa y la de enfrente, la de Ginger, estaban deshabitadas hasta hace unas semanas —aclaró, y asentí.

Cogí la copa para beber un sorbo de vino, mientras Elena no apartaba la vista de mí. No me molestó, pero me pareció curiosa la forma en la que me observó fijamente. Solo duró unos segundos, hasta que Ginger habló cortando el momento.

—Ha venido esta mañana a presentarse como el nuevo vecino. —Carraspeó y sonreí de medio lado—. Y yo como una buenísima vecina, cordial y cercana, le he invitado a un café y a unos dulces.

Giré la cabeza hacia ella, con una ceja arqueada. Mi expresión gritaba: ¿en serio? ¿No vas a contarles cómo te escondiste dentro de la casa? Lógicamente, esa información se quedó entre Ginger y yo, y terminé riendo cuando me miró con una expresión dulce e inocente.

—Así ha sido —corroboré su versión—. He visto a Ginger en el porche y no quería dejar pasar otra oportunidad para presentarme. Y después, una cosa nos ha llevado a otra y no nos hemos dado cuenta del tiempo que ha pasado mientras nos conocíamos más a fondo. —Me llevé la copa a los labios para evitar reírme de nuevo.

—Sí —dijo Ginger, antes de coger su vaso de agua y beber un buen sorbo.

—Tenías mucha prisa —comentó Elena, mirándonos a los dos con expresión pícara.

—Mamá, la normal —intervino Ginger, poniendo los ojos en blanco.

—De eso nada, Darian está descalzo, por lo que ni se ha parado a calzarse para salir de su casa. —Arqueó una ceja.

Al final solté una carcajada. No se le había pasado por alto ese detalle, en realidad, ninguno.

—Ya sabes cómo es la juventud de ahora —intervino Pablo—. Tu hija solo se calza cuando sale de aquí, se pasa los días descalza, yendo de un lado para el otro.

—¿Qué querías cuando me has llamado la primera vez? —le preguntó Ginger, desviando el tema de la conversación.

—Nada… importante —respondió mirando fijamente a su hija y me dio la sensación de que en la pausa que hizo ambas se entendieron—. Solo quería saber cómo habías dormido y cómo se te presentaba tu día. —Le sonrió—. He intentado llamarte de nuevo al rato y tampoco me has respondido. Ahí fue cuando empecé a insistir, porque me preocupé.

»Siempre atiendes las llamadas. Si no la escuchas al momento porque te has alejado del móvil, me la devuelves rápido. Y si estás atendiendo algo de trabajo, me envías un mensaje para que lo sepa. He llegado a pensar de todo. —Sacudió la cabeza—. He sentido…

Otra vez me llamó la atención su silencio repentino, pero no hice ningún comentario al respecto. Tampoco hizo falta, Ginger me sacó de la ignorancia. Sus palabras me sorprendieron.

—Mi madre, entre una larga lista de habilidades, percibe cosas —me dijo en tono más bajo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté con curiosidad.

—Mamá…

—Elena tiene algunos dones que son difíciles de explicar —intervino Pablo, agarrando la mano de su mujer encima de la mesa—. Le viene de familia, lo heredó de su madre.

—Espíritus y temas que salen del control de la mente de las personas normales —añadió Ginger—. No es que mi madre no sea normal, me refiero a que…

—Te he entendido —la corté, sonriendo—. Tranquila.

—Vale. —Me devolvió el gesto.

—¿Tú…?

—No, conmigo se rompió la cadena —me respondió, encogiendo un hombro.

—Algo perceptiva sí que lo eres, cariño —la rectificó Elena—. Aunque sin que te des cuenta.

—Quizá. —Carraspeó Ginger.

—Tengo la suerte de tener a mi lado a las dos mujeres más maravillosas e increíbles del mundo —dijo Pablo, mirando con adoración a su mujer y a su hija.

Ambas le sonrieron, devolviéndole el cariño con sus gestos.

—Ha sido una sorpresa —comenté—. Puedes estar tranquila conmigo, Elena. Lo respeto todo, sobre todo, lo que sale de mi comprensión.

Sentí la necesidad de dejarlo claro, porque, por lo que intuí, era un tema que mantenían en la intimidad. Imaginaba que no todo el mundo se abría a ciertas cosas, la mayoría de las personas solo se aferran a lo que saben y conocen, porque lo inexplicable asusta y echa para atrás. Pero yo era de los que creen que muchas cosas se nos escapan simplemente porque no tenemos la percepción adecuada para alcanzarlas.

—Gracias, Darian.

—No hay de qué —asentí.

—Hubo un tiempo en el que Elena se empeñaba en ayudar a los demás —dijo Pablo, con expresión seria—. No podía evitarlo, era como una necesidad para ella. La información le llegaba sin buscarla, de día y de noche, y solo quería hacer lo correcto. Pero hace años que conseguí convencerla de que se frenara un poco y de que se centrara solo en las personas con las que tiene confianza.

»Me dolía mucho ver cómo la rechazaban cuando se acercaba a alguien para prestarle ayuda, me jodía verla sufrir por cómo la trataban algunas veces. Mi mujer no está loca, está más cuerda que todos, lo único que es más sensible y es capaz de saber cosas que…

—Ya está, cariño —lo interrumpió Elena, acariciándole la espalda—. No quiero verte así, de eso hace mucho tiempo.

—Yo no puedo olvidarlo. —Giró la cabeza hacia ella.

—Lo sé. —Le sonrió—. Por eso eres el hombre y el amor de mi vida. —Le dio un beso rápido en los labios.

—Yo hubiese actuado como tú, Pablo. —Les dejé claro porque me parecía inconcebible lo que acababa de escuchar.

—Gracias, Darian —asintió hacia mí y le correspondí de la misma forma.

Cambiamos de tema de conversación y continuamos comiendo en un ambiente animado. La ensalada entraba sola, pero es que la carne estaba deliciosa. Cuando los platos de los cuatro se quedaron vacíos, Elena se levantó.

—Voy a sacar la tarrina de helado para servirlo de postre. ¿Te apetece, Darian? A Ginger sé que sí, nunca rechaza el helado —dijo riendo.

—Te acompaño a prepararlo. —Se incorporó Pablo.

—Sí que me apetece —le confirmé con una sonrisa.

—Perfecto. —Dio una palmada Elena.

Ambos traspasaron la corredera y entraron en la casa, dejándonos a Ginger y a mí solos.

—¿Has estado a gusto? —Quiso saber.

—Por supuesto. —Le dejé claro—. Me lo he pasado muy bien, tus padres son muy cercanos, divertidos y buenas personas.

—Gracias. —Me sonrió—. Pero, sobre todo, gracias por no juzgar a mi madre por lo que te hemos contado. No es un tema que saquemos con la gente, pero… no quería ocultártelo porque es muy normal que a nosotros tres se nos escape algún comentario.

—Por favor, no tienes que agradecerme eso —negué—. Respeto mucho a tu madre y también lo que es capaz de hacer. Sería incapaz de juzgarla, no soy nadie para hacerlo. Además, tengo que llevarme bien con mis suegros, ¿no? —Fruncí los labios al ver cómo agrandó los ojos.

—Suegros… —repitió.

—Ajá. Creo que hoy ha sido un gran día, excelente. Me he llevado a la hija y a los padres de una sentada. —Solté una carcajada al ver el rubor intenso en sus mejillas—. Eso, siempre y cuando tú estés de acuerdo. —Carraspeé.

—Yo… joder, no me ha dado tiempo a pensar en nada —susurró.

—¿Necesitas pensarlo? —Arqueé una ceja.

—No, mierda, ha sonado fatal lo que he dicho. —Bufó, moviéndose en el sofá, inquieta—. Me refiero a que no sé lo que piensas sobre lo que ha sucedido entre nosotros y eso.

—Creo que te he dejado claras muchas cosas, ¿no?

—Sí. —Sonrió con timidez.

—No voy a engañarte, Ginger.

—¿Qué quieres decir? —Frunció ligeramente el ceño.

—Quiero estar contigo, es lo que más deseo. Pero estoy algo jodido por una cosa que pasó hace unos meses. Solo necesito un poco de tiempo y paciencia por tu parte. Te prometo que intentaré controlar mis bajones y cambios de ánimo. Eso fue lo que me pasó antes de que llegaran tus padres. Sinceramente, tú eres la única que consigue que todo cambie, y me haces olvidar todo lo demás. Sé que ahora que estás a mi lado, yo…

—Darian… no voy a presionarte preguntándote qué te pasó, pero quiero dejarte claro que en el momento en el que tú creas que es el oportuno, cuando tengas las fuerzas suficientes, estaré ahí para escucharte y apoyarte.

—Lo sé. —Fijé la vista en la copa de vino y la cogí para beberme el poco vino que quedaba.

—Ya estamos aquí —dijo Pablo.

Elena y él salieron con cuatro cuencos de helado. Ginger y yo dejamos a un lado la conversación y disfrutamos del postre con sus padres, en un ambiente distendido.

—¿Le has dicho a Darian lo del sábado al mediodía? —le preguntó Elena a su hija.

—Oh, no he caído. No me he acordado.

—¿Qué pasa el sábado? —Quise saber.

—Vendrán mis padres y mis amigos a comer. Haremos una barbacoa —respondió Ginger—. ¿Quieres venir?

—Ah —dije pensativo—. Tengo que hablar con mis amigos, había quedado con ellos y…

—Que vengan también —los invitó Pablo—. Cuantos más seamos, mejor nos lo pasaremos. —Sonrió.

—Gracias, hablaré con ellos —asentí—. ¿Te importa? —le pregunté a Ginger.

—Para nada, opino igual que mi padre.

—De acuerdo. —Nos sonreímos.

—Nosotros nos vamos ya —dijo Elena, levantándose de la silla.

—Sí —confirmó Pablo.

—Ha sido un placer —comenté incorporándome también, para despedirme.

—El placer ha sido nuestro. —Me sonrió Elena.

Se acercó a darme un abrazo, y le correspondí de la misma forma. Pablo me ofreció la mano y me apretó un hombro con la otra. Ginger los acompañó por el jardín y me apoyé en la mesa, sentándome en el filo, mientras veía cómo se abrazaban e intercambiaban unas palabras. Por la expresión de sus padres —las únicas que podía ver, ya que Ginger me daba la espalda— me quedó claro que estaban hablando de mí.

Cuando se fueron, Ginger caminó hacia mí, con una gran sonrisa en los labios.

—¿Les has dicho que somos más que vecinos? —le pregunté, frunciendo los labios.

—¿De verdad piensas que hacía falta después de todo? —Arqueó una ceja.

—No, se han hecho una idea muy clara desde el inicio. —Solté una carcajada.

—Pues eso —negó—. Me han preguntado ¿desde cuándo…? —Nos señaló a los dos.

—¿Y que les has dicho? —Ladeé un poco la cabeza.

—La verdad. —Se mordió el labio inferior—. Que hoy nos hemos conocido como vecinos, pero que en realidad ya nos conocíamos desde hace años. Les he explicado un poco por encima cuando sucedió y, bueno, a mi madre le ha faltado poco para ponerse a gritar. —Volví a reírme.

La agarré de la cintura y abrí las piernas para acercarla a mí.

—¿Qué quieres que haga? ¿Prefieres que me vaya para que puedas descansar? Si te animas y te apetece, puedes venir a mi casa y nos damos un baño en la piscina. Cuando nos sequemos, podemos acomodarnos en el sofá y ver alguna película, o no sé, lo que prefieras.

—Me gusta la opción de la piscina. —Me acarició el pelo y cerré los ojos.

—Pues vamos. —Le di un beso en los labios y me incorporé.

—Voy a coger el bikini.

—Ni a hablar. —Tiré de su cintura.

—Te veo la intención. —Sacudió la cabeza, y sonreí con picardía.

—Te quiero desnuda en el agua —susurré sobre sus labios.

—Darian…

—Puedes estar tranquila, la piscina no es visible y no va a aparecer nadie por sorpresa. —Le hice un guiño.

Saqué el móvil del bolsillo de la bermuda y lo desbloqueé. Delante de ella, entré en la aplicación de mensajes y al grupo que tenía con mis amigos.

Darian: *Hoy queda totalmente prohibido venir a mi casa. Voy a estar muy bien acompañado y no quiero interrupciones de ningún tipo. Quien se atreva a acercarse siquiera, lo va a lamentar. Esto va por ti, Eloy. Hablamos mañana. Por cierto, el sábado estamos invitados al mediodía a una barbacoa. Ya os lo contaré mejor.*

Cuando le di a enviar, giré la pantalla hacia Ginger, para que leyera el mensaje.

—Me has convencido —dijo, y solté una carcajada.

Me guardé el móvil y nos pusimos a recoger la mesa, para llevarlo todo a la cocina, donde lo colocamos en el lavavajillas. Cuando terminamos,

Ginger se puso unas deportivas y se aseguró de dejar todos los accesos cerrados, antes de salir por la puerta principal.

Tuve que reírme cuando, desde la acera, vi a Eloy asomado por una ventana. Mi mensaje lo había alertado y seguramente llevaba ahí parado desde que lo leyó. Le había faltado tiempo para querer ver y saber quién era mi compañía, aunque desde su casa solo era visible una pequeña parte de la mía.

Cuando me vio salir de la casa de Ginger, con ella, primero se sorprendió, después se rio con ganas. No lo escuché porque la ventana estaba cerrada. Sonreí sacudiendo la cabeza, al mismo tiempo en el que le señalaba a Ginger la casa de mi amigo. Lo localizó enseguida y se ruborizó, por lo que solté una carcajada.

No pude parar de reír mientras caminábamos por la acera, Ginger puso el turbo para dejar de ser el foco de atención de Eloy, y por la vergüenza que sentía.

—Me gusta cómo tienes decorado el salón —dijo recorriéndolo con la vista.

—Gracias. —Me pegué a su espalda y le rodeé la cintura con los brazos —. Luego te enseño el resto, aunque la distribución es casi idéntica a la tuya. Vamos a refrescarnos. —Le di un beso en la mejilla—. ¿Te apetece algo de beber?

—¿Un refresco? Hace calor.

—En la nevera hay variedad, puedes elegir. —Me moví con ella hasta la cocina, sin separarme.

Cogimos dos refrescos y fuimos al porche.

—Vaya, no pensaba que fuese tan grande —dijo cuando vio la piscina.

—Hice una buena compra. —Le hice un guiño.

—Sí. —Sonrió.

Llevé las latas de refresco a la balda y le pedí a Ginger que se quitara la ropa, mientras yo me entretenía en lavarme los pies con la manguera. Caminar por la calle descalzo no era lo ideal para mantener las plantas limpias.

Mientras la veía gloriosamente desnuda subiendo la escalera, me desvestí rápido para seguirla.

Ni en mis mejores sueños habría imaginado un día como el de hoy, por cómo se había dado. Y aún quedaban muchas horas por delante para que terminara.

Capítulo 29



Ginger

Abrí los ojos despacio, mirando hacia el techo. Mi pecho subía y bajaba descontrolado. Me costó tragar saliva, tenía la garganta seca. Durante unos segundos, quizás minutos, no conseguí moverme, mientras pensaba en el sueño con el que me había despertado y en lo que me había transmitido.

Estaba sudando, me sentía inquieta e intentando entender qué mierda de significado tenía todo lo que recordaba a la perfección, como si lo hubiese vivido de verdad.

Cuando encontré las fuerzas, me incorporé despacio y me quedé sentada en la cama. Dejé salir el aire lentamente. Tenía ganas de llorar; mi estado de ánimo era lamentable. Me levanté sin ganas y con muy pocas energías, caminé hasta la ventana y subí la persiana. La luz del día llenó de claridad la habitación.

Miré hacia la casa de Darian, en pocas horas, quizás menos, volvería a verlo. Era sábado, ni idea de la hora exacta, porque no puse la alarma, pero

hoy venían él, sus amigos, los míos y mis padres a la barbacoa. Por suerte no tenía nada que preparar: las bebidas, los postres y la carne los compré la mañana anterior. Darian me acompañó. Gracias a él también tenía carbón de sobra.

Limpié la casa por la tarde, para tener libre esta mañana, y otra vez Darian apareció de sorpresa para ayudarme. Entre los dos terminamos rápido, lo que le agradecí al inicio de la noche en la ducha del baño de mi habitación. Fue el cierre perfecto porque, a pesar del cansancio, sus caricias y el sexo con él eran lo mejor.

No vi a Darian en ninguna de las ventanas de la planta superior de su casa, por lo le di la espalda a la mía, después de abrirla, y me paré a observar mi habitación. Había tanto silencio… bajé la mirada a mis manos, tenía un pequeño temblor, el mismo con el que me había despertado.

Cogí una bocanada de aire y fui hasta la mesita, para coger el móvil. Le di al botón de encendido y lo dejé sobre la cama, para entrar en el baño. Nada más verme en el espejo, puse los ojos en blanco, mi aspecto era espectacular… nótese la ironía.

Hice con urgencia lo que necesitaba hacer, me lavé las manos y la cara, y, por último, me recogí el pelo en un moño mal hecho. Cuando volví a la habitación cogí el móvil y salí. Bajando la escalera sonreí al comprobar que tenía un mensaje de buenos días de Darian y le respondí con otro, para que supiera que ya estaba levantada.

Igualmente, se daría cuenta si se asomaba y veía la persiana y la ventana de mi habitación abiertas. Todavía con el mismo malestar con el que me había despertado, entré en la cocina. Lo primero que hice fue tomarme una pastilla: me dolía la cabeza. Lo segundo, y también muy importante, prepararme un café. Cuando estuvo listo, me dirigí al porche con la taza y el teléfono.

Desbloqueé la corredera, la deslicé y me acomodé en el sofá. Dejé la taza y el móvil sobre la mesa. Me froté la cara y después las manos en las piernas desnudas. Había dormido con una camiseta ancha sin mangas que me llegaba hasta la mitad de los muslos. Dirigí la mirada hacia el jardín, sin poderme desprender de la sensación que tenía. Solté un suspiro y cogí la taza, para darle varios sorbos pequeños y seguidos de café.

Como Darian no respondió, decidí llamar a mi madre. Eran las nueve y cuarenta, bastante tarde para la hora a la que solía levantarme, y más teniendo en cuenta que la noche anterior, la del viernes, mis amigos y yo no salimos. Queríamos estar descansados y bien para la barbacoa de hoy. Tampoco me acosté tarde, me despedí de Darian a medianoche y me metí en la cama directamente.

Pulsé el nombre de mi madre y me llevé el teléfono a la oreja. Al segundo tono, descolgó.

—Hola, cariño. ¡Buenos días! —Sonreí.

—Hola, mamá. Buenos días.

—Uy, ¿te noto baja de ánimo? ¿Estás bien?

—Todo lo que se puede esperar estando un poco dormida todavía.

—Ah, vale —dijo, pero no muy convencida—. Tu padre y yo estamos preparando una ensaladilla rusa para llevarnos.

—No hacía falta que os liarais. Aquí hay comida de sobra, mamá.

—Ya lo sé, hija, pero nos ha apetecido hacerla. ¿Ya has desayunado?

—Acabo de hacerme un café, estoy en el porche.

—¿Solo eso?

—Por el momento, sí. Ahora mismo no me entra nada más.

—Si estuviera Darian contigo no dirías lo mismo.

—¡¡Mamá!! —Jadeé y reímos.

—Dime qué te pasa. ¿Ha sido una mala noche? ¿Has soñado algo? Y no me digas que estás bien, como antes.

—En general ha sido una buena noche, he dormido muchas horas, pero…

—¿Qué?

—Me he despertado intranquila, nerviosa, sudada y con ganas de llorar por un sueño. Hasta estaba temblando.

—¿Los de siempre? —Quiso saber, extrañada.

—No. —Bajé la mirada a la taza—. Ha sido… raro.

—Cuéntamelo —me pidió, seria.

—Se nos va a hacer tarde y… prefiero hacerlo en persona, cuando lleguéis.

—¿Un adelanto?

—Solo recuerdo cosas sueltas, pero las imágenes son claras. Necesito tu consejo, esta vez tengo la sensación de que sí hay un motivo para lo que he visto en el sueño.

—¿A qué te refieres?

—Creo que… joder, no sé si es una locura, pero ha sido como si alguien o algo me hubiese pedido ayuda. No tal cual, pero es la percepción que tengo, ¿puede ser? —Después de una pausa en la que se mantuvo callada…—. ¿Mamá? ¿Has averiguado algo?

—Dame un poco más de media hora y estamos ahí. ¿Vale?

—¿Qué pasa? ¿Tengo que preocuparme? —Agarré la taza con fuerza.

Yo no estaba acostumbrada a estas cosas, mi madre era la que las dominaba y sabía enfrentarlas con la tranquilidad de quien lleva toda su vida asumiéndolas y viéndolo normal. Tragué saliva, intranquila.

—Relájate, no quiero que te preocupes. Vamos a ir pronto para poder hablar con calma, ¿de acuerdo? Lo principal es que te tranquilices, hoy va a ser un día estupendo y será el primero en el que conozcas a los amigos de Darian.

—¿Lo que me ha pasado esta noche significa que también soy receptiva? ¿Como tú y como lo fue la abuela?

—Cariño, con lo que te lleva pasando durante años, con el sueño repetitivo, está claro que una parte de ti es igual a la de la abuela y a la mía. Lo único que tú no lo has desarrollado y se queda en poquita cosa, comparándolo con lo nuestro. No es nada malo.

—Ya lo sé, pero es que las sensaciones que tengo… — Bufé.

—Te cuelgo ya, voy a meterle prisa a tu padre mientras le explico que necesitas nuestra súper ayuda. —Sonreí.

—Vale. Tened cuidado con el coche.

—Hasta ahora, cariño. Bébete el café y come algo dulce, eso siempre ayuda.

Cuando me colgó, dejé el teléfono a un lado y me bebí el café con calma. Al terminármelo, me levanté a hacerme otro y volví al porche. No tenía prisa, todos llegarían sobre las doce o doce y media, menos mis padres que habían adelantado la llegada por la llamada.

Cerré los ojos y como si viera diapositivas, las mismas imágenes que en el sueño pasaron por mi mente, claras y nítidas, hasta los más mínimos detalles. Intenté reorganizarlo todo en mi cabeza y me agobié buscando el sentido. No encontré una mierda, por lo que lo descarté e hice un esfuerzo para dejar de pensar.

En cuanto me terminé el segundo café decidí darme una ducha rápida, para despejarme. Me vendría bien para aligerar el dolor de cabeza que todavía no se me había pasado y mejor aún, para controlar y darle forma a mi melena. Llevé la taza a la cocina y subí hacia la habitación.

Salí de la bañera quince minutos después. Una vez me sequé, fui al vestidor a vestirme para recibir a los invitados, aunque todavía quedara bastante tiempo. Me puse un vestido corto y fresquito de tirantes y empecé a arreglarme el pelo. Cuando sonó el timbre, estaba a punto de terminar, por lo que dejé apartado el secador y bajé rápido hasta la planta principal para recibir a mis padres.

—Hola —los saludé con una sonrisa.

—Hola, cariño. —Me correspondieron al unísono, con el mismo gesto.

Nos abrazamos y nos dimos dos besos, antes de apartarme para que entraran.

—Dejadlo en la cocina —les pedí refiriéndome a las bolsas que llevaban —. Voy a terminar con el pelo. —Me señalé la cabeza.

—Si ya estás estupenda —dijo mi madre.

—No. —Reí—. Lo parece, pero todavía lo tengo húmedo y si no me lo seco bien, dentro de un rato ya sabéis cómo lo tendré. Ahora vengo. —Corrí hacia la escalera y la subí de la misma forma.

Me di prisa para acabar. Al mirar en el espejo del baño el resultado, sonreí satisfecha, las ondas me habían quedado perfectas. Me recogí un mechón de cada lado de las sienes y los sujeté con una pinza pequeña por detrás de la cabeza. El resto de la melena me la dejé suelta, aunque sabía que en cuanto tuviese mucho calor terminaría haciéndome un recogido improvisado.

—Ya estoy —dije caminando hacia el sofá del salón—. Sois los mejores.

Se habían preparado un café para cada uno y otro para mí. Cogí la taza y le di un sorbo, mientras me sentaba al lado de mi madre en el sofá, con las piernas cruzadas sobre el asiento. Mi padre se había acomodado cerca, en un sillón.

—¿Cómo estás? —Quiso saber mi madre, iniciando la conversación.

—Bien, mucho más tranquila —respondí y asintió.

—¿Seguro? —asentí— Explícame bien lo ha pasado en el sueño que has tenido e intentaremos analizarlo juntas, ¿vale?

—De acuerdo —solté un suspiro—. El primer recuerdo que tengo es la sensación como si algo me absorbiera —dije pensativa—. Notaba como si mi cuerpo se desplazara, sin tener control sobre él.

—¿Qué más? —me pidió mi madre, al quedarme callada.

—Después apareció una imagen. —Tragué saliva—. Mamá, era una lápida —susurré—. ¿Eso quiere decir que alguien se va a morir? Porque me da ¿eh?

—¿Una lápida? —repitió mi padre, mirando a mi madre.

—No os pongáis nerviosos —nos pidió haciendo varios gestos con las manos—. Lo más importante es todo el conjunto, ahí se esconde la respuesta. La lápida puede ser como una especie de señal. —Me agarró la mano y cerró los ojos.

Mi padre y yo nos quedamos callados, el silencio reinó en el interior de la casa durante varios minutos. Cuando mi madre abrió los ojos, asintió levemente, sin mirar a nadie en particular.

—Es importante, lo percibo.

—¿Sí? —Tragué saliva y dejé la taza sobre la mesa baja.

—Todo está conectado, cariño.

—¿Cómo?

— Los sueños que has tenido siempre, el que tuviste una sola vez, y el de esta noche. Hay que interpretarlos en conjunto, no por separado. Aunque el que más peso tiene es el primero. Ese es la base. Los demás se relacionan con él.

—No entiendo nada. —Sacudí la cabeza—. Y cada vez me despierto peor. Prefiero millones de veces antes el sueño de la silueta oscura con destellos, que no consigo ver, que lo de esta noche. El otro que tuve suelto fue diferente, y, aunque también me afectó, no lo noté con tanta intensidad.

—Algo ha encontrado tu energía, precisamente por el sueño que lleva acompañándote años. Y eso no es malo, tesoro. —Me acarició las manos con las suyas—. Solo tienes que afrontarlo sin miedo. Ya te dije que lo que fuese, no era dañino para ti.

—¿Esto nuevo tampoco? —preguntó mi padre.

—No, Pablo. Lo siento aquí. —Se llevó una mano al pecho.

Mi padre simplemente confió a ciegas en mi madre y asintió, yo hice lo mismo. Si ella lo tenía tan claro, nosotros no teníamos nada que decir. Por ese motivo, solté el aire de golpe e intenté relajarme porque me había vuelto a alterar con la conversación.

—¿Por qué no has podido averiguar nada, mamá? —me referí a lo primero que le conté.

—A veces simplemente no se da, hija. —Me sonrió con cariño—. Tienen que coincidir varios factores y conexiones. Yo no puedo acceder a algo que quiere permanecer oculto expresamente, por el motivo que sea solo quiere mostrarse a ti. Puedo percibirlo, sentirlo, pero no llegar hasta donde necesito. ¿Entiendes? —asentí— Estoy tranquila, Ginger, y quiero que los dos lo estéis también. —Nos miró a mi padre y a mí.

»Si tuviese la menor duda de que es algo perjudicial para ti, cariño, actuaría de cualquier otra forma, protegiéndote para hacer una barrera. No es el caso, ya te lo dije y me reafirmo en mis palabras. Sea lo que sea, y de qué o de quién venga, se ha vinculado a ti por un motivo en concreto, potenciado por lo te lleva pasando bastante tiempo.

»Solo te permitirá a ti acceder a la información que te llega en forma de imágenes. Lo que sí te digo, es que he notado algo muy fuerte. Todavía estoy analizándolo, por eso no quiero hablar antes de tiempo, pero sé qué camino tengo que tomar para llegar a obtener un buen resultado. ¿Qué más recuerdas?

—Después de lo de la lápida, se suceden varias imágenes. No son muchas. Hay una caja cerrada con una cadena con candado y aparece el

contorno de una persona, no sé diferenciar si es la de una mujer o la de un hombre. Es alta, por lo que descarto a alguien menor. Por último, se me ha presentado la imagen de la fachada de una casa que no conozco.

»Eso es todo, luego todo vuelve a repetirse desde la lápida, insistentemente, pero es que lo peor son las sensaciones. Es como si me asfixiara, es tan real… Mamá, veo perfectamente el nombre de la lápida y las fechas. —Tragué saliva.

—De acuerdo —dijo en tono muy bajo, acariciándome la mejilla y mirándome con cariño—. Todo está bien. Sigo pensando lo mismo sabiendo esa información, trabajaré en ello y, lo más importante, tendremos que hacer una excursión.

—¿Una excursión? —Quiso saber mi padre.

—Sí, al cementerio —respondió muy tranquila, e incluso sonriente.

Yo agrandé los ojos y volví a notar el temblor por todo el cuerpo.

—Bueno. —Carraspeó mi padre—. Como ya está aclarado, más o menos, y tenemos una aventurita por delante, ahora vamos a tomarnos el café, tranquilos y con calma, y después si tenemos que ayudarte con algo para la comida o en la casa…

—Está todo hecho —solté un suspiro y conseguí sonreír—. Las bebidas están en las neveras desde ayer, las repartí entre la de la cocina y la que tengo en el lavadero, la carne también, la coloqué en bandejas, y los postres

helados están en el congelador. Solo faltará preparar el aperitivo, pero tiene que ser cuando lleguen los demás.

—De acuerdo, pues ha llegado la parte que más me gusta.

—¿La de no hacer nada? —le preguntó mi madre, con una sonrisa traviesa.

—Exacto —confirmó mi padre y soltó una carcajada, risas a las que nos unimos mi madre y yo.

Entre los dos, consiguieron que me relajara y me tranquilizara. No del todo, pero sí lo suficiente como para dejar el malestar apartado y estar feliz por el día que era.

Capítulo 30



—¡¡Hola!! —me saludó Tania, con efusividad.

Solté una carcajada cuando se lanzó hacia mí, para abrazarme con fuerza. Adrián y Andrea estaban detrás de ella y me sonrieron. Cuando Tania me liberó, me saludaron de una forma muy parecida.

—Ya están reunidos los cuatro rebeldes sin causa —dijo mi madre alzando la voz, desde la cocina.

—¡Ay, mi Elena! —gritó Tania, entre risas, mientras iba hacia ella.

Riendo, nos reunimos con mis padres. Me senté en el taburete de la isla, sonriendo, mientras veía cómo se abrazaban y se besaban con el cariño que se tenían de muchos años. Mis padres consideraban a mis amigos como unos hijos más, según ellos tenían cuatro y, también era recíproco por parte de Adrián, Tania y Andrea.

—A ver —dijo mi padre, separándose de Andrea—. ¿Habéis crecido desde la última vez que nos vimos? —les preguntó a los tres, pasando la

mirada de unos a otros.

—Con el tiempo que hace… —comentó mi madre, riendo.

—Pablo, a estas alturas, ya solo crecemos a lo ancho y espero que no vaya por ahí tu comentario, porque si no… —Lo señaló Andrea y estallamos en carcajadas.

—Adrián sí que está más grande —dijo Tania.

—No me hagas decir lo que me crece porque lo vas a lamentar —le advirtió él, y volvimos a reírnos.

—Echaba de menos estos ratos —habló mi madre, mirándonos a todos.

—Si es que la rutina es muy mala, Elena. —Sacudió la cabeza Andrea—. Exprime que es una cosa mala. —Puso los ojos en blanco.

—Lo sé, hija, pero bien sé que tenéis tiempo para emborracharos los viernes y los sábados por la noche. —Entrecerró los ojos mi madre.

—Uy, no siempre terminamos mal. —Se tapó la boca Tania.

—Ya, ya… a ver si os pensáis que todavía me chupo el dedo.

—Seguro que chupas otras cosas más interesantes, ¿verdad, Pablo? —dijo Andrea.

Mi padre fue el primero en soltar una carcajada, el resto lo seguimos, mientras mi madre y Andrea corrían entre risas por la cocina. Mi amiga escapando de mi madre, la última persiguiéndola con el trapo de la cocina en alto. La diversión continuó durante un buen rato. Cuando nos calmamos, mis amigos se fueron a lavarse las manos y nos ayudaron a mis padres y a mí a terminar de preparar el aperitivo.

—¿Qué tal con Darian? —me preguntó Adrián.

—Estupendamente —le respondí con una gran sonrisa, gesto que me devolvió.

Desde que descubrí que él era el vecino de la casa que veía desde el porche, ese mismo día que se volvió memorable por todo lo que ocurrió entre nosotros, Darian y yo solo nos habíamos separado por trabajo, principalmente por el mío.

Eso no impidió que, mientras que yo trabajaba en el porche, él se paseara desnudo por la ventana abierta de su habitación y llamara mi atención cada una de esas veces, para que lo viese perfectamente. El muy descarado, cuando lo hizo la primera vez, no se le ocurrió otra cosa que llamarme cuando estaba subido a una escalera, para que lo viera en todo su esplendor, sin limitaciones por la altura de la ventana.

Os podéis imaginar lo concentrada que estuve ese día, vamos que me costó horrores avanzar en el trabajo porque lo repitió en varias ocasiones y

a mí se me caía la baba por el espectáculo. Eso y muchas otras cosas, como podéis intuir, me tuvo acelerada.

Ya les había contado a mis amigos cómo se dio el acercamiento entre Darian y yo, estaban al tanto de todo, aunque no entré en los detalles más íntimos. Fui fuerte sorteando la insistencia de mis amigas, las que quisieron saber ciertos temas que continué guardándome para mí, mientras Adrián no podía parar de reír y de mirarnos divertido.

Se llevaron una gran sorpresa cuando les expliqué que, el mismo hombre que vieron en la terraza del bar y que estuvo en la mesa de al lado de la nuestra, y más tarde también coincidimos con él en el *pub*, el que les conté que era mi antiguo profesor, ahora también era mi nuevo vecino.

La sorpresa continuó cuando les comenté que el amigo de Darian, Eloy, era el que vivía justo enfrente. Entre risas me dijeron que me habían rodeado, y qué gran verdad era. Les dejé claro que a quién vi desnudo desde la ventana, la noche en la que Adrián vino a recogerme para reunirnos los cuatro, fue a Darian porque Eloy estaba de viaje de trabajo.

A mis amigas les costó controlar las emociones que les provocó toda la información. También estaban al tanto de que Darian y yo, durante los días que habían pasado, solo nos habíamos separado a ratos. Algunas noches dormíamos juntos; otras, como la anterior, cada uno en su casa. Precisamente para eso, para descansar, porque estando juntos lo hacíamos poco una vez que nos centrábamos en nuestra intimidad.

—Qué suerte tienes, nena. El tío está cañón —dijo Tania, refiriéndose a Darian.

—Totalmente de acuerdo.

—¡Mamá! —me quejé por su afirmación—. Papá, dile algo.

—¿Yo? —Se señaló el pecho—. Tu madre tiene ojos en la cara y es innegable que Darian es un tío espectacular, en muchos sentidos. Tú lo sabes de sobra, te ha vuelto loca y ella puede mirar con buenos ojos a quien quiera, mientras que sea a mí a quién toque y manosee. —Me hizo un guiño.

—No quiero escuchar esos detalles. —Me tapé las orejas, y reímos.

—¡Si es que te como! Te vas a enterar de lo que voy a tocarte y a manosearte en cuanto estemos en el piso —le advirtió mi madre, con una sonrisa pícara.

—Yo creo que aquí está todo hecho y ya hemos visto a los chicos. Es hora de irnos —soltó mi padre, decidido, y volvimos a reír con ganas.

Se acercó a mi madre y le rodeó la cintura con un brazo. Se miraron con tanto amor antes de darse un beso rápido en los labios… Mis amigos no dejaron de sonreír con expresiones de cariño, al observarlos.

—Esto ya está —dijo Andrea, señalando una bandeja.

Las demás corrimos para terminar las nuestras, menos mi padre y Adrián que se fueron al jardín para empezar a preparar el fuego de la barbacoa. Sonreí tontamente al pensar en el carbón.

Al cabo de quince minutos sonó el timbre de la puerta y, nerviosa, fui a abrir.

—Hola, bienvenidos —saludé a las cuatro personas que recibieron mi saludo con una gran sonrisa.

Después de mirar a los amigos de Darian, me centré en él. Me hizo un guiño y dio un paso hacia mí, para agarrarme de la cintura y darme un beso en los labios. El contacto me supo a poco, pero…

—Dejad de ponernos los dientes largos —habló con tono de humor el que debía ser el primo de Darian: Jon.

Darian me había hablado de ellos, y dado que a Eloy lo conocía porque vivía justo enfrente, no había margen de error. Y Emma era la única chica del grupo.

Darian hizo las presentaciones en el salón y después me tocó el turno a mí, cuando mis padres y mis amigos salieron de la cocina. Una vez que todos supimos los nombres de los demás, salimos al porche. Ya habíamos preparado la mesa rectangular, la gran mayoría de la decoración eran las bandejas con los aperitivos que habíamos sacado hacía poco rato.

El ambiente fue muy relajado y animado desde el principio, con botellines de cerveza de un lado para el otro. Los caracteres de los amigos de Darian, el de su primo, el de mis amigos y, por último, el de mis padres, todos, eran muy parecidos. Cercanos y divertidos, por lo que el encuentro marchó estupendamente desde el inicio.

Las risas no dejaron de escucharse, Eloy se empeñó en ir a la casa de Darian, según él estaba más cerca que la suya. Su intención era vaciar la piscina para traerla entre varios a mi casa, para disfrutar de baños con el buen día que hacía.

A esas alturas, casi la una de la tarde, el sol apretaba con fuerza y con tanto calor nos habría venido genial.

—Eso tiene fácil solución —dijo Darian—, solo tenemos que cruzar la puerta. La tenemos a unos pasos.

—Hay que cruzar más de una puerta —hablé divertida.

Igualmente, el recorrido entre nuestras casas era mínimo, pero…

—Error, señorita Díaz. —Puse los ojos en blanco por cómo se refirió a mí y él soltó una carcajada—. No te has dado ni cuenta, entrarían a robarte en la casa, contigo en el porche, y ni te enterarías. —Arqueó una ceja.

—Si ya se lo digo yo siempre —soltó un suspiro mi madre.

—Puedes estar tranquila, Elena, ahora está rodeada por Eloy y por mí —le sonrió Darian, y mi madre le devolvió el gesto.

—¿Eh? ¿De qué no me he dado cuenta? —Fruncí el ceño, sin comprenderlo.

—Presta atención. —Me hizo un guiño.

Todos lo miramos con curiosidad y seguimos sus pasos, cuando se alejó por la hierba de mi jardín. Llegó hasta la valla cubierta por enredaderas que separaba mi parcela de la suya y señaló la parte en la que paró.

—¿Qué hace? —preguntó Tania.

—Creo que lo sé —contestó Eloy, soltando una carcajada, mientras miraba de reojo a mi amiga.

Estos dos se atraen, pensé divertida.

Me centré en Darian y me quedé con la boca abierta, literalmente, cuando metió la mano entre la enredadera. Hizo unos movimientos desde su lado de la valla y, como por arte de magia, esta se abrió justo donde se divisaba una parte de su piscina.

—¿Qué…? —Jadeé.

—Ha hecho una puerta para que estéis comunicados sin tener que ir de una casa a otra por la acera —dijo lo evidente Eloy, doblándose de la risa.

—Es una idea estupenda —comentó mi padre, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Cómo no me he enterado? —le pregunté a Darian, mientras se acercaba a mí.

—Porque elegí los momentos en los que no estabas en el porche para hacerlo poco a poco. —Me hizo un guiño—. Así, que, tenemos piscina —dijo para todos y los gritos, las risas y los aplausos nos rodearon.

—Ya puedes recorrer el jardín de noche, desnuda, y aparecer en mi casa, con la tranquilidad de que solo yo te veré —me susurró en el oído—. Es un extra ahorrarnos el tiempo que se pierde con la ropa. —Me mordisqueó el lóbulo, y me estremecí.

—Veo que piensas en todo —solté un suspiro, perdiéndome en el color tan especial de sus ojos.

—Ni te lo imaginas. —Rio.

—¿Quién quiere un baño antes de poner la carne en la barbacoa? —preguntó Emma, emocionada.

—Se nos ha olvidado el detalle de los bañadores, no contábamos con esta novedad —comentó Adrián, negando.

—Mmm… eso tiene fácil solución. Al menos para nosotros no es un problema —continuó hablando ella.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál? —Arqueó una ceja él.

—Todos tenemos ropa interior. —Se encogió de hombros Emma—. No se aleja mucho de los trajes de baño, a no ser que te escandalice ver un poquito más de carne, por alguna transparencia y esas cosas. —Lo tanteó con una sonrisa pícara.

Adrián no apartó la vista de ella, ¡y qué mirada! Apreté los labios, dando saltos imaginarios en mi cabeza. El día se ponía cada vez más interesante.

—Yo no llevo, hoy voy muy suelto —dijo Eloy, interrumpiéndolos.

—Oh, ¡por favor! —se quejó Jon—. ¿Llevas al parajillo suelto? No me lo puedo creer. —Sacudió la cabeza, riendo.

—Tampoco le veo problema a eso —soltó Tania, mordisqueándose una uña.

Teniendo en cuenta que la manicura era sagrada para ella…

—Eso me lo tienes que aclarar, preciosa —le pidió Eloy, observándola fijamente con una sonrisa de medio lado.

—Si necesitas aclaración, vas fatal —comentó mi madre con humor, y todos soltamos una carcajada.

—Me encantan tus padres, Ginger —me habló Jon.

—A mí también, creo que me he enamorado de los dos —añadió Eloy.

—¿Qué puedo decir? Para mí son los mejores, únicos e irrepetibles —dije.

—Entonces, ¿nos lanzamos a la piscina en ropa interior? —nos preguntó Jon— Cabemos todos y sobrará espacio.

—Después de ti —le respondió Andrea, recorriendo el cuerpo del primo de Darian de los pies a la cabeza, sin ninguna vergüenza.

—Será un placer, aunque preferiría ir detrás de ti. —Le hizo un guiño él.

—¡Id a divertiros! —nos animó mi padre, riendo por la situación—. Nosotros nos quedamos encargados de la barbacoa.

—Ah, no, o todos o ninguno —protestó Emma—. Hace mucho calor y os sentará genial un baño, aunque sea rápido.

—Nosotros no somos tan atrevidos como vosotros. La juventud id a pasarlo bien —intervino mi madre, moviendo las manos en el aire.

—Mamá, ve a mi vestidor y busca entre los bikinis y los trikinis, la mayoría te quedarán bien —le sonreí.

—No sé… —Miró a mi padre, indecisa porque no quería que él fuera el único en privarse de refrescarse.

—No pasa nada cariño, hazle caso a Ginger —la animó dándole un beso en la cabeza.

—Claro que no hay problema, voy a por un bañador para ti, Pablo —le dijo Darian y se lo agradecí con la mirada.

—Oh, pues de esa forma sí. —Aplaudió mi madre.

—Pues venga, patitos al agua —gritó Eloy, empezando a correr hacia la enredadera.

—¡Qué tú tienes que ir a ponerte un bóxer! —le gritó Jon, sin poder parar de reír.

—Mierda. —Se paró de golpe Eloy—. Es verdad, eso lo tengo que reservar para Tania y su «no problema» en verme. Ahora vengo. —Volvió a correr, pero cruzando el jardín en la dirección de su casa.

Los demás, menos mi madre, fuimos hacia la parte de Darian, entre risas, mientras Tania miraba de vez en cuando por donde se había ido Eloy. Mi madre subió a mi habitación para ponerse un traje de baño y cuando se

reunió con nosotros, mi padre ya se había colocado el que le había dejado Darian. Sonreí al verlos, estaban espectaculares.

El baño nos sentó genial a todos y, sobra decir, que aprovechamos la piscina al máximo. Mi padre y mi madre se metieron varias veces en el agua, para soportar mejor el calor, pero la mayoría del tiempo nos dejaron solos para hacer la carne. Nosotros nos fuimos turnando para ayudarlos y para hacerles compañía.

Fue un día increíble, en el que no paramos de reír, en el que comimos estupendamente y en la mejor de las compañías, y en el que pude disfrutar de muchos acercamientos con Darian. No se cortó ante la presencia de nadie, ni siquiera de mis padres.

No os penséis que fue algo parecido a lo que vivimos en el porche de mi casa, con mi padre delante y la mano de Darian en juego, no, me estoy refiriendo a los abrazos espontáneos, a las miradas cómplices, a los besos rápidos en los labios y a sentarme encima de sus piernas, mientras él me acariciaba la espalda.

A pesar de todo eso, en algunos momentos, noté cómo su mente se alejaba. No fui la única, mi madre también, por lo que mi padre fue muy consciente de ello. La expresión de Darian se ensombreció un poco, pero solo tenía que tocarlo o pegarme a él, para traerlo de vuelta.

Los demás no se dieron cuenta porque fueron instantes muy breves y estaban muy entretenidos haciendo bromas y pasándoselo bien. Entre los cruces de miradas y los piques que hubo entre nuestros amigos, incluyendo

al primo de Darian en ellos, empezaron a suceder muchas cosas curiosas entre el jardín de mi casa y la piscina.

Capítulo 31



—¿Preparados? —nos preguntó Adrián.

—Joder, lo has dicho como si fuéramos a entrar, pero no a salir. —Jadeó Andrea.

—Estáis fatal —dijo él, riéndose.

—No despistaros, chicos. Todos sabéis lo que tenéis que hacer y buscar —habló mi madre, frente a nosotros.

Mientras mis amigos asentían e intercambiaban varios comentarios con mis padres, yo dirigí la vista hacia la entrada por la que pronto pasaría. Tragué saliva, me sentía nerviosa, pero estaba siguiendo a rajatabla las indicaciones que me había dado mi madre.

Y allí estábamos, en el cementerio, a las siete de la tarde del domingo. Sí, un plan ideal en un lugar estupendo en el que pasar el rato con mis amigos y mis padres. Un pensamiento y una realidad cargados de ironía. No había faltado ninguno: Adrián, Tania y Andrea, aceptaron enseguida. Al principio,

la sorpresa en ellos fue evidente, normal, porque ¿quién no se asombraría de que alguien le pidiera ir al cementerio sin motivo aparente?

Los cuatro llegamos a las seis y media de la tarde al piso de mis padres y, en cuanto mi madre les pidió que nos acompañaran a este sitio, ni se lo pensaron. Todos conocían sus habilidades y la escucharon atentos cuando les explicó, muy por encima, lo que queríamos encontrar, y el porqué. Al tener la información, mis amigos se centraron en mí, pero no me hicieron ningún comentario de reproche ni nada parecido por no haberles hablado de lo de los sueños y de lo que me preocupaba.

Sabía que eso no sucedería, nunca. Habían respetado y comprendido mi silencio, simplemente, que de simple tenía poco, me dieron su apoyo con abrazos y con sonrisas, y aceptaron acompañarnos. Los quise inmensamente más, aunque era imposible aumentar el amor que sentía por ellos.

Con Darian había estado hasta las cuatro y media. Después de darnos un baño muy excitante y apasionado en su piscina, con la relajación final, comimos en su casa y nos acomodamos en el sofá. A la hora que he comentado, me fui a mi casa, por la nueva puerta que comunicaba nuestras propiedades. Era todo un acierto, muy cómoda y práctica para los dos.

Nos separamos porque él tenía que trabajar en unos asuntos de su empresa, y a mí me vino genial para hacer lo que necesitaba: ir hasta el piso de mis padres dando un paseo, para después venir hasta aquí.

Lo avisé de que aprovecharía para ir a ver a mis padres, a pesar de que el día anterior, el sábado, fue la barbacoa en la que nos lo pasamos genial. Le

informé por si hacía algún descanso y le daba por ir a mi casa o me buscaba desde la ventana de su habitación.

Por Darian estaba tranquila, lo que me inquietaba era lo que nos había traído hasta el cementerio, lo que pudiéramos encontrar en él, y el después: cómo saldríamos. Solté un suspiro y miré a mi padre. No me había enterado de lo que me había dicho.

—Te he preguntado si estás bien, cariño. —Me acarició la mejilla.

—Sí, papá. Igual que todos, dado donde nos encontramos. —Me encogí de hombros.

—Irá bien. —Me dio un beso en la mejilla y lo abracé.

—Estaremos en parejas, ¿vale? —habló mi madre, manteniéndome la mirada.

—De acuerdo —respondió Adrián.

Me temblaron las piernas cuando di el primer paso para seguirlos, agradecí inmensamente que mi padre no me soltara y que me sujetara con un brazo por la cintura.

—Relájate, cariño. Esto no es nada —me pidió mi madre, al otro lado.

—Ya lo sé, mamá, pero no puedo controlar los nervios. —Bufé.

—¿Quieres que alguno de los dos vayamos contigo? —me preguntó mi padre.

—No, iré con Andrea —dije al verla a unos metros, parada en la entrada.

Adrián y Tania ya habían entrado, para recorrer la parte en la que nos habíamos dividido las calles del cementerio.

—De acuerdo, cualquier cosa grita —me pidió mi madre y frunció los labios.

—Muy graciosa —dije y nos reímos.

Andrea y yo nos separamos de ellos. Mis padres iban a encargarse de los pasillos centrales, Andrea y yo giramos hacia la izquierda porque Adrián y Tania habían ido hacia la derecha.

—Estás preocupada —me dijo.

—No es preocupación —dije, pensativa—. O sí… no sé. —Negué con la cabeza.

—Ya verás cómo todo sale bien. —Me agarró de una mano y le sonreí.

—Gracias.

—No digas tonterías. A ver. —Se paró con las manos en las caderas.

Las dos observamos la cantidad de lápidas que teníamos delante, y solo era comienzo.

—Me va a dar algo, saldremos de aquí de noche. —Solté un quejido, haciéndola reír.

—Pues espero que no, porque como cierren la puerta nos tocará dormir aquí y entonces…

—Cállate, ni lo digas. —Me estremecí.

—Es más seguro estar aquí dentro que fuera. —Volvió a reír.

—No sé si eso es muy cierto. —Hice una mueca.

—Vamos a buscar el nombre de Melisa Álvarez con las fechas que viste, para saber y asegurarnos de que los sueños tienen algo de verdad.

—Vale —susurré.

—Venga. —Me señaló enfrente, para ella ir al otro lado y completar en el centro la primera pared—. Si lo conseguimos, llamamos a tu madre.

No volví a hablar, tenía un nudo en la garganta. Todas las sensaciones que sentía eran una tontería, no las emociones, pero sí el motivo. No tenía

sentido, estábamos aquí para obtener respuestas porque si, por casualidad, la lápida que vi en el último sueño existía en realidad, mi madre se pondría a trabajar frente a ella. Hacerlo tan directamente y cerca le facilitaba mucho las cosas.

Me dio un escalofrío, pero empecé a leer todos los nombres, sin dejarme ni uno por revisar. Durante una hora y media, Andrea y yo no tuvimos suerte, y pasó más tiempo en el que continuamos sin desanimarnos ni echarnos para atrás.

Estábamos cambiando de pasillo cuando pegué un brinco y solté un grito de golpe, provocando que Andrea reaccionara de la misma forma. Nos miramos a los ojos y soltamos una carcajada, mientras la melodía de mi móvil seguía sonando. Lo saqué del bolso y descolgué.

—Mamá —respondí a la llamada con el altavoz activado.

Fijé la vista en Andrea que se había puesto frente a mí. Mi amiga me frotó los brazos, para que me tranquilizara.

—La he encontrado, cariño —nos confirmó y cogí una bocanada de aire, cerrando los ojos.

—Vale —susurré—. ¿Dónde estáis?

Andrea se puso nerviosa, mientras escuchábamos sus indicaciones.

—Ahora llamo a Adrián para que vengan.

—De acuerdo —dije antes de colgar y de lanzar el teléfono en el bolso.

—Es verdad —dijo pensativa.

—Mi madre lo tenía claro antes de venir, y… supongo que yo también. —Bufé.

En silencio, nos agarramos de la mano y nos dirigimos hacia donde estaban mis padres. Cuando giramos y accedimos a la calle, Adrián y Tania ya habían llegado junto a ellos. Me paré cerca y observé las lápidas más cercanas.

—Ahí —dijo mi padre, señalando una de abajo.

Me acerqué despacio y me froté el estómago, al leer el nombre y las fechas. Todo cuadraba, incluso la puñetera lápida que era diferente a las que la rodeaban.

—¿Y ahora qué? —Quiso saber Tania.

—Sentaos en el banco en silencio —nos pidió mi madre, cogiendo la mochila que le dio mi padre.

Él se quedó cerca, a unos pasos retrasado. Mis amigos y yo fuimos al banco que estaba separado por unos metros y nos sentamos, viendo cómo

mi madre sacaba varias cosas de la mochila.

Adrián me tomó de una mano e hice presión en la suya. Al final, terminamos los cuatro cogidos de las manos, sin apartar la atención de todo lo que hacía mi madre. Sonreí, mirándola con admiración, se concentró tanto que supe que, por intervalos de tiempo de largos minutos, dejó de estar con nosotros, en un plano diferente al físico.

La atención de mi padre iba de nosotros a su mujer, pendiente de cada uno y de los detalles. Con los brazos cruzados, apoyado en el tronco de un árbol, se mantuvo inmóvil.

Ninguno de mis amigos ni yo abrimos la boca, hasta que mi madre, una hora y cuarto después, empezó a levantarse del suelo despacio. Mi padre se acercó a ella con grandes zancadas, para ayudarla. Miré la hora en el reloj de pulsera. Entre el tiempo que habíamos pasado buscando y el que llevaba mi madre sentada en el suelo rodeada de sus cosas, ya era muy de noche.

En cuanto estuvo de pie, se giró hacia mí. Me encogí un poco al ver su mirada fija, como si todavía no hubiese regresado del lugar al que se había ido.

—¿Creéis que nos hemos quedado encerrados aquí? —Quiso saber entre susurros Tania.

—No —respondió Adrián—. Le he preguntado a un chico de mantenimiento y me ha dicho que cierran las puertas a medianoche.

—Joder, qué mal ha sonado eso de la medianoche. —Rio en tono bajo Andrea.

—Pues menos mal que estamos a tiempo de irnos —murmuré, viendo cómo mis padres se acercaban a nosotros, después de recoger todo del suelo y de que mi madre se recompusiera—. ¿Bien? —le pregunté directamente, cuando se pararon delante.

No tuve las fuerzas suficientes para levantarme, no hasta que no me contestara.

—Sí, cariño. Muchísimo mejor de lo que esperaba. —Me sonrió, y me acordé de que tenía que respirar.

Ya volvía a ser ella, en todo su esplendor.

—¿Y? —Quiso saber Adrián, haciendo presión en mi mano.

No me había soltado ni un segundo del tiempo que llevábamos en el banco.

—Ya sé quién es Melisa —dijo, y tragué saliva—. Ginger…

—¿Qué? —pregunté con voz aguda.

—Lo sabía.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

—No lo sabía del todo, pero… mi intuición me decía que sí. Cuando vi a Darian por primera vez, me impactó.

—¿Cómo? —Agrandé los ojos.

—Mierda. —Jadeó Andrea, y Tania la siguió.

—No os asustéis —nos pidió—. Cariño, preferí compartirlo solo con tu padre hasta estar segura. Y aquí me ha quedado claro que Melisa está relacionada con Darian. —Me sonrió—. Él tiene una energía muy fuerte, potente, y como he dicho, la noté de una forma muy especial cuando lo conocí.

—No entiendo nada. —Sacudí la cabeza.

—Es mejor que hablemos tranquilamente en casa —dijo mi padre—. Vámonos de aquí.

—No sabes cómo te amo por decir eso, Pablo. —Se levantó de un salto Tania.

Andrea y Adrián también se levantaron, y él me ayudó a hacerlo a mí. Todavía no había asimilado la poca información que acababa de darme mi madre, y los pensamientos empezaron a agobiarme.

Salimos del cementerio en silencio. Un silencio que se prolongó hasta que llegamos a los coches.

—Nos vemos en tu casa —me dijo Adrián, abriendo la puerta del suyo.

—Ya habéis hecho bastante. —Le sonreí, o eso me pareció—. Id a descansar, os lo contaré todo mañana.

—Ni a hablar. Vamos a tu casa y pedimos algo para cenar. —Me guiñó un ojo, y dejé estar la discusión al ver que Andrea y Tania apoyaban su idea.

Me monté en el coche de mis padres y, con mi padre al volante, empezamos a alejarnos del cementerio. Ni me enteré del recorrido hasta mi casa, se me pasó volando. Cuando llegamos, Adrián estacionó detrás de nosotros y nos bajamos. Miré hacia la casa de Darian, no se veía ninguna luz. Busqué el móvil en el bolso y vi que tenía un mensaje de él de hacía un poco más de media hora.

Al cabo de unos minutos de estar sentados en el banco, mis amigos y yo pusimos nuestros teléfonos en silencio, para que nada interfiriera en la concentración de mi madre.

Darian: *Buenas noches, preciosa. He visto que todavía no has vuelto. Me hubiese gustado esperar para verte, aunque fueran unos minutos, pero me ha entrado dolor de cabeza y acabo de acostarme en la cama. Seguramente me quede dormido pronto, pero mañana sin falta voy a por mi beso de buenos días… y a por el que me ha faltado ahora. Descansa.*

Sonreí al leerlo y solté un suspiro. Tuve el impulso de contestarle, pero me controlé por si no había apagado el teléfono o no lo había puesto en silencio, esperando mis buenas noches. Di por hecho que Darian ya estaría dormido, como él mismo había adelantado. Le daría los buenos días en condiciones: en persona, con besos y abrazada a él.

Me venía muy bien porque, antes de verlo, necesitaba saber todo lo que mi madre tenía que decirme. Me había dejado muy desconcertada y preocupada al sacar su nombre a relucir, al decirme que la tal Melisa estaba relacionada con Darian. No tenía ni idea de lo que significaba, pero faltaba poco para enterarme.

Al entrar en mi casa, mis amigos y mi madre se repartieron entre el aseo de la planta principal y los baños de las habitaciones de la superior. Yo seguí a mi padre hasta la cocina y cogimos bebidas para todos. No tuvo ni que preguntarme, sacó botellines de cerveza directamente, sabiendo que necesitaba algo más fuerte que un refresco, para que me anestesiara rápido.

Eso para empezar. Estaba por ver cómo terminaba mi noche. Evitamos salir al porche para no hacer ruido, por lo que nos acomodamos en el sofá del salón y en los dos sillones, al fresco del aire acondicionado. Cuando Tania apareció la última, yo ya había vaciado medio botellín.

—Primero vamos a pedir la cena, cenamos tranquilamente y después hablamos. ¿Qué os apetece? —nos preguntó mi padre.

—Por mí cualquier cosa, elegir sin contar conmigo. Picaré un poco, no tengo mucha hambre —comenté con la mirada de todos puesta en mí.

—Entonces, pedimos japonés —dijo Adrián, con una media sonrisa.

—Eso no se hace. —Entrecerré los ojos, provocando que soltara una carcajada.

—¿A que acabas de cambiar de opinión? —quiso saber Andrea, para continuar picándome.

—Pedimos dos buenas bandejas, decidido —asentí, y terminamos riendo.

Mi madre me tomó de la mano. Al mirarla, sus ojos me transmitieron todo lo que necesitaba: amor. Me sentí reconfortada y arropada por mi familia, que incluía a mis amigos. Y sabía, sin la necesidad de que lo dijeran, que aquella noche iba a ser muy larga: no se irían de mi casa hasta asegurarse de que yo estaba bien.

Adrián se encargó de llamar al restaurante japonés para hacer el pedido, el que llegó veinte minutos después, cuando estábamos terminando la segunda ronda de cervezas. Cenamos sin movernos de la zona del sofá, con los recipientes de comida adornando la mesa baja.

Los seis, sin excepción, la rodeamos sentados en el suelo sobre cojines. Hubiese sido un momento perfecto, en realidad lo fue, solo que se vio enturbiado por mis nervios, mis miedos y la incertidumbre de lo que estaba por llegar.

Capítulo 32



En la cama, nada más abrir los ojos después de apagar la alarma, fijé la mirada en el techo. La persiana no estaba cerrada del todo; se colaba un poco de claridad por las rendijas entre las lamas.

Cerré los párpados despacio, recordando con exactitud las palabras de mi madre, las que iniciaron la conversación que tuvimos alrededor de la mesa baja del salón de mi casa, al terminar de cenar la noche anterior. Como ya imaginaba, nos dio para mucho y se nos alargó. Mis amigos y mis padres se fueron de mi casa cerca de las tres de la madrugada.

Así comenzó, de voz de mi madre, lo que me ayudó a entender lo incomprensible…

—Voy a empezar repitiendo lo que dije en el cementerio. Melisa Álvarez está relacionada directamente con Darian y ella ha llegado a ti, Ginger, a través de la energía de él. Darian posee una vibración muy alta, potente como pocas, destaca mucho para quien tiene la habilidad y la capacidad de sentirla. Cuando lo vi la primera vez, la percibí con intensidad, la noté de una forma muy especial.

»La verdad es que me impactó como ya os he comentado, y mi intuición me puso en alerta, cariño —se centró en mí—. Pero en el buen sentido, tenlo claro. ¿Vale? —asentí— Al ser tan repentino e intenso, solo lo compartí con tu padre, porque capté una vinculación férrea y sólida contigo y necesitaba descubrir si tenía algo que ver con los sueños que te han perseguido durante años.

»Desde mi punto de vista, era algo demasiado curioso e importante como para dejarlo pasar, ya que como nos contasteis aquel día, fue el primero que bueno… —Carraspeó—. Os acercasteis de una forma especial, lo voy a definir de esa forma. Cuando más tarde, al despedirnos, nos explicaste a tu padre y a mí cómo conociste realmente a Darian y cómo se dio todo entre vosotros, todo empezó a encajar en mi cabeza, pero igualmente necesitaba asegurarme de que estaba en lo correcto.

»Darian tiene lo que yo denomino un alma pura, una esencia espiritual limpia y genuina. —Me sonrió—. Todo esto que os cuento, también lo percibí con anterioridad, cuando todavía no lo conocía en persona. Fue la mañana en la que te sorprendí en tu casa para desayunar, cuando estuvimos en el porche y vi a Darian, sin saber su nombre, asomarse varias veces por la ventana.

»Todo fue conectándose, pero no por ello pude sacar mucho en claro, más que lo que llegaba a mí. —Hizo una pausa, mirándonos a todos—. Ahora voy a explicaros la forma que le doy yo a todo —asentimos—. Hay almas que están destinadas a encontrarse, una y otra vez, da igual en el plano que sea y cómo se den las circunstancias.

»Pese a los acontecimientos de la vida, esas almas siempre encontrarán el camino para llegar hasta la otra. Dicho esto, creo que Darian es la presencia, la figura, el contorno, o como quieras llamarlo, que se te presentaba en los sueños. —Agrandé los ojos—. Cuando me explicaste lo

de los destellos que se reflejaban de la imagen oscura, siempre te referiste a ellos como que tenían mucha intensidad —asentí.

»Esa es la energía que se desprende y no todas tienen la misma fuerza y magnitud, por lo que entendí que tenía que ser algo muy significativo y potente. Esto se corresponde con Darian. Creo que, no, estoy segura de que durante todo el tiempo que ha pasado en el que ese sueño ha regresado a ti, era él acercándose, aunque no fuese consciente. —Contuve la respiración.

»Hay una fuerza de la atracción que es muy difícil de explicar con palabras, que muchas personas no le dan sentido, pero que la sienten al instante y se rinden a ella. Nos movemos en un mundo predominado por las energías, nosotros mismos formamos parte de ella. Una gran mayoría de las personas no son conscientes realmente de ello y de lo que llega a significar.

»Darian ignora todo esto, y tú, simplemente lo atrajiste hasta ti en un plano diferente, por ser muy receptiva y por ser un poquito más especial, por la historia de nuestra familia. Los sueños que te han acompañado eran como una premonición, como si poco a poco, con el paso del tiempo, fueras reduciendo los impedimentos para que llegara el día en el que os volveríais a encontrar.

»No sé si te has dado cuenta, cariño, o si te has parado a pensar en ello, pero ¿eres consciente de que desde que te reencontraste con Darian no has vuelto a tener el mismo sueño repetitivo que te traía paz? —Agrandé los ojos y entreabrí los labios—. Ya veo que no, pues tienes que saber que esos sueños se terminaron, por el simple hecho de que ya estáis juntos.

»Él ya no necesita llegar hasta a ti con su energía, sin que fuera consciente de ello, porque ahora te tiene al alcance. Fíjate si era fuerte que él llegó a ti en sueños, antes de hacerlo en persona. Cuando lo conociste en la universidad, como el profesor sustituto, ya llevabas un tiempo soñando lo

mismo y todavía no lo habías visto. Y precisamente la misma mañana en la que sucedió, volviste a soñar —asentí.

»Por eso, porque vuestra unión es sólida, aunque no lo sepáis, a través de él apareció en escena Melisa, al estar vinculada a Darian. Sé que ella se corresponde al primer sueño que tuviste diferente, pero por aquel entonces, todavía Darian y tú no estabais juntos. Por ese cambio y por la fusión de tu energía con la de él, la otra noche soñaste con imágenes nítidas y claras, lo que no te había sucedido hasta ese momento.

»Lo primero que viste fue el contorno de una figura humana, como tú le dices. Era Melisa, y después saltaste a ver la lápida que ella quiso mostrarte. La imagen de la fachada de la casa, seguramente esa vivienda, está vinculada a ella y me arriesgo a decir que a Darian también. Y la caja cerrada con una cadena con candado, creo que es algo que necesita que él abra, que la descubra porque se le habrá pasado por alto, o simplemente no ha querido retroceder en sus recuerdos.

»La sensación de asfixia tan fuerte que sentiste al despertarte, las ganas de llorar, la tristeza, la angustia y el temblor, son sensaciones que te transmitió la energía de Melisa, porque para ella, es muy importante que su mensaje llegue a ti y puedas ayudarla. Y os preguntaréis, si la energía de Darian es capaz de tanto, cómo es que Melisa no se le presentó a él, en vez de a ti. —Fijó los ojos en los míos.

»La respuesta es sencilla, él la bloquea sin saber realmente que su subconsciente lo hace. Lo que también percibí de Darian es que lleva consigo un dolor muy grande, dolor con el que lucha diariamente. No os podéis imaginar hasta qué punto. —Sonrió con tristeza—. Ese es el motivo por el que Melisa no puede acceder a él, por la barrera inconsciente que tiene levantada Darian.

»Terminé. —Nos sonrió a todos y mi padre la agarró de una mano, mirándola con tanto amor…—. Ahora podéis empezar con la ronda de preguntas. —Rio al ver las caras de mis amigos y la mía. Impactados, así nos habíamos quedado.

Abrí los ojos de golpe y me incorporé en la cama. Me quedé sentada con la vista ida y me froté la cara. La explicación de mi madre y todos los datos que nos dio, aún me parecían increíbles.

Cogí el móvil de la mesita de noche y comprobé la hora. Eran las ocho. Me alejé rápido de la cama para ir al baño. Mi madre aparecería en diez minutos, así quedamos cuando se fueron la noche anterior.

Las dos íbamos a ir a la casa de Darian, a verlo y a sincerarnos. Mi madre no había querido dejarme sola y se lo agradecí porque con ella a mi lado todo sería más fácil. Era tan difícil explicar ciertas cosas… esperaba que Darian estuviese receptivo y que nos escuchara con atención, pero, sobre todo, que nos creyera. Tragué saliva por el nudo que se me formó en la garganta, porque si no lo aceptaba, si nos hacía algún comentario despectivo…

No, él no era así, aunque claro, cuando alguien se lleva un impacto o se queda en *shock*, nunca se sabe cuál puede ser su reacción. Mi padre no venía, su primera intención fue acompañarnos, pero mi madre le quitó la idea para que no tuviera que hacer horas de más en el trabajo, al día siguiente. Lo tranquilizó diciéndole que estaríamos bien y que, cuanto más íntimo fuese el ambiente, con pocas personas, la situación saldría mejor.

Lo de que lo tranquilizó es un decir, porque supe perfectamente que mi padre se quedó inquieto por no poder estar presente. A pesar de ello, no insistió y aceptó con una sonrisa lo que mi madre le pidió. No es que mi padre dudara de la reacción que pudiera tener Darian, con lo que nos explicó mi madre de él, y con el tiempo que hacía que mi padre lo conocía, aunque no fuese mucho, era suficiente para saber que no tenía que preocuparse por Darian.

El problema es que mi padre había vivido muchas situaciones junto a mi madre que todavía le dolían, y como he dicho, las reacciones de las personas en ciertas situaciones pueden salirse de su control, sin que sean capaces de remediarlo.

Después de lavarme la cara, me miré en el espejo y solté un suspiro. Hoy no estaba para mucho, por lo que ignoré el aspecto de mi pelo y me lo recogí en un moño alto y despeinado. Con eso tendría que valer. Cuando salí del baño, me dirigí al vestidor, me quité la camiseta de tirantes con la que había dormido y me puse un pantalón corto vaquero y un top de palabra de honor. Me calcé las sandalias planas y bajé a la planta principal, con el móvil.

Me estaba preparando un café cuando sonó el timbre.

—Buenos días, mamá —la saludé, devolviéndole la sonrisa.

—Buenos días, cariño. —Me abrazó—. Me he pasado por la panadería de Lucía. —Levantó una bolsa cuando cerré la puerta.

—Me viene genial. —Se la quité rápido, y rio—. Me estaba haciendo un café, nos tomamos uno antes de ir a la casa de Darian, ¿no?

—Claro.

Me acompañó a la cocina y no nos movimos de ella. Nos los tomamos sentadas en los taburetes de la isla y los acompañamos con dos cruasanes pequeños. Yo de chocolate, ella de crema.

—¿Cómo has dormido?

—Bien, estaba tan agotada de todo… —Sacudí la cabeza.

—Me alegro de que hayas descansado. —Sonrió—. No estés nerviosa, hija.

—Es difícil, mamá. —Hice una mueca.

—Lo sé, pero estoy convencida de que todo va a salir bien. —Me hizo un guiño.

—Si tú lo dices… ¿Papá se ha ido bien al trabajo?

—Lo he tenido que sacar a empujones del piso, con eso te lo digo todo. —Reímos.

—Está preocupado.

—Soy consciente, pero a ti te he repetido lo mismo que le he dicho a él. Todo estará bien, además, tú y yo solo nos separaremos una vez que terminemos. No tiene sentido que mañana tenga que trabajar más horas por faltar hoy —negó.

—Mamá… —Bajé la mirada a la taza vacía.

—No vas a perder a Darian, Ginger —dijo y busqué sus ojos—. No va a alejarse de ti.

—Tengo miedo porque si ocurre… —susurré.

—Cariño, ahora sabes lo que os une, es imposible que lo que hay entre vosotros se rompa. ¿Qué os peleéis? Sí, por supuesto, ¿qué pareja no se enfada? ¿Qué os reconciliaréis? También, y eso es lo mejor después de una discusión, te lo aseguro. —Rio, y sonreí—. No tienes que preocuparte por eso, Darian te ama, siempre te ha amado. ¿Te lo ha dicho ya? —negué nerviosa— Pues ya te lo confirmo yo. —Soltamos una carcajada.

—¿Vamos? —Me levanté del taburete.

—Sí. Voy al baño primero.

—Yo también, se me ha aflojado todo. —Hice un puchero y volvimos a reír, mientras salíamos de la cocina.

Mi madre entró en el aseo de la planta principal, yo subí a mi habitación para no perder el tiempo. Cuando bajé, ella ya había recogido la cocina y fregado las tazas. Salimos de mi casa agarradas del brazo, mientras mi madre me acariciaba la mano, para calmar el temblor que sentía.

Hicimos el camino por la acera, no fuera a ser que si utilizábamos la puerta que comunicaba a los jardines, Darian me escuchara y se pensara lo que no es. Me refiero a que podía aparecer más desnudo que vestido y le ahorré el bochorno a mi madre, o más bien la alegría. Cuando se lo dije nos reímos.

Me paré cuando lo hizo ella.

—¿Qué? —le pregunté, solo habíamos dado un paso en el camino de la propiedad de Darian.

Esperé impaciente el tiempo que necesitó para contestarme, mientras miraba concentrada el buzón de Darian.

—Aquí hay una aclaración muy importante, cariño —susurró.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño, dirigiendo la vista al buzón.

—Mira el apellido de Darian y piensa, hija. —Me observó.

Lo hice, por los nervios me costó más de la cuenta entender lo que quería decirme, hasta que agrandé los ojos, al comprenderla. Nos miramos a los

ojos.

—Vaya, menuda sorpresa.

La voz de Darian me sobresaltó y di un respingo, antes de girarme hacia él. Estaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una gran sonrisa.

Capítulo 33



Darian

En cuanto terminé de ducharme y de vestirme, bajé a la cocina para tomarme un café rápido. Quería ver a Ginger, la noche anterior me quedé con las ganas. Me había despertado sin un mensaje de ella, pero como le dije que me dormiría rápido…

Estuve liado toda la tarde con asuntos de la empresa y me entró un puñetero dolor de cabeza que me dejó noqueado. Necesité cerrar los ojos después de cenar un sándwich rápido y tomarme una pastilla. Por suerte, al despertarme esta mañana, no quedaba rastro del dolor.

Como era lunes y sabía que Ginger se levantaba temprano, decidí hacerle una visita para desayunar con ella. Cuando dejé la taza en el fregadero, con el móvil en una mano y las llaves de la casa en la otra, por si me encontraba la corredera del porche bloqueada al regresar, recorrí el salón para ir junto a ella por la puerta que hice en la valla que separaba nuestros jardines.

No llegué a salir al porche, me paré al pasar por la ventana del salón. Al mirar hacia la calle a través de ella, sonreí al ver a Ginger. Me sorprendió que hubiese venido por la calle, pero cuando comprendí el motivo, me reí solo: su madre la acompañaba.

Cambié de dirección y fui hacia la puerta principal. No se enteraron cuando la abrí. Apoyé el hombro en el marco y crucé los brazos sobre el pecho, observándolas sonriente. Debían encontrar muy interesante mi buzón, el que por cierto, era calcado al de Ginger. Estaban paradas frente a él.

—Vaya, menuda sorpresa —dije para hacerme notar.

Sobresalté a Ginger, dio un respingo y apreté los labios, conteniéndome para no reír.

—Darian…

Me encantaba escuchar cómo pronunciaba mi nombre. Elena fue la que se movió primero, tirando de su hija que parecía que me veía por primera vez. Arqueé una ceja, pensando en cuál era el motivo.

—Buenos días, Elena. —Me incliné para darle dos besos en las mejillas.

Me los devolvió y me sonrió cuando nos separamos.

—Buenos días, Darian. —Me correspondió.

—Hola, preciosa. —Me dirigí a Ginger, que ni parpadeaba observándome —. ¿Señorita, Díaz, tengo que tirarte un cubo de agua a la cara para que reacciones? ¿Tan impresionante estoy esta mañana que te has quedado sin palabras?

Elena se rio, pero yo estaba empezando a mosquearme al no saber lo que le sucedía. La piqué con las palabras y al utilizar el «señorita Díaz». Cada vez que me refería a ella de esa forma, se alteraba porque no le gustaba, y yo, como no, me aprovechaba de eso.

—Puedes intentarlo, otra cosa es que termines bebiéndote toda el agua tú. —Sonrió de medio lado y solté una carcajada, relajándome al instante.

Le rodeé la cintura para acercarla a mí y busqué sus labios, los que me recibieron y me devolvieron el beso de la misma forma en la que se lo di.

—Pasad —les pedí, apartándome de la puerta.

—Espero que no te moleste que me haya autoinvitado, Darian —me dijo Elena.

—No tienes que avisarme para venir cuando quieras. —Le dejé claro.

—Gracias.

—No hay de qué. —Le sonreí—. Voy a preparar tres buenos desayunos.

—Espera. —Me agarró del brazo Ginger, antes de que fuese hacia la cocina—. Yo mejor empiezo por un café, todavía… sabes que hasta que no pasa un rato no me entra nada.

—Me lo has puesto muy fácil para hacer un comentario que tire por tierra lo que acabas de decir. —Apreté los labios.

—¡Darian! —Jadeó.

Elena y yo nos reímos con ganas, mientras Ginger ponía los ojos en blanco con las mejillas ruborizadas.

—Pues tres cafés, por ahora —dije—. ¿Prefieres el desayuno ya, Elena?

—Tranquilo, con el café va bien.

—De acuerdo, yo me encargo. Acomodaos donde prefiráis. —Les guiñé un ojo.

Las vi ir hacia el porche, normal, estando Ginger era siempre su primera elección. Sacudí la cabeza y fui hacia la cocina, para preparar los cafés. No me llevó mucho tiempo, así que me reuní con ellas con una bandeja donde coloqué las tazas, cucharillas y sobres de azúcar.

—¿Qué tal fue la tarde ayer? —Me interesé.

Habían estado juntas, Ginger se fue al piso de sus padres en algún momento de la tarde y llegó de noche. Sobre la hora no tenía ni idea, me quedé dormido a los pocos minutos de tumbarme en la cama, después de escribirle el mensaje de buenas noches.

—Bien.

La respuesta de Ginger fue muy escueta y la sonrisa que apareció en sus labios después…

—¿Estás bien? —Volví a tener la misma sensación.

Miré de reojo a Elena, pero su madre estaba concentrada viendo como su mano movía la cucharilla.

—Sí —soltó un suspiro.

—Pues déjame decirte que no lo parece. —Arqueé una ceja.

—Solo está nerviosa —intervino Elena, y dirigí la atención a ella.

—¿Por qué? —pregunté frunciendo ligeramente el ceño— ¿Pablo se encuentra bien?

—Oh, sí, estupendamente —respondió rápido.

—Entonces… —Miré de nuevo a Ginger.

—Tengo algo que contarte, tenemos —dijo ella, carraspeando.

La observé con más atención. Conocía perfectamente cada gesto que hacía cuando se ponía nerviosa y, en este instante, lo estaba, y mucho. Me llevé la taza a los labios, bebí un sorbo de café sin apartar los ojos de ella, y cuando dejé la taza en la mesa, me eché hacia atrás. Apoyé la espalda en el respaldo, esperando que continuara alguna de las dos, o que empezaran a hablar las dos a la vez; cualquier cosa me habría venido bien. Todo con tal de no de soportar el silencio que se había creado.

—Ginger… —dije a modo de advertencia.

—Ya, vale. —Levantó una mano—. Es que no es fácil. —Bufó y arqueé una ceja.

—¿Has venido a dejarme? — pregunté directamente y abrió los ojos como platos.

—¿¡Qué!? —Jadeó.

—No creo que necesites la presencia y el apoyo de tu madre, para eso — continué, tanteándola.

Mi voz sonaba seria, mi apariencia era tranquila, pero interiormente me estaba conteniendo para no mostrar lo alterado que me estaba poniendo. No la entendía, y rara vez me había sucedido con Ginger. Incluso en mi etapa de profesor, cuando la tuve de alumna —aunque fuera por poco tiempo—

supe desde el inicio cómo interpretarla, leer entre líneas como si la conociera de toda la vida.

—Darian, no va por ahí el asunto —intervino su madre.

—Discúlpame, Elena, pero quiero que me responda ella —le hablé sin mirarla, no aparté la vista de Ginger.

—¿Puedo… puedo sentarme a tu lado?

—¿Me lo tienes que preguntar? —Arqueé una ceja—. A no ser que quieras tirarme el café encima y darme con la taza…

—Es que estás muy serio y pareces enfadado, en estas situaciones se me da mejor lo que has dicho. —Bufó, y apreté los labios, pese a la situación.

—Ven aquí —le pedí.

Soltó un suspiro y se levantó enseguida. Rodeó la mesa y para mi sorpresa, no se sentó en una de las dos sillas que tenía a mis lados. Colocó una mano en mi hombro y de pie, me pidió sin palabras si podía sentarse sobre mis piernas. Con el mismo silencio la agarré de la cintura y la guie para que lo hiciera.

—¿Qué te pasa? —le susurré en el oído, en cuanto la tuve pegada a mí.

No me importó la presencia de su madre, ni su mirada puesta en nosotros, aunque por la sonrisa que vi de refilón estaba más que encantada de vernos de esta forma.

—Es complicado —murmuró.

—Empieza por el principio —le pedí retirándole un mechón que se le había escapado del moño—. No voy a irme a ningún lado, tenemos todo el tiempo que necesites. ¿Qué te preocupa y te tiene tan rara?

—Ahora lo entenderás y me… darás la razón.

Me dio un beso rápido en los labios y, cuando se separó, sin que ninguno de los dos apartáramos el contacto visual, empezó a hablarme de… de un sueño que tenía desde hacía muchos años, en el que todo era idéntico y del que me dio muchos detalles porque se lo sabía de memoria. La escuché con atención, sin entender todavía por dónde iba a salir. Elena se mantuvo callada.

Después de eso, pasó a contarme las dos excepciones de sueños que no tenían nada que ver con el que tantas veces se le repitió durante años. Sobre todo, hizo mucho hincapié en el último de hacía pocos días y en que eran como señales.

—¿Eso te preocupa? —Miré de reojo a Elena, intuyendo que tenía algo que ver con los dones de su madre—. ¿Piensas que voy a asustarme porque puedas percibir cosas que se alejan de la razón? —Se mordió el labio

inferior—. Ginger, estoy enamorado de ti —mi confesión la dejó sin respiración durante unos segundos.

—Ya se lo he dicho —intervino Elena y la miré con expresión divertida —. Se ve a leguas. —Se encogió de hombros y sonreí.

—Correcto —asentí—. No hay nada que vaya a asustarme ni a alejarme de ti, Ginger. —Volví a centrarme en ella.

—Te quiero —dijo, y tragué saliva al escucharla y ver sus ojos más brillantes de lo normal, con lágrimas contenidas.

Joder, una cosa era decirle abiertamente mis sentimientos, los que ya conocía de sobra, o al menos había dado por hecho que era así, y otra muy diferente era oír lo que tanto había deseado y encima verla tan emocionada.

—Vale —carraspeé—, esta mañana está siendo muy profunda y productiva —comenté.

—Todo lo que te he contado está relacionado contigo, Darian —dijo bajando el tono de voz.

—¿Qué quieres decir? —Arqueé una ceja—. No entiendo que…

—Escúchame, Darian —me pidió Elena y me centré en ella—. Déjame ayudar a mi hija, está muy nerviosa y afectada porque te atañe a ti. —Fruncí el ceño.

Continuó hablando y conforme fue avanzando, fui poniéndome en tensión y en algunos momentos contuve la respiración. Todo lo que me dijo me pareció… me costó asimilarlo, era demasiado como para que mi mente lo procesara tan rápido con normalidad. Cuando terminó de explicarme lo del cementerio, lo que hicieron en él y a la conclusión que llegó…

—Ya sabes lo que le pasa a Ginger —dijo Elena, para finalizar.

—Darian… —me llamó cuando pasaron unos minutos en los que seguí callado.

—Es que… joder, con perdón, pero es que… —Sacudí la cabeza.

—Hay algo que no te ha dicho mi madre, se ha saltado ese dato. —Cerré los ojos cuando me acarició el pelo, temiendo lo que iba a decir.

—¿El qué y cuál? —susurré.

—¿Conoces a Melisa?

Mis ojos se abrieron de golpe para mirarla fijamente. Apreté la mandíbula y solté el aire despacio.

—¿Qué cojones…?

—Melisa era tu hermana, ¿verdad? —me preguntó Elena, con mucho tacto.

—¿Qué tiene que ver ella con…? Un momento, ¿qué nombre ponía en la lápida? —Pasé la mirada de una a otra, varias veces—. Tu madre ha explicado lo de la lápida y que detallaba a quién pertenecía, pero no ha dicho los datos concretos. Ginger…

—Era su nombre, el que vi, y su apellido, el mismo que coincide con el tuyo.

—Por eso estabais paradas frente al buzón —susurré, haciendo presión con la mano en su cintura—. Levántate, necesito…

Lo hizo al instante, se incorporó para darme una salida, y yo me lancé hacia la casa casi de un salto. Me faltaba el puñetero aire mientras enlazaba toda la información sobre mi hermana. No podía ser… o sí. Mierda…

Recorrí la casa, nervioso y, por unos segundos, fuera de mí. Tuve que lavarme la cara con agua fría y me quedé un rato en el baño de mi habitación, con la cabeza agachada y el ánimo… ni yo lo sabía.

Capítulo 34



—Darian. —Apreté los párpados al escuchar a Ginger.

—Vete, por favor —le pedí con la voz ronca—. Ahora mismo puedo ponerme a gritar, y no quiero pagarlo contigo.

—No voy a irme, estoy a tu lado —dijo con seguridad y cogí una bocanada de aire—. Melisa vino a mí mientras dormía, para que hablara contigo. Ella necesita… todavía no lo sabemos. Lo único claro que sé es que…

—Estás hablando de mi hermana muerta, Ginger —siseé.

—Lo sé —susurró.

—Joder. —Golpeé el armario del baño, sintiéndome impotente.

Perdí la noción del tiempo que pasamos en silencio, hasta que me incorporé despacio y me miré en el espejo. Me froté la cara y cuando bajé los brazos, giré la cabeza hacia la derecha. Por la puerta abierta del baño vi

a Ginger sentada en el borde de mi cama, mirándose las manos, esperando por mí.

Fui hacia ella. Al escucharme elevó la cabeza y se puso de pie, despacio.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—No lo sé. —Me reí, desconcertado.

—Darian…

—¿Tu madre se ha ido? —negó— Vamos con ella —asintió—. Espera, necesito que…

—¿Qué?

—¿Puedes acompañarme a por una cosa?

—Claro.

—No tenemos que salir de la casa, es solo que… desde que vine lo guardé en el trastero y no tenía la intención de tocarlo más.

—Vamos. —Me agarró de la mano y tiró de mí.

Al llegar al final de la escalera, giramos a la derecha y fuimos a la parte trasera de la casa, a la última habitación que decidí utilizar para meter las

cajas y todo lo que no solía utilizar a diario. Fue Ginger quien abrió la puerta por mí. Encendió la luz y no me costó ni un segundo localizar lo que buscaba. Cuando lo tuve en las manos, ella agrandó los ojos, pero no dijo nada.

Fuimos hasta el porche, de donde Elena no se había movido.

—¿Cómo estás? —me preguntó preocupada.

—Mejor. Perdona por cómo he reaccionado, yo…

—No tienes que disculparte, Darian —me habló con un cariño que me emocionó—. Sé el dolor que soportas —asintió despacio y tragué saliva.

—Mel… Melisa era mi hermana gemela. —Empecé a contar, colocando una caja sobre la mesa.

Por cómo la miró Elena y por la reacción de Ginger en el trastero —sobre todo por Ginger— supe que era la caja que ella vio en el sueño. Cogí el móvil de la mesa y entré en la galería de fotos. Me entretuve en buscar la que quería enseñarles y cuando la hice grande, giré la pantalla hacia Ginger.

—¿Esta casa? —le pregunté.

—Sí —susurró—. Es la misma.

—Vivimos en ella juntos hasta… hasta el día antes de que falleciera Melisa. Como he dicho, éramos gemelos. Nuestra unión era… no conozco a otros como lo fuimos nosotros, pero la conexión que teníamos mi hermana y yo traspasaba lo normal. —Sonreí, y los labios me temblaron—. Siempre cerca, para todo. De noche y de día, en lo bueno y en lo malo. Durante tantos años… fue demasiado poco. —Sacudí la cabeza.

»Mel estaba enferma y me lo ocultó. —Tragué saliva—. Se moría cada día que pasaba y yo no lo supe, hasta que la encontré una mañana en su habitación. Fui a buscarla porque se nos hacía tarde para ir a la empresa. La creé y la levanté yo, pero con su apoyo. Mi hermana fue primordial, una parte importante del negocio. Algunas de las ideas principales fueron suyas. Por eso, cuando faltó, me negué a volver a la empresa, igual que me alejé de esa casa.

»No podía, y aún no puedo estar en la empresa. —Sacudí la cabeza—. Hace poco fui y terminé borracho, así que… estar allí me trae muchos recuerdos de años, recuerdos de los que llevo huyendo meses. No puedo permitirme el lujo de retroceder, aún no estoy bien, y me ha costado mucho recomponerme por cómo me rompí por su pérdida.

»Mis amigos y mi primo Jon también lo pasaron muy mal porque Mel formaba parte de nuestro grupo y la consideraban familia, Jon lo era de sangre. Si no hubiese sido por Eloy, Emma y Jon, yo… no sé dónde estaría hoy día. Me hundí por completo. Me reprochaba el no darme cuenta de que mi hermana se moría teniéndola al lado continuamente. Reproches, cabreo, rabia, impotencia… Yo contra el mundo en general.

»Nunca entendí por qué Mel me hizo eso. Nos lo contábamos todo por duro y complicado que fuera. Me sentí tan culpable, tan desolado y perdido… siempre actué como si fuese el mayor, el protector, y no percibir lo que le sucedía y la consecuencia que tuvo… no pude soportarlo. A día de

hoy todavía me cuesta. Por eso muchas veces me cambia de repente el ánimo y el carácter. Mi mente se va lejos de donde estoy y entra en una espiral de la que me es complicado salir.

»Me cuesta asimilar todo lo que me habéis contado, lo que no quiere decir que no me lo crea. Sé que es cierto, a la vista está. —Sacudí la cabeza—. Pero saber que algo de Mel ha contactado contigo para llegar hasta mí… —Miré a Ginger. Tenía las mejillas mojadas, las lágrimas no dejaban de caerle de los ojos. Elena también estaba emocionada, pero conteniéndose—. Cuando encontré a mi hermana en su cama, sin vida…

»Me volví loco. No entendí la realidad, me negué a aceptarla porque en mi cabeza no podía ser. Joder, la noche anterior cenamos solos, riéndonos mientras veíamos una película acurrucados en el sofá. Debía tener tanto dolor, tanto miedo… y jamás me lo mostró. Nunca perdió la maldita sonrisa ni la alegría. Hacía un papel perfecto delante de mí. Y cuando faltó, y me notificaron que llevaba años enferma…

»Para mí este tema es muy difícil, como Ginger sabe, aunque no le di detalles. No lo he hablado con nadie, porque supone desmoronarme. Y con lo que me ha costado salir de la mierda más profunda... Mi mundo se rompió aquella mañana, por completo. Vivir una vida sin Mel se me hacía, y se me hace, insoportable. He ido asumiéndolo, en cierta forma. Ya no recaigo tanto, pero sigue ahí, como un hilo que tira con fuerza de mí, pero del que yo no puedo encontrar la otra parte… porque ya no existe.

»Nunca he abierto esta caja. —Coloqué la mano encima—. No estaba preparado. —Tragué saliva—. Sé que contiene cosas personales de mi hermana. Era de ella. Pero abrirla supone…

—Tienes que hacerlo, Darian —susurró Elena—. Es lo que desea que hagas, es lo que le ha mostrado a Ginger.

—¿Te ayudo? —me preguntó ella, retirando la humedad de mi cara— Si quieres, la abro y mi madre y yo vamos al salón, para darte privacidad. No voy a irme, no voy a dejarte solo. —Tragué saliva—. Has sido muy pesado durante tantos años… —Sonrió e imité su gesto—. Me has perseguido en mis sueños, y yo voy a perseguirte en vida, allá donde vayas o necesites estar. Siempre contigo.

Se acercó para darme un beso rápido en los labios y esperó a saber qué decidía, respecto a la caja.

—Ayúdame —le pedí sin dudar. Ella asintió, con una preciosa sonrisa.

—¿Hay que romper el candado o…?

—Es falso —la interrumpí.

Tiré de las dos cadenas y se desenganchó.

—Yo os espero en la cocina, ¿vale? —nos dijo Elena, levantándose despacio—. Necesitáis privacidad, cualquier cosa…

—Gracias, mamá.

—No hay de qué, cariño.

Caminó hasta la corredera y, antes de desaparecer, dijo sus últimas palabras sobre el tema:

—Darian, tu hermana te adoraba. Lo sabes de sobra —susurró—. Lo que sentíais el uno por la otra era pasión y locura, derivadas del amor y la protección. Ella hizo su parte, como tantas veces hiciste tú. Te protegió ante el dolor de años de sufrimiento. Melisa quería que la recordaras feliz, sonriente, riendo contigo, independientemente de cómo se encontrara en realidad.

»Se esforzó tanto por verte feliz a ti… No te culpes, no puedes hacerlo. No tiene sentido que lo hagas. Fue su decisión como adulta, igual que tú tomas las tuyas. Una decisión basada en el amor más puro y sincero que puede existir. Quiso vivir hasta el final con la mayor normalidad contigo. Aférrate a todo lo que acabo de decir y sé libre de lo que te atormenta. Si ella ha buscado a Ginger, ha sido por ti, a través de ti. Porque hasta que tú no descanses, ella no podrá hacerlo. Necesita avanzar.

»Tu hermana te conocía perfectamente. Sabía que te habrías volcado en ella si hubieras sabido la verdad, hasta olvidarte de ti. Tienes un alma noble, pura como pocas, y te aseguro que he visto y tratado con muchas. No sigas torturándote. Deja que fluya, que todo siga su camino y su curso, por mucho que duela.

Con esas palabras, Elena desapareció en el interior de la casa. A esas alturas ya no veía con claridad; tenía los ojos anegados por las lágrimas. Ginger no estaba mejor que yo. Me rodeó el cuello y apoyó la cabeza en mi hombro. De esa forma, en silencio y descargando el dolor que llevaba enquistado en mi interior, dejamos pasar el tiempo.

Cuando abrimos la caja, encontramos muchas pertenencias de mi hermana. Me costó horrores continuar, pero me forcé a hacerlo por Mel, y también por Ginger y por Elena, que me estaban ayudando en uno de los momentos más duros de mi vida.

Lo que más me impactó fue sacar una libreta grande. Nunca la había visto, pero en la tapa ponía mi nombre, con letras grandes, bonitas, y decoradas. Abrirla fue destapar un tsunami de emociones que arrasaron conmigo, mientras Ginger me sujetaba con fuerza. En la primera página había escrita una fecha que, por lo calculé, correspondía al día en que le notificaron que estaba enferma.

A continuación, había palabras escritas para mí. Cada puñetero día me escribió una hoja y media, hasta su última noche. En ellas se abría, expresaba sus sentimientos, como no pudo hacerlo en persona para no derrumbarse ni destruirme a mí, por aquel entonces. Lo que lloramos Ginger y yo queda para nosotros, pero en mi corazón noté, sentí, que estábamos marcando un antes y un después.

Después de horas en el porche y de un tiempo con la caja cerrada…

—Has sido muy valiente —me susurró Ginger, abrazada a mi cuello todavía.

—No.

—Sí, y te callas. No me lleves la contraria. —Mis labios se curvaron.

—¿Así que te he perseguido hasta la saciedad, eh?

—Has sido muy pesado, pero te perdono —dijo, y solté una carcajada.

Con ella no podía evitar venirme arriba, sin importar cómo me sintiera.

—¿Sabes? Siempre tuve la sensación de que te conocía muy bien. No lo entendía y, a veces, era frustrante porque tenía que contenerme mucho.

—Te quiero —susurró—. Gracias por encontrarme y por no darte por vencido, aunque no fueras consciente de ello.

—Gracias a ti por ser mi casa, mi hogar, mi lugar seguro… Iré una y otra vez hacia ti, Ginger, si algún día nos separamos sin poder evitarlo.

—Te prometo que estaré esperándote. —Me dio un beso en la mejilla, y cerré los ojos, apretándola contra mi cuerpo por la cintura.

—Te quiero —susurré sobre sus labios y la besé—. Creo que ya toca ir a buscar a tu madre. Lleva mucho tiempo sola.

—Hay dos posibilidades —habló animada.

—¿Cuáles?

—O se ha dormido en la cocina esperándonos, o está terminando de preparar la comida. —Reímos.

Juntos, agarrados de la mano, dejamos la caja en el porche y nos alejamos de ella. Fue la primera vez que no me sentí mal por apartar algo relacionado con mi hermana, y noté un calor en el pecho difícil de explicar. Fue solo una percepción, pero supe que alguien sonreía feliz al verme avanzar. Esta vez de verdad.

Epílogo



Nueve años más tarde…

Ginger

—Ya la están liando. —Sonreí al escuchar a Darian y abrí los ojos.

Lo primero que vi fue su sonrisa traviesa; después, sus ojos recorriendo cada detalle de mi cuerpo desnudo. Yo estaba tumbada en una hamaca; él se había detenido a mi lado y me observaba de pie. Al igual que yo, no llevaba nada puesto.

Era un espectáculo para la vista y los sentidos, imposible que me cansara algún día de disfrutar al completo de Darian. Más allá de su carácter y su personalidad, era tan atractivo y estaba tan buenorro —como decían mis amigas en tono de broma— que resultaba difícil resistirse.

—Deja de mirarme así —me quejé, pero más para provocarlo que para que se detuviera.

Cierta parte de su cuerpo ya mostraba lo feliz que estaba, y yo deseaba divertirme con ella.

—¿Te sorprende que la estén liando? No sé quiénes son peores, si nuestros hijos o mis padres —añadí, poniendo los ojos en blanco.

Reímos, mientras de fondo se oían otras carcajadas lejanas, desde el otro lado de la valla.

—Primero, no puedo dejar de admirar las vistas tan increíbles que me ofreces. —Me hizo un guiño—. Y segundo, los niños han salido a mí, ¿qué esperabas? —Solté una carcajada—. Échate para un lado, que estás deseando que te toque y tenerme cerca —me pidió y sonreí.

Lo hice encantada. Me moví para dejarle sitio, para que se tumbara junto a mí. Apoyé la cabeza en su pecho y me rodeó la cintura con el brazo, atrayéndome hacia él. Sonreímos durante un rato, mientras seguíamos escuchando el bullicio proveniente de la casa contigua.

Nuestros hijos se llaman Vega y Alan, de siete y cinco años, respectivamente. Llevaban desde por la mañana con sus abuelos y seguirían allí hasta el día siguiente. Hoy celebrábamos nuestro aniversario, y después de desayunar todos juntos, mis padres se ofrecieron encantados a hacer de canguros.

La desnudez nos había acompañado casi todo el día, por petición de Darian, quien dejó claro que estaba terminantemente prohibido acercarse a varios metros de la valla. Yo no me negué a olvidarme de la ropa, porque

me encanta sentir la cercanía de su cálida piel. Cualquier roce era la excusa perfecta para iniciar un juego en el que siempre terminábamos de la misma forma: con los cuerpos enredados, excitados y jadeantes.

Mis padres se mudaron hace años a la que tiempo atrás fue mi casa. Todo se dio de forma natural. Yo me vine a vivir con Darian, y ellos dejaron su piso para trasladarse a esta zona. La casa sigue siendo de mi propiedad —eso no creo que cambie nunca—, pero mis padres hacen su vida allí como si les perteneciera. En realidad, así es. Lo mío es de ellos. Punto final.

El piso en el que vivían —y en el que crecí— lo tienen alquilado. Son unos vecinos estupendos. No por la confianza que nos une ni por la cercanía, deciden presentarse en nuestra casa sin avisar. No. Ante todo, respeto e intimidad; hay momentos para todo.

En lo referente a los niños, mejor no nos podía ir: mis padres estaban encantados de quedarse con ellos a menudo. Y dado que los pequeños solo tienen que cruzar la puerta que separa los jardines… Mi padre lleva dos años jubilado, ambos están radiantes y cuando se quedan solos, vuelven a comportarse como si tuvieran las hormonas revolucionadas.

Son los únicos abuelos que tienen Vega y Alan. Después de lo que pasó con lo de la hermana de Darian, él me contó que sus padres fallecieron cuando Melisa y él tenían dieciséis años. Fue un golpe muy duro, en plena adolescencia, pero por suerte tuvieron el gran apoyo de sus tíos, los padres de Jon. Ellos los acogieron hasta que pudieron valerse por sí mismos, no porque los echaran, sino porque Melisa y Darian decidieron regresar a la casa donde nacieron, que sus padres les dejaron en herencia.

Ya que menciono a Melisa, os contaré que los avances de Darian respecto a su pérdida fueron enormes. Aquello que ocurrió cuando mi madre y yo vinimos a esta misma casa para hablar con él abrió una puerta hacia la recuperación y la aceptación. Siempre llevará a su hermana en el corazón, como es lógico, pero desde hace mucho ya no lo atormenta. Puede hablar de Melisa con naturalidad y nombrarla con una sonrisa, sin que la tristeza lo oprima.

Darian y yo nos casamos un año después de estar viviendo juntos, esto último no tardamos en hacerlo. Si digo que la vida junto a él es maravillosa, me quedo corta. Darian consigue hacer que todo sea especial, hasta la más mínima cosa. Y sí, nuestros dos hijos han salido calcados a él, en carácter, en picardía y en actitud. Cuando se ponen de acuerdo los tres, yo termino tirándome de los pelos y ellos riendo.

Sobre nuestros trabajos, ninguno de los dos hemos variado. La empresa de Darian continúa funcionando de maravilla —más que eso—, y, exceptuando los tres días a la semana que va a trabajar por las mañanas, el resto de los días lo gestiona todo desde casa. Me gustan mucho los momentos en los que nos ponemos a trabajar en el porche; mi profesión sigue siendo la misma y sigo igual de satisfecha.

Ahora voy a contaros cómo les ha ido a nuestros amigos, nuestra familia.

Mi amiga Tania se olvidó por completo de Mateo cuando Eloy se cruzó en su camino. Por mucho que intentara mandarlo a la mierda —como nos contó en una de nuestras salidas—, fue Eloy quien logró borrarlo de su

vida. Y es que ella es muy curiosa, y a él le encanta satisfacer la curiosidad. Lo digo porque Tania no perdió la segunda oportunidad que se le presentó con Eloy, y él lo provocó porque la siguiente vez que se vieron hace años ya, se presentó en la casa de Darian sin bañador. Entendéis lo que digo, ¿verdad? Al final, terminaron por algún lugar escondido del interior de la casa. Ese fue el comienzo real para ellos y desde entonces continúan juntos y felizmente casados. Son tal para cual en caracteres y se complementan a la perfección. Tienen una niña de cuatro años, Rocío.

En cuanto a Jon, el primo de Darian, decir que la unión que tienen ambos es especial. Me di cuenta pronto, como también de que a él le gustaba Andrea. Vi alguna pincelada en la barbacoa que organicé y a la que asistieron todos, pero el encuentro que marcaría el futuro de ambos sucedió semanas después. Andrea estaba encantada con Jon, su primera cita formal la vivió con muchos nervios y también con esperanza. Él es un hombre increíble, aunque mi amiga no se queda atrás. ¿Qué voy a decir yo de ella o Adrián y Tania? Todo lo mejor, por supuesto. No están casados, viven juntos y dentro de seis meses serán padres primerizos.

Adrián, mi amigo, mi hermano de corazón, encontró el amor —o más bien un flechazo— de la mano de Emma. Cosas de la vida: preparas una comida para conocer y acercarte a las personas más importantes de tu pareja, en este caso de Darian, y resulta que ese encuentro transforma la vida de todos los solteros. Emma es un encanto de mujer: risueña, cariñosa, divertida, en definitiva, adorable. Normal que Adrián cayera rendido a sus pies… y viceversa. No voy a enumerar las cualidades de mi amigo —ya he hablado de ellas alguna vez—, porque si empiezo, no termino. Emma y él empezaron muy en serio desde el principio: de un par de días de coqueteo

pasaron a una relación estable, y así hasta hoy. Son padres de Lisa y Alex, de seis y tres años, respectivamente.

La vida cambia cuando menos te lo esperas, e incluso cuando lo haces, nunca deja de sorprenderte.

De vuelta al jardín de nuestra casa, me moví en la hamaca para subirme encima de Darian. Me quedé sentada a horcajadas sobre su cuerpo y me incliné hacia delante, buscando sus labios. Lo besé con todo el amor que me hacía sentir. Era mi apoyo, mi alegría, mi pasión, mi amigo, mi amante, mi marido… y también mi tormento, porque cuando se lo proponía no tenía que esforzarse mucho para sacarme de quicio. Aunque el final siempre era muy placentero.

Me rodeó con los brazos y me tumbé sobre él, con la cabeza apoyada en su pecho. Era todo lo que necesitaba: el pilar que me sostenía y el compañero perfecto que nunca me soltaba la mano, pasara lo que pasara.

La felicidad existe, y a veces está tan escondida en las pequeñas cosas, que no somos capaces de apreciarla y de darle el valor que se merece. Él, nuestros hijos, mis padres y nuestros amigos con sus familias… No necesitaba nada más en la vida para ser inmensamente feliz.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu